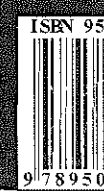
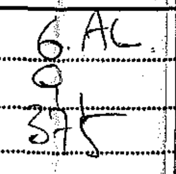
La *hipótesis básica* de este libro es que una de las dimensiones fundamentales que permiten comprender la excepcionalidad del peronismo es la de su funcionamiento discursivo.

Para clarificar lo que ocurrió en los años setenta, los *autores reconstruyen el conjunto de la historia del* movimiento peronista desde el punto de vista de su singularidad como discurso. La primera parte del libro estudia la progresiva producción del lugar específico del líder como enunciador político, desde la aparición del coronel Perón como figura pública hasta el golpe de 1955 que interrumpió su segunda presidencia. La singularidad de la palabra de Perón como dispositivo de enunciación permite comprender los excepcionales procesos de circulación discursiva que caracterizaron el largo periodo del exilio, estudiado en la segunda parte. Sobre el fondo de este horizonte, la tercera parte analiza, en reconocimiento, la inescapable trampa en que se encontró encerrada la juventud peronista a partir del momento en que, con el triunfo de Cámpora, creyó haber llegado, por fin, al poder.

A lo largo de ese camino, los autores cuestionan ciertos modelos de la democracia, argumentan que el análisis del discurso es parte indispensable de todo análisis político y muestran que el peronismo no puede entenderse simplemente como una ideología.

En un análisis crítico y polémico con motivo de la primera edición del libro (1986), agotada desde hace mucho tiempo, Tulio Halperin Donghi saludó "la obsesiva, casi maniaca voluntad de precisión [a la que] debemos este deslumbrador examen, que logra hacer del discurso peronista un espejo tan fiel como revelador de un fenómeno político que [...] su sello poderoso cuarenta años de historia arge[...]


ISBN 95[...]
9 78950




eudeba
www.eudeba.com.ar

Silvia Sigal - Eliseo Verón

Perón o muerte

Silvia Sigal - Eliseo Verón

# Perón o muerte

## LOS FUNDAMENTOS DISCURSIVOS DEL FENÓMENO PERONISTA





# PERÓN O MUERTE

## LOS FUNDAMENTOS DISCURSIVOS DEL FENÓMENO PERONISTA

Silvia Sigal
Eliseo Verón








324 SEG Sigal, Silvia
Perón o muerte : los fundamentos discursivos del fenómeno peronista / Silvia Sigal y Eliseo Verón.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2003.
224 p. ; 23x16 cm. – (Temas. Comunicación)

ISBN 950-23-1269-4

I. Verón, Eliseo II. Título - 1. Discursos Políticos-Análisis



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

1ª edición: agosto de 2003


Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Fotografía de tapa: Graciela García Romero
Diseño de tapa: Silvina Simondet
Corrección general: Eudeba

ISBN 950-23-1269-4
Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723






# ÍNDICE

# PREFACIO DE LA PRESENTE EDICIÓN

En la nota de "Agradecimientos" que apareció en la primera edición habíamos expresado así nuestras deudas:

> "A Juan Carlos Torre, con quien tuvimos largas conversaciones sobre los temas abordados en este libro, primero en París, luego en Buenos Aires, y que además nos ayudó a obtener numerosos documentos.
> A Juan Carlos Indart, a Emilio de Ípola, a Beatriz Sarlo, quienes leyeron y discutieron el texto, y formularon críticas y sugerencias.
> A Jorge Lafforgue, quien tomó a su cargo la preparación final del manuscrito y que eliminó, implacable, las numerosas distorsiones idiomáticas que el prolongado contacto con la lengua francesa nos hizo cometer.
> Que el lector atribuya a unos y a otros, siguiendo la norma consagrada, sólo las cualidades positivas que pueda encontrar en este libro."

Dicha nota de agradecimientos fue redactada en junio de 1985, momento en que consideramos (con toda la arbitrariedad del caso) que nuestro trabajo, comenzado hacia 1978, estaba terminado. El libro fue publicado en 1986. Pocos años después, hubo una fugaz edición de bolsillo que tuvimos la sorpresa de descubrir en los quioscos porteños.

Pasaron unos quince años hasta que tomamos la decisión formal de reeditarlo, aunque la intención y el deseo de hacerlo eran bastante más viejos. El principal motivo que nos llevó a esa decisión fue que se había transformado en una obra imposible de encontrar (uno de nosotros tuvo

# PREFACIO DE LA PRESENTE EDICIÓN

En la nota de "Agradecimientos" que apareció en la primera edición habíamos expresado así nuestras deudas:

> "A Juan Carlos Torre, con quien tuvimos largas conversaciones sobre los temas abordados en este libro, primero en París, luego en Buenos Aires, y que además nos ayudó a obtener numerosos documentos.
> A Juan Carlos Indart, a Emilio de Ípola, a Beatriz Sarlo, quienes leyeron y discutieron el texto, y formularon críticas y sugerencias.
> A Jorge Lafforgue, quien tomó a su cargo la preparación final del manuscrito y que eliminó, implacable, las numerosas distorsiones idiomáticas que el prolongado contacto con la lengua francesa nos hizo cometer.
> Que el lector atribuya a unos y a otros, siguiendo la norma consagrada, sólo las cualidades positivas que pueda encontrar en este libro."

Dicha nota de agradecimientos fue redactada en junio de 1985, momento en que consideramos (con toda la arbitrariedad del caso) que nuestro trabajo, comenzado hacia 1978, estaba terminado. El libro fue publicado en 1986. Pocos años después, hubo una fugaz edición de bolsillo que tuvimos la sorpresa de descubrir en los quioscos porteños.

Pasaron unos quince años hasta que tomamos la decisión formal de reeditarlo, aunque la intención y el deseo de hacerlo eran bastante más viejos. El principal motivo que nos llevó a esa decisión fue que se había transformado en una obra imposible de encontrar (uno de nosotros tuvo

que pedirlo prestado a un amigo para poder proceder a la revisión del texto). Este motivo no es, por supuesto, una razón suficiente. Nos pareció también, claro, que el trabajo seguía despertando cierto interés, por lo menos en la medida en que se lo seguía citando y que seguía apareciendo en diferentes bibliografías de cursos universitarios. Dadas estas condiciones, pensamos que una reedición podía tal vez evitar el peligro de que *Perón o muerte* adquiriera definitivamente el estatuto de libro imaginario.

La decisión de reeditarlo planteaba, a su vez, otra, relativa al tipo y alcance de eventuales modificaciones al texto original. Resolvimos reducirlas al mínimo: más allá del control de los errores tipográficos, hemos introducido apenas algunas correcciones de estilo. El texto es pues el mismo que el de la primera edición. ¿Por qué? Porque nuestra intención no era escribir un nuevo libro (a lo que nos hubiera inevitablemente llevado todo intento de "actualización", tanto desde el punto de vista de la historia del país en general y del peronismo en particular, cuanto desde el punto de vista, por decirlo de alguna manera, de la "historia" intelectual de sus autores). De lo que se trataba era de reeditar *Perón o muerte* tal como fue leído, comentado y criticado en su momento.[1] En lo que hace a la historia del país y del peronismo, debemos agregar –aunque sin duda es un implícito obvio– que no vemos ni en una ni en otra factores o hechos posteriores que arrojen dudas, cuestionen o contradigan el análisis y la interpretación presentados aquí.

Entre el período que nos interesó fundamentalmente en este libro (el peronismo hasta los años setenta en la Argentina) y la actualidad, hay sin embargo un fenómeno radicalmente nuevo que ha intervenido en la historia política y que no debemos olvidar: la mediatización de los procesos políticos, con la creciente centralidad de la televisión como soporte del discurso y la emergencia de las encuestas de opinión y del "marketing" político como factores determinantes de las decisiones estratégicas. Se trata obviamente de un fenómeno que afectó las democracias en todo el mundo. Se hizo sentir en los Estados Unidos desde los años sesenta y fue marcando progresivamente los sistemas políticos de todos los países "centrales" y también de los países "periféricos", con distintos ritmos y con variados matices nacionales. En Francia, por ejemplo, la mediatización televisiva de la

1. En una reciente colección de ensayos, por ejemplo, Tulio Halperin Donghi incluyó su brillante y crítica reseña de este libro. Véase Halperin Donghi, Tulio, "Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista", en *Ensayos de Historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto-Imago Mundi, 1996.





comunicación política va cobrando forma durante los años setenta (en particular durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing, que se inicia en 1974) y el marketing político está ya explícitamente instalado en el espacio público a partir del triunfo del candidato socialista François Mitterrand en 1981.[2] En el caso argentino, la mediatización del campo político tiene sus características propias. Nos parece claro que el período de la historia política argentina que abordamos en este libro (que culmina con la muerte de Perón en 1974) es, considerado globalmente, el de una sociedad mediática, pero todavía no mediatizada.[3] El proceso militar, a partir de 1976, deja al país aislado de la evolución de los medios en relación con el sistema democrático (a diferencia, por ejemplo, del Brasil, donde los gobiernos militares afectaron menos la evolución de los medios, y en particular de la televisión). El retorno a la democracia en 1983 fue pues al mismo tiempo una irrupción de la lógica de la comunicación política mediatizada, y produjo una suerte de "puesta al día" de la Argentina a ese respecto, de una manera a la vez brutal y apresurada, que tal vez explique algunas características posteriores del funcionamiento de los medios en nuestro país.

A la luz de la evolución posterior del sistema político en relación con los soportes de la comunicación, la historia del peronismo invita a ciertas observaciones.

El enunciador Perón, cuyos mecanismos discursivos analizamos en la primera parte del libro (donde, como decimos en la introducción, nos colocamos *en producción*) es un enunciador de lenguaje propiamente dicho (escritura y palabra) y sus soportes son la prensa gráfica y la radio. Creemos que, al igual que el general De Gaulle en Francia, Perón fue hasta su muerte, desde el punto de vista de los medios masivos, un político de radio, aun en sus apariciones en imágenes (que eran cinematográficas y no televisivas en los años cincuenta). Su largo mensaje televisivo de 1973, al día siguiente de la matanza de Ezeiza y después de dieciocho años de ausencia, fue una *performance* de hombre de radio.

El período del exilio contiene un fenómeno excepcional para la teoría de la comunicación política, que discutimos en la segunda parte desde el punto de vista de la *circulación*: la presencia determinante de la enunciación

2. Véase Verón, Eliseo, *El cuerpo de las imágenes*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2001.
3. Sobre esta distinción véase Verón, Eliseo, *El cuerpo de las imágenes*, *op. cit.*, capítulo 2.

de un actor político que está *ausente* de los medios. No conocemos ningún otro caso comparable, en la historia política del siglo XX, de uso de la voz grabada como soporte político estratégico.

El período de retorno de Perón, donde nos colocamos *en reconocimiento* focalizando nuestro análisis en la posición de la juventud peronista, es un período en el que, desde el punto de vista de esta última, la retórica discursiva del periodismo gráfico desempeñó un papel fundamental, a través sobre todo de *El Descamisado*. Esta revista refleja tal vez la hibridación ideológica de la militancia juvenil: muy próxima, en lo que hace a la diagramación y al uso de la imagen fotográfica, al periodismo popular representado en los años sesenta por la revista *Así*, utiliza al mismo tiempo recursos de medios gráficos con *target* en la clase media, como la historieta.

Sea como fuere, la televisión, soporte básico de la comunicación política a partir de los años ochenta, está ausente de todo este proceso.

Estas consideraciones llevan a preguntas interesantes, que merecerían sin duda otras investigaciones. Por ejemplo, la "trampa" en la que se encontró encerrada la juventud peronista, que describimos en la tercera parte de este libro, ¿se habría podido producir en un régimen de comunicación política dominado por la televisión? No somos particularmente adictos a los interrogantes contrafácticos, pero este tipo de preguntas puede sin duda estimular la reflexión y la construcción de teoría.

En las dos últimas décadas del siglo pasado, la comunicación política quedó definitivamente marcada por la intervención de la lógica del marketing, consecuencia directa de la importancia creciente del soporte televisión en las campañas políticas. A partir de 1981, las decisiones estratégicas de comunicación del presidente francés François Mitterrand estuvieron afectadas por la intervención del equipo de un profesional de la publicidad, el mismo que el presidente siguiente (y actual), Jacques Chirac, decidió contratar con igual propósito. La elección que en nuestro país llevó a la presidencia a Fernando de la Rúa estuvo también marcada por la intervención de profesionales publicitarios. Estos procesos, inimaginables en el período de producción y circulación del discurso político que estudiamos en este libro, han dado lugar a innumerables debates, que no es el caso prolongar en este contexto. Queda planteada la cuestión del estatuto, el alcance y los métodos de funcionamiento de ciertas articulaciones enunciativas del discurso político como las que analizamos en este libro, en relación con la evolución de los soportes tecnológicos de la comunicación y de sus consecuencias en la transformación del espacio público.

A este respecto, dos observaciones nos parecen importantes. En primer lugar, el desarrollo de la teoría y la investigación de los discursos sociales





(que es hoy inseparable de la teoría y la investigación de la mediatización) ha mostrado claramente que la problemática de la enunciación, nacida en el contexto de las ciencias del lenguaje, es igualmente fundamental para comprender el funcionamiento, hoy multimediático, de la discursividad. Los trabajos sobre la comunicación política en la televisión, que se han multiplicado en los últimos años, no han hecho más que confirmar la importancia del análisis de los mecanismos enunciativos. La teoría de la enunciación comprende hoy mucho más que modelos de operaciones propiamente lingüísticas; es un capítulo esencial de una teoría cognitiva de la comunicación humana en general. En segundo lugar, si el estudio de la posición discursiva de los actores dentro del campo político sigue correspondiendo a un nivel de análisis fundamental, un eventual interés por los avatares del peronismo más allá del período que nosotros hemos analizado nos llevaría a la necesidad de comprender cómo la evolución del campo político es afectada por la evolución de los soportes mediáticos.

En suma, la relectura de este trabajo a quince años de su primera edición nos inspira preguntas como ésta: ¿de qué manera se transforman las posiciones estructurales de un campo dado de la discursividad política, bajo los efectos a la vez de la evolución de las tecnologías de la comunicación y del aporte de esa zona factual de incertidumbre propia de los *hechos* históricos?

Decir que se trata de una pregunta interesante es una manera de expresar nuestro respeto por su extrema complejidad.

Buenos Aires y París, enero de 2002

# INTRODUCCIÓN

El objeto de este libro es el peronismo, considerado como un caso, históricamente crucial, del discurso político. Crucial no solamente respecto de la historia argentina, sino también en relación con el contexto general de los fenómenos políticos contemporáneos.

De esta caracterización, insistiremos aquí en sólo dos aspectos: la noción de "objeto" y la noción de "discurso". Nociones que son en este caso inseparables, puesto que es por medio de la noción de discurso que hemos construido al peronismo como objeto. Nuestro procedimiento suscitará, probablemente, reacciones condenatorias; por un lado, ante la utilización de la palabra de Perón como objeto científico, operación que viola, casi blasfematoriamente, el terrorismo de lo inefable que ejercieron –o ejercen– quienes sostienen que el peronismo debe "sentirse". Por otro lado –y esto es más grave–, el análisis del peronismo como fenómeno discursivo será rechazado por quienes consideran que, en política, las palabras se las lleva el viento.

Comencemos por la cuestión de la cientificidad. Si el tratamiento al que hemos sometido nuestro "objeto" se pretende científico (o, en todo caso, responde a nuestra concepción de la cientificidad), las razones que nos llevaron a *elegir* dicho objeto son, sin ninguna paradoja, perfectamente subjetivas: este trabajo tiene su origen, su único origen, en la necesidad de comprender, aunque sólo fuese de manera imperfecta, parcial y provisoria, lo que ocurrió en la Argentina en 1973-74. Confrontados a este interrogante nos vimos obligados, es verdad, a remontar el curso de la historia hasta 1943.

Hemos dicho *comprender*: en ningún momento este trabajo ha sido imaginado por sus autores como un pretexto para "expresar" sus puntos de vista

a propósito del peronismo. Lo cierto es que una buena parte de la literatura sobre los fenómenos políticos nos parece de naturaleza "expresiva": con mayor o menor felicidad y talento, el autor se complace en manifestar sus opiniones y saldar cuentas.

La preparación de este libro ha sido para nosotros un largo viaje a través de documentos, textos, discursos e informaciones, en busca de la lógica de un proceso político. De un proceso político singular: fue abierto por la elección de un candidato que se presentó al sufragio prometiendo que si ganaba renunciaría en favor de otro candidato que estaba ausente; llevó a la elección, por tercera vez en la historia argentina, del general Perón, apoyado por enemigos irreconciliables; preparó, en fin, las condiciones que hicieron posible la peor masacre de la historia política argentina.

La explosión de violencia en que culminó el proceso iniciado con el triunfo del peronismo en marzo de 1973 está, así, en el origen de los interrogantes de los que nació este libro, y no podía ser de otra manera. El pasaje a la violencia, la lucha política que se revela súbitamente organizada en torno a la muerte del enemigo, ¿muestra las raíces profundas sobre las que reposan, sin confesarlo, los sistemas políticos considerados democráticos, o bien esa lucha política, transformada en engranaje infernal, es una desviación, un accidente de la historia, impermeable a todo esfuerzo de explicación y ante el cual sólo cabe decir, como ante la *débâcle* del nazismo, "esperemos que no se repita nunca más"?

Si optamos por la hipótesis según la cual la irrupción de la violencia política, que se manifiesta bajo las múltiples formas de la guerrilla (rural o urbana) o que culmina en la represión militar sistemática que han conocido países como Uruguay, Argentina y Chile, no hace más que poner en evidencia la naturaleza íntima de la dominación del Estado, ello implica que la violencia es consubstancial al sistema político, aun cuando se exprese de maneras diferentes y en diversos grados según las circunstancias: encubierta por las instituciones "democráticas", la violencia permanece en estado latente en los países desarrollados.

La hipótesis alternativa consiste en afirmar que, en tanto sistema de reconocimiento e institucionalización de la legitimidad del conflicto, la democracia ha conseguido expulsar la violencia mortífera del campo político. Si ésta aparece, se trata de la irrupción de un fenómeno que es a la vez ajeno a las reglas del juego institucional y que resulta difícil de controlar precisamente porque el sistema político no se funda en el ejercicio sistemático de la violencia.





La primera hipótesis permite dar cuenta fácilmente de múltiples fenómenos políticos de nuestro siglo (desde el nazismo y el fascismo hasta los regímenes militares actuales) pero difícilmente de las democracias estables: éstas serán reducidas a una suerte de ilusión transitoria, que deberá estallar en el momento en que "se agudicen las contradicciones". En términos de la segunda hipótesis, son las situaciones de extrema violencia las que resultan difícilmente explicables: los partidarios de dicha hipótesis se verán llevados, de una u otra manera, a dividir la humanidad en dos especies, aquella cuya historia le ha permitido acceder a la democracia y aquella que ha errado el camino.

Creemos que estas dos hipótesis, inversas y complementarias, dibujan una falsa alternativa, y que si no se trata de probar que bajo las apariencias de la razón democrática arde el fuego inevitable de la pulsión de muerte, tampoco es cuestión de adoptar una teoría de la democracia incapaz de pensar la violencia, a no ser como residuo patológico.

En el esfuerzo por superar esta alternativa, la noción de "discurso" desempeña un papel fundamental. Como todo comportamiento social, la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales. Ahora bien, el único camino para acceder a los mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales. Dicho análisis no se sitúa en un plano pretendidamente "superestructural", como si se tratara de un nivel que "acompaña" o "refleja" (más o menos bien) el desarrollo de los procesos "concretos" o "materiales" del comportamiento social. Estudiar la producción discursiva asociada a un campo determinado de relaciones sociales es describir los mecanismos significantes sin cuya identificación la conceptualización de la acción social y, sobre todo, la determinación de la especificidad de los procesos estudiados son imposibles. Dicho de otra manera: analizar los discursos sociales no consiste en estudiar lo que los actores sociales "dicen" por oposición a lo que "hacen", puesto que el análisis del discurso no es un análisis de contenido y no se limita a la descripción de las representaciones conscientes y explícitas que los actores tienen de sus propios comportamientos o de los comportamientos de los demás. El análisis del discurso es indispensable porque si no conseguimos identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social, no comprenderemos tampoco lo que los actores hacen. La distinción entre acción y discurso no corresponde en modo alguno a la distinción entre "infraestructura" y "superestructura"; no corresponde tampoco a la distinción entre "hacer" y "decir", puesto que

la acción social misma no es determinable fuera de la estructura simbólica e imaginaria que la define como tal. La validez de este principio teórico es totalmente independiente de la cuestión de saber si los actores, cuando actúan, saben lo que hacen y si, cuando discurren, saben lo que dicen.

Lo que interesa al análisis del discurso es la descripción de la configuración compleja de condiciones que determinan el funcionamiento de un sistema de relaciones sociales en una situación dada. La caracterización de esas condiciones, no como condiciones "objetivas", simplemente, sino como *condiciones de producción del sentido*, es lo que abre el camino a la aprehensión del orden simbólico como matriz fundamental del comportamiento social y de las estructuraciones de lo imaginario como red compleja de representaciones engendradas en el seno mismo de las prácticas sociales. En esta perspectiva, la violencia que estalla en el campo político se nos aparece no como retorno súbito de lo irracional reprimido ni como ruptura patológica, sino como un elemento que, en determinadas circunstancias, resulta de los mecanismos significantes que determinan la naturaleza del conflicto y las posiciones ocupadas por los protagonistas. La violencia no se opone a la palabra como el "hacer" al "decir"; ella no empieza, como la música, "donde mueren las palabras". La violencia, como los discursos, está articulada a la matriz significante que le da sentido y, en definitiva, la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico y productor de imaginario.

Puede decirse que la violencia es, desde este punto de vista, *una especie de discurso*. Ahora bien, el poner en evidencia su dimensión significante nos muestra de inmediato la imposibilidad de hablar de *la* violencia en general. La violencia ejercida en la Argentina por los grupos armados de inspiración marxista, como el ERP por ejemplo, fue distinta de la violencia practicada a partir del proyecto político de los Montoneros. No cabe confundirlas puesto que las causas, los efectos, el valor estratégico y el "mensaje" transmitido eran diferentes en un caso y en otro. (Cabe, sí, asimilarlas en un nivel de generalidad mayor en tanto ambas introducen la muerte del enemigo –de determinados enemigos– como un mensaje más del campo político.) La especificidad de los mecanismos estudiados tiene pues, para nosotros, una importancia fundamental: es sólo a través de una descripción precisa, lo más minuciosa posible, de la lógica significante específica de procesos políticos determinados, que podremos dar una respuesta a la pregunta, a la vez general y capital, acerca de la relación entre el poder del Estado, la violencia política y el destino de las instituciones democráticas.





Este libro no pretende contestar tamaño interrogante. Pero nuestro análisis contiene inevitablemente ciertas hipótesis relativas a dicha cuestión, y las conclusiones a las que hemos llegado tal vez permitan –así lo esperamos– comprender mejor algunas de las condiciones que es necesario satisfacer para entrever una respuesta adecuada. Entre dichas condiciones se encuentra, desde nuestro punto de vista, la de analizar en detalle procesos políticos específicos. No creemos, dicho de otro modo, que para lograr una respuesta adecuada baste el solo ejercicio de la reflexión filosófica.

La teoría del discurso se funda en el principio inverso al del viejo funcionalismo representado en sociología por la llamada "teoría de la acción social": mientras la teoría de la acción nos recomienda "adoptar el punto de vista del actor" (es decir, afirma que una teoría de la acción social es imposible si no se tiene en cuenta el carácter subjetivo del sentido de la acción), la teoría del discurso sostiene, por el contrario, que el sentido sólo puede ser aprehendido a condición de abandonar el "punto de vista del actor". Dicho de otro modo: *una teoría de la producción de sentido es una teoría del observador*. El sentido no es ni subjetivo ni objetivo: es una relación (compleja) entre la producción y la recepción, en el seno de los intercambios discursivos.

Esta relación sólo puede ser adecuadamente captada desde la posición de observador, que es la que ocupa el analista del discurso.

Este problema de la posición del observador merece un comentario que nos permitirá explicitar ciertas hipótesis básicas de la teoría del discurso. La posición del observador es, en primer lugar, siempre relativa, o, si se prefiere, metodológica, o aun: transitoria. Observar un juego de discurso (en nuestro caso, el discurso político) implica ponerse *fuera del juego*. Pero ponerse fuera de *un* juego no quiere decir ocupar la posición de lo que sería un observador absoluto; significa simplemente *jugar a otro juego* (en este caso, se trata de ese discurso que se llama "ciencia"). Lo que podemos llamar el "principio del observador" afirma solamente que no se puede *al mismo tiempo* jugar a un juego y observarlo. Volveremos en seguida a las razones de esta imposibilidad. Conviene subrayar que en esta perspectiva, que encuentra su origen en el concepto de "juegos de lenguaje" de Wittgenstein, no hay un juego absoluto, que sería una suerte de metajuego, depositario de la teoría de todos los juegos de discurso posibles: la ciencia *no* es un metajuego: ella es apenas un juego entre otros.

La posición del observador implica pues un desplazamiento, supone atravesar una frontera, colocándose en un juego para observar otro. Este desplazamiento es relativo, porque puede invertirse: es posible y a la vez altamente instructivo, por ejemplo, observar el juego de la ciencia desde el

juego de la política. Una sociedad puede ser considerada, desde este punto de vista, como un tejido, extremadamente complejo, de juegos de discurso que se interfieren mutuamente.

¿Por qué este desplazamiento, destinado a definir, respecto de un juego de discurso, la posición del observador, es siempre necesario? Porque los juegos de discurso no son otra cosa que el marco, el contexto, donde, en el seno de determinadas relaciones sociales, tiene lugar la producción social del sentido. Y una de las propiedades fundamentales del sentido, cuando se lo analiza en el marco de su matriz social, es el *carácter no lineal de su circulación*. En efecto: del sentido, materializado en un discurso que circula de un emisor a un receptor, no se puede dar cuenta con un modelo determinista. Esto quiere decir que un discurso, producido por un emisor determinado en una situación determinada, no produce jamás *un* efecto y uno solo. Un discurso genera, al ser producido en un contexto social dado, lo que podemos llamar un "campo de efectos posibles". Del análisis de las propiedades de un discurso no podemos nunca *deducir* cuál es el efecto que será en definitiva actualizado en recepción. Lo que ocurrirá probablemente es que, entre los posibles que forman parte de ese "campo", un efecto se producirá en unos receptores, y otros efectos en otros.

De lo que aquí se trata es de una propiedad fundamental del funcionamiento discursivo, que podemos formular como el principio de la *indeterminación relativa* del sentido: el sentido no opera según una causalidad lineal. En realidad, la situación del analista de los discursos sociales es comparable a la del observador de lo que se llama actualmente los "sistemas alejados del equilibrio", sistemas en los cuales un acontecimiento local engendra una transformación brusca y cualitativa del conjunto. El observador de estos sistemas puede definir la *clase* de acontecimientos que se producirán a partir del "punto crítico" pero el solo análisis del sistema antes de este punto no le permite predecir *a priori* cuál será la configuración singular, específica, que aparecerá.[1]

Este carácter no lineal (o, si se prefiere, no "mecánico") de la circulación del sentido, conduce a distinguir dos grandes capítulos en la investigación de los discursos sociales, que corresponden a dos modos de análisis del discurso: la *producción* y el *reconocimiento*. Si utilizamos "producción" en lugar de "emisión" y "reconocimiento" en lugar de "recepción" es porque emisión y recepción son términos inevitablemente asociados a las teorías de la *comunicación social*. Ahora bien, toda teoría de la comunicación supone

1. *Cf.* Prigogine, I. y Stengers, I., *La nouvelle alliance*, París, Gallimard, 1979.





que una comunicación tendrá lugar cuando un contenido determinado (en general, lo que el emisor "quiere decir") pasa del emisor al receptor: si este pasaje tiene lugar, se dirá que el receptor ha "comprendido el mensaje". Como puede verse, las teorías de la comunicación están fundadas en la hipótesis según la cual la circulación del sentido (cuando es "exitosa") supone un proceso lineal de circulación. Ante este punto de vista, se plantea una alternativa: o bien nos dedicamos al estudio de la comunicación "exitosa" (y nos condenamos a no poder analizar sino los semáforos y otros códigos simples del mismo tipo), o bien partimos de la *indeterminación constitutiva* de la circulación del sentido, que nos obliga a abandonar el punto de vista "comunicacional". Es por esta razón que la teoría de los discursos sociales *no es* una teoría de la comunicación.

El lector ya habrá comprendido que la diferencia entre una teoría de la comunicación y una teoría del discurso es que la primera es una teoría formulada desde el *punto de vista subjetivo del actor*, y la segunda una teoría *del observador*. En efecto: desde el punto de vista de un actor social que "comunica", no existe ninguna clase de indeterminación: él sabe (o cree saber) lo que "quiere decir", y en función de esta representación produce su discurso. Dicho de otra manera: la indeterminación relativa de la circulación del sentido *sólo es visible para un observador*, el cual, colocándose "fuera", analiza el intercambio discursivo. El predominio de las "teorías de la comunicación" ha ocultado, durante largo tiempo, esta propiedad fundamental del funcionamiento de los discursos sociales que es el carácter no lineal de la circulación.

Definir el análisis del discurso desde el punto de vista de un observador tiene una ventaja adicional: nos permite desembarazarnos de ciertas objeciones que han podido formularse a propósito del estudio de los discursos sociales. Podría argüirse, en efecto, que en la investigación de los procesos políticos no tiene sentido privilegiar el discurso, en la medida en que la *palabra* política está siempre en desfasaje respecto de la *acción* política: sería ingenuo, según este punto de vista, suponer que la "verdadera" estrategia y los "verdaderos" objetivos de los actos políticos se expresan en lo que los políticos *dicen*; frecuentemente, por el contrario, la palabra política sirve para ocultar la estrategia o para dar de ella una imagen errónea.

Este tipo de objeciones no afecta al análisis del discurso tal como lo concebimos en este trabajo: el análisis de los discursos sociales se interesa en las *relaciones interdiscursivas* que aparecen en el seno de las relaciones sociales; la unidad de análisis, por lo tanto, *no es el sujeto hablante, el actor social*, sino las distancias entre los discursos. El análisis del discurso se interroga, por una parte, acerca de la especificidad del tipo de discurso estudiado y

responde siempre a esta pregunta por diferencia; por ejemplo, ¿qué es lo que distingue el discurso político de otros tipos de discurso? El análisis del discurso se interesa, por otro lado, en la dinámica de un proceso dado de producción discursiva: ¿cuál es la relación entre un discurso A y otro discurso B que aparece como respuesta al primero? Trabajando sobre el interdiscurso, el análisis no necesita recurrir a ningún concepto concerniente a las "intenciones" o a los "objetivos" de los actores sociales que intervienen en los procesos estudiados.

En verdad, la ingenuidad consiste en suponer que se puede interpretar la acción política fuera de toda hipótesis sobre la *matriz significante* que la engendra. Quienes rehúsan estudiar el sentido en el lugar mismo en que éste se produce, es decir, en la discursividad social inseparable del comportamiento, no hacen más que ejercitar una "intuición" interpretativa cuyo fundamento y cuyo método no son justificados.

El observador, dijimos, aborda los discursos sociales desde dos puntos de vista: la producción y el reconocimiento.[2] El problema que nos planteamos al comenzar este trabajo era un problema de reconocimiento: queríamos comprender el proceso político que culminó en el gobierno peronista de 1973-1974, y en particular el papel jugado por la llamada "izquierda" peronista, a través de la juventud y del movimiento Montoneros. ¿Cómo podía entenderse la posición y la estrategia de esta "izquierda", violentamente enfrentada al peronismo tradicional de corte "sindical", en el contexto del fenómeno peronista considerado en su conjunto? ¿Qué tipo de *lectura* del peronismo y, en particular, del discurso del propio Perón implicaba esta posición de la juventud?

El fenómeno peronista, con su larga historia, debía pues ser tratado como *condición de producción* del discurso de esta "izquierda" que, en el proceso electoral que condujo al triunfo de marzo de 1973, se apodera del candidato Cámpora y lo transforma en símbolo de su estrategia política contra la "burocracia sindical". Inversamente, el discurso de la juventud

2. Para una presentación detallada de esta distinción, *cf.* Verón, E., "Semiosis de l'idéologique et du pouvoir", *Communications*, París, Seuil, N° 28: pp. 7-20, 1978. (Este artículo fue vertido al castellano en dos oportunidades: una regular traducción del mismo apareció en la revista *Contratexto* de Lima; otra se publicó luego en la revista *Espacios de crítica y producción*, N° 1, diciembre 1984, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, traducción de Juan Carlos Gorlier rev. por Mariana Podetti: "Semiosis de lo ideológico y del poder". *N. del E.*)





peronista podía ser considerado como el lugar en el que se manifestó una cierta *configuración de efectos* del discurso de Perón.

Era pues necesario, en primer lugar, tratar de comprender el fenómeno peronista como fenómeno discursivo. ¿Cuáles son los elementos que determinaron su especificidad? ¿Existe, desde este punto de vista, una continuidad del peronismo identificable a lo largo de los treinta años que separan las primeras apariciones públicas del general Perón de su retorno a la Argentina en 1973?

La búsqueda de una respuesta a estas preguntas nos condujo a una conclusión: *el peronismo no puede ser caracterizado como una "ideología"* o, en otros términos, *su continuidad histórica y su coherencia discursiva no reposan en la permanencia de ciertos contenidos* que configurarían algo así como la "ideología peronista". Dicha continuidad y dicha coherencia existen pero se sitúan en otro plano.

Aquí es necesario, respecto de la vieja cuestión de las ideologías, distinguir entre dos empleos diferentes del término: el substantivo y el adjetivo. El primer empleo designa lo que no puede ser sino un *objeto*: una ideología (poco importa, para lo que aquí nos interesa, si el substantivo es utilizado en singular o en plural). El término es, podríamos decir, "preteórico" y puramente descriptivo, del cual probablemente sea imposible desembarazarse, en la medida en que su empleo es cómodo: permite designar configuraciones históricas extremadamente complejas pero intuitivamente identificables, como cuando se habla de comunismo, leninismo, liberalismo o fascismo, como concepciones del mundo, teorías políticas o configuraciones de opiniones. Recurriendo a este empleo substantivo, decimos: *el peronismo no es reductible a una ideología*. En razón, por una parte, del hecho de que algunos de sus temas dominantes variaron a lo largo del tiempo. Y en razón, por otra parte y sobre todo, de que otros de sus temas son demasiado vagos o ambiguos como para definir una "ideología". Las eternas polémicas en torno a la cuestión de saber si el peronismo fue un fenómeno de "derecha" o de "izquierda" son un buen síntoma que indica que la cuestión fundamental planteada por el peronismo en el campo político no se decide en el plano de las "ideologías".

El empleo del adjetivo es muy diferente: hablamos, en este caso, de *ideológico*. Más precisamente, podemos utilizar el adjetivo para calificar un substantivo: *dimensión ideológica*. El concepto de dimensión ideológica es muy diferente del concepto de ideología: el primero es analítico, el segundo puramente intuitivo; el primero tiene una pretensión teórica, el segundo es descriptivo. El concepto de dimensión ideológica de un discurso (o de un

tipo de discurso) designa la relación entre el discurso y sus condiciones *sociales* de producción: esta relación se concreta en el hecho de que el discurso en cuestión exhibe ciertas propiedades que se explican por las condiciones bajo las cuales ha sido producido. Un aspecto fundamental de la problemática de la dimensión ideológica de los discursos sociales es, precisamente, la cuestión de los *tipos* de discurso. Los diferentes tipos de discursos se distinguen por una estructuración diferente de su dimensión ideológica, es decir, de la relación que guardan con sus condiciones de producción. Si, por ejemplo, el discurso político y el discurso científico son juegos de discurso diferentes no es porque en uno hay "ideología" y en el otro no: un discurso científico puede perfectamente vehicular "contenidos ideológicos" determinados, lo cual no afecta en nada su cientificidad. Esta última se determina en el plano de la dimensión ideológica: la relación entre el discurso científico y sus condiciones de producción se estructura de un modo diferente que la relación del discurso político con sus propias condiciones de producción. Pero el concepto de dimensión ideológica es pertinente en *ambos* casos: tanto el discurso político como el discurso científico son producidos bajo condiciones sociales determinadas.

Interrogarse por la dimensión ideológica del discurso político no es pues preguntarse por la presencia de tales o cuales contenidos, "opiniones" o "representaciones" de la sociedad, sino preguntarse por la relación del discurso político con sus condiciones *específicas* de producción. Un aspecto fundamental de estas condiciones específicas es la naturaleza del sistema político en el cual el discurso es producido. ¿Qué características del discurso político producido en el contexto de un sistema democrático, caracterizado por el pluralismo de partidos, se explican precisamente por dichas condiciones? Una pregunta de este tipo no se refiere a tal o cual ideología (puesto que varias ideologías diferentes pueden coexistir en un sistema de pluralismo de partidos) sino *a la manera en que los discursos políticos producidos bajo esas condiciones construyen su relación con respecto a dichas condiciones*.

Hemos dicho que la especificidad del peronismo no puede caracterizarse en términos de "ideología". Podemos agregar ahora que su especificidad reside, en cambio, en su dimensión ideológica, vale decir, *en la manera en que el discurso peronista construye su relación con el sistema político democrático*. ¿Cuáles son los mecanismos discursivos que entran principalmente en juego en esta relación de un discurso con sus condiciones de producción? Los progresos realizados en los últimos años por las diversas disciplinas que se ocupan del lenguaje y del discurso permiten formular una primera respuesta: las variaciones en la relación de los discursos con sus condiciones de producción afectan sobre todo los *mecanismos de la enunciación*.





La noción de enunciación es capital para el análisis que se presenta en este trabajo. Ella constituye uno de los términos de la distinción que opone *enunciación* a *enunciado*, en tanto niveles de funcionamiento discursivo. El nivel del enunciado es aquel en el que se piensa cuando se habla de "contenido" de un discurso; el enunciado es aquello que se dice: "X posee la propiedad Y". Si comparamos la afirmación "X posee la propiedad Y" con la pregunta "¿posee X la propiedad Y?", estas dos expresiones son idénticas en su contenido (en el plano del enunciado) pero diferentes en la medida en que afirmar no es lo mismo que preguntar. La diferencia entre afirmar y preguntar es una diferencia en el plano de la enunciación.

De la frase de nuestro ejemplo podemos imaginar múltiples variantes: "yo creo que X posee la propiedad Y", "es evidente que X posee la propiedad Y", "como bien se sabe X posee la propiedad Y", etc. Todas estas variaciones son variaciones *enunciativas* en torno a un enunciado cuyos elementos de contenido permanecen idénticos. El plano de la enunciación es ese nivel del discurso en el que se construye, no lo que se dice, sino la *relación del que habla a aquello que dice*, relación que contiene necesariamente otra relación: aquella que el que habla propone al receptor, respecto de lo que dice. Si yo digo "X posee la propiedad Y" presento mi enunciado como una verdad indiscutible y objetiva, que no necesita ninguna calificación; si, por el contrario, digo "creo que X posee la propiedad Y", presento el mismo enunciado como un objeto de mi creencia personal, y dejo a mi interlocutor en libertad de adoptar la actitud que le parezca conveniente. Si digo "es bien sabido que X posee la propiedad Y", presento mi enunciado como una verdad compartida por la colectividad, con lo cual estoy indicando a mi interlocutor que no puede rechazar mi afirmación sin correr el riesgo de quedar fuera del "sentido común".

El plano de la enunciación comprende dos grandes aspectos: las *entidades* de la enunciación y las *relaciones* entre esas entidades. Todo discurso construye dos "entidades" enunciativas fundamentales: la imagen del que habla (que llamaremos el *enunciador*) y la imagen de aquel a quien se habla (que llamaremos el *destinatario*). El enunciador no es el emisor, el destinatario no es el receptor: "emisor" y "receptor" designan entidades "materiales" (individuos o instituciones) que aparecen respectivamente como fuente y destino "en la realidad". Enunciador y destinatario son entidades del imaginario: son las *imágenes* de la fuente y del destino, construidas por el discurso mismo. La distinción es importante, puesto que un mismo *emisor*, en diferentes momentos, puede construir imágenes muy diferentes de sí mismo.

Pero el funcionamiento discursivo consiste también en relacionar estas entidades entre sí, *a través de lo que se dice*; en otros términos, la relación entre el plano de la enunciación y el plano del enunciado es un fenómeno del orden de la enunciación. Lo hemos visto en nuestros ejemplos: la certidumbre, la duda, la interrogación, la sugerencia, son algunos de los múltiples modos en que el que habla *define su relación con lo que dice* y, automáticamente, *define también la relación del destinatario con lo dicho*.

Puede ocurrir, por supuesto, que el *receptor* no se reconozca en la imagen de sí mismo (el *destinatario*) que le es propuesta en el discurso.

Podemos ahora articular las dos distinciones que hemos presentado, entre ideología y dimensión ideológica, por un lado, y entre enunciado y enunciación, por el otro.

La noción de "ideología" conceptualiza el plano del enunciado: en su uso habitual, el término ideología designa precisamente una configuración de opiniones o de representaciones de la sociedad, vale decir, una colección de enunciados. La problemática de la dimensión ideológica nos lleva a cambiar de nivel: *es en el plano de la enunciación que se construye la relación de un discurso con sus condiciones sociales de producción*.

El hecho de que en los últimos años se haya puesto de relieve la importancia de los mecanismos enunciativos no quiere decir en modo alguno que, a partir de este punto de vista, el análisis del discurso se desentienda de los contenidos. Lo esencial es que, vistos en relación con los mecanismos enunciativos, los enunciados no son ya más simples "contenidos". En esta perspectiva, en efecto, la noción de enunciado es inseparable de la noción de enunciación: una teoría de la enunciación discursiva no olvida los enunciados, pero estos últimos no son comparables a los "temas" o "unidades" definidos por el análisis de contenido; los enunciados se articulan a las entidades enunciativas: el enunciador y el destinatario. Que no se diga entonces que el análisis del discurso "olvida" o "descuida" los contenidos; lo que hace es *incorporarlos a una teoría de la enunciación*. Una cosa es considerar un tema o un contenido en sí mismo, de una manera aislada; otra cosa es considerar ese tema o ese contenido como organizado por la estrategia de un enunciador y orientado hacia un destinatario.

Dijimos que a partir de interrogantes que concernían al proceso político en 1973-74 nos embarcamos, remontando la historia, en una indagación acerca de la especificidad del peronismo. Estamos ahora en condiciones de reformular de una manera más precisa la conclusión a que nos condujo esa exploración: la continuidad del peronismo, su coherencia y su especificidad *no se sitúan en el plano de los enunciados que componen la doctrina, sino en el plano de la enunciación*. Dicho de otra manera: en tanto fenómeno discursivo, *el peronismo no es otra cosa que un dispositivo particular de enunciación a través del cual el discurso se articula, de una manera específica, al campo político definido por las instituciones democráticas*.





Ahora bien, el fenómeno de la "izquierda" peronista, tal como se desenvolvió a partir de 1973, es una "lectura" del peronismo que pone en juego precisamente ese dispositivo de enunciación: los avatares del peronismo de "izquierda" no pueden comprenderse como respuesta a los *enunciados* peronistas sino como estrategia (fracasada) de inserción en el *dispositivo de enunciación* del peronismo.

Aquí reside, en definitiva, el interés que atribuimos al nivel de análisis en que nos hemos colocado en este libro. El estudio de los mecanismos discursivos permite, en primer lugar, identificar el nivel de pertinencia que es preciso definir para comprender la relación (y el enfrentamiento) entre el peronismo "histórico" y el peronismo de "izquierda". En segundo lugar, un análisis de la economía enunciativa de esa relación nos permite comprender por qué la "izquierda peronista" fracasó en su intento por insertarse en el movimiento peronista. Y en tercer lugar, dicho análisis nos lleva a formular algunas hipótesis que tal vez clarifiquen el problema de la relación entre el sistema político y los engranajes de la violencia.

Nuestro análisis comporta tres momentos y una conclusión.

En la primera parte nos colocamos *en producción*, vale decir, intentamos describir aquellas propiedades que definen el discurso de Perón en tanto origen del movimiento político que lleva su nombre y en tanto fuente de un cierto modo de definir la posición de *líder* dentro del campo político. Este análisis está orientado a mostrar que los invariantes que caracterizan la especificidad y la continuidad del discurso peronista a lo largo de su historia (1943-1974) no son invariantes de contenidos sino invariantes enunciativos, no son elementos que componen una "ideología" entre otras, sino elementos que determinan *una manera particular de articular la palabra política al sistema político*.

En la segunda parte abordamos ciertos fenómenos de la *circulación* del discurso político peronista durante el importante período del exilio (1955-1972). En la situación "normal" de producción/reconocimiento del discurso político, vale decir, cuando el discurso del líder político es proferido dentro del contexto nacional en el que resulta inmediatamente pertinente, la circulación sólo puede ser definida como *diferencia* entre la producción, por un lado, y las varias modalidades de reconocimiento a través de las

cuales el discurso produce sus múltiples "efectos" en distintos sectores de la sociedad, por otro lado.

Durante el período del exilio de Perón la voluntad del líder de mantener, pese al alejamiento físico, el control del movimiento peronista (y, a través de éste, de la situación política argentina) condujo al establecimiento de un complejo dispositivo de comunicación hecho de diferentes tipos de mensajes, mediaciones y representantes, que constituye una suerte de *materialización* de la circulación del discurso político, circunstancia sin duda excepcional dentro de la historia de un movimiento político en la época contemporánea, y que dio lugar al funcionamiento de lo que tal vez se pueda describir como eficacia a distancia. Lo que intentamos mostrar en esta segunda parte es que la "lógica" del sistema de comunicación establecido durante el exilio no es ajena a las características de la enunciación peronista tal como las describimos en la primera parte. Más aún: la eficacia de ese "control a distancia" *se explica* a la luz de los mecanismos de la enunciación peronista.

Sólo en la tercera parte nuestro análisis se coloca *en reconocimiento*. De los múltiples casos de reconocimiento en los que podrían estudiarse los "efectos" del discurso de Perón dentro y fuera del movimiento peronista hemos elegido uno, que nos parece central en el proceso correspondiente al período 1973-74, proceso que fue el punto de partida de nuestro trabajo. Ese caso es el de la Juventud Peronista y el movimiento Montoneros. Los avatares de la "izquierda" peronista representada por la juventud y en particular el modo en que la *creencia* operó en dicho contexto no pueden explicarse, a nuestro juicio, si no se los sitúa a la luz de las propiedades fundamentales de funcionamiento del discurso peronista, analizadas en las dos primeras partes.

La conclusión intenta, en fin, a partir del fenómeno peronista, discutir algunas consecuencias de nuestro análisis sobre la teoría del discurso político en general, y sintetizar nuestro punto de vista sobre la contribución que el análisis del discurso puede aportar al estudio de los procesos y los movimientos políticos.



# PRIMERA PARTE

# LA ENUNCIACIÓN PERONISTA

cuales el discurso produce sus múltiples "efectos" en distintos sectores de la sociedad, por otro lado.

Durante el período del exilio de Perón la voluntad del líder de mantener, pese al alejamiento físico, el control del movimiento peronista (y, a través de éste, de la situación política argentina) condujo al establecimiento de un complejo dispositivo de comunicación hecho de diferentes tipos de mensajes, mediaciones y representantes, que constituye una suerte de *materialización* de la circulación del discurso político, circunstancia sin duda excepcional dentro de la historia de un movimiento político en la época contemporánea, y que dio lugar al funcionamiento de lo que tal vez se pueda describir como eficacia a distancia. Lo que intentamos mostrar en esta segunda parte es que la "lógica" del sistema de comunicación establecido durante el exilio no es ajena a las características de la enunciación peronista tal como las describimos en la primera parte. Más aún: la eficacia de ese "control a distancia" *se explica* a la luz de los mecanismos de la enunciación peronista.

Sólo en la tercera parte nuestro análisis se coloca *en reconocimiento*. De los múltiples casos de reconocimiento en los que podrían estudiarse los "efectos" del discurso de Perón dentro y fuera del movimiento peronista hemos elegido uno, que nos parece central en el proceso correspondiente al período 1973-74, proceso que fue el punto de partida de nuestro trabajo. Ese caso es el de la Juventud Peronista y el movimiento Montoneros. Los avatares de la "izquierda" peronista representada por la juventud y en particular el modo en que la *creencia* operó en dicho contexto no pueden explicarse, a nuestro juicio, si no se los sitúa a la luz de las propiedades fundamentales de funcionamiento del discurso peronista, analizadas en las dos primeras partes.

La conclusión intenta, en fin, a partir del fenómeno peronista, discutir algunas consecuencias de nuestro análisis sobre la teoría del discurso político en general, y sintetizar nuestro punto de vista sobre la contribución que el análisis del discurso puede aportar al estudio de los procesos y los movimientos políticos.



# PRIMERA PARTE

# LA ENUNCIACIÓN PERONISTA

# EL MODELO DE LA LLEGADA

## "Llego del otro extremo del mundo"

El 20 de junio de 1973, Perón regresa a la Argentina por segunda vez después de la apertura política iniciada por el general Lanusse. Este segundo retorno aparece como definitivo: el peronismo ha ganado las elecciones el 11 de marzo y Héctor J. Cámpora ocupa el gobierno, en nombre de Perón, desde el 25 de mayo. La lucha, que se ha intensificado a partir del triunfo electoral entre la derecha y la izquierda del peronismo por el control de lo que los mismos actores en presencia llamarán el "espacio político", alcanza un primer "clímax" precisamente el 20 de junio, con motivo del regreso del líder. Una enorme concentración, estimada en más de un millón de personas, se organiza en las inmediaciones del aeropuerto internacional de Ezeiza. La Juventud Peronista y las varias organizaciones armadas de la izquierda peronista encuadran perfectamente el desplazamiento y la concentración de sus militantes, pero los grupos de derecha, tutelados principalmente por el ministro de Bienestar Social José López Rega, controlan el palco oficial. Enfrentamientos y tiroteos se suceden durante la tarde, produciendo numerosos muertos y heridos.[1] Ante esta situación de tensión extrema, el avión que conduce a Perón es desviado hacia el aeropuerto militar de Morón.

Al día siguiente, Perón pronuncia un discurso transmitido por la cadena de radio y de televisión. Se trata de su primer discurso público en la Argentina, después de dieciocho años de exilio. Mientras que el reencuentro con el

1. Ver descripción en "La Plaza", en la tercera parte de este libro.

líder, tan largamente esperado por sus partidarios, ha fracasado, Perón inicia al día siguiente su discurso definiendo a su destinatario de la manera más general posible: se trata del *pueblo argentino*.

"Deseo comenzar estas palabras con un saludo muy afectuoso al pueblo argentino. Llego del otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más alto. Por eso, al hablar a los argentinos, lo hago con el alma a flor de labio, y deseo que me escuchen también con el mismo estado de ánimo.
Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la pasión que animó toda mi vida, servir lealmente a la Patria. Y sólo pido a los argentinos que tengan fe en el gobierno justicialista, porque ése ha de ser el punto de partida para la larga marcha que iniciamos (...)."

El enunciador se coloca, como puede verse, en una posición peculiar que consiste en construir una *distancia* explícita entre sí mismo y sus destinatarios: "llego del otro extremo del mundo"; "llego casi desencarnado"; "nada puede perturbar mi espíritu"; "llego sin rencores ni pasiones"; se presenta como un puro espíritu, animado sólo por la pasión de servir lealmente a la patria. En esta obertura, conviene subrayarlo, la distancia es construida tanto respecto del pueblo argentino nombrado como destinatario explícito de esas palabras ("llego del otro extremo del mundo") cuanto respecto de sus propios partidarios ("retorno sin rencores ni pasiones") quienes, veinticuatro horas antes, han protagonizado una explosión particularmente violenta de "rencor y pasión". A "los argentinos" (destinatario genérico) sólo les pide una cosa: que tengan fe en el gobierno justicialista.

Este preámbulo del discurso del 20 de junio de 1973 es interesante, porque admite de inmediato una lectura puramente circunstancial. Perón acaba de regresar definitivamente al país tras 18 años de ausencia. La distancia que cobra forma aquí como encuadre general del discurso no traduciría más que la distancia real vivida por el exiliado que vuelve a un país que no puede ser otra cosa que una Patria abstracta. La pureza patriótica expresaría el fin del exilio, a la vez que el rol voluntariamente marginal que Perón ha jugado en el reciente proceso político: Perón ha ganado de hecho las elecciones, sin presentarse como candidato. Prolongando la misma estrategia contenida en ese rol premeditadamente marginal, Perón estaría aquí presentándose como el conciliador de todos los argentinos. Al





mismo tiempo, el tema del regreso no sería otra cosa que la materialización, la *realización final*, en cierto modo, del mito del "retorno", que se ha mantenido vivo durante esos 18 años de ausencia.

La lectura que acabamos de evocar esquemáticamente es, sin duda alguna, *plausible*: da cuenta del fragmento como una introducción cuyos elementos se adaptan perfectamente a las circunstancias inmediatas en que el discurso ha sido pronunciado, y a la coyuntura política. Y sin embargo, dicha lectura desconoce el hecho de que *esos mismos elementos* poseen un valor que trasciende la situación inmediata, un valor que reenvía a un *funcionamiento discursivo sistemático*, y es este nivel de funcionamiento el que nos interesa aquí. No se trata pues de afirmar que la lectura circunstancial es "falsa"; ella simplemente oculta (o ignora) otro nivel que está igualmente presente en el fragmento que comentamos. Porque *no es la primera vez que Perón construye su posición de enunciador como la de alguien que llega.*

La presencia de una suerte de "modelo general de la llegada" se manifiesta si recorremos el conjunto de la producción discursiva de Perón. El modelo aparece ya nítidamente cuando Perón hace su primera entrada en la escena política.

Consideremos los siguientes fragmentos:

"Soy un humilde soldado que cumple con un deber impuesto por la hora; y pueden estar seguros que lo mejor que puede existir en mí es la buena voluntad..." (12.8.44).

"Soy un austero soldado que no tengo ambiciones ni las tendré nunca..." (15.10.44).

"Llego a vuestra presencia con la emoción que me produce sentirme confundido entre este mar humano de conciencias honradas... llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social..." (12.2.46).

"...no soy nada más que argentino; que no tengo otra ideología que el pueblo de mi patria, ni otro partido político que mi patria..." (10.8.44).

"...Por eso el ejército ha expuesto la vida y la carrera de sus integrantes sin otro interés que el bien del país, que es el bien de todos. En esta

empresa, yo no tenía nada que ganar, absolutamente nada. Pude perderlo todo" (31.8.44).

"Afortunadamente, nosotros no somos hombres importantes, somos modestos soldados que nos hemos dado a servir una causa y no tenemos la pretensión de hacerlo todo bien pero sí de hacerlo con honradez y con buena voluntad. Y así como pensamos que cada hombre debe servir a sus semejantes, pensamos asimismo que el pueblo no está para servir al gobierno, sino el gobierno para servir al pueblo. (...) No queremos nada, no tenemos nada; pero aspiramos a que nadie pueda decir jamás que la Secretaría de Trabajo no haya obrado con justicia y con honradez" (9.12.44).

Varios elementos fundamentales parecen componer este modelo del enunciador como "alguien que llega".

En primer lugar, Perón es alguien que viene de *afuera*. Si ese "exterior" desde el cual llega es, en 1973, el exterior geográfico del exilio, en sus primeros discursos era un exterior abstracto, por decirlo así, *extra-político*: el cuartel.

"...cuando yo caiga en esa lucha en que voluntariamente me enrolo, estoy seguro que otro hombre más joven y mejor dotado tomará de mis manos la bandera y la llevará al triunfo. Para un soldado, nada hay más grato que quemarse en la llama épica y sagrada para alumbrar el camino de la victoria" (2.12.43).

El proceso de la llegada está pues fuertemente marcado por el universo metafórico del imaginario militar.

¿Cómo se justifica el acto mismo de venir, cómo se explicitan las motivaciones de aquel que ha decidido venir? Esas motivaciones están construidas también como sentimientos extra-políticos, valores que no son otra cosa que el conjunto de deberes y virtudes del soldado: austeridad, patriotismo, sinceridad, honradez, humildad, buena voluntad.

¿Cuáles son, en fin, los objetivos de esta venida? Comienza a dibujarse aquí lo que será el lugar del *pueblo*, y la relación que se establecerá entre Perón y el pueblo como relación de *exterioridad*: "llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social".

Conviene precisar la naturaleza de esta relación Perón/pueblo, en sus dos direcciones.





*De Perón hacia el pueblo*: Perón caracteriza su propia acción como un *servicio*, impuesto simplemente por el *deber del soldado*. Este último no tiene nada, no quiere nada para sí mismo; está sólo movido por el interés de la Patria y llega para servir al pueblo. He aquí otro texto significativo:

"Personalmente, con el apoyo del excelentísimo señor Presidente de la Nación y del gabinete que colabora en sus tareas, he aceptado la responsabilidad de tomar a mi cargo la defensa de la clase trabajadora. Entiendo esa causa y esa defensa, tal como la entienden los soldados; y la resumo en estas palabras: 'Defenderla hasta morir por ella, si es necesario' " (25.6.44).

*Del pueblo hacia Perón*: Este pueblo tiene anhelos, anhelos de "redención social", frustrados durante muchos años. Perón llega y ese pueblo *no está más solo*. La posición del pueblo aparece así, necesariamente, como la de un actor social *pasivo*. En efecto, ¿qué es lo que Perón, soldado providencial, solicita del pueblo? Confianza, en primer lugar, que deberá transformarse luego (y el pedido reaparece, como hemos visto, a su llegada en 1973) *en fe*:

"Trabajamos empeñosa y asiduamente para todos. Para vosotros y para nosotros, en una labor exenta de promesas y palabras, para que nadie en esta tierra generosa y altiva sienta la angustia de sentirse socialmente olvidado (...) Y esta labor de justicia que cumplimos, sin pausa y sin desmayo y sin otra aspiración que la de trabajar por la grandeza de la patria, nos ha deparado grandes satisfacciones (...). Decenas de delegaciones nos traen sus problemas, sus esperanzas, sus aspiraciones.
Llegan, desde todos los puntos del país, alentando la confianza de un pueblo defraudado que comienza a creer en la justicia social; y siente, por primera vez, el orgullo de saberse escuchado, y de sentirse argentino.
Yo, en este día clásico de los trabajadores, prometo en nombre del gobierno, que esa confianza no será defraudada. Las nuevas conquistas darán a esta conmemoración un sentido más patriótico y más argentino" (1.5.44).

"Al hablar en otra oportunidad a los trabajadores de la patria, les solicité que tuvieran confianza en nuestra honradez y decisión. Hoy

me encuentro absolutamente persuadido de que esa confianza existe y que ella debe constituir el fundamento de lo que les pediré en este momento a los trabajadores compatriotas. Es necesario que esa confianza se transforme hoy en fe, sobre lo que todavía debemos realizar..." (8.7.44).

"En los primeros tiempos de la Secretaría de Trabajo, yo pedí a los trabajadores confianza; después les pedí fe y no me han defraudado jamás. Ahora necesitamos la cooperación de todos para salvar nuestras conquistas, que no deben perderse y llevar adelante los postulados de nuestra justicia social, en lo que no estamos ganando nada para nosotros, sino para nuestro pueblo. Y si es necesario, pediremos ayuda a los trabajadores, persuadidos que no defendemos nuestras posiciones, que no nos interesan, sino las que han alcanzado los trabajadores argentinos, que no podrán ceder en adelante un solo paso en las conquistas logradas" (11.10.44).

El orden cronológico en que hemos reproducido los tres últimos fragmentos permite subrayar el desarrollo progresivo de la construcción que hace Perón de su relación con el pueblo: primero pide al pueblo confianza; luego la confianza debe transformarse en fe; en tercer lugar, solicita colaboración, la colaboración *de todos*. "Si es necesario –agrega– pediremos ayuda a los trabajadores": esta frase es una excelente prueba indirecta a la vez de la exterioridad de la relación y de la semantización *pasiva* del pueblo. Si es cierto que este último aparece identificado con los trabajadores, ninguna acción específica se solicita de ellos. El "pedido de ayuda a los trabajadores" es contemplado, a fines de 1944, como una eventualidad, como un recurso último al que apelaría "si es necesario". Y nótese la presencia, siempre implícita, de la distancia: el eventual pedido de colaboración no sería hecho para defender las posiciones de Perón, "que no le interesan", sino las de los trabajadores.

Esta primera construcción de la relación Perón/pueblo se apoya en una *suerte de modelo especular*, elaborado en ese registro sensorial que es, por excelencia, el registro del contacto en la distancia: *la mirada*. En efecto, antes de su intervención providencial, Perón *observaba, desde afuera*, lo que ocurría en el país:

"Simple espectador, como he sido, en mi vida de soldado, de la evolución de la economía nacional y de las relaciones entre





patrones y trabajadores, nunca he podido avenirme a la idea, tan corriente, de que los problemas que tal relación origina sean materia privativa de las partes directamente interesadas" (...) (2.12.43).

Observar, desde afuera, la situación del país, es la posición propia *del soldado en el cuartel*. A partir del momento en que comienza a intervenir en la vida política desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, lo que Perón va a solicitar del pueblo es que *éste, a su vez, observe ahora lo que Perón está realizando en su favor*. Se confirman así a la vez la exterioridad de la relación Perón/pueblo y la pasividad de este último: la confianza del pueblo proporciona a Perón el tiempo inicial necesario para comenzar *a hacer*; de la constatación de *las acciones* realizadas nacerá la fe. Acciones, y no palabras: "Trabajamos empeñosamente... en una labor exenta de promesas y palabras". La construcción del pueblo como observador de los actos de Perón está pues en el origen de uno de los eslóganes fundamentales del peronismo: "Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar". El *comportamiento* de Perón aparece así definido como el más claro de los mensajes:

"No tenemos la costumbre de prometer, sino de hacer. Por eso no vengo a prometerles nada. Ustedes verán a través del tiempo las realizaciones que nosotros ejecutaremos; irán viendo día a día el progreso respecto de los problemas que las clases trabajadoras de nuestro país vienen planteando desde hace veinte o treinta años, sin ningún resultado" (17.6.44).

"Sería inútil que yo tratara de explicar cómo hemos cumplido con este postulado, que encierra todo el contenido social de la Revolución. Yo prefiero seguir como hasta ahora, sosteniendo que mejor que decir es hacer, y mejor que prometer es realizar" (28.7.44).

Si este eslogan define, por un lado, la conducta del propio Perón, otra consigna, no menos célebre, se aplicará al comportamiento que Perón espera del pueblo: "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Difícilmente otra fórmula expresaría mejor esa posición que hemos caracterizado como la pasividad del pueblo.

El 10 de octubre de 1945, el entonces coronel Perón es obligado a renunciar a su cargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión. En ese momento crítico, se dirige así a los trabajadores:

"Estamos empeñados en una batalla que ganaremos porque es el mundo el que marcha en esa dirección. Hay que tener fe en esa lucha y en ese futuro. (...) Al dejar el gobierno, pido una vez más a ustedes que se despojen de todo otro sentimiento que no sea el de servir directamente a la clase trabajadora. Desde anoche, con motivo de mi alejamiento de la función pública, ha corrido en algunos círculos la versión de que los obreros están agitados. Yo les pido que en esta lucha me escuchen. No se vence con violencia; se vence con inteligencia y organización. Por ello les pido que conserven una calma absoluta y cumplan con lo que es nuestro lema de siempre: del trabajo a casa y de casa al trabajo (...) Recuerden y mantengan grabado el lema 'de casa al trabajo y del trabajo a casa' y con eso venceremos" (10.10.45).

Más tarde, cuando Perón es ya presidente y el problema de la representación se ha materializado, por decirlo así, en el proceso electoral, el propio Perón evocará esos años de entrada en la escena política con la misma imagen de un país que no hace otra cosa que observar, con entusiasmo y asombro, el mensaje contenido en sus realizaciones:

"Y no puedo alejar de mi mente las primeras armas hechas en favor de las masas obreras; las inquietudes de las batallas que se avecinaban para imponer la justicia social; las manifestaciones de entusiasmo cuando el pueblo percibió que le iban llegando los primeros destellos de sus anheladas reivindicaciones; el asombro que producía este avance a los que habían convertido la ley en un instrumento para oprimir a los humildes" (1.5.49).

"Poco a poco el pueblo comenzó a entendernos. Hombres sin fe y sin esperanza empezaron a vislumbrar una vida distinta... y alentados por las realidades de una nueva conducta de gobernantes, comenzaron a sentirse otra vez unidos al destino de la Patria..." (1.5.50).

El mismo modelo reaparecerá, intacto, hacia el fin del proceso. En el discurso que Perón pronuncia con motivo de la renuncia del presidente Cámpora, el 13 de julio de 1973, dirá:

"Si Dios me da salud y si Dios me lo permite, he de gastar hasta el último esfuerzo de mi vida para cumplir la misión que pueda corresponderme. No sé cuál será la decisión del pueblo argentino. Ni me interesa. Pero cualquiera fuera el designio que ha de plantearse para el futuro inmediato y mediato de la República, yo seguiré siendo un soldado a su servicio, en el cual empeñaré, no solamente mi honor, sino también mi vida.
Quiero hacer llegar a través de este medio mi profundo agradecimiento al pueblo argentino que una vez más nos está dando su confianza y nos está mostrando su fe. Fe y confianza que nosotros hemos de llevar adelante..." (13.7.73).





Aquel que llega de un exterior absoluto, que pide a su pueblo confianza y fe, porque sus obras hablarán por él, y que concibe su llegada como el estricto cumplimiento de una misión superior, el Bien de la Patria, no es, en efecto, nada más ni nada menos que un Redentor: "Llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social".

El modelo de la llegada no es otra cosa que un modelo de la *presencia*: si he decidido venir, es porque he observado, desde afuera, vuestra situación. *Ahora estoy aquí*. Observen lo que hago por ustedes: eso bastará. Si la reciprocidad de la metáfora de la mirada es tan importante, ello se debe al hecho de que la relación entre el líder y el pueblo queda definida por un contacto que es al mismo tiempo distancia e inmovilidad: la co-presencia de ambos. El primero actúa y habla; el segundo confía y observa, mudo, la convergencia progresiva entre la esperanza y la realidad: la palabra del primero y la situación del segundo terminarán por coincidir.

## Del cuartel al Estado, o la anulación de la historia

Entre 1943 y 1946, Perón elabora pues su presencia como una llegada. ¿De dónde viene? ¿A dónde llega? La respuesta es simple: viene del cuartel y llega al Estado. Ese pasaje del cuartel al Estado es, evidentemente, una entrada en la política, pero la transición no será nunca explicitada en esos términos: la política es lo que ha permitido que la Patria se deteriore, la política es conflicto. Perón es la unificación armoniosa de pueblo, Patria y Estado.

"El Estado manteníase alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber. (...) La táctica del Estado abstencionista era encontrarse frente a ciudadanos aislados,

desamparados y económicamente débiles, con el fin de pulverizar las fuerzas productoras y conseguir, por contraste, un poder arrollador" (2.12.43).

"Treinta o cuarenta años de absoluto abandono de las clases obreras en nuestro país no podemos reponerlo en pocos meses. Nuestro trabajo es abrumador. Trabajamos día y noche, sin descanso, para poder remediar esa falta de justicia social que ha imperado durante cuarenta años" (17.6.44).

Ahora bien, el modelo de la llegada conduce necesariamente a una pregunta: ¿por qué la llegada se produce en un momento dado, por qué no antes, o después? ¿Por qué haber esperado el 4 de junio de 1943, si el "absoluto abandono" dura desde hace treinta o cuarenta años? ¿Por qué Perón, soldado providencial, no ha intervenido antes?[2] En la lógica del modelo que estamos analizando, la explicitación de la racionalidad de la llegada es inseparable de una justificación de la no intervención precedente.

La doble explicación, de la ausencia y de la presencia, se articula por medio del par de conceptos *cuartel/ejército*.

El uso de estos conceptos trasciende sin duda el peronismo propiamente dicho, y forma parte de la semántica política argentina.[3] El *cuartel* es el lugar cerrado, autónomo, del ejercicio de las armas. Es el lugar del *soldado*. En el cuartel, el soldado aprende a desenvolver sus virtudes patrióticas; el cuartel es el lugar de la comunión con la Patria como ente abstracto, el lugar donde el enemigo es el extranjero y la guerra la única actividad legítima.

Ser un soldado en el cuartel es no estar en ninguna parte. El soldado observa la sociedad desde fuera de la sociedad. Ahora bien, si es un lugar cerrado y autónomo, el cuartel no es impermeable: posee una suerte de porosidad que permite, en determinados momentos, que el rumor que viene de la sociedad llegue hasta el ejército encerrado en él. El soldado que responde al clamor de la sociedad deviene ejército que abandona el cuartel para cumplir el deber patriótico.

2. Aunque no lo mencionará en sus discursos públicos, Perón ha participado en el golpe de Estado de 1930, el primero que derrocó a un gobierno constitucional en la Argentina; él mismo lo relata en su libro *Mis tres revoluciones*, donde detalla asimismo la historia de la gestación del golpe de 1943.

3. *Cf.* Sigal, S., "Sur le discours militaire: Argentine 1976-1978 et un déjà vu", en *L'Homme et la Société*, N° 71-72, París, 1984.





Estos elementos están nítidamente presentes en la Proclama "Al pueblo de la República Argentina" de la Revolución del 4 de junio, que según su propio testimonio fue redactada por Perón:

"Las Fuerzas Armadas de la Nación, fieles y celosas guardianas del honor y tradiciones de la patria, como asimismo del bienestar, los derechos y libertades del pueblo argentino, han venido observando silenciosa pero muy atentamente las actividades y el desempeño de las autoridades superiores de la Nación.
Ha sido ingrata y dolorosa la comprobación (...)
Dichas fuerzas, conscientes de la responsabilidad que asumen ante la historia y ante su pueblo –cuyo clamor ha llegado hasta los cuarteles–, deciden cumplir con el deber de esta hora: que les impone salir en defensa de los sagrados intereses de la Patria" (4.6.43).

El ejército es pues, por un lado, el conjunto de los soldados y, por otro, una entidad que, a través de la defensa de la Patria, está (o debe estar) unida al pueblo y puede, en determinados momentos, interesarse directamente en el funcionamiento del Estado.

"...nadie, absolutamente nadie, puede honradamente desconocer el profundo sentido social de la Revolución de junio. Los motivos que la originaron y el espíritu que la anima surgen de la misma, de la innegable realidad argentina.
El ejército no abandonó sus cuarteles movido por un sentimiento de ambición.
Fue el clamor de la calle, del taller y del campo el que llegó hasta ellos para golpear a sus puertas en demanda de justicia. Y el Ejército y la Armada –partes vivas de la indivisa unidad nacional– respondieron patrióticamente. Abandonaron la tranquilidad de los acantonamientos. Salieron a la calle precedidos en su marcha por el mismo pueblo que los estimula y aclama.
No hubiéramos podido justificar nunca ante nuestra conciencia y ante la historia, una actitud indiferente, frente a la realidad política y a la realidad social de aquella hora.
Un deseo superior de justicia fue el motor que impulsó a la revolución triunfante" (1.5.44).

El ejército abandona los cuarteles porque escucha el clamor de la sociedad y constata que

"El panorama que ofrecía en aquellos instantes todo lo que se refiere a la vida de relación que el trabajo engendra era desolador" (1.5.44).

En ese "momento dado", que en cierto modo está fuera del tiempo, el ejército, que observaba atentamente lo que ocurría en el país, llega a esta suerte de *constatación instantánea*, de *comprensión inmediata*, que resume prácticamente toda la vida del país: percibe así el panorama de la degradación de la sociedad y del Estado.

Si decimos que se trata de una comprensión instantánea, a-histórica, es porque ella se realiza *desde un lugar que está fuera del tiempo* (el cuartel), *desde otra sociedad*, completamente ajena, precisamente, a la degradación de la sociedad civil:

"Enfrentamos el problema con decisión y con energía de soldados (...) entiendo que la organización interna del ejército está concebida con un auténtico sentido orgánico-social y es una cátedra ejemplar de disciplina, de camaradería, de patriotismo, de jerarquía y de respeto. Allí no existen ni postergaciones injustificadas ni ascensos inmerecidos. El escalafón se cumple sin excepciones y sin privilegios, con un sentido estricto de selección y de justicia, que no es, ni puede ser, ni queremos que sea un beneficio exclusivo de las fuerzas armadas, sino una conquista social que alcance a todos los argentinos" (1.5.44).

Esa sociedad *otra*, que funciona tras los muros del cuartel, es la contraimagen exacta de la sociedad exterior: esta última está fragmentada por los políticos, mientras la primera se funda en un auténtico sentido orgánico; en la sociedad exterior reina la injusticia, los privilegios inmerecidos, las prebendas, mientras que la sociedad militar es un ejemplo de jerarquía y de respeto. Y si el ejército, saliendo del cuartel, está en condiciones de restablecer la justicia en la sociedad exterior y en el Estado, es porque *él mismo es una sociedad justa*. El ejército sale a la calle para aportar a la sociedad civil la justicia que es la suya propia, desde siempre, dentro del cuartel.

La llegada de Perón es pues, en un primer momento al menos, la llegada del ejército. Soldado en el cuartel, Perón se sitúa fuera de la sociedad; miembro del ejército, Perón sale del cuartel movido por el sentido del deber ineludible de restablecer la justicia en la sociedad. No intervenir equivaldría a ser indiferente al destino de la Patria. Su llegada es, podríamos decir, el *encuentro de los valores*





*inmutables de la sociedad militar con los valores degradados de la sociedad civil*, una suerte de intervención de la a-temporalidad patriótica de la sociedad militar en el tiempo histórico de la sociedad civil y del Estado. *En este encuentro, no es el ejército quien se "historiza", sino la sociedad civil que será despojada de su historicidad.*

En efecto, el único elemento "histórico" de semejante encuentro es el hecho de que la llegada tiene lugar *en un momento determinado*. La intervención será pues descripta como "una circunstancia especial":

"El Ejército, que se responsabiliza de la cosa pública, lo hizo por una circunstancia especial. Él, que es la fuerza moderadora de los Estados en la época presente, se hizo custodia de la Nación en un momento en que no había quien asegurase todos los aspectos de la justicia en el país" (25.6.44).

Pero es en el espacio-tiempo a-histórico del cuartel que la constatación de la degradación del país se efectúa y donde la decisión de intervenir se toma: el pasaje del cuartel al Estado sólo podrá ser definido, en consecuencia, como fundado en los valores inmutables de la Patria. Dicho de otra manera: ese "panorama desolador" del país *será absorbido por el tiempo mítico de la Patria*.

Para explicar el pasaje, la salida del cuartel, Perón deberá convertir el 4 de junio de 1943 en un momento grave para la Patria, en un momento que no formará ya parte de ese tiempo de la historia concreta donde el país se degrada, sino en un momento del tiempo a-histórico de la construcción de la Patria:

"En 1816, el Congreso de Tucumán 'recibía a la Patria casi cadáver', ha dicho uno de nuestros grandes historiadores.
Y en verdad era así (...)
El cuadro de la situación no podía ser más sombrío.
Pero, porque creyeron firmemente; porque tuvieron fe en sí mismos y en el destino glorioso de la Patria; porque veían la realidad futura, presintiéndola en la exaltación mística de sus ideales, pudo el Capitán de los Andes remover las montañas, convirtiendo el sueño de la libertad argentina en la bandera triunfante de la emancipación sudamericana; y pudieron los Congresales de Tucumán rasgar las tinieblas que se cernían sobre la nación incipiente... (...)
Virtudes militares, como veis, han sido y siguen siendo virtudes del alma argentina (...)

Por eso yo, que soy, como vosotros, un soldado que vive sostenido por ese místico soplo de vocación que le hace vestir con orgullosa sobriedad el uniforme de la Patria, llevándolo con la prestancia y altivez propia de los hombres libres; que fui llamado por el pueblo en una hora grave de la historia del mundo, para que levantara y mantuviera en alto la bandera de la justicia social, de la recuperación nacional y de la soberanía junto a la enseña bendita de la Patria, quiero asociar esta noche, haciendo justicia histórica, al nombre de nuestros primeros próceres, el de los gobernantes y estadistas argentinos, civiles y militares, que en circunstancias de apremio para el país... pusieron por delante el corazón de patriotas y ofrecieron a nuestra tierra lo mejor de sí mismos... (...)
Y así, etapa tras etapa, llegamos a nuestros días. (...)
Hace tres años, la Nación volvió a hacer un alto en el camino.
La historia de los días infaustos se repetía (...)
Había, pues, que recurrir, una vez más, a las virtudes patricias que dormían en el alma argentina.
Y el alma argentina despertó" (5.7.46).

La historia de la Nación está constituida, como puede verse, por un tiempo *cíclico, repetitivo*, está hecha de esos "momentos fuertes" que consisten en lo que hemos caracterizado como el encuentro de la sociedad militar, que conserva, tras los muros del cuartel, los valores puros de la Patria, con la sociedad exterior que, entretanto, se ha degradado. El "tiempo intersticial" que transcurre entre esos "momentos fuertes" no cuenta. "Y así, etapa tras etapa, llegamos hasta nuestros días": la absorción del tiempo concreto de la historia del país por el tiempo "fuerte" de la historia de la patria sólo deja en pie las "horas graves". El ejército no tiene historia; representa esa sociedad militar, enclaustrada, donde se reiteran los valores de su origen. Si en 1816 sociedad y ejército coinciden, ya que es entonces que la Patria nace, de ahí en adelante es la sociedad que degenera. El origen es puro, el tiempo histórico acarrea la descomposición progresiva:

"Nuestra Nación como todas las naciones nuevas entronca políticamente en un patriciado con todas las virtudes que tienen siempre los patriciados, formadores de nacionalidades. El nuestro, indudablemente virtuoso, se formó desde abajo y desde allí formó la Nación. Después, la sucesión del gobierno de la cosa pública fue pasando a otras manos, quizás descendientes del patriciado,





pero que, por la acción del tiempo y de la molicie, había perdido las grandes virtudes de sus antepasados. Es así, que como todos los patriciados que entregan a sus descendientes el manejo de la cosa pública, éste se convirtió en una oligarquía" (28.7.44).

Perón no tiene más historia que el ejército: cuando entra en la escena pública, lo hace como San Martín cruzó los Andes. No mencionará nunca a Yrigoyen en sus discursos anteriores a 1946 y no hará jamás mención de la ruptura de la legalidad constitucional en 1930. La historia es la descomposición progresiva que llega a un punto insostenible, el 4 de junio de 1943, cuando Perón, "humilde soldado al que le ha cabido el honor de defender a la clase trabajadora", sale del cuartel.

La intervención del líder queda así definida, como puede verse, como acción que lo coloca en el lugar de una carencia: la insuficiencia, el disfuncionamiento de las instituciones (del Estado) que resulta de la degradación de la sociedad civil. Su *presencia* se vuelve así el significante de una *ausencia* que el líder viene a asumir: llegar quiere decir venir a ocupar el lugar de esa "cosa pública" que no existe más y que es sin embargo indispensable para que la Nación exista.

## Ejército, pueblo, trabajadores: colectivos y posición de enunciación

Es a la luz del análisis que acabamos de hacer que debe situarse la *especificidad* del golpe del 4 de junio de 1943 tal como ella aparece en el discurso de Perón. No es contradictorio con dicho análisis, en efecto, afirmar que en cada uno de esos "tiempos fuertes" de la temporalidad patriótica los motivos que han obligado al soldado a salir del cuartel pueden estar marcados por la coyuntura. En 1943, la cuestión crucial es la cuestión social, ella concierne al mundo del trabajo:

"Los patrones, los obreros y el Estado constituyen las partes de todo problema social. (...)
El Estado argentino intensifica el cumplimiento de su deber social. (...)
El trabajo, después del hogar y la escuela, es un insustituible moldeador del carácter de los individuos y, según sean éstos, así serán los hábitos y costumbres colectivos, forjadores inseparables de la tradición nacional.

Por tener muy firme esta convicción, he lamentado la despreocupación, la indiferencia y el abandono en que los hombres de gobierno, por escrúpulos formalistas repudiados por el propio pueblo, prefirieran adoptar una actitud negativa o expectante ante la crisis y las convulsiones ideológicas, económicas y sentimentales que han sufrido cuantos elementos intervienen en la vida de relación que el trabajo engendra.
El Estado manteníase alejado de la población trabajadora..." (2.12.43).

"Nadie puede ignorar el principio que provocó la creación de este organismo con que el Estado aceleraba el cumplimiento de un deber social que habían desconocido o postergado, por incomprensión o por conveniencia, sus antecesores. (...)
La creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, señala el punto de partida de la era de política y justicia social argentina, dejando atrás para siempre, la época de inestabilidad y de desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patronos y trabajadores. (...)
No existe ningún conflicto social que no pueda tener una solución justa" (3.5.44).
"Esta Revolución encierra un contenido social. Sin contenido social, sería totalmente intrascendente y no habríamos hecho otra cosa que una de las veinte revoluciones que han tenido lugar en el país, y que han caído en el vacío, terminando por morir de inanición, desde el punto de vista ideológico, porque no hubieron hombres que las apoyaron" (17.7.44).

Si la Revolución del 4 de junio no es un golpe de Estado más, ello se debe precisamente a su vocación de justicia *social*, a su objetivo de mejorar la condición *de los trabajadores*. Obsérvese que en la referencia a la situación anterior a su propia llegada, a las "veinte revoluciones que han tenido lugar en el país", Perón no descalifica las intervenciones militares en cuanto tales: si estas intervenciones fracasaron, fue porque no encontraron hombres que las apoyaran. En 1943, la situación no puede ser la misma, porque se trata de una Revolución de contenido *social*.

Se plantea así el problema de la ecuación posible, en la primera etapa del fenómeno peronista, entre *ejército*, *pueblo* y *trabajadores*. A la luz de lo que hemos dicho sobre el modelo de la llegada y sobre sus componentes de distancia y exterioridad, no sorprenderá el hecho de que se trata de una ecuación





particularmente compleja, de una suerte de *tendencia* dentro del discurso de Perón, más bien que de una identificación cristalizada. En algunos textos, la ecuación aparece de manera explícita:

"El ejército, que es como decir el pueblo mismo, tiene actualmente a su cargo todo lo que se refiere a las tareas de evacuación, saneamiento y cuidado de la población sanjuanina..." (19.1.44).

Obsérvese el siguiente fragmento, que ya hemos citado parcialmente:

"El ejército, que se responsabiliza de la cosa pública, lo hizo por una circunstancia especial. Él, que es la fuerza moderadora de los Estados en la época presente, se hizo custodia de la Nación en un momento en que no había quien asegurase todos los aspectos de la justicia en el país.
Ello *nos* ha permitido acercarnos a la masa trabajadora, realizando así una conjunción indispensable en el Estado moderno, porque los dos representan, en su aspecto cualitativo, la masa de la Nación" (25.6.44).

¿A qué reenvía la marca pronominal ("nos") que hemos subrayado? ¿Perón es allí el portavoz de la entidad colectiva 'Ejército' o se perfila ya como enunciador-líder?

El mismo discurso prosigue de la siguiente manera:

"*Nosotros* no hablamos de los trabajadores con conocimientos teóricos. Recibimos a *vuestros* hijos y a *vuestros* hermanos. Conocemos *vuestros* pesares y *vuestras* desgracias. Sabemos cómo viven los hombres de la Patria" (25.6.44).

El dispositivo de enunciación es, en este fragmento, explícito: separa claramente al enunciador (nosotros) de un vosotros al que el enunciador se dirige y que son los trabajadores. Pareciera pues que Perón se coloca, en este tipo de construcción, como un *no trabajador*.

Otros textos muestran claramente que la ecuación ejército = pueblo = trabajadores, expresa un *objetivo* a alcanzar por la Revolución y no un estado inicial: esos colectivos *se encuentran de hecho separados* en la situación anterior a la llegada, a la intervención de Perón:

"...a pesar de que durante muchos años el Ejército ha estado separado de la masa trabajadora, afirmo que ello no volverá a repetirse jamás en nuestra patria" (20.7.44).
"Esa unión, única capaz de hacer nuestra grandeza, la comenzamos a hacer con sus dos fuerzas fundamentales: el Ejército y los trabajadores" (23.7.44).

La separación entre ejército, pueblo y trabajadores forma parte, pues, del "panorama desolador". Y Perón no sólo señala el hecho de la separación, sino que además identifica a los responsables: los *políticos*.

"Ha terminado la época en que los políticos ponían al Ejército frente al pueblo. Hoy, el Ejército y el pueblo marchan en la misma dirección y por el mismo camino (...)
La Secretaría de Trabajo y Previsión no es un organismo estatal más, sino que es la casa de los verdaderos trabajadores, la casa que ha de defenderlos a ustedes contra cualquier injusticia del pasado, del presente y del porvenir. Es, en otras palabras, la garantía de que en este país no volverá a producirse el drama de una clase trabajadora olvidada por los poderes públicos y engañada por los políticos durante más de cincuenta años" (10.8.44).

Vemos entonces que la entrada en escena del ejército marca el inicio de un proceso en que su unidad con el pueblo se vuelve *posible*. Y las etapas de este proceso confirman nuestras hipótesis sobre la distancia y la exterioridad, proyectadas ahora sobre el eje temporal del *desenvolvimiento* de la Revolución:

"El segundo postulado: el de la justicia social; contenido profundamente humano sin el cual nuestra Revolución habría pasado a ser un cuartelazo más, intrascendente e inútil.
No queremos restar méritos a nadie. La revolución que no pertenece al pueblo no es una revolución. Las fuerzas armadas de la Nación en el momento decisivo fueron el cerebro, fueron el corazón y el brazo ejecutor. Pusieron su vida al servicio de la Nación. Pero terminado ese período, empuñaron el gobierno para hacer comprender al pueblo sano y patriota que éste es un movimiento nacional que ha de llegar en su trascendencia a una estructuración de nuevos valores..." (10.8.44).





"La Revolución, en su aspecto integral, puede ser dividida en tres fases distintas: la preparación, el golpe de Estado y la revolución misma.
La preparación y el golpe de Estado en las revoluciones que han sido bien planeadas son realizados siempre por las fuerzas armadas. (...) Y así como el principio de la realización de una revolución impone no mezclar al pueblo en su preparación y en la ejecución del golpe de Estado mismo, también un principio que rige esta clase de operaciones impone que en su tercera fase sea cada vez mayor la intervención del pueblo, porque una revolución que no infunde en la población del país sus ideales es una revolución que fracasará indefectiblemente; y entonces, más bien hubiera convenido no ejecutarla" (28.7.44).

La estrategia afirma explícitamente la exclusión del pueblo de las dos primeras etapas de la revolución. La ecuación ejército = pueblo = trabajadores, se dibuja como una posibilidad de la tercera etapa. Y ya conocemos, desde el punto de vista de la demanda del líder hacia el pueblo, cuál es la secuencia que va a articular esa tercera etapa: confianza primero, fe después, colaboración, en fin.

Pero si es el lugar del pueblo en el proceso de la revolución lo que va a definirse en la tercera etapa, aquella de "la revolución misma", automáticamente y por un mismo movimiento se perfilará la posición del líder *como mediación absolutamente indispensable*. Es sólo por Perón y a través de Perón que la ecuación ejército = pueblo = trabajadores puede resolverse. Ese punto nodal, esa articulación crítica que es el lugar del enunciador-líder, aparece ya plenamente constituido en un discurso de julio de 1944:

"Sólo ostento tres títulos que me enorgullecen: el de ser soldado, el de ser considerado primer trabajador argentino, y el de ser patriota. El de soldado me lo he ganado con 35 años de servicios, honradamente prestados a la Nación; el de trabajador argentino me lo habéis otorgado vosotros con un gesto que colma mi felicidad de hombre y de ciudadano, y el de patriota lo debo a la Providencia, que ha hecho que tenga la dicha de haber nacido en este país, que tanto amo y amaré por sobre todas las cosas.
Al asumir la alta función para la que he sido designado por el excelentísimo señor Presidente de la Nación, esos tres títulos





serán el mandato que encaminará mi acción durante el desempeño de mi alta investidura; el de soldado, para cumplir las finalidades fijadas por el Ejército de la patria, que no sabe de egoísmos ni de claudicaciones mezquinas; el de primer trabajador argentino, para continuar en la defensa de la clase trabajadora en que nos hallamos empeñados por el mandato de una justicia superior a todas las demás, que es la de lograr la felicidad de la patria buscando el bienestar de las masas que laboran su grandeza; el de patriota, para trabajar hasta el último aliento por el engrandecimiento material y moral de nuestra patria; y, si fuera necesario, cuando ninguna energía quede, ofrendar la vida en su defensa donde fuere menester" (8.7.44).

Texto capital, porque unifica los diversos componentes que hemos rastreado hasta aquí. El problema de la ecuación entre los colectivos ejército, pueblo y trabajadores aparece aquí bajo la forma de tres *roles*, que se implican recíprocamente en la persona de Perón. La vocación *social* de la revolución, el objetivo de la "defensa de la clase trabajadora", deriva necesariamente de la puesta en práctica del deber del soldado, y coincide con el mandato "superior" de lograr la felicidad de la patria.

Por lo tanto, si en la primera etapa del fenómeno peronista la relación entre *pueblo* y *trabajadores* se acerca por momentos a una relación de identificación, esta ecuación (a) sólo es posible por la mediación del enunciador líder y (b) es una consecuencia de la racionalidad patriótica de la revolución y de su objetivo último: *la unidad nacional*. Bajo la forma de este objetivo verdaderamente fundamental, y respecto del cual la política de justicia social es un *medio*, reencontramos la anulación de la historia: la unidad nacional ha sido siempre, en efecto, el objetivo único y permanente de los héroes de la patria.

"...si a esta Revolución le quitáramos su contenido social, pasaría a ser una revolución más, intrascendente en la vida del país, e incapaz de resolver el problema que, en mi concepto, es absolutamente básico: el de la nacionalidad" (28.6.44).

"Anhelamos firmemente, y éste es su contenido social, la unidad del pueblo argentino, porque el Ejército de la patria, que es el pueblo mismo, luchará por la solución de sus problemas y por la restitución de derechos y garantías conculcados" (28.7.44).





"Uno de los postulados más fundamentales de nuestra Revolución se ha fijado en la frase que dice: 'Propugnamos la unidad de todos los argentinos'. Esta unión de todos los argentinos, representa, en mi concepto, la síntesis de todo el contenido filosófico de la Revolución del 4 de junio, y es lo más profundo de este mismo contenido; es su rumbo y es su objetivo final" (5.8.44).

Si el soldado que ha salido del cuartel para restablecer la justicia social tiene como primera preocupación la mejora de la condición de los trabajadores; si pueblo, para él, quiere decir en *primera instancia* pueblo trabajador, es en virtud de una misión patriótica y *porque los trabajadores son argentinos*, esos argentinos olvidados y engañados "durante más de cincuenta años". La tarea de unificación que debe llevar adelante el soldado-redentor no tiene como objetivo estimular la "conciencia de clase" de los trabajadores, sino, por el contrario, restituirles su conciencia, perdida, de ser *simplemente argentinos*.

"Llegan, desde todos los puntos del país, alentando la confianza de un pueblo defraudado que comienza a creer en la justicia social; y siente, por primera vez, el orgullo de saberse escuchado, y de sentirse argentino."
"Yo, en este día clásico de los trabajadores, prometo en nombre del gobierno, que esa confianza no será defraudada. Las nuevas conquistas darán a esta conmemoración un sentido más patriótico y más argentino" (1.5.44).

"Uno de los postulados de la Revolución del 4 de junio es la unión de todos los argentinos.
El exceso de individualismo había llegado en nuestro país a una disociación. Comenzábamos a ser, cada uno de nosotros, enemigo de todos los demás. Los fraccionamientos políticos y, dentro de los partidos, la división en sectas o caudillajes, había separado totalmente al pueblo argentino.
Nosotros deseamos que, en esta tierra, no haya más que argentinos unidos por el gran sentimiento de la nacionalidad..." (25.6.44).

"Asistimos a un verdadero despertar de la adormecida conciencia nacional.
La Revolución, después de sacudir las grandes masas ciudadanas y campesinas, penetra resueltamente en el infierno de los obrajes, de

las salinas y de los ingenios, donde millares de trabajadores olvidados, sienten por primera vez la satisfacción de saberse escuchados; de sentirse protegidos; y el orgullo de ser argentinos" (23.7.44).

Pero esta tarea de unificación, ya lo hemos visto, pasa por la figura del enunciador-líder; ella exige *una verdadera transmutación de la persona misma de Perón*. Si el soldado que observaba la degradación de la historia desde la soledad del cuartel se ha convertido en Ejército y ha hecho su aparición en la escena social en nombre de la Patria; si el Ejército, desde el Estado, ha definido el objetivo de la justicia social como medio necesario para la reconstitución de la nacionalidad, falta ahora la tercera etapa: en ella, el humilde soldado, en nombre siempre de la necesidad interna que lo mueve, se transformará en simple ciudadano, *efectuando en su propia persona la unificación*, confundiéndose con el Pueblo. Así, Perón abandona solemnemente el Ejército, y renuncia al mayor honor de un soldado, ser General de la Nación, el 17 de octubre de 1945:

> "Trabajadores: hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser patriota y la de ser el primer trabajador argentino.
> Hoy, a la tarde, el Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del Ejército. Con ello he renunciado voluntariamente al más insigne honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y laureles de general de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con ese nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino.
> Dejo, pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa que elabora en el trabajo la grandeza del país. Con esto doy mi abrazo final a esa institución que es el puntal de la patria: el Ejército. Y doy también el primer abrazo a esta masa inmensa que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino.
> Esto es pueblo; esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho. (...)
> ...quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclado en esa masa sudorosa, estrechar profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre" (17.10.45).





En el imaginario de este último tránsito, el cuerpo mismo del líder marca el pasaje: Perón abraza por última vez al Ejército y por primera vez al pueblo a quien "estrecha profundamente contra su corazón", como si fuera su madre. La iconografía del peronismo conservará esta figura como una de las imágenes fundamentales del peronismo: Perón con los brazos abiertos, entre los que el pueblo encuentra su lugar, para ser estrechado contra el corazón del Líder. En esta última operación-sacrificio, Perón vuelve a redefinir al Ejército como una entidad aliada pero no idéntica al pueblo: el Ejército es "una institución", "puntal de la patria": no estamos lejos del cuartel, al cual el Ejército deberá regresar, una vez la Patria encaminada. Pero del colectivo se ha desprendido un miembro: Perón mismo. Él permanece con nosotros, "mezclado con la masa sufriente y dolorosa". La re-transformación del Ejército en institución particular es pues necesaria para que Perón asuma su nueva identidad. Ya no será más en nombre del Ejército que actuará. El enunciador-líder ha construido su autonomía, porque la transmutación se ha producido *en su propia persona*. Garante exclusivo de la unificación necesaria al restablecimiento de la nacionalidad, de aquí en adelante Perón será artífice y depositario único del vínculo de la Revolución con el pueblo. En esta operación, se restablece la continuidad de la temporalidad a-histórica de la construcción de la nacionalidad: ese pueblo con el cual se mezcla, ese pueblo que Perón estrecha contra su corazón, *es el mismo que, en 1810, se reunió frente al Cabildo para reclamar sus derechos*. La operación por medio de la cual Perón se proclama "simple ciudadano", lo convierte en héroe de la patria.

Se comprende así la economía del modelo de la presencia y de la reciprocidad de la mirada: la mirada de Perón hacia el pueblo y desde el cuartel es la de un soldado que reconoce a los trabajadores como *argentinos*. En esta mirada, Perón constata la inaceptable contradicción entre el carácter de argentinos y la situación en la que éstos se encuentran. *Bajo la mirada de Perón, los trabajadores se descubren como argentinos*. Al observar, a su vez, las acciones de Perón, los trabajadores-argentinos reconocen en él a uno de los suyos: *es la mirada de los trabajadores la que transforma a Perón en el primer trabajador*. En el punto imaginario de contacto entre las dos miradas se produce al mismo tiempo la doble trasmutación cuyo soporte, cuyo operador, es el cuerpo del líder: materialización de la conjunción así obtenida entre Patria, Nación, pueblo y trabajadores.

Un líder político no es jamás un personaje cristalizado, como si se tratara de una imagen estática que, poseedora de un poder "carismático", concentraría, por razones de 'personalidad', la fascinación y la creencia de las masas. Abordar el problema del liderazgo político desde el punto de vista

del dispositivo de la enunciación permite comprender que un líder no es otra cosa que un *operador*, extremadamente complejo, por el que pasan los mecanismos de construcción de una serie de *relaciones* fundamentales: del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con sus adversarios, del enunciador con las entidades imaginarias que configuran el espacio propio al discurso político. Comprender la especificidad de este nudo de relaciones es una condición indispensable para identificar la especificidad de los mecanismos a través de los cuales, dentro de un movimiento político determinado, se genera la creencia y se obtiene la adhesión.



# ENTRE LA REDENCIÓN Y LA RECONSTRUCCIÓN

## "No nos podemos dar el lujo de hacer política"

Una de las funciones esenciales del "modelo de la llegada" consiste en situar lo que podríamos llamar el *tiempo del peronismo*, en el plano del proceso de la construcción de la Patria. Desde el momento mismo de su entrada en la escena política, Perón localiza íntegramente su proyecto en el nivel de los "momentos fuertes". Como hemos visto, esos "momentos fuertes", esas "horas graves", implican un radical cambio de nivel del tiempo histórico, resultado del encuentro entre la a-temporalidad patriótica del ejército y la temporalidad degradada de la sociedad civil. El pasaje de un nivel al otro es una *ruptura*. La puesta en marcha del proyecto peronista es pues una especie de "vaciamiento" de la historicidad concreta propia a la sociedad anterior al proyecto; una vez orientada por el proyecto peronista de la unificación nacional, la sociedad comienza a funcionar en otra escala, en otro registro. Este "vaciamiento" es, en última instancia, un *vaciamiento del campo político*, y su análisis proporciona, a nuestro juicio, una de las claves de la estructura del discurso político del peronismo.

Un primer aspecto de este vaciamiento concierne a la definición de los objetivos del proyecto. El problema es interesante, porque si bien el *contenido específico* de esta definición varió en las distintas etapas del peronismo, su función discursiva y sus efectos respecto del conjunto de componentes del discurso peronista permanecieron invariables a través del tiempo.

Desde el punto de vista de las etapas, los objetivos que encuadran sucesivamente el proyecto peronista son fácilmente identificables: *redención* para el período de la 'puesta en escena' del proyecto; *organización*, en la etapa presidencial (1946-1955); *liberación*, durante el exilio; *reconstrucción*, tras el regreso de 1973.

del dispositivo de la enunciación permite comprender que un líder no es otra cosa que un *operador*, extremadamente complejo, por el que pasan los mecanismos de construcción de una serie de *relaciones* fundamentales: del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con sus adversarios, del enunciador con las entidades imaginarias que configuran el espacio propio al discurso político. Comprender la especificidad de este nudo de relaciones es una condición indispensable para identificar la especificidad de los mecanismos a través de los cuales, dentro de un movimiento político determinado, se genera la creencia y se obtiene la adhesión.



# ENTRE LA REDENCIÓN Y LA RECONSTRUCCIÓN

## "No nos podemos dar el lujo de hacer política"

Una de las funciones esenciales del "modelo de la llegada" consiste en situar lo que podríamos llamar el *tiempo del peronismo*, en el plano del proceso de la construcción de la Patria. Desde el momento mismo de su entrada en la escena política, Perón localiza íntegramente su proyecto en el nivel de los "momentos fuertes". Como hemos visto, esos "momentos fuertes", esas "horas graves", implican un radical cambio de nivel del tiempo histórico, resultado del encuentro entre la a-temporalidad patriótica del ejército y la temporalidad degradada de la sociedad civil. El pasaje de un nivel al otro es una *ruptura*. La puesta en marcha del proyecto peronista es pues una especie de "vaciamiento" de la historicidad concreta propia a la sociedad anterior al proyecto; una vez orientada por el proyecto peronista de la unificación nacional, la sociedad comienza a funcionar en otra escala, en otro registro. Este "vaciamiento" es, en última instancia, un *vaciamiento del campo político*, y su análisis proporciona, a nuestro juicio, una de las claves de la estructura del discurso político del peronismo.

Un primer aspecto de este vaciamiento concierne a la definición de los objetivos del proyecto. El problema es interesante, porque si bien el *contenido específico* de esta definición varió en las distintas etapas del peronismo, su función discursiva y sus efectos respecto del conjunto de componentes del discurso peronista permanecieron invariables a través del tiempo.

Desde el punto de vista de las etapas, los objetivos que encuadran sucesivamente el proyecto peronista son fácilmente identificables: *redención* para el período de la 'puesta en escena' del proyecto; *organización*, en la etapa presidencial (1946-1955); *liberación*, durante el exilio; *reconstrucción*, tras el regreso de 1973.

En el período inaugurado por la "apertura política" llevada adelante por el general Lanusse y que precedió a las elecciones de marzo de 1973, la idea de la reconstrucción se entrelaza todavía con el tema dominante durante el exilio: la liberación. He aquí un buen ejemplo de este último:

> "La disyuntiva es clara: liberación o dependencia. Para alcanzar esa liberación, será preciso comenzar por liberarse de las fuerzas de ocupación que han venido actuando y que pujan por establecer un continuismo inaceptable, en defensa de intereses que no son precisamente los de la Patria, que intentamos defender contra las asechanzas de un futuro preñado de amenazas y peligros. Ése ha de ser el fin primordial de nuestra acción electoral, aunque debamos enfrentar la aventura de unas elecciones viciadas de fraude y de malas intenciones...
> En la liberación del país, nuestro primer objetivo ha de ser el de liberarnos de las fuerzas de ocupación. A eso tienden las elecciones" (...) (15.1.73).

La frase que hemos citado en último término pareciera indicar que la táctica, por parte del peronismo, de aceptar el juego electoral propuesto por Lanusse es sólo una primera etapa en la tarea de la liberación. ¿Cuál es entonces la relación entre los dos temas, la liberación y la reconstrucción? Estos dos términos, ¿son sinónimos, son dos nombres de un mismo proyecto? He aquí un texto que pareciera indicar que el proyecto de la liberación es más amplio que el de la reconstrucción:

> "El objetivo de esta generación de argentinos es uno e insoslayable: liberar definitivamente a la patria de toda dependencia y colocarla a la vanguardia de los pueblos que luchan y trabajan por un orden más justo y más humano, frente a la prepotencia de los imperialismos.
> (...)
> Para que esta liberación sea posible, debemos iniciar ya mismo la dura tarea de la reconstrucción nacional, un esfuerzo que exige –como condición fundamental– un auténtico acuerdo del que participen los sectores políticos y sociales mayoritarios y representativos. Si el pueblo no aporta voluntariamente su esfuerzo y su fe, nadie podrá concretar la reconstrucción nacional..." (Mensaje desde Madrid, 1972).





La reconstrucción sería entonces una etapa del proyecto de liberación. Sin embargo, otra interpretación es posible. El 25 de mayo de 1972, en un reportaje realizado en Madrid y publicado en Buenos Aires, Perón responde así a la primera de las preguntas:

> "–¿Cuáles son los alcances que tiene el Frente Cívico de Liberación Nacional y los resultados que de él se esperan?
> –*J. D. Perón*: Los resultados que se intentan obtener con el Frente Cívico de Liberación están en su propio nombre: la liberación del país. Es decir la normalización institucional a través de elecciones libres y puras, si las hay, o por otros medios, si estas elecciones no se realizan en la forma que han prometido las Fuerzas Armadas. Obtenido este primer objetivo considero que, en vista de la difícil situación que se le ha creado al país, normalizada la situación institucional, quedará por realizar la reconstrucción del mismo, que al finalizar la gestión de los gobiernos que empezaron en 1955 quedará en la más difícil situación en todos los aspectos. Para encarar esa reconstrucción, será preciso que todos los argentinos, sin distinción de banderías ni partidos, se pongan a la tarea de realizarla. Es tan aciaga la situación que no nos podremos dar el lujo de hacer política, ni practicar oposiciones políticas inoperantes" (...) (*Primera Plana*, 30.5.72).

En este texto, en efecto, la liberación es explícitamente *definida*: "...la liberación del país. *Es decir* la normalización institucional". Y aquí la relación entre los dos temas es bien diferente: la liberación, entendida como normalización institucional, es un paso previo a la reconstrucción, que aparece así como el proyecto a más largo plazo: "Obtenido este primer objetivo... quedará por realizar la reconstrucción...".

Esta segunda interpretación, que limita considerablemente la connotación del término 'liberación', reduciéndolo al simple regreso a las instituciones representativas (bien que se indiquen medios de distinto tipo para alcanzar este objetivo), es la que corresponde al comportamiento discursivo posterior de Perón: en efecto, obtenida la victoria electoral de marzo de 1973, el tema de la liberación desaparecerá muy rápidamente de sus discursos, y éstos insistirán exclusivamente en la idea de la reconstrucción.

Se observará que este último texto plantea la cuestión del 'vaciamiento': "no nos podremos dar el lujo de hacer política". ¿Cuál es el alcance exacto de este tipo de afirmación? ¿Está ella en relación con la amplitud del colectivo de

los destinatarios en esta etapa, "todos los argentinos", que ya hemos señalado? Esta interpretación sería, en todo caso, coherente: si se trata de una "hora grave", de uno de esos momentos "fuertes" de la historia de la Patria, es la *argentinidad* la que está en juego.

Una vez más, el problema es interesante desde el punto de vista metodológico, porque nuevamente se podría sugerir aquí una lectura circunstanciada, que por otra parte circuló en 1973, a propósito del regreso definitivo de Perón: el líder volvía al país con una actitud diferente de su época de presidente, una actitud conciliadora; regresaba proponiendo la unión nacional, más allá de las diferencias políticas. Este 'cambio' fue objeto, en 1973, de numerosos comentarios. Ahora bien, nuestra hipótesis es que, desde el punto de vista del funcionamiento discursivo del peronismo, hay aquí un componente fundamental que no ha sufrido ningún cambio. Para justificar esta hipótesis comencemos por analizar cuáles son las implicaciones de las definiciones del proyecto peronista, *respecto de la situación anterior*, en cada caso, a la propuesta misma del proyecto, vale decir la situación que se trata de remediar. Nos limitaremos aquí a comparar los modos de construcción de la situación anterior a la redención (en el primer período) y de la situación anterior a la reconstrucción (en el último). Ya hemos sugerido que el vaciamiento de la historicidad propia de esa sociedad anterior al proyecto peronista (es decir, anterior a *la llegada*), y que el proyecto se propone precisamente transformar, está relacionado con el vaciamiento del campo político.

## Más allá de la política, la verdad

Hemos visto ya la manera como Perón encuadra su aparición en la escena política en 1943, aparición explicable por la única motivación que mueve al "humilde soldado", el cumplimiento del deber patriótico, ante el panorama desolador que ofrece el país. Más que del ejercicio de un mal proyecto, la degradación de la sociedad civil parece resultar de una *ausencia* de proyecto: el Estado se mantenía "alejado de la población trabajadora", era un "Estado abstencionista"; Perón se halla frente a "treinta o cuarenta años de *absoluto abandono*", y lamenta sobre todo "la despreocupación, la indiferencia y el abandono" de los hombres de gobierno, acusándolos de adoptar "una actitud negativa o expectante".

Ahora bien, es precisamente en el contexto de esta descripción que Perón coloca sus conceptos (fuertemente peyorativos) de "la política" y de





"los políticos". En efecto, esta *ausencia de un Estado regulador* explica la situación de un país dividido, fragmentado en posiciones artificiales, situación en la que "los políticos" desarrollan su acción funesta. La situación de abandono es pues una situación de luchas intestinas:

> "Hasta ahora, en el panorama de la Nación, no ha existido más que lucha. Bastaría analizar cada una de las grandes actividades en el campo económico para ver que todo ha sido librado a la concurrencia, a la lucha para defender una especulación desmedida, haciendo de un comerciante un enemigo del que se halla enfrente.
> En el orden político, los partidos se han combatido con encono, unos a otros, en tal forma que, en determinados momentos, han parecido tribus salvajes que se disputaban su propio sustento.
> En el orden social, los obreros han estado contra sus patrones, sin ninguna ventaja para el país, porque todo lo que es lucha disocia el acuerdo, la armonía. El amor es lo único que une" (4.8.44).

> "Mantengan una absoluta disciplina gremial; obedezcan a sus dirigentes bien intencionados. Y sobre todas las cosas, no permitan que dentro de las agrupaciones se introduzca la política, que es el germen más disolvente de todas las organizaciones obreras.
> La política y las ideologías extrañas que suelen ensombrecer a las masas son como bombas de tiempo, listas para estallar y llevar la destrucción al gremio, que no debe ocuparse de cuestiones ajenas a sus intereses y a sus necesidades. (...)
> Uno de los postulados de la Revolución del 4 de junio es la unión de todos los argentinos.
> El exceso de individualismo había llegado en nuestro país a una disociación. Comenzábamos a ser, cada uno de nosotros, enemigo de todos los demás. Los fraccionamientos políticos y, dentro de los partidos, la división en sectas o caudillajes habían separado totalmente al pueblo argentino.
> Nosotros deseamos que, en esta tierra, no haya más que argentinos unidos por el gran sentimiento de la nacionalidad" (25.6.44).

Nos encontramos aquí frente a una de las consecuencias más importantes de esa operación discursiva de Perón, que ya hemos descripto, consistente en definir su llegada como una "hora grave" de la historia de la Patria: la noción de 'política' es asociada a la situación anterior; la 'política' es sinónimo de

disociación entre los argentinos, disociación hecha posible por la ausencia o la indiferencia del Estado; el proyecto de Perón, que consiste precisamente en construir un Estado capaz de definir las reglas del juego social, queda automáticamente fuera del campo de lo político: *la redención no es un proyecto político, es un proyecto patriótico*:

"Millones de argentinos se agrupan ya detrás de la bandera de la Revolución que es la de la patria, porque saben que es bandera de redención y de justicia, como lo fue la enseña nacional a lo largo de toda nuestra historia de tradición y de gloria" (23.7.44).

En 1943, "la historia de los días infaustos se repetía"; como en 1816, Perón recibe a la Patria "casi cadáver"; frente al cuadro de esta situación, que "no podía ser más sombrío", el Estado peronista, que será construido en la etapa de la organización, aparece como *la materialización de la Patria misma.*

"(...) En esta tierra ningún hombre debe sentirse olvidado por el Estado (...) Cada uno de ustedes debe sentirse indispensable porque el más humilde de los hombres juega un rol importante, pues constituye la célula que ha de unirse a las demás para salvar a la Patria en los momentos en que se halla en peligro, y para elaborar permanentemente su grandeza" (25.6.44).

En 1973, el retorno de Perón es una nueva *llegada*: el país enfrenta, una vez más, una "hora grave"; estamos pues, una vez más, en un "momento fuerte" de la historia de la Patria. Y el dispositivo discursivo es idéntico. Volvamos al discurso del 21 de junio de 1973, que ha sido nuestro punto de partida; encontramos allí la caracterización explícita del objetivo de la reconstrucción:

"La situación del país es de tal gravedad que nadie puede pensar en una reconstrucción en la que no deba participar y colaborar. Este problema, como ya lo he dicho muchas veces, o lo arreglamos todos los argentinos o no lo arregla nadie. Por eso deseo hacer un llamado a todos, al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo" (21.6.73).

Estrictamente cierto: Perón no había cesado de repetirlo. Desde su origen, el proyecto peronista está asociado a las "horas graves", y contiene por





definición un llamado a todos los argentinos. He aquí otros dos ejemplos típicos del último período, centrado en el objetivo de la reconstrucción:

"De la situación a que ha sido llevado el país, se infiere que su verdadero problema no son las elecciones que se proyectan, sino el de encarar una real tarea de reconstrucción nacional" (Mensaje desde Madrid, 1972).

"Frente al cuadro que presenta la situación argentina y las amenazas que se ciernen sobre su futuro inmediato, no se puede esperar más para lanzar una acción decisiva de reconstrucción porque dentro de cinco meses puede ser tarde para hacerlo" (17.10.72).

Pero si en 1973 Perón retoma su modelo de la llegada, ya no tiene que justificar *el momento* en que lo hace: si no volvió antes, para salvar una vez más al país de la degradación de la historia política, es porque no lo dejaron. El período del exilio aparecerá, al igual que los "cuarenta o cincuenta años de abandono" anteriores a 1943, como un vacío en la historia de la Patria. Y la situación es igualmente catastrófica.

"El país, después de estos dieciocho años de inestabilidad gubernamental y desorden administrativo, ha quedado como si hubiera sufrido una catástrofe, con su economía y su finanza comprometidas, su paz amenazada y su estado social en una depresión sin precedentes, con el agregado de que las perspectivas para el futuro inmediato son cada día peores. La acción política, como lógica consecuencia de todo lo anterior, se agita sin cesar...
Países que habían quedado destruidos por completo a través de una guerra desgraciada, han logrado reconstruirse en pocos años porque, en vez de enfrentarse en sectores parciales, se unieron solidariamente para solucionar primero el problema que les era común. ¿Cómo puede ser posible que los argentinos, por defender sectores o parcialidades, sacrifiquen la Nación, sin percatarse que nadie podrá realizarse en una Argentina que no se realice? (...)
Solamente un acto de grandeza y patriotismo puede salvar a la Nación Argentina de la larga crisis que está destruyendo el patriotismo material y espiritual de los argentinos..." (Mensaje desde Madrid, 1972).

Los mismos elementos, reencuentran el lugar discursivo que era el suyo desde 1943: situación de urgencia, necesidad de unión solidaria fundada en el colectivo *argentinos*, por oposición a la parcialidad y la fragmentación asociadas a la "acción política". El peronismo es, una vez más, un "acto de grandeza y patriotismo". Al acercarse las elecciones de marzo, Perón recuerda:

> "No se trata de una elección más sino de un hecho histórico de legítima defensa de la propia nacionalidad, cuya responsabilidad nos corresponde a todos por igual. No se trata pues de una opción política sino del cumplimiento de un deber, de lo que puede depender hasta el propio destino de nuestra Patria" (15.1.73).

Reconocemos fácilmente en la noción de 'deber' un tema propio del "humilde soldado". Y si el nivel en que se sitúa el proyecto peronista no es el nivel de la política, si el peronismo es el único modo de reencuentro con la Patria misma en las horas graves, es porque ese nivel "otro" es, simplemente, *el nivel de la verdad*:

> "No es un secreto para nadie que los últimos 16 años de vida nacional han conducido paulatinamente a una cada vez más grave situación económica, social y política. Tampoco ninguno debe ignorar que la continuidad de esos males deben terminar irresistiblemente en un desastre nacional. *Nos acercamos peligrósamente al abismo y en ese camino es más difícil volver cuanto más cercano se está de la caída*. Lo más terrible de esta situación es que, mientras los acontecimientos nos impulsan cada día más hacia el desastre, los argentinos responsables más se aferran a la defensa de sus intereses personales o de círculo, olvidando que, en último análisis, el naufragio ha de envolvernos a todos. Mientras los militares quieren salvar la situación de las Fuerzas Armadas, los comerciantes sus empresas y los gobernantes sus posiciones y designios, ninguno se acuerda de que lo que hay que salvar es el país por sobre todo otro interés mezquino o parcial. Porque nadie ha de poder realizarse en una Argentina que no se realice, como ya he repetido tantas veces. Así los militantes de la política se ciñen a sus procedimientos espurios y groseros en procura de engañar.
> Sin percatarse de que la mejor política consiste en decir y defender la verdad, porque si la falsedad es repudiable en cualquiera, es abominable en boca del que tiene la responsabilidad de gobernar" (17.10.72) (*destacado en el original*).





El cambio de nivel que implica el proyecto peronista, esa suerte de ruptura radical con respecto a la historia concreta anterior, que coloca al peronismo en el tiempo de la nacionalidad, es pues inseparable de lo que podemos llamar, en sentido estricto, una hipótesis epistemológica sobre el status del discurso de Perón-enunciador: *por la boca de Perón, es la verdad misma que se expresa*. Y del mismo modo que una distinción se establecía entre los políticos que "prometen" con sus discursos, y Perón que *realiza*, transformando así sus acciones, situadas más allá de la política, en mensajes cuya veracidad aparece automáticamente a quien las observa, así también el discurso peronista no consiste en otra cosa que en *decir* la *realidad misma*. Junto al eslogan "Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar", debemos colocar este otro, no menos célebre: "La única verdad es la realidad".

Es como si el parentesco, dado por la lengua, entre *realidad* y *realizar*, cobrara aquí el status de un principio definitorio de la acción: el *realizar* del peronismo consiste en *volver real una verdad que está allí*. Perón expresa la verdad en su discurso y realiza la verdad en su acción. Esta relación consubstancial debe ser vista a la luz de lo que hemos dicho sobre el modelo de la llegada: esta última se produce en el plano de la historia de la nacionalidad, lo cual quiere decir que Perón no llega proponiendo un nuevo proyecto político; viene, simplemente, a *hacer lo que hay que hacer, lo que desde siempre habría que haber hecho*:

> "Aún no me explico cómo ha podido la República llegar hasta nuestros días sin haber reglamentado con espíritu estatutario todas las profesiones que componen el conglomerado social argentino" (20.2.45).

> "Ya Martín Fierro había dicho todas las cosas que le pasan al nativo abandonado de todas las manos, menos de la de Dios, a pesar de lo que se acostumbra decir.
> Sin embargo, esa afirmación se sigue repitiendo desde entonces hasta nuestros días, sin que nadie acertara cómo debe encararse el problema de dar a ese argentino auténtico una mejor existencia.
> Yo digo que no se necesitaba más que empezar. Nosotros no hemos hecho ningún milagro al comenzar con toda decisión a infundir en las masas una justicia social por la cual clamaban hace más de cuarenta años todos los trabajadores argentinos. Simplemente, hemos realizado algunas de las tantas cosas que se habían dicho hasta ese momento..." (28.6.44).

Es pues *por un solo y mismo movimiento que Perón está en la verdad, se ubica en el plano de una realidad que es la de la Nación, apela a los argentinos y está más allá de la política y de las ideologías*.

"Por las ideas que profeso he sido atacado por personas interesadas, lo mismo que le sucede a todos los individuos bien intencionados. Declaro que no me he creído nunca poseedor único de la verdad; pero también afirmo que confieso lo que siento y lo que pienso (...) Se me ha atacado porque he manifestado que cada gremio sindical ha de ser unitario. Me dicen que pensando así, yo debo declarar que los nazis tienen razón; y si lo digo es, precisamente, porque no me ato a prejuicios ridículos de una determinada ideología. En cambio, voy en busca de la verdad donde ella esté" (17.7.44).

"Las masas trabajadoras argentinas, con su extraordinario instinto han descubierto ya dónde se encuentra la verdad y dónde se esconde la insidia y la falacia" (23.7.44).

"No me importa lo que puedan decir de mí, porque respondo de mis actos ante un solo juez: mi conciencia. De manera que los que pretenden molestarme, endosándome motes más o menos desagradables, pierden totalmente su tiempo. Yo sé lo que busco. Yo sé lo que quiero. Yo sé adónde voy" (4.8.44).

"...a ellos les contesto que no soy más que argentino; que no tengo otra ideología que el pueblo de mi patria, ni otro partido político que mi patria; y que he de seguir bregando por lo que yo buenamente creo: que es el bien de ese pueblo, porque si no lo hiciera así, no merecería ser un gobernante" (10.8.44).

Esta suerte de comunión entre la verdad y la realidad en el discurso de Perón, alcanza su plenitud en la época institucional, donde la *realización*, a través del Estado, la consagra en una sola unidad con el gobierno mismo. Así, Perón interpela a las Cámaras en su mensaje del 1° de mayo de 1952:

"...yo pregunto a vuestra honorabilidad, y pregunto a mi pueblo: ¿en qué momento de su historia la República Argentina pudo exponer, por boca de su presidente, su propia y auténtica verdad? (...)





¿En qué otro momento de su vida la República pudo probar, de esta manera, la realidad incontrastable de su soberanía?
¡Nunca, señores!" (1.5.52).

La razón de este privilegio exorbitante, para el discurso peronista, de ser el lugar de la verdad y de la realidad reposa, a nuestro juicio, en la naturaleza misma del funcionamiento del discurso político. Desde el punto de vista, del propio Perón, en todo caso, la razón había sido explicitada desde un principio:

"Creed en la palabra de vuestro compatriota, ya que la mentira no puede integrar el equipo ni la mochila de un soldado" (28.8.45).

Vemos pues que esta reivindicación de la verdad es inseparable, en el caso particular de Perón, del dispositivo de construcción de su legitimidad como enunciador, que ya hemos descripto: si la palabra peronista representa, *en el campo político*, la palabra verdadera, es porque su carácter de tal está asegurado por su origen, y éste es *exterior* al campo político. Con lo cual reencontramos el "modelo de la llegada": la verdad y la realidad no son consustanciales al campo político (lejos de ello); una y otra son introducidas en el universo de discurso del Estado por el propio enunciador.

# EL VACIAMIENTO DEL CAMPO POLÍTICO

## Doctrina, política, ideología

Volvamos una vez más al discurso del 21 de junio de 1973:

> "...el justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a todos los argentinos, sin distinción de banderías, para que todos solidariamente nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos. Es preciso llegar así, y cuanto antes, a una sola clase de argentinos: los que luchan por la salvación de la Patria, gravemente comprometida en su destino por los enemigos de afuera y de adentro" (21.6.73).

Si, como hemos visto, el proyecto peronista implica necesariamente una relación privilegiada con el colectivo *argentinos*, este texto muestra bien que dicha relación es compleja: entre 'peronistas' y 'argentinos' no existe una identidad simple, sino un juego ambiguo que define, tal vez, una de las características básicas del discurso peronista. "El justicialismo llama a todos los argentinos": aquí las dos entidades están claramente diferenciadas. Y algunas frases más adelante, Perón dirá:

> "Los peronistas tenemos que retomar a la conducción de nuestro Movimiento (...) Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen.

No es gritando la vida por Perón que se hace Patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos" (21.6.73).

Estos fragmentos nos conducen a algunas cuestiones decisivas: si el status de Perón-enunciador implica la enunciación de la verdad, ¿cuál es el lugar de esa Doctrina, de ese credo? Si 'peronistas' y 'argentinos' no coinciden en una identidad simple, ¿quiénes son esos 'argentinos' que no forman parte del colectivo 'peronistas'?

Si el peronismo es la enunciación de la verdad, ¿cómo se explica, desde el punto de vista del propio Perón, que haya argentinos que no son peronistas? ¿De qué naturaleza son, de dónde vienen, esas "banderías"? ¿Reenvían al sentido peyorativo de "la política"? La doctrina peronista, ¿es una ideología? ¿Y quiénes son esos "enemigos de afuera y de adentro"?

Comenzaremos por el problema de la Doctrina. Una de las primeras referencias aparece en un discurso de agosto de 1944. Reencontramos allí un elemento que ya conocemos (la caracterización de la situación anterior a la aparición de Perón como una suerte de estado de lucha de todos contra todos), y comprobamos que la Doctrina está asociada, desde su origen, a la idea de la unión de todos los argentinos:

> "La solución de este problema ha de ser precisamente lo que nosotros venimos propiciando: la unión de todos los argentinos para que esa lucha se convierta en colaboración y en cooperación, para que podamos crear nuevos valores, y no destruyamos inútilmente, en una lucha estéril, valores y energías que son las únicas fuerzas que pueden hacer felices a los hombres y grandes a las naciones.
> ¿Cómo alcanzaremos este objetivo, que podríamos llamar de mutualidad nacional? Será necesario trazar un plan de acción que se trazará. Será también indispensable inculcar una doctrina que se inculcará. Luego, ir a una realización de acuerdo a las necesidades y al ritmo de la hora" (5.8.44).

Menos de un año más tarde, la doctrina estaba pronta:

> "Cada uno de ustedes tiene en la mano nuestros planes, basados en los principios fundamentales de nuestra obra y tiene también a su alcance una doctrina que hemos ido elaborando a través de un año de trabajo, de modo que la teoría tiene la orientación que necesita para triunfar" (26.4.45).





En el período institucional, la doctrina peronista será una *doctrina nacional*. Baste recordar que el peronismo en el gobierno realizó en 1949 una reforma de la Constitución, y que la nueva Constitución se llamó *Constitución Justicialista*. Si la Constitución, discurso performativo fundamental que *define* al ciudadano, es Justicialista, difícilmente la Doctrina Justicialista puede ser otra cosa que una doctrina *nacional*.

El discurso pronunciado por Perón ante ambas Cámaras del Congreso, el 1° de mayo de 1950 es, desde este punto de vista, particularmente importante. El juego entre las entidades 'Nación', 'Doctrina', 'Movimiento', y el colectivo 'argentinos', aparece allí con toda nitidez.

Obsérvese en primer lugar cómo Perón destaca el tema de la unidad nacional como objetivo primero, fundamental, de su proyecto:

> "En el orden político nuestro movimiento tiene una finalidad básica desde sus instantes iniciales: *la unidad nacional*.
> Desde el mismo día de la Revolución de Junio, en la proclama que escribí con mi propia mano, expuse aquella finalidad que sigue siendo, a pesar de todas nuestras luchas el alto ideal en cuyas aras todo lo ofrendamos: *la unidad nacional*.
> Decía en 1943: 'Este postulado debe ser como la estrella polar para el pueblo argentino: la unión de todos, única razón de la grandeza de los pueblos; la unidad nacional, para que cuando sea necesario sufrir, suframos todos; y cuando sea necesario gozar, gocemos también todos" (1.5.50) (*destacado en el original*).

Inmediatamente, se establece la demarcación respecto de "la política": ese principio de la unidad nacional no es por supuesto una posición política más, *no es del orden de las banderías*:

> "La unidad nacional no significa la unión de todos los habitantes de la Nación a la sombra de una sola bandera política. ¡Tal vez esto sea contrario a la unidad nacional!
> En cambio, la unidad nacional es la coincidencia fundamental de todos en orden a los principios esenciales que deben orientar la marcha de la Nación" (1.5.50).

El pasaje del 'movimiento' a los 'argentinos' es claro: el movimiento peronista se define, "desde sus instantes iniciales", por un principio básico, "la unidad nacional"; este principio debe ser "la estrella polar para el pueblo

argentino": el mismo principio pues para el pueblo argentino y para el movimiento peronista. *Debe ser*: si esta identidad de principio tiene todavía la forma de una exigencia, de un programa, es porque la coincidencia entre el movimiento y el pueblo argentino no se ha logrado todavía enteramente. El movimiento peronista proclama ese principio; el pueblo debe escucharlo, comprender. (En 1973: "El movimiento justicialista... llama a todos los argentinos...") La identidad entre el colectivo implícito en la entidad 'movimiento peronista' y el colectivo 'argentinos' no es, pues, instantánea; debe *producirse en el tiempo*, y el movimiento peronista lucha, precisamente, por lograrla:

> "Vale decir que, para lograr la unidad nacional, finalidad suprema de nuestro movimiento, debemos cumplir dos etapas sucesivas.
> La primera consistió en fijar los principios esenciales que debían orientar la conducta de nuestra Nación en los órdenes político, económico y social.
> La segunda etapa fue la de allanar todos los obstáculos que se oponían a la coincidencia de los argentinos en orden a aquellos principios esenciales.
> Para cumplir con las exigencias iniciales de la primera etapa fue menester crear una *doctrina nacional*. Y aunque la forma definitiva de esa doctrina ha requerido varios años de luchas y de trabajo, sus principios esenciales ya estaban perfectamente establecidos el día que iniciamos la reconquista del país. Esos mismos principios esenciales resplandecen ahora, como estrella polar de la Nación, en el Preámbulo de su nueva Constitución Justicialista y ningún argentino bien nacido puede dejar de querer, sin renegar de su nombre de argentino, lo que nosotros queremos cuando afirmamos nuestra irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana. (...)
> ...ningún argentino de bien puede negar su coincidencia con los principios básicos de nuestra doctrina sin renegar primero de la dignidad de ser argentino!" (1.5.50) (*destacado en el original*).

Este texto revela a nuestro juicio, uno de los elementos claves del dispositivo discursivo del peronismo. Obsérvese que la doctrina estaba presente, en sus principios fundamentales, desde el primer día: es su forma definitiva lo que ha demandado luchas y trabajo. Esos principios fundamentales corresponden pues a lo que hemos llamado la temporalidad a-histórica de la





Patria. En el otro extremo, la coincidencia buscada entre el movimiento y los argentinos aparece como una *necesidad absoluta, implícita en el concepto mismo de argentinos*: no querer lo que Perón quiere, es ser un *renegado*, es ser un *malnacido*, es ser *indigno del nombre de 'argentino'*. Perón consagrará, durante sus gobiernos, la designación más general para englobar a todos los no peronistas: la *anti-Patria*. Y la operación así realizada tendrá pleno éxito: durante años, el país permanecerá dividido entre "peronistas" y "anti-peronistas". Perón consigue así *despojar a sus enemigos de toda substancia*: éstos se definirán de un modo puramente negativo. Y desde el punto de vista del peronismo, estar contra Perón es, simplemente, estar contra la Patria misma. Éste es un aspecto central de lo que hemos llamado el *vaciamiento del campo político*.

Ahora bien, para lograr tal "efecto", la doctrina debe gozar de un status peculiar, es necesario justamente colocarla *fuera* del campo político: son las "banderías" las que corresponden a este último. No sorprenderá que sea precisamente aquí, en la determinación del status especial de la doctrina, que se articulan, por un lado, la relación de la doctrina a la verdad, que ya hemos señalado, y por otro, la concepción negativa de "la política" y "los políticos". Si la doctrina es capaz de unir a todos los argentinos, es porque expresa simplemente la verdad, vale decir, que coincide con la realidad; toda "posición política", o sea *toda posición diferente*, será por definición "artificial", destinada a dividir.

> "...posiblemente hubieran pensado ustedes, como muchos, que yo soy un nazi. Pero, señores, la verdad no tiene sistemas ni ideologías particulares. La verdad vale aquí tanto como en Budapest. La humanidad va, naturalmente, evolucionando hacia nuevas fórmulas políticas y nuevas fórmulas sociales. Los países más adelantados nos están dando la pauta en ese sentido, cualquiera sea el campo ideológico en que desenvuelven sus actividades (...)
> Yo creo, señores, que los hombres conscientes de la realidad, deben prescindir de estas extrañas singularidades ideológicas –comunismo y capitalismo– para concretarse a ver la realidad de las cosas y tomar de esa evolución lo único verdadero" (21.6.44).

> "Es imposible pretender hacer desaparecer por completo la pugna, como es imposible evitar que los hombres se peleen en la calle; pero sí, se puede proscribir la lucha artificial debida a ideologías extrañas, que activan el fermento para que esa lucha exista..." (4.8.44).

Lo que será la "Tercera posición" expresa bien el cambio de nivel de la Doctrina respecto de las ideologías; éstas son *extrañas* en el doble sentido del término: desde el lugar de la verdad que es la Doctrina, son, por decirlo así, "anti-naturales", en última instancia incomprensibles; al mismo tiempo reflejan, dentro del país, la situación exterior del mundo. En ciertos casos, Perón opone *social* a *político* para definir el status "trans-ideológico" de su Doctrina:

> "Los gobiernos modernos... han dejado de ser problemas políticos para pasar a ser problemas sociales. El que gobierne hoy con criterio únicamente político irá irremediablemente al fracaso. Y después que nosotros dejemos en la República el sello social de nuestro gobierno, ningún político podrá dar marcha atrás en lo que dejemos hecho.
> Los políticos disociaron siempre a todas las fuerzas del Estado. Encendieron la lucha, porque dividiendo el campo de las actividades nacionales, ellos podían medrar. Cumplieron siempre ese sofisma maquiavélico: dividir para reinar.
> Con buena fe, el problema es distinto. Es necesario considerar que en esta tierra todos somos argentinos; pensemos de una u otra manera; practiquemos una u otra religión, y tengamos una u otra ideología.
> Cuando nos pongamos de acuerdo en que pobres y ricos, blancos o negros, somos todos argentinos, comenzaremos recién a andar el buen camino" (10.8.44).

Resalta aquí el rol que juega el colectivo 'argentinos' en relación con las ideologías: como el color de la piel, como la religión que un ciudadano practica, como los modos de pensar en general, las ideologías son del orden de los *particularismos*, un factor, entre tantos otros, que *diferencia* a unos argentinos de otros. La enumeración es reveladora: tener una u otra ideología aparece, en el mejor de los casos, como una suerte de derecho individual, que en nada altera la igualdad de todos ante la Patria. Lo cual equivale a decir que, desde el punto de vista del nivel en que se coloca la Doctrina, *la posición ideológica no es pertinente*, como no lo es el color de la piel. La implicación fundamental, cuyas consecuencias marcarán profundamente la situación de 1973-74, es la siguiente: *estar de acuerdo con Perón (y con la Doctrina) no es una cuestión ideológica*. Lo esencial es ese acuerdo que el proyecto peronista reclama de todo argentino "bien nacido"; *más allá del*





*mismo, cada uno es libre de profesar "su" ideología*. En el peor de los casos, las ideologías son *obstáculos* que hay que superar. Lo son esencialmente por obra de los políticos, que pueden llevar a ciertos argentinos a creer que la posición ideológica tiene importancia frente a los problemas de la Patria.

## El lugar del Otro

Cada uno de los componentes del dispositivo discursivo del peronismo ocupa ya el lugar que le corresponde. Se dibuja así, inexorablemente, el lugar del Otro, el lugar de la *alteridad* a la vez respecto del propio Perón, de la Doctrina peronista y de los peronistas-argentinos. Ya recordamos que, siendo la posición de Perón la posición de la Patria, el lugar del Otro es, en definitiva, la anti-Patria. Pero así enunciada, la fórmula puede inducir a error. En efecto, la oposición Patria/anti-Patria sugiere una simetría entre ambas posiciones: el lugar del Otro sería inverso y complementario del lugar desde el cual Perón enuncia la Doctrina. Ahora bien, la principal consecuencia del discurso peronista consiste, por el contrario, en generar una *asimetría*; consiste en colocar al Otro en una posición *desplazada* o *desfasada* con respecto al eje que define la posición del enunciador. Esto se comprende fácilmente en la medida en que no es más que una consecuencia de ese cambio de nivel que define el status de la Doctrina.

A lo largo de la historia del peronismo, Perón utilizará distintos epítetos para designar a sus enemigos (el calificativo "oligarquía", por ejemplo, importante entre 1943 y 1955, estará totalmente ausente del último período). Pero la naturaleza *descentrada*, por decirlo así, de la posición del Otro, aparece como una característica estructural, que no variará jamás.

Para ilustrarla, tomemos el caso de "los políticos". El proyecto peronista llama a la unión nacional; los políticos dividen. Durante años, los políticos se dedicaron a prometer, sin hacer nada; Perón viene a realizar. Aquí también, una formulación superficial puede sugerir una simetría. Y sin embargo, esta simetría es perfectamente ilusoria, o mejor, es del orden de los contenidos manifiestos del discurso. *En verdad, los políticos no son ni pueden ser los enemigos de Perón*. Ya lo hemos dicho: en el mejor de los casos, las posiciones políticas, las ideologías, son *no-pertinentes* respecto de los problemas que encara la Doctrina; a condición de que el acuerdo se realice con respecto a esta última, cada uno puede abrazar la ideología que más le guste. En el peor de los casos, las posiciones ideológicas, alimentadas por la actividad de los políticos, son un obstáculo a eliminar. En un caso como en otro,

*no hay eje común* que oponga la Doctrina enunciada por Perón a las opiniones (insignificantes o molestas) de los políticos.

Como hemos visto, Perón afirmaba que los principios fundamentales de la Doctrina estaban ya presentes "desde el primer día". No podemos menos que darle la razón: los componentes básicos del modo en que construirá la posición de sus adversarios a lo largo de toda la historia del peronismo aparecen ya conjugados con perfecta sistematicidad en uno de sus primeros discursos, transmitido por la cadena de radiodifusión el 2 de diciembre de 1943:

> "Los patrones, los obreros y el Estado constituyen las partes de todo problema social. Ellos, y no otros, han de ser quienes lo resuelvan, evitando la inútil y suicida destrucción de valores y energías.
> La unidad y compenetración de propósitos de esas tres partes deberán ser la base de acción para luchar contra los verdaderos enemigos sociales, representados por la mala política, las ideologías extrañas, sean cuales fueren, los falsos apóstoles que se introducen en el gremialismo para medrar con el engaño y la traición a las masas, y las fuerzas ocultas de perturbación del campo político internacional" (2.12.43).

El plano de la Doctrina es el del problema *social*. Este plano concierne a una serie de colectivos todos perfectamente positivos (o, podríamos decir, descriptivos): 'patrones', 'obreros', 'Estado'. Esta lista podrá prolongarse indefinidamente: 'los jóvenes', 'las mujeres', 'los comerciantes', etc. Éste es el plano, por decirlo así, de la *pertinencia nacional*. *En otro nivel* están los "verdaderos enemigos". Se los calificará con categorías que evidencian el vaciamiento del campo político: dichas categorías reenvían ya sea a la moral (*maldad*, *engaño*, *traición*), ya sea a una suerte de "orden de la sombra" (fuerzas *ocultas*); ya sea al orden de la verdad y el error (*falsos* apóstoles); ya sea, en fin, directamente al concepto de un descentramiento, de una pura *alteridad* (ideologías *extrañas*).

Los ejemplos de combinación de estas categorías son innumerables; nos limitaremos a evocar algunos.

La combinación más típica es tal vez aquella entre las categorías de la *falsedad* y las de la *maldad*:

> "Esta Revolución debe ser tomada por la juventud argentina, y ésta debe llevarla adelante para estructurar una nueva Argentina que sea





> más justa, más libre y de la que estén ausentes el fraude, la mentira y los sofismas políticos.
> Lo único que en este momento constituye un delito infamante para el ciudadano es encontrarse fluctuando entre uno y otro bando, cuando ha de decidirse el futuro de la nacionalidad en la lucha en que estamos empeñados.
> Es necesario colocarse ya en el bando que creamos justo, y si es necesario salir a la calle a luchar por salvar a la Nación en cuanto esté en peligro por la debilidad, el engaño o el error de sus propios hijos" (28.10.44).

Los políticos aparecen estrechamente asociados a esta descripción de la falsedad, el engaño y la inmoralidad, y donde la oposición entre el bien y el mal adquiere a veces un carácter casi metafísico:

> "Sin duda alguna puede afirmarse que estamos soportando una presión extraordinaria de las fuerzas que se oponen a nuestra política social. (...)
> A esas fuerzas que organizan la resistencia a nuestra política social, se suman hoy algunos políticos desplazados que no fueron capaces jamás de poner un solo ladrillo en el edificio social argentino. (...)
> Los pretextos que están buscando son demasiado conocidos: dicen que somos 'nazis'. Declaro que estamos tan lejos del nazismo como de cualquier otra ideología extraña. Nosotros somos solamente argentinos y queremos, por sobre todas las cosas, el bien de los argentinos. Lo que no queremos es más fraude ni más engaño. (...)
> (...) En este orden de ideas, el Ejército está firmemente decidido a apoyar esa obra, y no ha de consentir que ella se malogre por maniobras capitalistas, políticas o de cualquier especie.
> Hasta ahora, los políticos se habían acostumbrado a poner al Ejército frente a los trabajadores, buscando dividir para reinar. (...)
> En estos momentos, fuerzas políticas y de otra índole luchan por 'moverle' el piso al Gobierno. Están totalmente equivocadas. Nuestra unión es un bloque que no ha de ceder un milímetro. (...) A las fuerzas del mal opondremos las fuerzas del bien, y cuando los necesite, los llamaré a ustedes. Entonces veremos qué fuerzas son capaces de oponerse a nosotros" (31.8.44).

> "[los 'descamisados'] han anulado el empeño de comunistas y de socialistas por infiltrarse en sus masas y sabotear, con huelgas y

maniobras inconfesables, las conquistas del pueblo. (...) Si las masas obreras que me apoyan han vencido a aquellos otros elementos en todos los terrenos, es porque su fe es superior a todo el espíritu del mal que domina a las fuerzas rojas ocupadas en lanzar el veneno del caos sobre los pueblos" (1.5.48).

En este contexto, Perón podrá identificar y describir a sus enemigos en términos, por decirlo así, "clasistas": oligarcas, explotadores, privilegiados, etc. Pero la construcción no escapa nunca a la dimensión de la moralidad: estos actores sociales son esencialmente inmorales, y la fuente principal es el egoísmo:

"(...) Sabemos bien cuáles son los orígenes de esa oposición y qué fuerzas la impulsan: en primer lugar, el eterno egoísmo del que ha alcanzado una situación que por bien de Dios ha adquirido y que, por eso mismo, está obligado a servir a los otros, ya que tiene la fortuna de no necesitar ser servido por los demás. En segundo lugar, las fuerzas ocultas de la mala política, que indudablemente no pueden ver con buenos ojos que otros realicen con sinceridad y con lealtad lo que los malos sentimientos no les permitieron realizar a ellos" (2.9.44).

"Pero los inconvenientes que nacen de la maldad de unos egoístas que para recuperar sus privilegios menosprecian el bienestar que van alcanzando las populosas masas argentinas, y para lograr sus bajos objetivos no titubean en desprestigiar a nuestra Patria y en difamar a los hombres que estamos empeñados en evitar que sea posible un retroceso en la marcha que hemos emprendido, habrán de caer desmenuzados por la fuerza incoercible de la verdad y de la entereza que guía nuestros pasos" (1.5.49).

La construcción del enemigo permanecerá inseparable, en el discurso de Perón, del imaginario de la sombra: el enemigo es oculto, está agazapado, opera en la sombra, se infiltra; sus propósitos son inconfesables.

"...desprecio las formas tortuosas y las actitudes solapadas;... no transijo con el engaño ni con el disimulo" (26.4.45).

"No he de detenerme a refutar las calumnias sectarias o políticas que elementos descalificados suelen poner en movimiento, con fines inconfesables..." (3.6.44).





Estas metáforas de la oscuridad, están probablemente asociadas al modelo de la llegada. Antes de Perón, el país estaba en manos de los oligarcas y de los malos políticos. Engañaban al pueblo, pero no tenían por qué ocultarse. Es la luz que crea la oscuridad: *la sombra se convierte en su situación "natural" a partir del momento en que la verdad es formulada por boca de Perón*. A partir del momento en que se pone en marcha el proyecto peronista, los adversarios se convierten, en cierto modo, en una especie de *residuo que testimonia de la diferencia que existe todavía entre 'peronistas' y 'argentinos'*:

"Cuando el tiempo diga la última palabra sobre esta nueva era de la política social argentina... el gremio ferroviario podrá levantar su estandarte limpio y altivo, porque fue el precursor del triunfo de nuestra justicia sobre la demagogia, el sectarismo y el abstencionismo oficial que, aún hoy, algunos defienden desde la sombra" (3.6.44).

"Políticos oscuros que se intuyen desplazados definitivamente del escenario nacional, están agazapados, planean e impulsan todo un movimiento de resistencia..." (28.8.45).

"Podrá quedar tal vez, en nuestra tierra, algún antiguo explotador del trabajo humano que no pueda concebir una Nación Argentina socialmente justa; o algún astuto dirigente marxista a sueldo de intereses extraños a quien no le convenga nuestro justicialismo, porque le hemos hecho perder todos los argumentos que antes tenía; quedará quizá algún viejo abogado de empresas extranjeras que añore las épocas de los Bemberg, cuando también se pagaba la traición, y que no quiera saber nada con esta Nueva Argentina que nosotros proclamamos económicamente libre; y tal vez quede algún grupo de hombres sin Patria y sin Bandera que no pueda querer que seamos una Nación políticamente soberana desde La Quiaca hasta la Antártida y desde los Andes hasta las Malvinas... pero ningún argentino de bien puede negar su coincidencia con los principios básicos de nuestra doctrina sin renegar primero de la dignidad de ser argentino!" (1.5.50).

Una doble observación sobre este último texto, capital, que enumera los enemigos. Por un lado, en función del desarrollo temporal del triunfo peronista, esos seres residuales, anti-peronistas, *están tendencialmente condenados a la extinción*: cuando 'peronistas' y 'argentinos' coincidan plenamente, no

habrá más "descastados". Por otro lado, se trata de la lista de aquellos que el texto excluye del colectivo de los "argentinos de bien".

Y en el fondo, ¿cómo explicar que tales no-argentinos existan? Una sola alternativa queda abierta en el cuadro del dispositivo del discurso peronista, una vez que este último ha enunciado la verdad: o la maldad pura y simple, o la inconsciencia, una especie de residuo irracional, de ceguera total:

> "...Algunas personas critican nuestra obra sin saber que se están produciendo daño a sí mismas. El obrero que no apoyase nuestra labor sería un verdadero suicida, y aquel que haya manifestado ser amigo y protector del obrero y ataque nuestra política social es un felón que no merece ni la estimación ni el reconocimiento de los propios obreros" (9.3.45).

> "...tengo el convencimiento absoluto de que todos mis conciudadanos –salvo los cegados por el odio, por el egoísmo o por la pasión política– comparten mis ideas y mis sentimientos en cuanto se refiere a la orientación económico-social que la Argentina debe trazar en adelante..." (6.9.44).

> "Cuando nuestros adversarios sostienen que [nuestra independencia económica] ha sido solamente un 'slogan' de nuestra prédica política se me ocurre que ellos no sólo deben haber vendido el alma al diablo, como en el viejo 'Fausto', sino también los ojos, los oídos, el corazón y hasta el nombre de argentinos que llevan sin haber hecho todavía nada digno como para merecerlo.
> Porque bastaría que hubiesen conservado uno solo de todos los atributos superiores del hombre para reconocer honradamente que ningún objetivo como éste ha sido tan absolutamente alcanzado por nosotros" (1.5.52).

El eslogan, consagrado en la época institucional del peronismo, según el cual "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista", contiene una implicación de gran importancia en cuanto a la construcción del adversario, del enemigo: *de alguna manera, para un peronista, hay algo de impensable, de inconcebible, de fatalmente opaco, en la existencia de un no peronista.*

Esta opacidad parece una consecuencia necesaria de lo que hemos llamado el vaciamiento: si no hay un eje común respecto del cual se pueden





situar a la vez Perón y sus enemigos, es porque no hay colectivo capaz de abarcar ambos términos: el peronismo reivindica para sí el colectivo más amplio posible: 'los argentinos'. Que el enemigo sólo pueda ser, en última instancia, ciego o malvado, resulta del hecho de *haber sido expulsado* del colectivo más amplio posible:

> "Nos encontramos con un pueblo que durante cien años había sido explotado y engañado por quienes le habían prometido todo; olvidado y vendido por quienes tenían la obligación de servirlo con lealtad, y traicionado permanentemente por una oligarquía sin escrúpulos. (...)
> Son los que propician la vuelta a la economía libre, como si alguna vez ella hubiese existido en el mundo.
> Y son, por fin, los que harían un gran editorial elogioso en algún gran diario si alguna vez cometiésemos el error de darles la razón.
> Pero están equivocados. Ni les daremos la razón, ni volverán al gobierno.
> Nosotros hemos entregado nuestro movimiento al pueblo; y mientras ellos no se conviertan en pueblo, es decir, mientras no aprendan a trabajar, mientras no sientan en sus carnes mismas el dolor de sus hermanos y el dolor de la Patria como si fuese su propio dolor, no podrán volver a gobernar, puesto que desde nosotros en adelante para gobernar se necesita como única y excluyente condición tener carne y alma de pueblo" (1.5.50).

En su forma acabada, el dispositivo peronista consistirá pues en la oposición entre un 'Nosotros' pleno, sustancial, que coincide tendencialmente con el colectivo 'argentinos', y un 'Ellos' que es expulsado del campo político, un 'Ellos' residual respecto de la temporalidad histórica del peronismo, un 'Ellos' en última instancia despojado, en el cuadro de ese 'Nosotros' pleno, de toda racionalidad y de toda identidad. La oposición podrá así operar en un plano casi puramente formal:

> "Es lo que todavía no pueden reconocer nuestros adversarios.
> Ellos no pueden concebir que hayamos conquistado la independencia económica sin ellos... y aun a pesar de ellos.
> Ellos siguen esperando que cedamos al fin y contratemos algún empréstito...
> Ellos saldrían gozosos a la calle a proclamarlo con pitos y sirenas...

Felizmente mientras ellos anuncian la próxima firma de un empréstito, nosotros nos permitimos el lujo de comprar 60 toneladas de oro.
Ésa ha sido nuestra respuesta de siempre... ¡Una realidad por cada mentira!" (1.5.50).

"¿Por qué los atemoriza que el Poder Ejecutivo cuente con los elementos de acción suficientes para la defensa de las libertades y para el mantenimiento del orden público... mientras que veían complacidos las ilegalidades y extralimitaciones de aquellos gobiernos? Sencillamente, porque entonces el Poder Ejecutivo eran *ellos* en tanto que ahora somos *nosotros (destacado en el original)*.
También sabían nuestros adversarios que el problema era difícil, pero ellos lo consideraban de imposible solución...
Felizmente para el pueblo argentino ellos se equivocaron!
Ellos ya sabían indudablemente...
Ellos sabían que el país era dirigido por grandes intereses extranjeros e internacionales.
Ellos sabían que el gobierno argentino...
Ellos no ignoraban que...
Ellos sabían demasiado bien que la reforma social exigía...
Ése fue el paso que esperaron inútilmente los enemigos del país porque no contaron con nosotros" (1.5.51).

El adversario es, en definitiva, reducido a un principio abstracto de oposición, a la vez que se lo despoja de toda *pertinencia* discursiva. El adversario hace política, y observa enfurecido cómo Perón realiza y resuelve el verdadero problema, que es el social. En consecuencia, este adversario sólo es construido como alguien que desde la sombra se opone a la verdad del peronismo. *Este adversario no tiene proyecto político,* es sólo aquel que pone obstáculos a la marcha inexorable de Perón, en la cual coinciden la verdad y la realidad. Es el enemigo del pueblo, del país, de la Nación.

"También en este caso los enemigos de la Nación (intereses extranjeros opuestos a la República) y los enemigos del pueblo (la vieja oligarquía servil de los intereses plutocráticos) dijeron... que cometíamos gravísimos errores...
Cuando lanzamos el plan advertimos que otras eran las razones de nuestros enemigos. Los hemos encontrado a cada paso tratando de





cerramos el camino; obstruyendo el aprovisionamiento... aconsejando... la adopción de medidas irracionales; saboteando nuestras compras en el exterior..." (1.5.51).

"No somos ni políticos ni antipolíticos. No nos preocupan estas actividades. Sólo sabemos que, en la casa del trabajador, se defiende al trabajador..." (6.9.44).

"No atacamos a nadie. Señalamos al pueblo sus males para que él sea quien les ponga remedio..." (2.9.44).

## El enunciador abstracto

Hemos trazado hasta aquí las principales etapas del proceso de construcción, por parte de Perón, de su posición de enunciador-líder y, en consecuencia, de su legitimación como enunciador. El movimiento discursivo se efectúa entre dos polos, que son dos *topoi* del imaginario político: el cuartel y el Estado. Como vimos, estos dos 'lugares' no poseen las mismas propiedades, no son en realidad comparables, porque se sitúan en espacios imaginarios heterogéneos y pertenecen a tiempos imaginarios distintos. El cuartel es el 'lugar natural' de lo que llamamos un *colectivo singular:* el Ejército. Este colectivo *participa* de otro colectivo singular, con el cual comunica de modo privilegiado, sin confundirse con él: la Patria. El Estado, en cambio, es un 'lugar' del tiempo social, sometido a los avatares de la historia (ocupado en un momento dado, por ejemplo, por los "políticos"). El tiempo social contiene otro colectivo singular: el Pueblo. Este colectivo, como el Ejército, participa también (sin confundirse con él) del colectivo sagrado que es la Patria. Situado en el tiempo social, el Pueblo (y sobre todo su comunicación con la Patria) están sometidos a los accidentes de la historia. Uno de estos accidentes, particularmente graves, es la perversión del Estado por los políticos, que lleva a ignorar, en la conducción de los asuntos del Estado, uno de los componentes fundamentales del pueblo: los trabajadores. Es entonces que el futuro enunciador-líder interviene. Para 'construir' su intervención, el enunciador debe situarse primero en el nivel de los colectivos *plurales*; debe engendrar, asociados a los colectivos singulares, colectivos 'enumerables' que le permitan segregar su propia posición como *individuo*: por un lado los *soldados*, pluralización del Ejército, por otro lado *los trabajadores*, pluralización del Pueblo. En el momento inicial, el enunciador es

"*un* humilde soldado" que se posiciona, como hemos visto, como *no-trabajador*. En un momento ulterior, el enunciador se convierte en el "primer trabajador". Así, segregada su individualidad, el enunciador puede asumir su función de mediación, encarnando, *como individuo*, los dos colectivos plurales entre los cuales el enunciador *materializa* la comunicación: soldados y trabajadores.

Ahora bien, estos dos colectivos plurales no son ni más ni menos que los dos componentes principales del Pueblo: el Pueblo como colectivo singular es pues el 'operador' de la comunicación. Automáticamente, la comunicación se realiza entonces en el plano de los colectivos singulares: Ejército y Pueblo unificados en la Patria. La Patria, en tanto colectivo singular 'superior', posee también su versión plural: los Argentinos. Lo cual permite 'absorber', como vimos, a la vez a los soldados y a los trabajadores en la instancia suprema patria-Argentinos. El enunciador adquiere su legitimación definitiva en el momento mismo en que se convierte en miembro indiferenciado del colectivo plural supremo (simple soldado argentino) y, por lo tanto, en encarnación (héroe) del colectivo singular correspondiente: la Patria.

Como puede verse, para construir la posición de enunciación que será, de ahí en adelante, la suya, Perón ha estructurado de una cierta manera las entidades del imaginario político. El deslizamiento de un colectivo plural a otro le permite, en cada 'momento' de su elaboración discursiva, situarse en la legitimidad del colectivo singular correspondiente: como humilde soldado, encarna el deber patriótico que inspira al Ejército; el deber patriótico lo lleva a abrazar al Pueblo, como primer trabajador; al abandonar su rol militar y convertirse en "simple ciudadano", su palabra no hace más que expresar la verdad-realidad de la Nación a construir. Es en virtud de este 'tránsito' que el enunciador *produce* el Ejército, el Pueblo y la Nación como figuras del colectivo supremo, la Patria.

Ahora bien, este movimiento discursivo da forma, estructura, cristaliza un movimiento *social*; vale decir, un nuevo actor social adviene a la existencia con el triunfo electoral de 1946: *los peronistas*. En virtud de este nuevo colectivo plural, a la configuración Ejército/soldados; Pueblo/trabajadores; Patria/argentinos, se agrega un nuevo par: Perón/peronistas. Hemos visto que la tendencia profunda del discurso de Perón es de producir una *homología global* entre todos estos pares: los soldados son al ejército como los trabajadores al pueblo, como los argentinos a la Patria, y, en fin, como los peronistas a Perón:





$$\frac{\text{Ejército}}{\text{soldados}} : \frac{\text{Pueblo}}{\text{trabajadores}} :: \frac{\text{Patria}}{\text{argentinos}} : \frac{\text{Perón}}{\text{peronistas}}$$

Los dos primeros pares corresponden a la aparición del enunciador Perón en la escena política; los dos últimos expresan la homología que sustenta el período institucional de la primera presidencia y la necesaria coincidencia, de principio, entre peronistas y argentinos. Este esquema no deja lugar alguno, como vimos, al adversario; en todo caso, el único lugar imaginable del adversario, si quisiéramos representarlo a partir de la misma lógica, sería ese lugar misterioso que sólo puede ser designado negativamente:

$$\frac{\text{anti-Patria}}{\text{"ellos"}}$$

Este esquema nos permite subrayar un elemento capital: *Perón se sitúa en el mismo plano que los colectivos singulares*; como éstos, posee un colectivo plural que le corresponde: los peronistas. La diferencia (fundamental) entre Perón y los otros colectivos es, por supuesto, que estos últimos son mudos: Perón es el único colectivo singular que habla, y por eso mismo es capaz de 'expresar' los otros colectivos. Afirmar que en la palabra de Perón se expresa la verdad misma de lo real, es lo mismo que decir que por su boca habla la Patria y se expresa el Pueblo. Es por esta razón que un anti-peronista es, automáticamente, un anti-argentino y un anti-pueblo.

El conjunto de nuestro análisis mostrará la importancia de esta asimilación del enunciador-Perón al rango de un colectivo singular. Subrayemos por el momento que, si nuestra interpretación es correcta, se trata de un fenómeno de identificación del poder en la figura de un individuo que es exactamente lo contrario de la 'personalización' tal como se la entiende frecuentemente: el discurso político del peronismo no se explica, a nuestro juicio, por la construcción de una posición de liderazgo alrededor de *propiedades específicas y concretas* de una persona –personalización carismática– sino por lo que podríamos llamar, al contrario, un *proceso de abstracción del enunciador* por el cual éste comienza a funcionar en el mismo registro que entidades como el Pueblo, la Patria o la Nación. *En el momento en que el dispositivo de enunciación de Perón adquiere su forma definitiva, el enunciador Perón se convierte en un enunciador abstracto*.

Es la conjunción de los dos términos (enunciador abstracto) que resulta esencial comprender: la calificación de 'abstracto' expresa *la posición estructural*: Perón ocupa ese lugar que es el de la Patria y el del Pueblo. Pero desde

ese lugar, enuncia: es una voz y un cuerpo. Esa voz y ese cuerpo materializan colectivos que son sólo abstractos, vale decir, que no pueden definirse sino por su *irremediable ausencia*.

Si en el universo discursivo del peronismo encontramos, en lugar del slogan revolucionario "Patria o muerte", el slogan "Perón o muerte", esta substitución no implica que la ofrenda de la propia vida en aras de la patria ha sido reemplazada por la ofrenda en nombre de un individuo; la substitución muestra, al contrario, que proclamar "La vida por Perón" *es lo mismo* que proclamar "La vida por la Patria".

## Braden o Perón

Un índice de esta asimilación del enunciador Perón a un colectivo singular lo encontramos ya en 1946, durante el proceso electoral que lo llevó a la presidencia. El caso es interesante, porque las características del discurso de Perón en este período parecieran contradecir nuestra hipótesis acerca de la construcción del adversario y el vaciamiento del campo político.

Detengámonos en un discurso particular, el del 12 de febrero de 1946, pronunciado en el acto de proclamación de su candidatura a la presidencia de la república.

Junto con el del 17 de octubre de 1945, este discurso ha sido objeto preferencial de diversos autores interesados en la ideología peronista.[4] Se trata sin duda de un documento excepcional, ya que es la única ocasión en la que Perón, dirigiéndose por radio a todo el país, al mismo tiempo que a sus partidarios reunidos en la Plaza de Mayo, busca persuadir a su auditorio en circunstancias en las que su triunfo electoral no estaba en modo alguno garantizado. A diferencia del mensaje del 17 de octubre, que fuera improvisado, el del 12 de febrero había sido previamente escrito y fue leído por Perón.[5]

Discurso político por excelencia, sus destinatarios no son sus partidarios sino, como él mismo lo dice, aquellos "que aún no han comprendido":

4. Por ejemplo: Laclau, E., *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978, espec. pp. 221-222 y De Ipola, E., *Ideología y discurso populista*, Folios Ediciones, México, 1982.

5. De Ipola, E., *op. cit.*, pp. 175-185.





"...quiero dejar de lado todo lo negativo, lo interesado, lo mezquino, para dirigirme a los hombres de buena voluntad que aún no han comprendido la esencia de la revolución social (...) y decirles (...) Síguenos; tu causa es nuestra causa; nuestro objetivo se confunde con tu propia aspiración pues sólo queremos que nuestra patria sea socialmente justa y políticamente soberana."

Desde el comienzo Perón designa a sus enemigos: los oligarcas y la opresión patronal, aliados a los partidos políticos –los "habladores profesionales"– y efectúa la ya famosa inversión del debate político. La coalición de partidos (desde los conservadores hasta el partido comunista) organizados alrededor del lema de la libertad, no cesaban de acusarlo de nazi, fascista, demagogo o totalitario. Así, en el octavo párrafo del discurso responderá a esas críticas desplazando el eje del debate:

"...estos vociferadores de la libertad quieren disimular, alucinando con el brillo de esta palabra, el fondo esencial del drama que vive el pueblo argentino. Porque la verdad verdadera es ésta: en nuestra patria no se debate un problema entre 'libertad' o 'tiranía', entre Rosas y Urquiza; entre 'democracia' y 'totalitarismo'. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la 'justicia social' y la 'injusticia social'."

Operación clásica –y hábil– de todo discurso político: negar la verdad de la palabra del adversario por medio de la redefinición de lo que está en juego.

Más adelante continúa argumentando que ni él ni los trabajadores pueden ser tachados de totalitarios, pero lo esencial ya ha sido dicho y será repetido: sus enemigos dicen hablar en nombre de la libertad pero eso no es verdad, y no lo es porque defienden una libertad formal y no la libertad real, que sólo puede existir en la justicia social. Perón ataca, uno a uno, a sus enemigos; aun cuando incluye personajes tan diferentes como los "provocadores a sueldo", los "resentidos" o las "descarriadas jovenzuelas", los dos tercios de su discurso parecen desmentir nuestra hipótesis sobre el vaciamiento político. Se trata de un proyecto político contra otro proyecto político, de grupos sociales identificables que traducen sus intereses a través de partidos, de "nuestro movimiento" frente a la Unión Democrática, un adversario que tiene palabra y que merece que esa palabra sea descalificada a través de una redefinición de los ejes del debate. ¿Nuestras hipótesis son

erróneas? ¿Se trata de una coyuntura particular, que obliga a Perón a modificar radicalmente su estrategia discursiva?

Dijimos 'los dos tercios de su discurso'; en ese momento, en efecto, un párrafo pareciera indicar el fin de la alocución:

> "Esta sangre nueva la aporta nuestro movimiento; esta sangre hará salir de las urnas, el día 24 de este mes, esta nueva Argentina que anhelamos con toda la fuerza y la pujanza de nuestro corazón."

Pero no se trata sino de una pausa, que Perón mismo subraya: "No puedo terminar mis palabras sin referirme a los problemas internacionales".[6] Se produce a partir de allí una alteración brutal de la estructura discursiva: aparece repentinamente un nuevo personaje, el ex embajador norteamericano Spruille Braden, sobre quien dirigirá su ataque, después de haber introducido numerosas frases elogiosas hacia los Estados Unidos –en particular cuando establece el paralelo entre él, Perón y Roosevelt– y después de señalar que los Estados Unidos, su gobierno y su senado han declarado que no pretenden injerirse en los asuntos de otros países americanos. La elección del personaje no es azarosa. Braden había jugado un rol importante en la política argentina, como embajador primero, como subsecretario de Estado para los asuntos latinoamericanos después. Nueve días antes de las elecciones se publican en los periódicos argentinos fragmentos del "Libro Azul", redactado bajo la dirección de Braden, con fuertes ataques a Perón. Desde el golpe de 1943 Braden no había cesado de intervenir públicamente denunciando al nuevo gobierno y a Perón como nazis.

Ausente a lo largo de los dos primeros tercios del discurso, su presencia adquiere ahora, frase tras frase, proporciones alucinantes. Braden es "el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática"; "vuelca su poder, que no le es propio, en favor de los enemigos de la nacionalidad y declara abiertamente la guerra a la revolución"; "se convierte en el jefe omnipotente e indiscutido de la oposición, a la que alienta, organiza, ordena y conduce con mano firme y oculto desprecio"; "es él quien quiere implantar en nuestro país un gobierno propio, un gobierno títere y para ello ha comenzado por asegurarse el concurso de todos los 'quislings' disponibles".

Braden crece progresivamente: es él quien consigue organizar la Unión Democrática, es él quien subordina a la prensa, es él quien "se asegura, por

6. Algunas publicaciones oficiales colocan un subtítulo: "Braden o Perón".





métodos propios, el apoyo de los círculos universitarios, sociales y económicos, descollando su extraordinaria habilidad de sometimiento en el campo de la política", es él quien pacta y reúne a los diferentes partidos... La oposición va perdiendo, simétricamente, poder y fuerza: progresivamente se reduce, convirtiéndose en un "bloque amorfo", en "un pequeño ejército de traidores". Los partidos no son nada más que entes impotentes, entremezclados con los "detritus que la revolución fue arrojando de su seno en sus hondos procesos depuradores". Reaparece aquí la figuración de "ellos", los que se oponen a Perón, operación apoyada en la construcción de un adversario singular.

El discurso del 12 de febrero recorre así 180 grados; ya no se trata del movimiento que representa a los trabajadores enfrentados a una coalición política que responde a los intereses oligárquicos y patronales. En el momento culminante de su más importante discurso electoral, Perón define a su enemigo con la misma lógica con la que construyó su posición de enunciador: su enemigo –colectivos plurales como oligarcas, viejos políticos, partidos, etc.– *se ha trasmutado en otro colectivo singular, dotado, como él, no sólo de la capacidad de palabra, sino también de la capacidad de encarnar un colectivo plural.*

El "campeonato entre justicia social e injusticia social", entre democracia real y democracia formal se convierte en un combate entre quién *es* la Patria y quién *es* la anti-Patria. Perón se dirige al pueblo para que éste comprenda que el enemigo no son las "fuerzas regresivas de la oposición" sino un individuo, el jefe oculto de esas fuerzas, dotado de un poder exorbitante y guiado por un plan antinacional. En pocos párrafos, Perón ha construido su único enemigo posible: la imagen especular de su posición como enunciador. Si lentamente fue construyendo su posición como colectivo singular, equivalente de la Patria, en pocos minutos descorre el velo del contubernio oligárquico-comunista para mostrar que no tiene frente a sí fuerzas sociales o políticas sino a otro individuo, demiurgo y realidad última de la coalición opositora.

Se restablece entonces en un doble movimiento, la estructura de la enunciación peronista: Perón denuncia ante los trabajadores que el enemigo no es en realidad el que dice serlo y ni siquiera aquel que fuera caracterizado durante la primera parte del discurso. El verdadero enemigo de los trabajadores es el señor Braden. Y si es un individuo quien se opone a los trabajadores, es otro individuo el que encarna la posibilidad que tienen éstos de vencerlo: Perón.

Ciertamente, ha convertido la dicotomía libertad/totalitarismo en la dicotomía justicia social/injusticia social. Pero inmediatamente establece

la disyuntiva final, la verdadera: *Braden o Perón*. Es que los enemigos de Perón no son quienes se presentan como tales; no es su enemigo real quien pretenda serlo: sólo él tiene el poder de designar a su adversario, y a ello dedica la última parte de su discurso. Ese otro *debía* ser denunciado por Perón ya que actuaba en la sombra, y ese otro es la expresión exacta de la anti-Patria, el colectivo singular creador de su propio colectivo plural, "las fuerzas regresivas de la oposición".

A diferencia de Perón, Braden no emerge a través de una identificación con colectivos plurales; la palabra de Perón lo constituye instantáneamente en colectivo singular, denunciándolo como único responsable y jefe de la oposición. En este discurso, clave por diferentes razones, Perón se presenta por primera vez, nítidamente, como colectivo singular individualizado del seno de múltiples colectivos plurales –clases, círculos, partidos–. En el mismo movimiento la palabra de Perón desenmascara la verdad de su adversario y revela su propia verdad:

> "En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que, en ese acto, entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: o Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: sepa el pueblo votar."



# EL ÚLTIMO ACTO

## Nosotros los políticos

Es corriente y, más aún, parte de los rituales del juego democrático que un presidente electo solicite la colaboración de sus adversarios políticos para su gestión gubernamental. Perón lo había hecho ya en varias oportunidades durante su primera y segunda presidencia.

Pero si se recuerda que para Perón la política era la forma misma de las divisiones antipatrióticas, que los políticos eran sistemáticamente 'apolillados', 'habladores profesionales' o, en los sindicatos, 'falsos profetas', y, por último, que el peronismo no era una política más sino la manifestación misma de la verdad de la Patria, es sorprendente que, durante su última campaña electoral, Perón diga:

> "Yo pienso que todas esas circunstancias han de ser conocidas por el pueblo argentino y, especialmente por nosotros los políticos, tan denigrados durante tantos años, a pesar de todos los sacrificios que hemos realizado para servir de alguna forma a la Patria, de la manera en que cada uno de nosotros la entiende" (31.8.73).

Junto al nosotros 'los peronistas' y al nosotros 'los argentinos', Perón ha acuñado un nuevo colectivo: nosotros 'los políticos', que está necesariamente asociado a la idea de que hay *diferentes formas de entender y de servir a la Patria*.

Se trata sin duda de un cambio sustancial en los contenidos ideológicos del discurso de Perón –coherente con su estrategia de acuerdos– que tendrá consecuencias importantes en la escena política de 1973.

la disyuntiva final, la verdadera: *Braden o Perón*. Es que los enemigos de Perón no son quienes se presentan como tales; no es su enemigo real quien pretenda serlo: sólo él tiene el poder de designar a su adversario, y a ello dedica la última parte de su discurso. Ese otro *debía* ser denunciado por Perón ya que actuaba en la sombra, y ese otro es la expresión exacta de la anti-Patria, el colectivo singular creador de su propio colectivo plural, "las fuerzas regresivas de la oposición".

A diferencia de Perón, Braden no emerge a través de una identificación con colectivos plurales; la palabra de Perón lo constituye instantáneamente en colectivo singular, denunciándolo como único responsable y jefe de la oposición. En este discurso, clave por diferentes razones, Perón se presenta por primera vez, nítidamente, como colectivo singular individualizado del seno de múltiples colectivos plurales –clases, círculos, partidos–. En el mismo movimiento la palabra de Perón desenmascara la verdad de su adversario y revela su propia verdad:

> "En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que, en ese acto, entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: o Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: sepa el pueblo votar."



# EL ÚLTIMO ACTO

## Nosotros los políticos

Es corriente y, más aún, parte de los rituales del juego democrático que un presidente electo solicite la colaboración de sus adversarios políticos para su gestión gubernamental. Perón lo había hecho ya en varias oportunidades durante su primera y segunda presidencia.

Pero si se recuerda que para Perón la política era la forma misma de las divisiones antipatrióticas, que los políticos eran sistemáticamente 'apolillados', 'habladores profesionales' o, en los sindicatos, 'falsos profetas', y, por último, que el peronismo no era una política más sino la manifestación misma de la verdad de la Patria, es sorprendente que, durante su última campaña electoral, Perón diga:

> "Yo pienso que todas esas circunstancias han de ser conocidas por el pueblo argentino y, especialmente por nosotros los políticos, tan denigrados durante tantos años, a pesar de todos los sacrificios que hemos realizado para servir de alguna forma a la Patria, de la manera en que cada uno de nosotros la entiende" (31.8.73).

Junto al nosotros 'los peronistas' y al nosotros 'los argentinos', Perón ha acuñado un nuevo colectivo: nosotros 'los políticos', que está necesariamente asociado a la idea de que hay *diferentes formas de entender y de servir a la Patria*.

Se trata sin duda de un cambio sustancial en los contenidos ideológicos del discurso de Perón –coherente con su estrategia de acuerdos– que tendrá consecuencias importantes en la escena política de 1973.

Ahora bien, ¿se trata de cambios que alteran los mecanismos discursivos que hemos identificado hasta ahora? ¿Admite ahora Perón la existencia de otros proyectos 'argentinos' y alternativos al suyo? Antes de considerar estos interrogantes, veamos a qué corresponde el 'nosotros los políticos'.

Rara vez intentará Perón explicar el movimiento que lo derrocó en 1955 en relación con conflictos internos al país; en el período de negociaciones con el poder militar recurre, como es su costumbre, a enseñar, contando lo que ha sucedido; la narración tiene un comienzo, en un momento y lugar definidos:

"Todo comenzó en 1956, con motivo de la Primera Reunión de presidentes de América, en Panamá. Allí los yanquis sentaron la idea de que una guerra internacional en el continente ya no sería posible y que, en consecuencia, las fuerzas convencionales habían perdido su razón de ser anterior; pero como el comunismo era el peor enemigo en el interior de nuestros países, las fuerzas militares debían dedicarse a combatirlo. En esa forma, las Fuerzas Armadas pasaron a ser policías militares. Nuestros países latinoamericanos se vieron invadidos por las fuerzas de ocupación y todos los gobiernos pasaron a ser reemplazados por dictaduras militares. Es lógico suponer que tales dictaduras, con designios más o menos ocultos, estaban destinadas a servir a los objetivos fijados y, de paso, a los intereses vernáculos de la reacción en cuyo nombre y a cuya sombra actuaban" (21.12.71, *Primera Plana*, N° 487, 30.5.72, p. 9).

En esta situación, el 'verdadero enemigo es la dictadura militar que azota al país en nombre de las Fuerzas Armadas' y contra él lucha 'el Movimiento Justicialista, apoyado por el Pueblo argentino" (*ibid.*).

En su mensaje sobre las elecciones del 11 de marzo de 1973, Perón precisa:

"...Pienso que la ciudadanía argentina, si quiere librarse de los efectos presentes y las consecuencias futuras de una dictadura militar que viene azotando al país desde hace dieciocho años, es preciso que, aun en las peores condiciones de ecuanimidad y honestidad, debe intentar como sea, tomar el gobierno en nombre y representación de una civilidad nacional..." (15.1.73).





La elección de Cámpora no será el triunfo del justicialismo sino de la *civilidad* frente a la camarilla militar y, pocos meses después, esta civilidad asumirá la forma concreta del 'nosotros los políticos'. La trasmutación se produce a partir de la misma narración:

"Hemos observado que desde hace muchos años los dirigentes políticos han sido objeto de una denigración permanente. Es decir, hay una organización que se ha encargado de llevar a la conciencia de mucha gente, fácil de convencer, que el político es siempre un venal, un ladrón, un sinvergüenza, y un hombre que no ama a su patria. Todo esto, desgraciadamente, se ha hecho cierto en muchas oportunidades, y nosotros, los políticos, hemos sido los mejores colaboradores. (...) Todo esto para nosotros ha comenzado en 1956, con la primera reunión de presidentes de América, que se realizó en la ciudad de Panamá..." (31.8.73)

Los políticos, representantes del nuevo pueblo, el *pueblo-civilidad*, ocupan el lugar del Ejército en la antigua unidad Ejército-Pueblo. Pero cuando Perón constituye el 'nosotros los políticos' debe renunciar necesariamente a la dicotomía que había marcado la escena política argentina durante 20 años: peronistas y antiperonistas. Y así lo declara, límpidamente, el 15 de enero de 1973:

"Hay una sola forma de poner término a la etapa fatídica de las frustraciones argentinas que, sin solución de continuidad, se han venido sucediendo desde 1955. Esas frustraciones se han podido producir, precisamente, por una inexplicable antinomia en la civilidad. Superada esa antinomia, todo ha quedado reducido al enfrentamiento del pueblo con la dictadura militar."

Esa 'inexplicable antinomia' –peronismo/antiperonismo– ha desaparecido y, desaparecida también la dictadura militar con las elecciones de marzo, no quedan ya enfrentamientos internos y la unión nacional por la Reconstrucción y la Liberación puede comenzar sin trabas. Entre el 11 de marzo y el 21 de junio de 1973, Perón pronuncia sus discursos más 'peronistas' y nunca como en ese lapso la Patria invade toda la política en el discurso de Perón.

Frente a este cambio notable en los contenidos, ¿puede seguir hablándose de vaciamiento del campo político?

Creemos que sí, porque en verdad, nunca como en 1973 y 1974 la operación de 'vaciamiento' fue tan explícita: la promoción de *los políticos* se hace al precio de la descalificación de *la política*:

"En esto la política interna de nuestro país ha de cambiar como cambian todas las democracias modernas. Hoy es imposible congeniar los partidos políticos de hace un siglo y aun de hace medio siglo, donde las formas falsas de la política habían llegado a conseguir que un argentino pudiera ser mortalmente enemigo de otro argentino (...) Hoy las formas de lucha política son totalmente diferentes.
Se hacen todas orientadas con un solo objetivo: el bien del país en donde cada uno pone su idea, sea de extrema derecha o sea de extrema izquierda, no interesa de dónde, siempre que sea una idea que pueda ponerse al servicio del destino y de la grandeza del país. Eso es lo que pretendemos, señores, si es que ganamos.
Señores: si fuera otra fuerza política la que obtuviera el triunfo en las elecciones y se hiciera cargo del gobierno, para nosotros, sería igual, dadas las circunstancias en que nos encontramos. Procederemos sin ninguna clase de sectarismos y sin exclusiones de ninguna naturaleza, posibilitando que cada argentino bien intencionado, venga con el rótulo que venga, pueda intervenir en la acción del gobierno, ya sea en el ámbito legislativo como en el ejecutivo. (...)
Los grandes valores que la inteligencia pone en los hombres no indican que éstos han de estar en la mayoría o en la minoría; están en todas partes. Es necesario que así sea: juntemos y acopiemos materia gris en la mayor cantidad posible para llevar adelante al país" (31.8.73).

*La política como arena ideológica reconocida no existe en 1973, como no existió nunca en el universo discursivo peronista.*

Cuando Perón extrae a los políticos del infierno de la inexistencia patriótica lo hace operando simultáneamente una *redefinición* de la política o, mejor dicho, de las políticas: la política legal, la política como banderías y la delincuencia. Los partidos orgánicos son los miembros de la primera, vaciada de todo conflicto significativo; los partidos, dentro del nuevo 'sistema', son sólo *rótulos* –formas externas sin importancia– que reúnen personas capaces de aportar ideas, opiniones diferentes, son *amigos que conversan con Perón*.





Las 'formas falsas de la política', la política 'como banderías' sigue siendo la expresión de divisiones antipatrióticas y no ha desaparecido, pero está ahora en el interior del movimiento:

"Dentro de estos conceptos deseo hacer llegar un llamado a nuestros partidarios y simpatizantes a fin de que, deponiendo inútiles banderías, estrechen la solidaridad con las demás fuerzas políticas legal y orgánicamente constituidas, dejando la pasión y la energía para tratar a los que, fuera de la ley, intentan perturbar el orden y desobedecer el mandato popular, que para nosotros debe ser sagrado" (14.1.74).

Así, la política puede entrar en el universo pensable del discurso peronista; los políticos no peronistas ya no son enemigos y la imposibilidad intrínseca del discurso de Perón para construir adversarios explica que se conviertan inmediatamente en amigos, que el único modo de salir de 'ellos' sea la inclusión *directa* en el 'nosotros'. Este nuevo 'nosotros' se recorta alrededor de un acuerdo básico, más allá del cual las divergencias son, o bien 'ideas' interesantes o bien minucias. Esto reenvía en gran medida al comportamiento efectivo del parlamento argentino en 1973 y 1974; lo que nos ha interesado es la doble operación por la cual partidos no peronistas pueden ingresar en el nosotros 'argentinos'; Perón debe limitar la política a las relaciones entre partidos y simultáneamente despojarla de la capacidad de producir decisiones significativas o proyectos alternativos. En 1973 se verifica un triple vaciamiento de la política: la política legal es irrisoria, la política como banderías es inútil, y quienes intentan perturbar el orden son delincuentes.

A pesar de las diferencias, notables, en cuanto a los contenidos (y, naturalmente, en cuanto a las estrategias políticas concretas), la organización del discurso peronista se mantiene intacta: un 'nosotros' que coincide con el nosotros más amplio, 'los argentinos' –donde han entrado, amigos, los partidos no peronistas– y un "Otro" que es expulsado hacia las zonas oscuras de las pasiones individuales o las igualmente oscuras de la manipulación desde el exterior del país:

"Estamos viviendo las consecuencias de una postguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir. A ello se le suman las perversas intenciones de los factores ocultos que, desde la sombra, trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales" (21.6.73).

Se trata, una vez más, de la 'anti-Patria':

"No debemos descartar que hay sectores y fuerzas que se opondrían, porque ellos no están trabajando para el país sino para otros intereses que no son los nuestros (...) también la prudencia tiene su límite, que es el momento en que los grandes intereses del país peligran ante la acción de círculos parciales que no representan ni al pueblo argentino ni a los intereses de la Patria" (11.1.74).

## Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino

La doble operación de redefinición y vaciamiento de la escena política tienen consecuencias importantes sobre la identidad peronista.

En primer lugar, al reiterar que ser peronista no es la única manera de servir a la Patria, Perón anula una operación constitutiva del discurso peronista, esto es la *identidad* entre el nosotros 'peronistas' y el nosotros 'argentinos'. Ya no son categorías necesariamente coextensivas, se puede ser un verdadero argentino sin ser peronista.

Como hemos visto en sus discursos anteriores, no ser peronista (salvo por ignorancia provisoria) significaba no ser argentino y como un argentino que actúa en forma contraria a los intereses de la Patria no puede ser sino *anti*-argentino, esta calidad intrínsecamente antagónica era utilizada por Perón para afirmar que quienes no eran peronistas eran *anti-peronistas*.

Ahora bien, cuando declara liquidada la 'inexplicable antinomia', el 15 de enero de 1973, Perón hace desaparecer la relación antagónica que fundaba la identidad peronista y construye una entidad nueva: los *no peronistas*. En la medida en que Perón declara que los no peronistas no son necesariamente antiperonistas/antiargentinos, establece que las diferencias son de opinión, de grado y no de oposición, con lo cual produce una *devaluación automática de la identidad peronista* y una *inversión* de los requisitos de prueba de la identidad; antes, para ser un verdadero argentino bastaba con ser peronista, ahora, para ser un verdadero peronista hay que ser (primero) un verdadero argentino.

Decirse peronista ya no es una condición ni suficiente ni necesaria para integrar el 'nosotros'; no es suficiente porque hay quienes 'visten la camiseta peronista', no es necesaria porque los no peronistas pueden ser argentinos patriotas.





Pero en el momento en que los peronistas pierden el privilegio de ser los únicos argentinos, pierden simultáneamente la capacidad de ser el 'nosotros' pleno en el cual Perón puede incluirse y que establece la frontera con los "Otros".

Después de haber separado 'peronistas' y 'argentinos', Perón no puede sino establecer la primacía del colectivo más amplio:

"Habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino. Y lo demás son pamplinas..." (15.12.73).

Ahora bien, para poder realizar este reemplazo, Perón debe hacer del justicialismo *una opción política como las otras* y situarla en una escena política vaciada. Después de haber despojado al Justicialismo del monopolio de la realización de la Patria, Perón lo convierte en otra formación más, que colabora con los diferentes partidos en la tarea de Reconstrucción Nacional.

"Porque los que atacan al sistema no lo hacen en forma directa: nos atacan a nosotros, que somos representantes del sistema. Defendámonos entre nosotros: comencemos por eso. Formemos una comunidad política en la cual nos respetemos los unos a los otros; seamos amigos y colaboremos. No sabemos si mañana estará otro de los partidos políticos en el gobierno; en tal caso nosotros ofreceremos esta misma colaboración desinteresada..." (14.11.73)

"Lo más que podemos hacer nosotros es, dentro del movimiento político, adoptar algunas medidas, que se están tomando. Si usted cree que se pueden tomar algunas medidas, dígamelas. Yo no creo que se deban tomar. Por otra parte, son pequeñas luchas internas que hay en todos los partidos políticos. No es una excepción que suceda eso en el Justicialismo, porque ocurre en todos los partidos políticos, y yo creo que hay que dejarlos que hagan su desenvolvimiento" (Segunda Conferencia de Prensa, 8.2.74).

"Existen en el país un sinnúmero de ideologías y doctrinas diferentes. El que no esté de acuerdo con la doctrina peronista, nadie lo obliga a que se quede con nosotros; que se vaya."

Y si, como vimos, la 'política interna', el lugar de los partidos, es cosa poco importante, pertenecer o no al movimiento justicialista *no es lo más importante*.

> "La política es sólo un medio insignificante, muchas veces para elegir entre nosotros a algunos a quienes consideramos más capacitados, aun cuando nos equivoquemos, porque los estadistas, como los dirigentes, no se hacen por decreto ni por elecciones. Ellos nacen con el óleo sagrado de Samuel..." (25.10.73).

> "...lo que nosotros queremos es el entendimiento, ya que de lucha estamos cansados.
> ¡Para qué seguir luchando por pavadas! Y en realidad eso es por lo que hemos estado luchando hasta ahora.
> Luchemos por cosas serias, por llevar el país adelante. Durante estos seis meses que llevamos en el gobierno, nos hemos persuadido perfectamente bien de que todos los problemas que ha tenido la Argentina han sido sin fundamento, sin razón de ser. Muchas veces se ha estado discutiendo la misma cosa con argumentos similares" (15.12.73).

Y, desde una perspectiva patriótica, es una 'pamplina'.

Habíamos formulado la hipótesis de que el dispositivo peronista consiste esencialmente en la oposición entre un 'nosotros' pleno y un 'otro' que ha sido expulsado del campo político, lo cual permite establecer un antagonismo cuyo poder deriva de su carácter formal. ¿Puede concluirse que cuando Perón integra en el colectivo 'argentinos' a los no peronistas y devalúa la pertenencia al movimiento justicialista, ha abandonado el modo antagónico de delimitar amigos y enemigos y que ha perdido el monopolio del único 'nosotros' pleno y sustancial?

Esto sería cierto si Perón fuera *solamente* peronista, pero ya en 1973 ha constituido –nuevamente– un lugar más allá, su distancia específica y única. Perón sigue reivindicando el colectivo más amplio posible, 'los argentinos', *pero ya no para el justicialismo*.





## El lugar de Perón

Perón, jefe del Movimiento Justicialista, ha colocado al Movimiento en el mismo plano que los demás partidos, con lo cual se ubica a sí mismo en situación de igualdad respecto de los demás dirigentes políticos, igualdad que se expresa en el 'nosotros los políticos'.

Pero este 'nosotros' es inmediatamente descalificado, secundarizado, ya que allí no se lucha más que por 'pavadas'. Perón, en consecuencia, debe colocarse de alguna manera *fuera del peronismo* para no perder su lugar privilegiado. Para ello, opera el desdoblamiento entre el Justicialismo como partido –al cual trata, como se sabe, de institucionalizar– y el Justicialismo como movimiento que retiene su calidad de origen, su particular relación con la Patria. Se trata de

> "...ir cargándolo cada día más de un profundo bagaje doctrinario que, llevándose del conocimiento de nuestra doctrina, vaya creando también una segunda naturaleza en cada argentino, que lo siente, no como un movimiento político, sino como un movimiento sin el cual la nacionalidad puede estar en peligro en el futuro" (19.4.74).

Su discurso recupera así la identidad profunda entre peronistas y argentinos, identidad que es *independiente de los 'rótulos' políticos*, secundarios. Perón constituye así un 'nosotros' que está más allá de la política, que puede coexistir con cualquier 'primera naturaleza' política, un nosotros que desborda el del movimiento político justicialista.

Si se puede ser un argentino verdadero sin ser peronista es porque Perón desdobla la identidad peronista para poder afirmar, nuevamente, que *todo argentino es por (segunda) naturaleza peronista*.

Perón conserva el monopolio de la verdad que ha arrebatado al peronismo *como movimiento político* separándose de su criatura y creando su lugar propio, el 'nosotros' de la nacionalidad.

Ahora bien, podría aducirse que Perón, en tanto Presidente de la Nación, puede minimizar los desacuerdos políticos porque su status institucionalizado lo coloca *per se* por encima de las diferencias partidarias:

> "Nosotros, desde el Gobierno, seremos como hasta ahora, un tanto equidistantes, porque alguien tiene que representar el fiel de esa balanza que es el Gobierno" (19.4.74).

Sin embargo, dando una última vuelta de tuerca, Perón dirá que su lugar específico no está tampoco en la Casa de Gobierno:

> "En este sentido, quiero puntualizar que ya se les ha destinado a los señores unas dependencias, para que las considere como la casa de ustedes (...) por eso, señores, desde ahora, pueden considerarse aquí como en sus casas, es decir, con los mismos derechos con que nos consideramos nosotros en esta Casa, que es de todos los argentinos. (...)
> En este sentido yo declaro ya, desde este momento, que el deseo de nuestro gobierno es de que todos seamos hombres de gobierno. (...) Yo, circunstancialmente, ocupo este cargo, pero esa responsabilidad es compartida con todos los que pueden ayudar y con todos los que pueden colaborar en la tarea de cogobernar el país" (14.11.73).

Cualquiera puede ser presidente, más aún, *todos somos presidentes*, 'nosotros los políticos', y él no es más que un *primus inter pares* en un colectivo sin fisuras, el de los argentinos que están por la Reconstrucción Nacional, los verdaderos argentinos. Perón renuncia nuevamente a los más altos honores, como lo hiciera el 17 de octubre de 1945.

Pero cuando el presidente electo –el verdadero presidente– declara que sólo comparte esa responsabilidad, está operando un nuevo desplazamiento y constituyendo el lugar desde el cual *se puede* ceder la posición más alta de la República. Sólo quien es *más* que Presidente puede llamar al 'cogobierno':

> "Señores: los invito a que gobernemos todos, por cuanto nosotros somos pocos para gobernar. Gobernemos todos; el país necesita el concurso de todos. (...)
> Es mi deseo que todo argentino que se sienta con deseos y con fuerza para gobernar, me acompañe. Políticamente, yo ya culmino mi vida y no puedo tener ninguna ambición. La única ambición que tenía era la de que me dejaran tranquilo, pero ya ven, me he tenido que meter de nuevo en esto (...) Yo, como dicen los comerciantes, estoy en el sentimiento de que estoy 'amortizado'. Sólo quiero ser un elemento de unión para que todos podamos ponernos en marcha, por un mismo camino y culminarlo" (15.12.73).





Ser un elemento de unión *entre* los argentinos es algo que sólo puede ser llevado a cabo por alguien que es *más* que un argentino, *otra cosa* que simplemente un argentino.

Perón da nuevamente un salto atrás –el último– por el cual culmina su identificación *individual* con la Patria. Perón presenta la forma más acabada de la distancia, otorgándose los atributos de un *prócer*, representante y continente individual, irreemplazable, de la Patria. Su don a la Patria es un *regalo*, ya que está *amortizado*, esto es que, 'como dicen los comerciantes', ya dio lo que debía en relación con su valor o precio y lo que da ahora es un *plus*.

# SEGUNDA PARTE

## LA PALABRA DISTANTE
## O
## LA PATRIA EN EL EXILIO

# EL PODER DE LA PALABRA

## De la enunciación pública a la circulación restringida

La llamada "Revolución Libertadora" que derroca al general Perón estalla el 16 de setiembre de 1955, encabezada por el general Eduardo Lonardi. Perón dimite y embarca en una cañonera que lo conduce al Paraguay. El 6 de noviembre del mismo año llega a Panamá. Logra finalmente asilo en Caracas, donde se instala el 8 de agosto de 1956.

El derrocamiento de Pérez Jiménez, quien lo protege durante su estancia en Venezuela, obliga a Perón a desplazarse a la República Dominicana. Finalmente, acompañado de María Estela Martínez, a quien había conocido en Panamá, y de Américo Barrios, figura importante del periodismo durante los gobiernos peronistas, Perón parte con destino a Europa el 26 de enero de 1960: después de largas tratativas, Franco le había concedido asilo, fijándole como residencia las islas Canarias. Sin embargo, Perón desembarca en Sevilla y se instala definitivamente en Madrid. Regresará por primera vez a la Argentina el 27 de noviembre de 1972: su exilio habrá durado pues diecisiete años y dos meses.

Difícilmente se podrá encontrar, en el siglo XX, un caso de influencia a distancia de un líder político sobre la situación de su país comparable al del general Perón. Durante casi dieciocho años de exilio, Perón no descuidó un solo instante la política argentina: todos los acontecimientos del período están profundamente marcados por su figura ausente. En ningún momento, durante los gobiernos que se sucedieron entre 1955 y 1973, el imaginario político argentino consiguió liberarse de los tres o cuatro fantasmas fundamentales creados en torno de Perón: la posibilidad de su retorno (materializada durante años en la imagen del "avión negro" que lo conduciría de

regreso al país); la suerte corrida por el cadáver de Eva Perón, sobre el cual circularon innumerables historias; la "Puerta de Hierro", denominación de la residencia definitiva de Perón en las afueras de Madrid. Y, sobre todo, los mensajes de Perón y sus múltiples representantes en la Argentina (los "delegados de Perón").[1]

1. Recordemos que el Partido Justicialista está proscripto hasta 1965, pero diversos partidos neoperonistas provinciales y, en 1963 y 1965, la Unión Popular, pueden participar en las elecciones.
En términos estrictos los representantes de Perón fueron los *delegados personales*, ya que los *secretarios* no tuvieron un papel importante hasta la designación de López Rega.
Los delegados fueron: J. W. Cooke, 1957/1959; A. Campos (sindicalista), 1961/1962; A. Iturbe (rama política, provandorista), 1962/1963; R. Matera (rama política) 1963/1964; Iturbe (rama política, provandorista) 1964; A. Iturbe (rama política, provandorista), H. Villalón (línea dura, antivandorista) 1964; A. Iturbe (rama política, provandorista), 1965; J. Antonio (amigo personal de Perón, "Adelantado" desde Asunción), 1965; Isabel Perón, 1965/1966; B. Alberte (línea dura) 1966/1967; J. Remorino, 1967/1968; J. D. Paladino 1968/1970; H. J. Cámpora, 1970/1973.
Paralelamente se encuentran las formas organizativas del movimiento que, a partir de los años sesenta, reflejan sobre todo las tensiones entre el vandorismo y los fieles a Perón –frecuentemente de la 'línea dura'.
Hasta 1958, en Chile, el *Comando Adelantado*; ya en Argentina, el *Comando Táctico* (15 miembros, de los cuales 8 eran sindicalistas); 1959, *Consejo Coordinador* y *Supervisor del Movimiento* (4 de rama política, 2 clandestinos y 3 sindicalistas); 1961, se reincorpora a expulsados neoperonistas y se realiza el *Operativo Unidad* ante elecciones provinciales; en octubre de 1963 se forma el *Cuadrunvirato* (antivandorista) para la reorganización del Movimiento; en enero de 1964 es reemplazado por el *Heptunvirato* (provandorista, salvo 2 de sus miembros). A mediados del '64 se organiza la *Comisión Pro Retorno* cuyos miembros se conocerán luego como los *Cinco Grandes* (Framini, Vandor, Iturbe, Lascano, D. de Parodi); después de las elecciones legislativas de mayo de 1965, que gana el peronismo, se forma la *Mesa Analítica* (los Cinco, 3 de las '62 Organizaciones', 2 de la CGT); en julio de 1965 Perón impulsa a los '19' para reducir el peso del vandorismo; en septiembre se crea la *Junta Coordinadora Nacional* (neoperonistas, Unión Popular, Bloque parlamentario, las '62', el Partido Justicialista y los Cinco Grandes) que aparentemente respeta las órdenes de Perón pero que mantiene el peso del vandorismo. Con la llegada de Isabel Perón, en octubre, se organiza un nuevo *Comando Delegado Nacional*, al cual no se integran las '62' y que entra en conflicto con la Junta Coordinadora. El 17 de abril de 1966 triunfa en las elecciones de Mendoza la fórmula apoyada por Isabel frente a la que impulsa Vandor. Éste se retira a la actividad sindical y es asesinado en junio de 1970.





Obligado al exilio, Perón debe enfrentar dos problemas. Por un lado, mantener el movimiento peronista bajo su control; por otro, establecer su estrategia frente a los diferentes gobiernos que se suceden en la Argentina, con el objetivo último de restaurar el Estado Justicialista. Los dos problemas son naturalmente inseparables, dado que el mantenimiento del control sobre el movimiento pasa por el apoyo a uno u otro grupo de dirigentes locales que se organizan progresivamente después del golpe militar de 1955, y que se diferenciarán entre sí en cuanto a la actitud a seguir frente a los equipos gobernantes. Si la estrategia general de Perón responde por lo esencial al enfrentamiento con sus adversarios en el campo político –el gobierno, en casi todos los casos–, la necesidad de mantener la cohesión y la "verticalidad" de su propio movimiento explica, en determinados períodos, las maniobras estratégicas de Perón.

Es probable que los dos elementos esenciales del período sean la *lealtad* de las masas peronistas a su líder, y la *crisis política permanente* de la Argentina, elementos sin duda ligados entre sí. No nos corresponde presentar aquí explicaciones estructurales de estos fenómenos. Conviene sin embargo recordar, en primer lugar, que ya antes de 1955 el partido peronista se caracteriza por una escasa autonomía organizativa y por la inexistencia de lugartenientes capaces de asumir la dirección del peronismo. Es probable también que la dependencia directa de las masas respecto del Estado, y en particular respecto de Perón (dependencia que se acentúa durante la segunda presidencia y que tal vez permita explicar la ausencia de movilizaciones en el momento del

La CGT, por su parte, se divide, a partir de 1957 en tres corrientes: las '62 Organizaciones' (mayoritarias) que serán de hecho la rama sindical del peronismo, los '32 gremios democráticos' (sobre todo socialistas) y los '19' (socialistas y comunistas). La CGT es normalizada y restituida a una comisión sindical en marzo de 1961; se divide en 1968 en dos, la CGT de Azopardo y La CGT de los Argentinos, liderada por Ongaro, de tendencia más combativa y con menor fuerza sindical. En enero de 1966 se crean Las '62 De Pie' (línea dura, Framini) para oponerse a las '62' que responden a Vandor. Después del Cordobazo y de la muerte de Vandor, se realiza el Congreso de Unidad en julio de 1970, cuyo secretario es Rucci. En cuanto a las organizaciones partidarias, ya en 1955 Bramuglia había creado la Unión Popular, primera formación que propone el peronismo sin Perón. Pero recién en 1958 y sobre todo en 1963 adquieren fuerza los partidos neoperonistas provinciales, cuyos dirigentes no han roto jamás con Perón, quien los expulsa y reincorpora sucesivamente; el Partido Justicialista y la Unión Popular son las organizaciones políticas a nivel nacional.

golpe de 1955) dé cuenta de la lealtad sostenida a Perón y a él solamente. En cualquier caso, esta lealtad es el eje en torno del cual Perón edifica un complejo sistema de control político, a partir de su derrocamiento.

La crisis política que caracteriza a la Argentina a partir de 1955 resulta a la vez de la proscripción del peronismo como fuerza electoral, de la incapacidad de los demás partidos políticos para atraer a los sectores populares y de la reiterada decisión de los gobiernos militares de llamar a elecciones después de cada golpe de Estado. Esta situación determina las condiciones de la acción de Perón: alianzas, abstención, voto en blanco, participación, etc. El antiperonismo violento y permanente de los militares refuerza la identidad peronista en vastos sectores sometidos a la represión y a una política económica antipopular.

Recordemos, por otro lado, las dos ramas principales que organizan al movimiento peronista en la Argentina: la rama sindical y la rama política. Durante el exilio, la rama política estará compuesta por una nebulosa de grupos y dirigentes, más o menos independientes de Perón y que vivirán al ritmo de los sucesivos cierres y aperturas del sistema político. En los hechos, el movimiento sindical construirá la columna vertebral del peronismo durante todo el período 1955-1973. La rama sindical posee una capacidad de acción propia en la lucha gremial; la situación la conducirá a protagonizar directamente los enfrentamientos como así también las negociaciones con los sucesivos gobiernos y a manifestar progresivamente pretensiones en el nivel político. Sin embargo, la fuente última de la legitimidad de sus dirigentes frente a las bases y de su identidad global dentro del campo político seguirá siendo, a lo largo del período, la figura de Perón.

Si tanto políticos como sindicalistas recitan uniformemente el credo peronista, existen desde un principio diferencias internas, que pueden ser caracterizadas con los términos que el propio peronismo acuñó: los *duros* (mayor oposición al gobierno) y los *blandos* (proclives a pactos y negociaciones); los *leales* y los *traidores*, diferencia que remite a la subordinación a Perón y a sus tácticas, y que dará lugar a un enredado sistema de matices. Estos dos ejes se combinan durante todo el período: habrá sindicalistas duros y sindicalistas blandos, sindicalistas leales y sindicalistas traidores, y lo mismo en la rama política. Un sindicalista blando será un traidor en el momento en que la estrategia de Perón es ofensiva, y viceversa.

Desde el comienzo de su exilio, Perón utiliza un doble modo de organización. Por un lado, contactos personales (delegados, secretarios, correos –portadores de mensajes o cintas grabadas–) y una abundante correspondencia;





por otro lado, los cuerpos directivos localizados en la Argentina, que sufrirán múltiples reorganizaciones y transformaciones. En un caso como en el otro, las designaciones son el resultado de la fuerza local de personas o líneas políticas y de la voluntad de Perón de adecuar su estrategia a la situación tal como él la evalúa. Los cambios tácticos traen así consigo el encumbramiento de uno u otro grupo dirigente del movimiento, o el reemplazo de sus delegados personales.

El período del exilio implica pues la estructuración de un *complejo dispositivo de comunicación en el cual los aspectos estratégicos del funcionamiento discursivo constituyen el elemento esencial*. Si en la época institucional el funcionamiento del discurso peronista reposa en la estructura de su *enunciación*, el período del exilio se funda en un complejo mecanismo por el cual el discurso peronista se adapta a la nueva situación y se vuelve así inseparable de sus condiciones de *circulación*.

El general Lonardi, jefe de la Revolución Libertadora, intenta frenar la ola de "revanchismo" de los anti-peronistas, y establecer un acuerdo con los dirigentes de la CGT. Pero su gobierno dura apenas dos meses: el 13 de noviembre de 1955, Lonardi se ve obligado a renunciar, como resultado de un conflicto interno de las Fuerzas Armadas. El nuevo equipo que lo reemplaza (el general Aramburu y el contraalmirante Rojas, respectivamente presidente y vicepresidente) se propone desmantelar todas las bases del poder peronista, lo cual implicaba destruir las bases del poder sindical.

El 24 de noviembre, el gobierno militar dicta un decreto ley (N° 3855) por el cual se disuelve el Partido Peronista y se cierran todos sus locales. Otro decreto (N° 4161) prohíbe el uso de todos los símbolos, distintivos, lemas y canciones del movimiento peronista. Prohíbe asimismo todo uso de un cierto número de términos: Perón, peronismo, justicialismo, Eva Perón, etc. Dicha prohibición abarca no sólo las personas, sino también todos los medios de información. Prohibido el uso del propio nombre de Perón, proliferaron numerosos eufemismos para hacer referencia a su persona y al período peronista: 'el tirano prófugo', 'el tirano depuesto', la 'segunda tiranía', etc. Al mismo tiempo, el gobierno militar restituye todas las denominaciones geográficas que el peronismo había modificado: la 'ciudad Eva Perón' vuelve a ser la ciudad de La Plata; el aeropuerto 'Pistarini' vuelve a llamarse 'Aeropuerto de Ezeiza'; la provincia 'Eva Perón' reencuentra su viejo nombre de 'La Pampa', etcétera.

Estos decretos de la Revolución Libertadora no pueden leerse de otro modo que como un reconocimiento del poder "maléfico" del discurso de

quien había absorbido para sí la totalidad del campo político, y que se convierte después del golpe militar en el Otro absoluto, que no se puede siquiera *nombrar*. Decisiones que recaen directamente sobre la palabra y que son en cierto modo la prueba, por inversión, del funcionamiento del discurso peronista tal como lo hemos descripto. Aquel que había expulsado al adversario del campo político como una especie de resto sin palabra, como un enemigo impensable, es a su vez expulsado hacia el silencio. El Otro de Perón, los anti-peronistas que toman el poder en 1955, tratará a Perón y al peronismo (transformado en su Otro) como Perón había construido a su enemigo. No basta entonces definir al 'tirano depuesto' como el adversario, no basta siquiera desalojarlo del poder, es preciso expulsarlo del imaginario, despojarlo de toda palabra. Pero, naturalmente, el poder de la designación no puede ser borrado por decreto, y es por definición imposible volver a la situación anterior al peronismo. Cada una de estas anulaciones, de estas tachaduras, será vivida por los peronistas con la intensidad de una censura. Lo cual no puede producir otro efecto que el de *sacralizar* la palabra ausente, convertir la ausencia en la plenitud de una presencia invisible tanto más fuerte cuanto se la define por un silencio obligado.

El período del exilio está, pues, marcado desde el primer momento por la cuestión del poder de la palabra: cuestión que domina la historia del peronismo, y por lo tanto de la Argentina, entre 1955 y 1973.

Ahora bien, para comprender la naturaleza del dispositivo que cobra forma, dentro del peronismo, a partir del golpe de Estado de 1955, es preciso compararlo con una situación "normal" de producción y reconocimiento del discurso político. Es evidente que la situación del exilio determina condiciones nuevas para la producción de la palabra peronista. Asilado político, Perón no puede realizar actividades públicas ni pronunciar discursos en los países que sucesivamente lo acogen, incluida España.

Dentro de un cuadro institucional dado, ya se la profiera desde el poder o desde la oposición, la palabra política es, en primer lugar, *pública*. Los medios de comunicación de masas (en los años cuarenta y cincuenta, la prensa escrita y la radio) la difunden inmediatamente a toda la nación. Esto implica una situación de doble recepción que genera una doble lectura: el discurso que circula por todo el espacio social alcanza a todos los miembros del 'nosotros' de identificación, los partidarios, pero es sometida al mismo tiempo a la lectura destructora del adversario. Si, considerados en su conjunto, los receptores constituyen así un universo fragmentado en diferentes posiciones políticas, cada enunciación busca su 'nosotros' como destinatario, y este último es necesariamente un colectivo anónimo.





Además, en el caso del discurso de Perón, en función de la tendencia a la identificación entre 'peronistas' y 'argentinos', este destinatario era, en definitiva, el pueblo mismo. Y no hay que olvidar que, durante sus gobiernos, Perón supo organizar eficientemente una suerte de monopolio que le permitió controlar los medios de comunicación de masas.

En situación de exilio, la palabra de Perón ya no puede ser pública. Ahora bien, a pesar de la censura impuesta por la Revolución Libertadora, no puede decirse que ella haya pasado a ser secreta o puramente privada. Es más exacto decir que está caracterizada por una *circulación restringida*: desde muy pronto en este período, comienza a hablarse, más o menos abiertamente, de los "mensajes" o de las "instrucciones" enviados por Perón. Transmitidos oralmente o por medio de cartas, difundidos a través de volantes, pequeñas publicaciones clandestinas o cintas grabadas, comienzan a circular casi inmediatamente después de la partida del líder.

En situación de exilio, la palabra de Perón estalla en una multiplicidad de formas: instrucciones formuladas frente a coyunturas electorales, firmadas por Perón; delegados que son los depositarios personales de instrucciones o recomendaciones; libros y artículos publicados durante todo el período, fuera del país, y que durante mucho tiempo circulan en la Argentina en forma clandestina o fuertemente limitada; una copiosa correspondencia que Perón mantiene con determinadas personas (de la cual se ha conservado sobre todo la mantenida con John W. Cooke) y cuyo volumen total es imposible de calcular –dentro de las cartas, dos categorías: las "personales" que podían ser difundidas ulteriormente dentro de límites determinados, y las "secretas"–; mensajes grabados en cintas magnéticas; entrevistas con personajes de la política, periodistas o dirigentes gremiales a quienes recibe en su lugar de exilio y quienes reproducen después, por distintas vías, total o parcialmente, correcta o incorrectamente (pero, ¿cómo saberlo?) su contenido. Si ninguna de estas palabras es pública en el sentido en que lo eran los discursos difundidos a todo el país, no cabe duda de que son fragmentos de discurso político. Pero, ¿cuál es el status de este discurso fragmentario, múltiple y de circulación restringida? ¿Cuáles son sus funciones? ¿En qué sentido nos revela la naturaleza del control estratégico del movimiento que Perón ejerció, con éxito, durante dieciocho años?

## La autentificación

El presidente Pedro Eugenio Aramburu y el vicepresidente contraalmirante Isaac Rojas son las dos figuras principales de un período de represión violenta del peronismo, primera etapa de lo que los peronistas llamarán la "Resistencia". En 1956, se multiplican bombas y atentados, obra en general de grupos peronistas dispersos. Las paredes de las ciudades se cubren de inscripciones: 'Perón vuelve' y del símbolo de la Resistencia: cientos de militantes peronistas son encarcelados o inhabilitados. El gobierno publica listas de personas *inhabilitadas*, *interdictas* y *proscriptas*. En junio de 1956, y por primera vez en la historia argentina, cuando fracasa un golpe en el cual están implicados dirigentes peronistas, el gobierno militar manda fusilar a varios de los responsables, militares y civiles, que se convierten así en héroes de la saga peronista.

Pero el proceso de reorganización de los sindicatos, paralelo a la lucha clandestina apoyada por las primeras "directivas" de Perón, ya ha comenzado. En febrero de 1956, el gobierno llama a elecciones sindicales. Aun cuando no parece haber formulado instrucciones específicas para este caso, Perón había proclamado, desde un principio, en una 'Convocatoria a la Resistencia', la "guerra sin cuartel a la dictadura". Un grupo de dirigentes sindicales sostiene la abstención, legitimando su actitud en supuestas instrucciones del líder. Pero la nueva generación de dirigentes participa en dichas elecciones, y logra para el peronismo el control de la mayoría de los sindicatos, constituyendo las llamadas '62 Organizaciones', que serán durante mucho tiempo la rama sindical del peronismo.

El gobierno militar convoca en 1957 a elecciones de una Asamblea Constituyente, destinada a reformar la Constitución que Perón había a su vez modificado en 1949, bajo el nombre de 'Constitución Justicialista'. Estas elecciones, que se realizan en julio de 1957, están precedidas de una gran confusión dentro del peronismo: determinados grupos llaman al voto en blanco, otros a la abstención pura y simple, ambas tendencias apoyándose en instrucciones del líder. Éste parece haber dado instrucciones para el voto en blanco primero, proclamado en un segundo momento la abstención, y aceptando en fin la consigna, ya ampliamente difundida, del voto en blanco, en particular por consejo de John W. Cooke. El voto en blanco obtiene el 24% de los sufragios.

Más espectacular es, sin duda, el apoyo de Perón al dirigente radical Arturo Frondizi, en las elecciones presidenciales de febrero de 1958. El peronismo está proscripto; sus votos permiten a Frondizi ser electo presidente constitucional.





Luego de una serie de tratativas, fragmentaria y contradictoriamente registradas por quienes participaron en ellas, Perón habría firmado un pacto *secreto* con Frondizi por el cual, a cambio del apoyo en las urnas, Frondizi promete la legalización del Partido Peronista y una ley que permita al peronismo recuperar el control de los sindicatos y de la CGT, donde eran mayoritarios.

En la Argentina, los dirigentes peronistas están divididos entre abstencionistas y concurrencistas; las dos posiciones se afrontan utilizando dos documentos contradictorios, ambos avalados, en principio, por Perón.

Los miembros de un Comando Nacional (opuesto al Comando Táctico dirigido por Cooke) elaboran un contradocumento y oponen a la orden de apoyo a Frondizi otra, recomendando el voto en blanco, de la cual se imprimen millones de ejemplares. El voto en blanco obtiene más de 800.000 sufragios.

La existencia material del pacto es discutida y, en verdad, Frondizi no mantuvo nunca una entrevista con Perón; fue su amigo Frigerio quien lo hizo. Las declaraciones del General Perón a representantes de France Press dicen: "Votar contra Balbín, que representa el continuismo; no votar en blanco, ni a los conservadores o reaccionarios, ni a los neoperonistas, porque no pertenecen al movimiento peronista", declaraciones que fueron publicadas en Brasil.

Recordemos, en primer lugar, que cuando la comunicación tiene lugar bajo la forma de lenguaje oral (como, por ejemplo, en una situación interaccional "cara a cara") la *atribución* del acto de enunciación, por parte del receptor, al emisor de la palabra, se produce de manera instantánea y automática. Es por ello que, en situaciones de intercambio oral, un emisor no puede escapar a la responsabilidad de haber realizado tal o cual acto de enunciación; podrá discutir sobre la interpretación de lo dicho; podrá sostener que no "quiso decir" esto sino aquello; no podrá, en todo caso, negar el hecho de haber pronunciado tales o cuales palabras.

Una proporción considerable de la producción discursiva en el campo político tiene, en su origen, forma oral. El elemento adicional que caracteriza la palabra política (y que la diferencia de la mayoría de los intercambios orales de la interacción cotidiana) es el carácter *público* del acto de enunciación. El carácter público inmediato era, por supuesto, mucho más restringido antes de la aparición de las comunicaciones masivas: se reducía al contexto de una reunión política o al recinto parlamentario. Ya entonces, sin embargo, la palabra política era intrínsecamente pública en la medida en que era producida ante un auditorio colectivo. Su difusión ulterior en la sociedad, aun antes de la aparición de la prensa escrita (bajo la

forma, por ejemplo, de la lectura de los edictos reales por un mensajero, en la plaza del pueblo) *no afectaba ese carácter público*, en la medida en que diversas garantías (la identidad del mensajero, el sello real autentificando el documento, etc.) aseguraban la fidelidad de la reproducción.

La mediatización de las sociedades industriales ha generalizado el carácter público de la palabra política, en la medida en que el auditorio colectivo (al menos potencialmente) es el conjunto de ciudadanos: gracias a la radio y la televisión, el enunciador político está instantáneamente presente ante todos los habitantes del país.

En estas condiciones, la distancia entre el acto de enunciación (la producción de la palabra) y su recepción es nula. El carácter público de los medios impresos hace que, aun en el caso de la prensa escrita, la distancia sea prácticamente nula: el carácter público de todo el proceso de circulación es garantía suficiente de la fidelidad de la reproducción. La excepción no hace más que confirmar la regla: el desmentido de declaraciones publicadas en la prensa debe intervenir de manera inmediata (declaraciones no desmentidas por el interesado serán juzgadas auténticas) y, por otra parte, el desmentido sólo podrá tener lugar cuando, precisamente, ha existido un *mediador* entre la palabra del político y su difusión: el emisor podrá entonces sostener que el periodista que lo entrevistó ha deformado sus palabras, o ha interpretado mal tal o cual declaración. Cuando el acto de enunciación se efectúa sin intermediarios, el enunciador político (como en el caso de una interacción "cara a cara") no podrá en ningún caso negar el acto mismo de la enunciación, dado que la distancia entre este acto y la recepción es nula.[2]

2. Es importante distinguir aquí entre *enunciación* y *acto de enunciación*. El concepto de enunciación, tal como lo venimos utilizando desde el comienzo de este trabajo, designa una dimensión (fundamental) de funcionamiento de todo discurso. La enunciación es ese nivel en el que se construye, en el discurso, la imagen del que habla (el enunciador), la imagen de aquel a quien se habla (el destinatario) y las relaciones complejas entre estas entidades. Desde este punto de vista, el concepto de enunciación es un concepto *teórico*, que define un modo particular de analizar los mecanismos de la producción discursiva. La expresión *acto de enunciación* designa, en cambio, un acontecimiento singular, situado en el espacio y en el tiempo, y consistente en el hecho de decir algo, de producir un discurso en una situación dada. En la situación que llamamos de *enunciación pública*, el *acto* de enunciación y el acto de recepción coinciden temporalmente.





La situación que hemos caracterizado como de "circulación restringida" es, respecto del funcionamiento habitual del discurso político, una situación excepcional: nos encontramos frente a un discurso político que no sólo se encuentra excluido de su "medio natural" –las comunicaciones masivas– sino que, además, está sometido a condiciones que no son tampoco comparables a las del discurso político en la época en que los medios de comunicación de masas no existían todavía. En el caso de la palabra de Perón durante el período del exilio, en efecto, no existe siquiera la situación *pública* inicial, no existe el auditorio colectivo (restringido) asociado al momento de la "primera" enunciación. Nos encontramos pues frente a este fenómeno, único tal vez en la historia contemporánea, de *un discurso político por correspondencia*.

La primera característica de esta situación es, por supuesto, la *distancia* que ella crea entre el acto de enunciación y la recepción: *el mensaje circula antes de ser recibido*, la producción de la palabra y su recepción no coinciden más en un momento dado del tiempo. *Los destinatarios del mensaje no son más testigos del acto de enunciación*. Ser testigo del acto de enunciación es verificar, de una manera instantánea, la unidad necesaria entre dicho acto, cuya *materialidad* es el cuerpo mismo de Perón (directamente perceptible o expresado en su voz, que era, por otra parte, inconfundible) y el contenido del discurso. En situación de circulación restringida la *palabra* llega al destinatario, pero la relación inmediata entre el emisor y el enunciado desaparece. En estas condiciones, los enunciados adquieren una suerte de autonomía, y el acto de enunciación se vuelve, por decirlo así, *invisible*.

El resultado es, en recepción, *la posibilidad de poner en duda el origen del mensaje*: ¿es verdaderamente Perón quien ha dicho tal o cual cosa? Encontramos así el problema de la *autentificación*, que se plantea muy temprano en el período del exilio. Para explicar que este problema haya dejado de ser una virtualidad teórica de toda situación de ausencia de palabra pública para convertirse en una realidad discursiva, es necesario recordar que Perón no cesa de multiplicar sus mensajes, como asimismo los canales de circulación y los intermediarios o

La distinción es importante, porque ciertos autores (en particular aquellos inspirados en la llamada "filosofía inglesa del lenguaje ordinario", como por ejemplo Oswald Ducrot en Francia y otros autores que defienden la "teoría de los actos de lenguaje") suelen utilizar la expresión *enunciación* para designar el *acto* (singular, único) de producir un enunciado en una situación dada. Esta confusión entre los dos usos conduce, a nuestro juicio, a una teoría "empirista" de la enunciación.

portavoces. Para comprender las consecuencias de esta realidad discursiva en el campo político, debemos agregar que existe, en el punto de llegada, un movimiento peronista dividido en múltiples tendencias –que se manifiestan inmediatamente después de la caída de Perón–, cada una de las cuales tenderá a justificar su estrategia del momento en virtud de tal o cual mensaje del líder.

Un testigo privilegiado, John W. Cooke (a quien Perón había nombrado su representante el 2 de noviembre de 1956), describe vigorosamente la situación, en una carta a Perón de junio de 1957:

> "...2) uno de los males más graves que afectan al Movimiento es el exceso de directivas, a menudo contradictorias. Cada Comando de Exiliados suele difundir la que le parece más conveniente, y cualquier persona que tiene una carta suya invoca poderes e instrucciones, con lo que el desconcierto y la anarquía se multiplican. El Comando de Operaciones permitirá que eso se corrija en el futuro, al menos en gran parte, pero de salida aparezco enviando, en el término de pocos días, dos órdenes antagónicas. 3) Los que recibieron la primera directiva y a costa de penurias y sacrificios comenzaron a difundirla, dicen que ahora aparecen como sospechados de falsedad por parte de los compañeros que conocen la nueva orden. Así, grupos de gente decidida y que se ha jugado por la causa aparecen desautorizados.
> (...)
>
> 5) Existe una directiva suya, de puño y letra, publicada hace unos meses en un diario del Brasil, en la que se recomienda votar en blanco. Como muchos compañeros la reprodujeron, *tenemos entonces la sensación de que pueden todas ser apócrifas*. (...) 7) Como la directiva que Ud. me envió contemplaba todas las hipótesis, no se contradecía con las anteriores. La última, en cambio, siembra dudas sobre la autenticidad de todas las demás" (*el destacado es nuestro*).[3]

La combinación de la circulación restringida y la multiplicidad de mensajes y mediaciones permite a unos y a otros afirmar que tal o cual mensaje *no es de Perón*.

3. Perón-Cooke, *Correspondencia*, Buenos Aires, Editorial Cultural Argentina, 1972, T. I, pp. 192-193.





Se vuelve así posible rechazar un enunciado –una palabra de Perón– *sin expresar desacuerdo* con el líder: sólo se pone en duda la autenticidad de la enunciación. En este período se constituye, así, un particular funcionamiento discursivo que contiene una interpretación de la relación entre Perón y su palabra que organizará el universo ideológico de la Juventud Peronista después de 1973.

Durante el exilio, la existencia de mensajes falsos afecta radicalmente todo el dispositivo: como lo expresa Cooke con precisión, una contradicción evidente (en este caso, votar por Frondizi/votar en blanco) y, por lo tanto, la evidencia de que *hay un mensaje que es falso*, crea la posibilidad de que todos lo sean, de que cualquier otro lo sea también. En esta situación puede decirse que el propio Perón pierde el control de su palabra ya que todo nuevo enunciado que denuncie la falsedad de uno anterior, puede ser también considerado apócrifo. La imposibilidad de materializar el acto de enunciación crea un universo de modos de autentificación particular, al cual el propio Perón no puede escapar.

La interdicción de la palabra pública del líder, que es la prohibición del acto de enunciación, abre la puerta a una profusión de enunciados y de intermediarios. Este sistema –que fue políticamente rentable para el peronismo, como lo demuestran las elecciones de Constituyentes y las de febrero de 1958– es posible mientras se mantenga la invisibilidad de la enunciación, ya que la materialización de ésta no es otra cosa que la presencia física de Perón en el país. Sería difícil explicar de otro modo la conmoción que produce, casi un año después de la elección de Frondizi, el anuncio de la existencia de un pacto firmado entre éste y Perón, que, en las palabras de uno de sus protagonistas secundarios, fue considerado

> "...como si fuera un acto vergonzoso o pornográfico. De inmediato en todos los sectores se abrió un gigantesco debate alrededor del pacto, que obligó al general Solanas Pacheco a reafirmar la posición legalista del Ejército."[4]

En la situación del exilio, toda materialización de la enunciación –presencia de Perón– es vivida como una ruptura de la regla de la invisibilidad, como la visualización ("pornográfica") de algo que debía permanecer oculto.

4. Prieto, R., *El Pacto*, Buenos Aires, En Marcha, 1963, p. 178.

# LA ENUNCIACIÓN INTRANSFERIBLE

## Los mediadores y su legitimación: la dimensión estratégica

Volvamos al modelo de discurso político público.

Habíamos señalado que en situación pública no hay distancia entre acto de enunciación y recepción y que, por lo tanto, los destinatarios verifican instantáneamente la identidad del enunciador. Agreguemos ahora que en situación pública se establece, también directamente, la relación entre *enunciador* y *destinatario*, entre el líder y su pueblo. A distancia, y privado de la enunciación pública, Perón está obligado a utilizar mensajeros, portavoces. Este elemento introduce dos características importantes en la producción discursiva del exilio.

En primer lugar, aparece un mediador que no es anónimo, que si bien puede ser considerado solamente como una especie de relevo, de punto de pasaje, es necesariamente un *destinatario individualizado*. De hecho, se trata de alguien que representa una tendencia dentro del movimiento peronista. Una primera consecuencia de esto es que el solo hecho de elegir un mediador constituye un mensaje de Perón, dirigido sea a sus enemigos, sea a otras corrientes del movimiento peronista.

En segundo lugar, y como consecuencia, un problema radicalmente nuevo se plantea: el de la legitimidad del intermediario, en un doble sentido; en tanto depositario de la palabra del líder (¿es él el verdadero portavoz?) y en tanto depositario de aquella palabra que puede presumirse verdadera (¿lo que trasmite es realmente lo que Perón piensa?) Si los mensajes otorgan legitimidad a los mensajeros, ya que connotan que han sido elegidos por Perón, la calidad personal y política otorga verosimilitud –o no– a los mensajes.

En situación pública estos dos problemas se solucionan de manera a la vez circular e instantánea: el acto de enunciación pone al líder en contacto directo con el pueblo, su palabra es su verdadera palabra y, por definición, el discurso está formulado en posición de sinceridad y sustentado en la verdad. La doble legitimidad se materializa en la presencia misma del pueblo.

En situación de exilio y privado de la enunciación pública, esta estructura no es más posible. En su lugar aparece una nueva, por la cual cada acto de discurso de Perón resulta necesariamente dotado de un *doble valor significante*. Por su contenido, se define naturalmente como un fragmento más del universo del discurso peronista y, por consiguiente, como *a priori* verdadero para todo peronista. Pero en la medida en que ese fragmento no está ya dirigido directamente al pueblo en general sino a un individuo determinado que funciona como intermediario, el acto mismo de su enunciación debe contener necesariamente una solución al problema de la relación entre Perón y ese mediador.

Dicho de otra manera: en el plano, no del contenido, sino del hecho mismo de haberlo enunciado y enviado, el mensaje de Perón construirá automáticamente una legitimación de aquel que es su destinatario-mediador individualizado.

Conviene subrayar que esta transformación de las condiciones de producción de la palabra de Perón produce una suerte de *inversión* en cuanto al sentido de la relación que la palabra del líder instaura con su destinatario. En situación pública, cuando la relación es directa con un destinatario colectivo (el pueblo), el sentido de esta relación puede ser formulado como refuerzo de la identificación en el 'nosotros': "ustedes son mi colectivo de identificación", "ustedes me apoyan y está bien que así sea", etc. En la situación de exilio, el valor significante que adquiere el hecho mismo del envío del mensaje a un destinatario individualizado, en la medida en que define la legitimidad de este último, invierte el sentido de la relación que así se establece. Ahora se trata de la afirmación: "Yo, Perón, lo apoyo a usted", "Yo lo designo, al enviarle este mensaje, como miembro de mi colectivo de identificación" y, finalmente, "Yo lo designo como mi representante legítimo".

Esta inversión, como puede verse, es un resultado necesario de la aparición del representante, consecuencia a su vez de la separación entre el emisor y sus receptores, inversión que adquiere proporciones políticamente significativas dada la multiplicidad de tales mensajes.

Cooke puede afirmar, entonces, que:





"La característica común parece ser la de que el depositario de su última carta se considera con derecho a desplazar a los demás (derecho que ejerce con entusiasmo). El resto se dedica a difamar al que se proclama ser su hombre de confianza y éste a acusarlos de traidores. El ciclo es ininterrumpido. Los emisarios que Ud. ha enviado obtienen progresos transitorios, que desaparecen rápidamente, en el torrente de las injurias recíprocas."[5]

La lectura de un semanario político muestra que la situación, ocho años más tarde, no ha cambiado:

"Si Juan Perón es constante en algo, es en su afición por las cartas y los mensajes alternativos a los dirigentes gremiales, alentando simultáneamente a diversas líneas. En los últimos días envió una extensa misiva a la Mesa Directiva de las 62 Organizaciones aceptando de hecho todas las exigencias del poderoso dirigente metalúrgico Augusto Vandor; otra, a Arturo Rodríguez, dirigente textil opuesto a Andrés Framini, insinuando un apoyo a su candidatura en las elecciones del gremio (pocos días antes, en otra carta, había ratificado su confianza en Framini); una tercera, a Héctor Tristán, venerable precursor de Vandor en el gremio metalúrgico, alentándolo para que se mantenga como figura de reserva y trate de gravitar en el sindicato."[6]

Evidentemente este sistema requiere como condición la inexistencia de *una* delegación explícita de la autoridad de Perón. La presencia de un representante autorizado único hubiera solucionado los dos problemas que hemos tratado: no habría dudas sobre la autenticidad de un mensaje dado, ya que provendría de un solo delegado y no habría dudas sobre la legitimidad del representante ya que estaría investido de plenos poderes por Perón para trasmitir su palabra, para hablar en su nombre, para decidir en su lugar. Esto es, desaparecería la distancia entre acto de enunciación y enunciado, como resultado de una transferencia de la legitimidad enunciativa.

Ahora bien, es probable que, inmediatamente después de su derrocamiento, Perón haya decidido nombrar un representante único; a fines de 1956 nombró como delegado personal a John W. Cooke, quien se encontraba preso

5. Perón-Cooke, *op. cit.*, T. I, p. 68.
6. Revista *Confirmado*, 2 de diciembre de 1965, p. 12.

y, luego, exiliado en Chile. Éste podía exhibir una credencial que no dejaba lugar a dudas:

"Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En ese concepto *su decisión será mi decisión y su palabra la mía*. En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero, y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías. *En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke, el mando del Movimiento*.
En Caracas, a los 2 días de noviembre de 1956. Firmado: Perón"[7]

Casi inmediatamente, sin embargo, comienzan a aparecer dirigentes con "su carta en el bolsillo" que desconocen la autoridad de Cooke. Las quejas que éste envía a Perón a principios de 1957 –y que hemos citado antes– así lo testimonian.

¿Le convenía a Perón, como muchos afirman, tener diferentes portavoces, de manera de poder dar indicaciones divergentes para apoyar luego la más eficaz? ¿Era un método para mantener la cohesión del movimiento peronista en la Argentina? ¿Para ampliar sus alianzas? ¿Para desconcertar al gobierno y a los militares?

Todo ello es posible, y efectivamente Perón usufructúa de la situación para retener su palabra definitiva y jugar así sobre varios tableros a la vez. Pero la voluntad de Perón, *per se*, no nos permite dar cuenta del funcionamiento del triángulo Perón/pueblo peronista/dirigentes peronistas, de la necesidad de todo dirigente de hacer valer su adhesión a Perón en toda circunstancia, de la fidelidad del pueblo peronista a la palabra de Perón. Más aún, podemos formular ya aquí una hipótesis que se sustenta en el análisis desarrollado en la primera parte y que permite dar cuenta en gran medida de la relación entre Perón y su propia palabra durante el exilio: Perón *no podía* nombrar un delegado que lo reemplazara.

Habiendo constituido el nosotros peronista alrededor de una posición de verdad que reenvía al enunciador como colectivo singular, nadie puede ocupar su lugar. Perón puede todo dentro del movimiento salvo una

7. Perón-Cooke, *op. cit.*, T. II, *Apéndice*, p. 376. El destacado es nuestro.





cosa: nombrar un sucesor, un reemplazante. La palabra peronista no puede ser otra que la palabra de Perón.

## "Mejor es no decir nada"

El exilio no fue un obstáculo a la capacidad de acción política de Perón; tanto él como los dirigentes peronistas supieron explotar las posibilidades del sistema de circulación restringida al servicio de sus estrategias. Por una parte, como dijimos, tendencias diferentes dentro del peronismo podían justificarse alegando un mensaje de Perón. Por la otra, si cada dirigente debía mantener su posición como portavoz, la existencia de una multiplicidad de voces aumentaba el número de portadores. Se produce así un *incremento en el monto total del poder estratégico de los dirigentes del movimiento*. La coexistencia de portavoces permite la coexistencia de estrategias diferentes –y aun contradictorias– y por lo tanto los grupos que controlan el poder en Argentina se ven en presencia de un frente, al mismo tiempo extenso y multiforme, de estrategias de Perón.

Una de las características del universo discursivo en el período del exilio es, pues, la circulación de mensajes diferentes, dado que cualquiera de ellos es virtualmente apócrifo. Las condiciones de circulación restringida llevan a que la autenticidad de todos los mensajes de Perón sea ambigua o dudosa, lo cual otorga a Perón la capacidad de producir nuevos mensajes que permitirán discriminar cuál de las enunciaciones anteriores era verdadera y cuál no.

Dicho en otros términos, una de las propiedades fundamentales de todo discurso político, el de ser enunciado necesariamente desde una posición de verdad, es constantemente puesta en jaque en la situación de circulación de cartas o instrucciones: cada enunciación puede ser verdadera o no serlo.

Es seguramente correcto afirmar que Perón mantuvo un sistema que le permitía conservar su poder a través de la emisión de órdenes cambiantes, como lo describe un periodista:

"Los partidarios del ex presidente Juan Perón han inventado una serie de métodos, más o menos novedosos, para tratar de entender qué quieren decir las cartas o instrucciones enviadas desde Madrid. Ya están bastante acostumbrados a que un *no* puede significar *sí*, o viceversa; que un elogio puede operar como una crítica demoledora;

que un párrafo generalmente contradice al anterior o al posterior. También saben perfectamente que una de las tácticas predilectas de Perón es enviar distintas cartas, con mensajes diversos, para poder luego esgrimir que tenía razón en cualquier caso.
Los descifradores de cartas desde Madrid aplicaron, en el caso de la carta que comenzó a circular hacia mediados de la semana pasada, uno de los sistemas menos discutibles para entenderla: tratar de analizar no aquello que dice sino a quién perjudica y a quién beneficia."[8]

Pero lo que nos interesa subrayar aquí no es la lógica estratégica de Perón, coyuntural, sino lo esencial: *su capacidad de retención de poder se explica por la retención de su palabra verdadera*, posible gracias al sistema de circulación restringida.

Como bien señala el periodista que acabamos de citar, los "descifradores de cartas" abandonaron el análisis de aquello que dice la carta, del enunciado. Efectivamente, si los mensajes pueden ser verdaderos o falsos, auténticos o apócrifos, la multiplicidad de palabras significa, en última instancia, que en cada mensaje Perón *no está diciendo nada* en particular, que el enunciado no transmite, en tanto contenido, información alguna.

Perón, a su manera, ya lo había afirmado años atrás:

"Yo sigo siempre la norma de atender a todos porque, no olvide, que ahora soy algo así como el Papa: encargado de la bendición apostólica 'in urbe et urbis'. Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad que, como todas las infalibilidades, está basada precisamente en *no decir ni hacer nada*, única forma de poder asegurar esa infabilidad"[9] (*el destacado es nuestro*).

Este *vaciamiento literal del enunciado* durante el exilio encuentra su contrapartida en lo que puede llamarse la *inflación de la materialidad discursiva*.

Recordemos que las cartas de las cuales se trata incesantemente durante estos años son frecuentemente saludos anodinos; ello no les quita valor. Lo que importa es poseer materialmente una carta cuyo valor no deriva necesariamente

8. Revista *Confirmado*, 13 de octubre de 1966, pp. 25-26.
9. Perón-Cooke, *op. cit.*, T. II, p. 39 (carta del 22.11.57).





de su inteligibilidad, de lo que dice, sino de su existencia material. Se observa así una escalada en la búsqueda de signos más próximos al acto de enunciación, que permitan probar que el mensaje ha sido enunciado verdaderamente por Perón.

En un comienzo era necesario que las instrucciones revistieran la firma del líder; poco más tarde Cooke reclamará que vengan escritas "de puño y letra"; luego serán las cassettes, lo cual no impide, por ejemplo, que un dirigente observe durante la difusión de una de ellas en un acto del 17 de octubre de 1964: "A mí no me engañan. Ésta no es la voz del General Perón",[10] hasta llegar al film que un grupo de la juventud hará circular en los años setenta. Perón recibe a diferentes integrantes de su movimiento y pronto se establecerá un código que mide la importancia del apoyo no sólo por el hecho de haberlos recibido sino también en función del número de personas que recibe, la duración de la entrevista, el modo en que los recibe (si sale a la puerta o los espera adentro), etc.

Las formas de reconocimiento son infinitamente variadas; así, por ejemplo, una crisis en la Unión Popular se resuelve de un modo singular:

"Pero sobre ellos cayó, demoledora, una noticia: dos días antes, Carlos Bramuglia se había casado en una capilla de los alrededores de Madrid y sus padrinos fueron nada menos que J. Perón y Esmeralda 'Muñeca' Rubín, la esposa de Jorge Antonio; entonces los rebeldes pidieron parlamentar con Tecera del Franco a quien propusieron una dirección compartida para la Unión Popular."[11]

Dada la invisibilidad del acto de enunciación, todos aquellos soportes materiales, que reemplazan el cuerpo ausente de Perón adquieren cada vez más importancia. ¿Qué significa esto? Significa intentar *mostrar lo inmostrable*: el acto de enunciación. El dispositivo todo del exilio se condensa en un gesto simbólico: el acto de sacar del bolsillo una carta ilegible, esfuerzo supremo por materializar el acto de enunciación de Perón:

"En la resistencia, la autosuficiencia de los grupos era inmutable. Los unos excluían a los otros como si se tratara de sus peores enemigos. Cada sector exhibía una carta de Perón y fundaba en ella su derecho a

10. Semanario *Todo*, 22 de diciembre de 1964.
11. Semanario *Primera Plana*, 14 de junio de 1966.

dirigir a los demás, o, por lo menos, a no ser dirigido por otros. Traversi, un muchacho de la juventud que tenía un grupo de ocho a diez activistas, en el que pontificaba un hermano suyo apodado el 'Alemán', exhibía *una carta del general tan deshilachada a fuerza de sacarla y volverla a meter en el bolsillo que resultaba ininteligible*. Pero él la exhibía como pudo exhibir Cabeza de Vaca su carta de Adelantado."[12]

Si Perón, en determinadas –y muy contadas– condiciones, envió cartas de verdadero apoyo a un dirigente o a una línea, las más corrientes eran cartas anodinas o entrevistas colectivas en las cuales discurría sobre los temas más generales. Sin embargo, repetimos, cualquier carta, cualquier entrevista, poseía la capacidad de legitimar al dirigente en cuestión. Con esto queremos llamar la atención sobre un hecho clave: que independientemente de la voluntad de Perón de multiplicar sus representantes o bien de apoyar diferentes líneas como forma de estrategia política, cualquier contacto entre su persona y un peronista poseía la *virtud intrínseca* de otorgar legitimidad frente a los demás peronistas. En un largo informe, posterior a las elecciones de 1958, Cooke insiste:

"Hay que terminar, para eso, con la anarquía, la proliferación de directivas de 'Caracas', la actuación de imbéciles que porque tienen una carta de Perón se creen investidos de mariscalatos prematuros, la desunión y desconfianza mutua, etc."[13]

Por su parte, Perón asegura que:

"Yo hace tres meses que *no escribo una sola carta a nadie* de los Comandos de Exilados, ni a la gente de Buenos Aires, a fin de que nadie pueda exhibirla con fines semejantes. A Ventura Mayoral le di una carta y una cinta porque pensaba que ello podría arrimar voluntades, siempre dentro de mi función de 'padre Eterno' que bendice a todos, pero a condición de que profesen."[14]

12. Prieto, R., *op. cit.*, p. 172. El destacado es nuestro.
13. Perón-Cooke, *op. cit.*, T. I, p. 294.
14. *Idem*, T. II, p. 40. El destacado es nuestro.





Que haya efectivamente procedido o no así es, en el fondo, irrelevante; lo importante es que Perón no se equivoca: el único modo de evitar la multiplicidad de representantes es no escribir a nadie, no contestar a nadie; en verdad, el único modo de evitar la reproducción del dispositivo que hemos descripto es que Perón se vuelva *invisible* y *mudo*.

Cabe entonces preguntarse sobre la naturaleza de esta *automaticidad de investidura* generada por la persona de Perón, sobre el origen de una propiedad que, en tanto tal, es independiente de la voluntad del líder.

## La intransferibilidad

Recordemos ante todo un aspecto esencial del dispositivo de la enunciación del peronismo, que está presente desde sus comienzos y que se manifiesta notoriamente durante el exilio, y que consiste en que ningún dirigente del movimiento ha hablado nunca en primera persona, sino que ha reenviado siempre su palabra pública a alguna palabra previa de Perón. En otros términos, todos los dirigentes del peronismo han sido *enunciadores segundos*: sólo pueden citar.

Los ejemplos abundan pero son naturalmente las situaciones de conflicto interno las que ilustran más contundentemente esta situación; tomaremos dos que tienen lugar en el período en el que el dirigente del poderoso gremio metalúrgico, Augusto Vandor, intenta una estrategia política con aspiraciones de autonomía. El primer ejemplo es de 1963, cuando uno de los miembros de la conducción política del movimiento en Argentina, de orientación antivandorista, ataca la dirección de la Unión Metalúrgica. La reacción es inmediata y muestra que aun en el caso de un enfrentamiento con quien era el delegado personal de Perón en ese momento –Héctor Villalón–, el crítico no puede no reafirmar la lealtad al líder, una "adhesión incondicional" difícilmente coherente con el rechazo de su delegado. La declaración dice:

"a) refutar y repudiar las afrentas causadas a la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina y a su dirección por el señor Héctor Villalón;
(...)
c) reafirmar nuestra adhesión incondicional al General Perón, que reconocemos como el único jefe incontestable de nuestro Movimiento.

d) de acuerdo a lo expresado en el punto precedente, seguir obedeciendo con toda disciplina a todas las disposiciones y decisiones que emanan de los organismos de conducción del peronismo.
e) nombrar una delegación que se dirija a Madrid para tener una entrevista con J. Perón, con el fin de aclarar debidamente la situación creada (...)."[15]

El segundo ejemplo nos permite observar, en ocasión del enfrentamiento entre dos dirigentes sindicales de envergadura política –el mismo Vandor y José Alonso–, el juego especular de las declaraciones de lealtad al líder y a la doctrina. Los textos elegidos son seguramente alucinantes para un lector no habituado a las costumbres peronistas de decodificación permanente.

El conflicto se produce después del 'Congreso de Avellaneda', donde el vandorismo había afirmado el peso y autonomía del sindicalismo dentro del movimiento peronista, como respuesta a lo cual Perón envía a su propia esposa, Isabel, como delegada, en una de sus primeras misiones políticas. El evidente desapego de Vandor hacia Isabel y sus aliados provoca la publicación de una solicitada bajo el título de "62 Organizaciones De Pie junto a Perón", fracción de la rama peronista del sindicalismo conocida como las "62 Organizaciones". En ella reafirman el acatamiento incondicional a Perón, el reconocimiento de Isabel Martínez de Perón como única delegada así como del cuerpo político que ella ha constituido y se ataca a

"...los que desde la mesa coordinadora de las 62 Organizaciones han adoptado una actitud que implica un alzamiento."[16]

Frente a esto, las "62" vandoristas responden que

"...rechazan por falsas y tendenciosas las versiones que pretenden hacer aparecer a las '62 Organizaciones' como enfrentadas a la delegación del Comando Superior que encabeza la Sra. Isabel Martínez de Perón (...) y acatan disciplinadamente esa investidura."

15. DIL, Informe N° 45, noviembre de 1963. Cit. por Ducatenzeiler, G., *Syndicats et Politique en Argentine (1955-1973)*, Montréal, Les Presses de l'Université de Montréal, 1980, p. 136.
16. *La Razón*, 19 de enero de 1966.





y agregan que

"Los trabajadores, que fueron el apoyo inicial de Perón, están obligados a que se cumplan sus directivas para evitar la infiltración de grupos minoritarios (...) Desautorizan a los falsos apóstoles del peronismo que *tergiversan las directivas de Perón* (...) Las 62 Organizaciones se declaran responsables de la *conservación y aplicación de la doctrina peronista*. La República se realizará por la fuerza revolucionaria de la doctrina peronista con la intervención de las 62 Organizaciones y la *presencia insustituible* de Perón."[17]

"Las 62 De Pie" replican, acusando a Vandor de desconocer los poderes de la delegada del líder y de

...haber distorsionado permanentemente la doctrina peronista y desconocer al Jefe del movimiento, General Juan Perón, y pretender erigirse como tal."[18]

Esta extraordinaria polémica, donde cada uno dice sostener posiciones idénticas y dirige idénticas críticas a su adversario, puede ser leída indudablemente en función de estrategias políticas bien diferenciadas. Lo que es digno de ser subrayado es que en el plano discursivo tales estrategias quedan encerradas en un debate acerca de *quién es el verdadero enunciador segundo*.

Sigamos con la polémica. Luego que las "62" vandoristas reiteran su lealtad a Perón y acusan nuevamente a los alonsistas –"62 De Pie"– de distorsionar la doctrina, publican una solicitada intitulada *"Desenmascarados, De Pie junto al Trotskismo"*, cuyos términos inauguran lo que será el núcleo de la lucha interna en el peronismo después de 1973, como tendremos ocasión de analizar más tarde. El primer párrafo de dicha solicitada dice:

"Cuando al grito de 'De Pie junto a Perón', un grupo minúsculo de dirigentes se ocupa de dividir al peronismo obrero, esta Mesa de Coordinación denuncia el hecho como una maniobra de *desviación ideológica* organizada por elementos trotskistas disfrazados de

17. *La Razón*, 20 de enero de 1966. El destacado es nuestro.
18. *La Razón*, 7 de febrero de 1966. El destacado es nuestro.

peronistas. Desde hace tiempo estos infiltrados intentan acaparar el movimiento obrero para desviarlo, por medio de mentiras, de su curso natural y tratan de orientarlo hacia una ideología extraña a la vida nacional."[19]

Hasta aquí, nada hay de espectacular, ya que efectivamente podría haber dirigentes trotskistas –y, de hecho, la acusación no es totalmente inexacta– que pretenden inculcar nuevas ideas en el seno del movimiento obrero. Estas ideas, en el universo ideológico peronista no pueden ser –ya lo hemos visto– sino 'extrañas a la vida nacional', 'mentiras' y desviaciones respecto del 'curso natural' del movimiento obrero. Pero estos 'infiltrados', 'disfrazados de peronistas' no se contentan con tales propósitos sino que persiguen objetivos más ambiciosos que constituyen un peligro que debe ser denunciado:

> "Un grupo de dirigentes de conocida militancia internacional que han formulado planteamientos públicos *inclusive de inclinar al General Perón hacia ideologías extrañas al peronismo*."[20]

Ya no se trata aquí de mostrarse los más fieles a las decisiones de Perón y ni siquiera al pensamiento de Perón. Lo que está en juego es la posibilidad de que *Perón pueda ser llevado a no ser más peronista*. Se trata entonces de impedir tal peligro, de defender a Perón para que siga siendo peronista. Esto hace más verosímil la afirmación atribuida a Vandor: "Es necesario estar contra Perón para defender a Perón y eliminar la escoria de nuestro movimiento".

Detrás de la curiosa paradoja consistente en atacar a Perón para defenderlo mejor, se encuentran dos operaciones importantes.

La primera es que, así como Cooke –en el período de su mayor acercamiento a la revolución cubana– se dirigía a Perón criticándolo en nombre del peronismo para pedirle que hiciera o dijera cosas que coincidieran con lo que Perón *realmente* era, Vandor está afirmando implícitamente que Perón puede hacer cosas incoherentes con lo que él *es*. Ambos casos ilustran la verdadera naturaleza de un enunciador segundo: ambos pueden decir qué es o qué debe ser el peronismo, *a condición de dirigirse simultáneamente a Perón para solicitarle que sea él quien lo diga*.

19. *La Razón*, 30 de marzo de 1966. El destacado es nuestro.
20. *La Razón*, 7 de febrero de 1966. El destacado es nuestro.





La segunda operación consiste en el desdoblamiento entre palabras o actos de Perón que 'no son peronistas' –real o virtualmente– y la persona, el cuerpo del líder como continente potencial y único de la enunciación peronista. Los términos de Cooke no pueden ser más explícitos:

> "¿Y qué es el Movimiento, qué es el Partido, en último caso, sino el instrumento de acción del pueblo para lograr lo que quiere? El pueblo ha resignado la conducción partidaria en manos de Perón *unipersonalmente*, porque entiende que Perón, y no Jauretche, y no Bramuglia, y no Leloir, y no Mercante, y *no cualquier otro*, interpreta la Revolución que el pueblo comprende y puede realizar (...) Así la Revolución Peronista tendrá el cauce para proyectarse en el tiempo más allá de toda contingencia personal y será expresión de la *voluntad de la persona* en quien la masa reconoce al líder indiscutido (...) El Peronismo es un conglomerado de extraordinaria amplitud ideológica y humana, pero cuyos márgenes son indistintos y se van desdibujando. Pero el núcleo central que es inmensamente mayoritario posee mística combatiente y ha demostrado una adhesión al jefe que no debe tener parangón en ningún movimiento político de ninguna parte del mundo. *Para él la orden de Perón tiene virtud mágica*. Nadie intentará por lo tanto plantear disensiones a la ortodoxia peronista."[21]

Volviendo entonces a los dos elementos analizados, la automaticidad de la representación y la intransferibilidad de la enunciación, vemos que se trata en realidad de las dos caras de una misma moneda, que remiten a algo esencial y constitutivo del mecanismo discursivo peronista: el funcionamiento de la persona física de Perón *como materialización del colectivo singular que funda el 'Nosotros' peronista*.

No se trata de un resultado del exilio; lejos de ello. Este funcionamiento está inscripto en la trama estructural de la enunciación de Perón, tal como la hemos descripto en la primera parte.

21. Perón-Cooke, *op. cit.*, T. I, pp. 272-273.

## El cuerpo ausente

A partir de la conjunción privilegiada entre el proyecto peronista y el colectivo 'argentinos', habíamos destacado uno de los elementos claves del dispositivo discursivo de Perón: el vaciamiento del campo político. La *disyuntiva* entre 'argentino' y 'peronista' es una condición puramente negativa despojada de toda sustancia: ningún elemento de la "lógica" propia del discurso de Perón permite comprender esta disyunción. La vocación del enunciador Perón de trascender la escena política, campo de discusiones egoístas y estériles, hace del Otro una entidad indefinible y, en definitiva, impensable.

Si el Otro carece de todo proyecto inteligible, el 'Nosotros' peronista pareciera constituir, en cambio, una entidad inmensamente plena, ya que se ha identificado a la argentinidad misma. Es preciso comprender, sin embargo, que el vaciamiento del campo político se ejerce *también* sobre el colectivo 'peronistas': el peronismo no es una posición política entre otras posibles, es por definición una entidad trans-política: ser peronista es, simplemente, ser un verdadero argentino.

Se observa así claramente la diferencia entre una operación de vaciamiento y la situación en la cual cada enunciador político reconoce la existencia de sus adversarios en el interior de un mismo campo: en el contexto habitual de enfrentamiento político en las sociedades industriales democráticas, es el reconocimiento de la copresencia de una pluralidad de posiciones el que automáticamente define esos colectivos singulares que son la Nación, la Patria, o el Pueblo, como *entidades trans-políticas*: el hecho mismo de que cada enunciador se reclame de esos colectivos singulares los "expulsa", podríamos decir, del campo político. El vaciamiento, como vimos, es esa operación por la cual el enunciador se coloca en el mismo plano que los colectivos singulares, y los "absorbe": Perón se presenta como enunciador situado en la verdad y enunciando la realidad, y la expresión misma de este privilegio es el hecho de que no representa una ideología ni persigue un *interés* político. Por supuesto, los colectivos singulares trans-políticos se caracterizan por el hecho de que la pertenencia a los mismos se define de un modo totalmente independiente de criterios políticos: es argentino el individuo que ha nacido en la Argentina; la guerra, como situación que típicamente pone en juego los intereses de la Patria, se caracteriza precisamente por la *anulación* de las diferencias políticas. Si el colectivo 'peronistas' es verdaderamente trans-político, el criterio de pertenencia lo será también. Ese criterio no será otro que la *adhesión*





al colectivo singular, a Perón mismo: *la lealtad*. Como la Patria, Perón determina leales y traidores.

Como vimos, desde 1943 Perón se presenta como enunciador trans-político de la verdad y como hacedor de la realidad: teje así el lazo con sus seguidores en nombre de la confianza y de la fe. La intuición del pueblo permite a éste aprehender la verdad y descubrir que, efectivamente, Perón lo defiende. Más tarde, ya en la Presidencia, cada realización del gobierno será una prueba de la justeza de tal confianza, nuevo atributo de legitimidad y reiteración de la validez absoluta del lazo así instaurado.

No es casual pues que la efemérides peronista por excelencia sea el 17 de octubre, y que se la designe como *Día de la Lealtad*. La lealtad de los trabajadores, que no engañan:

> "Hace dos años pedí confianza. Muchas veces me dijeron que ese pueblo por el que yo sacrificaba mis horas de día y de noche habría de traicionarme. Que sepan hoy los indignos farsantes que este pueblo no engaña a quien no lo traiciona" (17.10.45).

La contrapartida del Día de la Lealtad es el lema *Perón cumple*. La relación entre Perón y el Pueblo se establece en 1943 y 1944, cuando Perón realiza toda una serie de actos que prueban que en los trabajadores ha reconocido a los suyos, como la Patria reconoce a sus hijos. El 17 de octubre, cuando Perón es rescatado de la cárcel por el pueblo en las calles, se sella el *pacto* entre el pueblo elegido y su Mesías.

Si el 17 de octubre es una fecha clave del peronismo es porque fue allí que se constituyó la relación Perón/Pueblo: los que habían sido trabajadores adquirieron una nueva identidad como pueblo y como pueblo peronista; la operación por la que se constituyó ese nuevo actor social y político fue simultánea con la prueba de que el pueblo también había elegido a Perón. En ese día, dijimos, era el cuerpo mismo del líder el que marcaba el pasaje de su posición de soldado al servicio de la Patria a su posición de líder de los trabajadores, de primer trabajador:

> "Dejo, pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa que elabora en el trabajo la grandeza del país" (17.10.45).

Si el pueblo sufrió como una madre por él, él ahora le habla al pueblo como un hermano mayor y le pide, justamente, que se desmovilice, ya que ahora él está en condiciones de defenderlo:

> "Por eso les dije hace un momento que los abrazaba como abrazaría a mi madre, porque ustedes han tenido por mí los mismos pensamientos y los mismos dolores que mi pobre vieja habrá sufrido en estos días (...) Sé que se han anunciado movimientos obreros. En este momento ya no existe ninguna causa para ello. Por eso les pido, como un hermano mayor, que retornen tranquilos a su trabajo" (17.10.45).

Ahora será él, Perón, quien expresará al pueblo, habiendo establecido la unidad entre patria y pueblo en su propia persona, a través del sacrificio de los "más altos honores militares". De allí en más el pacto es indisoluble, basado en la comunión del doble sacrificio de Perón y del pueblo.

La iconografía del peronismo necesitaba hacer del 17 de octubre un movimiento espontáneo, no articulado organizacionalmente por nada que precediera a Perón y que requería al corazón como fuerza motriz. Así, el 17 de octubre será para el peronismo el resultado de los agotadores recorridos de Evita, quien habría ido de barrio en barrio apelando al pueblo trabajador. Y poco importa que investigaciones históricas muestren hoy el papel de las organizaciones obreras en el movimiento del 17 de octubre y que otras prueben que Eva Perón se había quedado obedientemente en su casa.[22] En verdad, el 17 de octubre *fue* el nacimiento del pueblo, no porque fuera un movimiento espontáneo sino porque así fue nombrado por Perón desde los balcones de la Plaza de Mayo.

La identificación del pueblo trabajador al pueblo peronista fue tan lejos que indujo a gran parte de sus enemigos a pensar que, borrando el nombre 'Perón', destruyendo sus estatuas, alejando del país su "influencia nefasta", las masas peronistas despertarían de su pesadilla y volverían a comportarse como "seres normales", no peronistas. Como bien se sabe, no fue así.

22. Torre, J. C., "La CGT y el 17 de octubre de 1945", en *Todo es Historia*, N° 106, febrero de 1976. Fraser, N. y Navarro, M., *Eva Perón*, Londres, André Deutsch, 1980. pp. 62-63.





## La 'segunda' palabra de Perón

A diferencia de la Nación o de la Patria, lo dijimos, Perón es el único colectivo singular hablante: la pertenencia al colectivo de identificación no puede entonces ser otra cosa que la adhesión a esa palabra. Ahora bien, la única adhesión total a una palabra, la única que excluye todo riesgo de desfasaje, *es la citación*. Este fenómeno, bien conocido en el ámbito del funcionamiento de las creencias religiosas en relación a los textos *sagrados*, tiene, en el caso del peronismo, una particularidad que resulta de la presencia física del enunciador: una vez que el Logos ha sido producido y entregado a los hombres, Dios desaparece: los creyentes podrán entonces, más allá de la *repetición*, entregarse a la *interpretación*. En el caso del peronismo, no hay interpretación posible: el enunciador del Logos está siempre allí, y él sólo puede proporcionar la interpretación de su propia palabra. Mientras Perón esté en vida, en el colectivo plural 'peronistas' no puede haber ni profetas, ni evangelistas, ni padres de la Iglesia: sólo mártires, que es la forma suprema de la lealtad. La intransferibilidad de la enunciación expresa simplemente el funcionamiento de *la persona física* de Perón como colectivo singular, del cual el 'Nosotros' peronista es absolutamente inseparable.

En el imaginario peronista, Perón funciona pues como entidad al mismo tiempo abstracta y concreta. En tanto colectivo singular abstracto, genera la legitimidad del nosotros de identificación 'peronistas'; en tanto entidad concreta, esa legitimidad se obtiene, no por medio de operaciones simbólicas de tipo discursivo, sino por relaciones metonímicas de *contacto*. El contacto con Perón genera automáticamente una posición privilegiada, tanto más cuanto más directo y prolongado es el contacto.[23] Y ningún peronista puede tomar la

23. Lo que llamamos aquí la relación metonímica del *contacto* es una dimensión a la vez fundamental y poco estudiada del funcionamiento discursivo. Roman Jakobson había hecho alusión a ella en su célebre esquema de las "funciones del lenguaje", y la había denominado la función fática (por ejemplo, "¿Hola, hola?", en el curso de una conversación telefónica, es un elemento lingüístico exclusivamente focalizado en establecer –o restablecer– el contacto). Desde nuestro punto de vista, el orden del contacto corresponde, en la teoría semiótica de Charles S. Peirce, a lo que éste llama el *índice*, y que se diferencia tanto del orden del lenguaje (el *símbolo*, en la terminología de Peirce) cuanto del orden de la imagen (el *ícono*, según Peirce). Estos tres

palabra sin indicar expresamente el carácter de citación de esa palabra, y sin reivindicar el contacto. En el período del exilio, la *carta* funciona entonces como una *materialización a distancia* del enunciador ausente (independientemente de las decisiones y aun de los pensamientos de este último) prueba, al mismo tiempo, de la realidad del contacto.

Si nadie puede hablar en lugar de Perón, todos deben *hablar en su nombre*. Y si nadie puede *ser* Perón, es indispensable reivindicar el contacto.

El funcionamiento discursivo del peronismo en este período hace manifiestos mecanismos que marcarán indeleblemente el universo de significación del movimiento después de 1973, cuando Perón esté nuevamente en la Argentina. La Juventud Peronista no escapará a ellos, al contrario. La lógica de la legitimación de los portavoces, la relación entre la palabra y la persona física de Perón, la intransferibilidad de la enunciación, que encontraban su razón de ser en la situación de circulación restringida del exilio, continuarán siendo constitutivas de las estrategias discursivas cuando Perón haya recuperado su palabra pública.

Las piezas del dispositivo ideológico peronista –presentes desde el comienzo– han emergido a la superficie y allí permanecerán después de 1973, organizando la economía discursiva del conflicto entre las fracciones del movimiento.

Hemos visto el proceso por el cual la persona física de Perón deviene un colectivo singular, del cual el 'Nosotros' peronistas es inseparable. Subrayemos que la condición para que esa persona se convierta en un

---

órdenes (simbólico, icónico e indicial) operan en todo discurso. Muchos de los fenómenos estudiados por Gregory Bateson bajo el rótulo de "comunicación analógica" son, en nuestra terminología, relaciones metonímicas de contacto.

Sobre todos estos problemas, *cf.* Verón, Eliseo, "Para una semiología de las operaciones translingüísticas", *Lenguajes*, Buenos Aires, 1 (2): 11-36, 1974, "Corps signifiant", en *Sexualité et Pouvoir*, París, Payot, 1978. Sobre la importancia de la dimensión del contacto en la información televisiva, *cf.* Verón, E., "Il est là, je le vois, il me parle", *Communications*, París, Seuil, 38: 98-120, 1983; en el discurso político televisivo: Verón, E., "Le Séjour et ses doubles: les architectures du petit écran", París, *Temps Libre*, 1985.

Sobre la función fática como función del lenguaje, cf. el clásico artículo de Jakobson, Roman, "Linguistique et poétique", en *Essais de linguistique générale*, París, Minuit, 1963.

Sobre la comunicación analógica, Bateson, Gregory, *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Chandler Publishing Co., 1972.





colectivo singular abstracto es, paradójicamente, que ella se trasmute en un puro 'continente' físico; en un cuerpo que, después de haberse constituido alrededor de un sistema de significaciones simbólicas y políticas, contiene todas las virtualidades: *un cuerpo que tiene exactamente el mismo status y las mismas características que una bandera.*

En el caso de Perón, como en el de otros dirigentes, es posible identificar ciertas *condiciones iniciales* para lograr apoyos masivos. La literatura sociopolítica no ha avanzado ciertamente demasiado después de los clásicos análisis weberianos acerca del carisma. No es nuestro objetivo aquí entrar en este vasto tema: atractivo personal, conductas que satisfacen demandas colectivas, proezas particulares, en fin, la lista sería muy larga.

Lo que sí nos interesa señalar es que, dadas una o varias de esas condiciones (histórica y culturalmente específicas), el *momento de constitución del liderazgo* es aquel en el que se ha construido una posición individual abstracta apoyada enteramente en la corporeidad. Lo que importará luego no será tanto el contenido de las enunciaciones del Líder, sino que sea *esa voz* la que las emita.

Perón-Líder, entonces, se sitúa en el mismo plano que entidades como la Patria o el Pueblo, pero –diferencia esencial– dotado de palabra, lo cual otorga a la estructura del discurso peronista un status excepcional.

En efecto, el enunciador de un discurso político debe construir su posición en relación con tales entidades; es más, discursos políticos competitivos están frecuentemente organizados como diferentes maneras de defender o representar los intereses de la Patria, del Pueblo, de la Nación. Y ello es posible porque estos colectivos singulares no tienen palabra. Cada enunciador puede entonces reclamarse como su auténtico representante. En el caso de Perón, nos encontramos frente a la situación exactamente inversa ya que, constituido como único colectivo singular capaz de hablar, quienes se presentan como sus representantes, sus defensores, o, simplemente sus partidarios, están constitutivamente privados de palabra: todo lo que pueden hacer, lo hemos dicho, es reenviar su palabra a un enunciado previo de Perón. Toda interpretación del logos peronista y, por lo tanto, todo enfrentamiento entre corrientes dentro del movimiento es estructuralmente frágil ya que está amenazada por un enunciado de Perón que la invalide. Ningún enunciador puede construir su discurso a partir de una posición de verdad, a diferencia del trabajo discursivo que pretende encarnar colectivos singulares, entidades imaginarias mudas.

Dijimos que *sólo* Perón –enunciador del Logos peronista– puede proporcionar la interpretación de ese Logos, de la Doctrina; esto implica,

simétricamente, que la Doctrina es un universo significante *abierto* ya que toda nueva interpretación de Perón constituye *automáticamente* un fragmento más de la Doctrina. Y decimos automáticamente para subrayar que la Doctrina peronista no está sometida a restricciones de coherencia o de no contradicción. Perón puede hablar de la necesidad de "reactualización doctrinaria" y esta afirmación es una legítima afirmación doctrinaria; puede también, como lo hemos visto, alterar elementos fundamentales del discurso peronista de la primera época sin embarcarse en justificaciones de ningún tipo, y declarar, límpidamente, que "antes dijimos que para un peronista no hay nada mejor que otro peronista, bueno, ahora cambiamos y decimos que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino". Puede también, sin problemas, afirmar que "no hay nuevos rótulos que califiquen nuestra doctrina" aunque poco tiempo atrás preconizara la "actualización doctrinaria". Los ejemplos pueden multiplicarse.

Lo que ya hacia fines de los años cuarenta había sido pomposamente bautizado como la *Doctrina Revolucionaria* no fue durante muchos años sino un conjunto formal constituido por la sistematización de sucesivos enunciados de Perón.[24] Perón no es Líder porque aplica la Doctrina sino que ésta es Doctrina porque ha sido producida por Perón. Es la Lealtad y no la Doctrina la que unifica y define al peronismo, esa Lealtad que conmemora el día en que las masas populares obligaron al General Ávalos a hacer volver a Perón de la isla Martín García.

A partir de 1955 comienza un proceso en el que Doctrina y personas asumieron valores y relaciones diferentes y fueron ropaje y realidad de enfrentamientos políticos en el interior del movimiento peronista. A modo de hipótesis de trabajo, parece útil distinguir dos períodos: el primero va desde 1955 hasta 1966/68, y el segundo desde estos años hasta 1973.

Durante el primero, período de reorganización del peronismo y de estrategias esencialmente defensivas, puede afirmarse que el debate doctrinario no existe. Se opera sí, tempranamente, una suerte de separación implícita

24. La doctrina peronista fue objeto de varias publicaciones. Nos referimos aquí a la que, publicada originalmente poco después del triunfo electoral de 1946, fue reproducida por la editorial Freeland en 1973. Se trata, en este caso, de la compilación, articulada con nuevos textos, de los discursos pronunciados por Perón desde 1943, preparada por el Teniente Coronel (R) Plácido J. Vilas López.
Los compendios más conocidos son *Una comunidad organizada*, *Doctrina Peronista*, *Conducción política*, publicados durante la primera presidencia de Perón.





entre Perón y Doctrina en función de las coyunturas políticas; esto se manifiesta en el neoperonismo que, como afirma Delich,[25] es ante todo una estrategia, que pretende ser fiel a la doctrina, y aun a Perón, sin obedecer a las órdenes de éste.

Ser leal o traidor (la oposición moral que tanto denunciara Cooke) es en realidad la forma de denominar estrategias diferentes en un campo donde la *realpolitik* invade la política, tanto en el plano nacional como en el ámbito sindical o en el interior del endeble aparato político del justicialismo. En este período en el que un estrato limitado de líderes sindicales o políticos del peronismo manejan la capacidad de presión de masas prácticamente desprovistas de posibilidades de acción renovadora propia, las probabilidades de éxito están dadas por la rapidez en evaluar la fuerza del adversario –gobierno, militares, fuerzas políticas no peronistas–, adversario también cambiante y políticamente frágil.

Si decimos que la estrategia es defensiva es porque la orientación de los actores depende sobre todo de la situación del adversario y porque, como tanto se ha repetido, el movimiento popular argentino durante esos años tiene una formidable capacidad para golpear o para inmovilizar pero una limitada capacidad para hacer fructificar sus éxitos.

Tanto la estrategia de Perón como la de los dirigentes sindicales –cabeza del movimiento de masas en esos años– pasa de la negociación a la oposición en función de la relación coyuntural de fuerzas; del mismo modo que es fácil encontrar al mismo dirigente como miembro del ala más cercana al gobierno en un momento y, pocos meses después, verlo encabezar una política de desestabilización, el propio Perón pasará de una posición a otra. Es que a pesar de que los conflictos sociales marcan esporádicamente la línea del peronismo, lo característico de la época es la autonomía del mundo político respecto del mundo social, y la transformación de aquél en un tablero donde los peones ganados o perdidos se computan mes a mes. Crisis de hegemonía de las clases dominantes, se ha afirmado; hablar de una situación de crisis política parece más sensato. Pocas veces visible, y seguramente muy poco en lo que fuera la conducción sindical más exitosa –el vandorismo–, la oposición peronismo/antiperonismo fue sin embargo la referencia clave de la política argentina y la razón primera de la ininterrumpida crisis de dirección política del país.

25. Delich, F. y Gaignard, R., "Le néo-péronisme en Argentine. Signification et perspectives", Notes et Études Documentaires, en *Problèmes d'Amérique Latina*, París, 30 de abril de 1970, N° 3.685-3.686, pp. 54-55.

En este contexto es imposible dar una significación 'ideológica' a la dicotomía traidor/leal y aun a la dicotomía duro/blando. Son, en cambio, síntomas de una escena política donde domina la estrategia y que, poco después de la caída de Perón, estuvo inficionada por el 'parlamentarismo negro' que la proscripción y la fuerza electoral del peronismo hicieron posible.

El golpe militar de 1966, saludado por los más diferentes sectores como una esperanza de renovación y de fortalecimiento de una Argentina supuestamente estancada y seguramente poco heroica, abrió efectivamente una época nueva, pero muy diferente de la que pensaron sus autores.

Es difícil saber cuánto dependió de la situación propiamente argentina y cuánto de las transformaciones que se producían contemporáneamente fuera del país. Lo que nos interesa recordar aquí es que, poco después de 1966 y coincidentemente con la primera derrota del sindicalismo argentino, el peronismo comienza a ser el marco de enfrentamientos entre orientaciones políticas, proceso que se intensifica después del Cordobazo y las diferentes movilizaciones provinciales posteriores a 1969.

Es que el peronismo se convierte en bandera de nuevos sectores movilizados por las políticas autoritarias gubernamentales.

En esos años comienza a hablarse del 'giro a la izquierda' de Perón (en rigor, no fue el primero pero sí el que produjo consecuencias más importantes).

Es probablemente inútil fechar el origen de esta etapa 'doctrinaria'. Lo seguro es que, como veinte años atrás, es el mismo Perón quien da el primer paso, con libros y declaraciones de apoyo a Castro y a Mao; de apertura revolucionaria, de renovación en torno al tema de "liberación o dependencia".

Así, paralelamente a la palabra de Perón que sigue designando 'leales' y 'traidores', la radicalización de importantes capas de las clases medias convirtió en *realidad social* la 'segunda' palabra de Perón, la que habla nuevamente de doctrina y de una nueva doctrina, *aggiornata*, con referencias que permiten dar una identidad política a las fracciones movilizadas por la revolución cubana, por la ola de renovación eclesiástica, por la acción de la guerrilla latinoamericana.

Y no se trataba sólo de mensajes dirigidos a individuos o grupos en particular –que fueron frecuentes– sino que circulaban libremente en los medios de comunicación. Así, por ejemplo, en su número del 25 de junio de 1968, el semanario *Primera Plana* resume una entrevista con Perón. En ella, según el cronista, Perón ha dicho que "el mundo cambia y nosotros cambiamos con el mundo. Si la Iglesia dialoga con los marxistas, ¿por qué los





justicialistas no hemos de luchar junto con ellos en pro de la liberación?" y concluye "los grupos privilegiados no se resignan a dejar su lugar, y cuando no pueden hacer fraude electoral dan un golpe de Estado. ¿Qué otro recurso le queda al pueblo, vejado en sus derechos, sino responder a la violencia con la violencia? Cuando llegue la hora, la oligarquía tendrá que acordarse de mi frase: quien no tiene cabeza para prever debe tener buenas espaldas para aguantar. No han tolerado al justicialismo: pues tendrán socialismo".[26]

Ciertamente, Perón tuvo siempre 'dos palabras' (y aún más) y utilizó siempre sus 'dos manos', como no se cansaba de repetir y de demostrar. Pero en el segundo período del exilio, al cual estamos haciendo referencia, cristaliza lo que podemos llamar una *duplicidad en la doctrina*. Esta duplicidad no resulta de que Perón esté haciendo o diciendo algo realmente diferente a lo que hizo o dijo durante los años anteriores del exilio, sino de que su palabra *es leída de modo distinto* por vastos sectores radicalizados. Y decimos duplicidad porque si es cierto que todo nuevo enunciado de Perón se convierte automáticamente en fragmento del Logos peronista, es cierto también que todos los fragmentos anteriores siguen formando parte de la doctrina salvo que Perón los niegue explícitamente, cosa que rara vez hizo.

Se trata de una segunda palabra porque coexistió con la otra, "la primera", en la lectura que efectuaban dirigentes políticos y sindicales.

La consecuencia más conocida de esta 'segunda' palabra fue la captación de grupos que se habían acercado al tercermundismo y a los movimientos de liberación latinoamericanos, cuyo antiimperialismo se había reforzado por la intervención americana en Vietnam. Que Perón se hubiera 'izquierdizado' para atraer sectores radicalizados o que la relación haya sido justamente la inversa importa poco. Lo que importa es que convertirse en peronistas en los años sesenta tenía una connotación muy diferente a

26. Citemos, por ejemplo, el libro *La Hora de los Pueblos*, Madrid, Norte, agosto de 1968, donde Perón, siempre defendiendo su tesis de la Tercera Posición, lanza ataques virulentos al imperialismo yanqui y afirma que la alternativa es ahora entre liberación o neocolonialismo; "Como Mao encabeza el Asia, Nasser el África y De Gaulle a la vieja Europa y la lucha de Castro en Latinoamérica, millones de hombres de todas las latitudes luchan en la actualidad por su liberación y la de sus patrias" (p. 31). Reafirma allí la necesidad del 'trasvasamiento generacional' y reitera la inevitabilidad del advenimiento del "socialismo nacional" (pp. 132, 155).
A mediados de 1971 circula el documento "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder", *cf. Envido* N° 10, 1973, p. 12).

la lealtad peronista de la clase trabajadora durante veinte años, que fuera identidad cultural y coraza política que impidió su absorción por otros movimientos o partidos.

Una segunda consecuencia que vale la pena señalar es que se generaliza en el terreno *ideológico* una operación de lectura que había sido propia del tan mentado 'penduleo' *político* del líder, esto es, sus apoyos cambiantes y contradictorios a tal o cual persona, a tal o cual posición en una coyuntura dada. Tal operación de lectura, que puede llamarse *estratégica*, reposaba en la certidumbre de que toda palabra de Perón que no confirmara los intereses o las ideas de un sector era leída como una pura maniobra que no reflejaba lo que Perón realmente pensaba o quería: el mito del Conductor Genial, del Genial Estratega no era otra cosa.

Cada peronista, y esto vale sobre todo para la juventud ideologizada, *tenía así su Perón propio*, ya sea porque estaba convencido de que detrás de toda actitud del líder –entidad *concreta*– que no fuera coherente con *su* Perón no había más que táctica momentánea, ya sea porque considerara a Perón –entidad *abstracta*– como un dirigente infinitamente maleable, que contenía todas las posibilidades políticas e ideológicas y a quien era posible llevar a la dirección deseada a través de un correcto ejercicio de presiones y de un monto de poder suficiente para asegurar el éxito de la orientación que se perseguía.

*Caveat*, entonces: no estamos afirmando que en el interior del discurso de Perón ha aparecido una 'segunda' palabra; ésta emerge como resultado de una evolución de las *condiciones de reconocimiento* del discurso de Perón.

En rigor, la larga estadía europea había llevado al líder a abordar nuevos temas, del más diverso tenor; si elogia a Castro y a Mao, sacraliza también a de Gaulle como líder del Tercer Mundo; si justifica y alienta la lucha violenta en nombre de la liberación, se explaya extensamente sobre los problemas ecológicos y sobre la planetarización de las cuestiones económicas, alimentarias y energéticas.

La 'segunda' palabra como *efecto* de su discurso no deriva inmediatamente de los enunciados en producción, sino de la *producción de otros discursos en recepción*. Ésta, a su vez, se da dentro del marco de las nuevas condiciones socio-políticas, fundamentalmente el tercermundismo en el plano ideológico y una nueva representación de lo político y del poder alimentada por la guerra de Vietnam y por la consolidación de un régimen socialista en Cuba como resultado de la lucha armada.

De las diversas emisiones discursivas de Perón, serán productivas de un nuevo discurso sólo aquellas que afirman la disyuntiva dependencia/liberación, las





que aprueban la lucha armada, las que elogian el socialismo o a líderes socialistas, las que afirman la necesidad de una reactualización doctrinaria y de un trasvasamiento generacional...

Son las condiciones específicas, *en reconocimiento* las que dan cuerpo y nos autorizan a hablar de la 'segunda' palabra de Perón, son ellas las que extrajeron de un magma de enunciados aquellos que tenían resonancia en la nueva situación política del sud del continente.

Aquellos jóvenes que adhirieron en forma masiva, entusiasta y vertiginosa al peronismo, a este Perón 'actualizado', lo hicieron a través de dos operaciones diferentes: por una parte afirmaban que aquello que el Líder expresaba ahora era una actitud coherente con toda una trayectoria popular y revolucionaria. Era el mismo Perón de los años cuarenta. Pero por la otra, al fundar su adhesión en los mensajes que hablaban de socialismo nacional y de liberación, establecían implícitamente algo que no había existido nunca en el movimiento: la distinción entre persona y doctrina. Perón estaría diciendo ahora su verdadera palabra, a la vez última y definitiva, lo cual clausuraba el conjunto de contenidos ideológicos del discurso peronista. De ahí en más se hacía posible la pregunta: ¿puede Perón traicionar la Doctrina?

Los mecanismos de funcionamiento del peronismo en el exilio, así como la naturaleza de la adhesión de las clases populares a Perón, hacen plausible la hipótesis, que ya discutimos, sobre la constitución del enunciador-líder como un colectivo singular abstracto, análogo a entidades como la Patria o el Pueblo.

Si esto fuera verdad respecto de la Juventud Peronista, la respuesta a nuestro interrogante debería ser negativa ya que la JP, como miembro del colectivo plural peronista, no puede elaborar una interpretación de la doctrina que sea contradictoria, y ni siquiera diferente, respecto de los enunciados de Perón. Para poder hacerlo, y para estar entonces en condiciones de afirmar que 'Perón no cumple' es preciso destruir previamente la posición de Perón como colectivo singular, retirarle su monopolio sobre el Logos peronista, de manera de recuperar, manteniendo la pertenencia al colectivo plural 'peronistas', la capacidad de presentarse como enunciador primero. Ahora bien, esto tiene como condición previa la desaparición física del líder: muerto Perón, se convertiría natural e instantáneamente en una entidad imaginaria como las otras, muda e invisible como las otras; y respecto de este Perón muerto se haría posible la construcción de discursos competitivos, cada uno de los cuales buscaría fundar su verdad en su condición de verdadero representante o encarnación de Perón.

Mientras esté con vida, ¿es posible preguntar si Perón traiciona la Doctrina, si no encarna ya a la Patria y al Pueblo? La breve historia de la Juventud Peronista después del retorno de Perón a la Argentina, que nos ocupará en la tercera parte de este trabajo, gira constantemente alrededor de esta pregunta o, más precisamente, alrededor de la imposibilidad de formularla.



# TERCERA PARTE

## LA TRAMPA

Mientras esté con vida, ¿es posible preguntar si Perón traiciona la Doctrina, si no encarna ya a la Patria y al Pueblo? La breve historia de la Juventud Peronista después del retorno de Perón a la Argentina, que nos ocupará en la tercera parte de este trabajo, gira constantemente alrededor de esta pregunta o, más precisamente, alrededor de la imposibilidad de formularla.



# TERCERA PARTE

## LA TRAMPA

# LA POSICIÓN DE ENUNCIACIÓN DE LA JUVENTUD PERONISTA

## Actores políticos y actores sociales

Durante los años sesenta, y particularmente a partir de 1968, el movimiento peronista se vio afectado por una doble transformación, que cristalizó en 1971-72.

Por un lado, como hemos señalado, vastas fracciones de la clase media, en particular los jóvenes, se movilizan progresivamente en nombre de una versión radicalizada del peronismo, según la cual 'peronismo', 'socialismo' y 'lucha antiimperialista' se vuelven sinónimos. Como parte de su estrategia ante el gobierno militar del general Lanusse, Perón acentúa su apoyo a estas nuevas generaciones de la "juventud peronista": en 1971 nombra como delegado personal en la Argentina a Héctor Cámpora, en lugar de Paladino. Esta decisión, que permitía a Perón un mejor control sobre el movimiento, dadas las negociaciones más o menos autónomas llevadas a cabo por Paladino y dado también el poder relativo de grupos neoperonistas, fue percibida como un triunfo por las fracciones "duras" y en particular por la juventud, que había criticado severamente las tácticas 'colaboracionistas' de Paladino. Unificada en junio de 1972 bajo la dirección de Galimberti, quien es incorporado al Consejo Superior del Justicialismo, la juventud parece convertirse en destinataria privilegiada de los favores del líder: éste celebra frecuentemente la presencia de la juventud en todas las manifestaciones del movimiento peronista y se solidariza con las acciones violentas de los grupos juveniles.

Por otro lado, la imagen de Perón y del peronismo como un movimiento sectario, fuertemente asociado a una clase social y a un período preciso de la historia del país (1945-1955) comienza a cambiar para importantes sectores de la burguesía y de la opinión pública en general.

Bajo el peso de los fracasos sucesivos de los gobiernos militares a partir de 1966 y de una crisis política que parece endémica, la figura de Perón se vuelve poco a poco la de un posible unificador de la Nación, portador de una solución colectiva pacífica. Los discursos inflamados de 1955 han caído en el olvido, y este 'nuevo Perón' se presenta a sí mismo como un "león herbívoro", que insiste sobre el sacrificio personal y subraya su voluntad de contribuir a la reconstrucción nacional como "prenda de paz".

Lo que llevará al peronismo por tercera vez al gobierno será, curiosamente, la coincidencia entre los que veían en Perón al estratega de la revolución y aquellos que habían terminado por considerarlo como la única posibilidad de unión nacional. Si se puede afirmar que el triunfo del peronismo en 1973 resultó de un compromiso o de una alianza, es indudable que lo que hizo posible dicho triunfo fue, antes que nada, un malentendido. Los propios actores del proceso eran conscientes, en 1973, de ese malentendido: si todas las fracciones del peronismo celebraron entonces el triunfo sobre los militares, cada una sabía que el éxito electoral era apenas el prólogo de una lucha política en torno a la orientación del nuevo gobierno. No cabe duda entonces que una interpretación política de los meses cruciales que precedieron y que siguieron a la elección de Héctor Cámpora como presidente de la república, debe centrarse en los enfrentamientos entre las fracciones internas del peronismo. El peronismo que llega al poder en 1973 es un compromiso entre fracciones que tienen de hecho proyectos políticos muy diferentes y cuyo único término de unidad es la persona de Perón. La guerra dentro del peronismo, que ya existía pero que se manifestó abiertamente en el momento del triunfo electoral, fue sin duda una lucha sin cuartel por el control del partido y del gobierno, pero fue sobre todo un combate en el que cada fracción trató de arrastrar al líder hacia su propia posición.

Hasta 1973, los mensajes y las decisiones de Perón podían siempre ser interpretados como movimientos puramente estratégicos dirigidos a los gobiernos militares y desprovistos de una significación definitiva respecto de la orientación del movimiento peronista en tanto tal. A partir del triunfo electoral, las lecturas puramente estratégicas de los mensajes de Perón no son más posibles: Perón ha vuelto al país, y se dirige al pueblo y al movimiento peronista que acaba de hacerse cargo del poder del Estado.

La producción discursiva de la Juventud Peronista puede ser vista como un esfuerzo permanente por hacer frente a las contradicciones que resultan del pasaje de una situación a otra.





Para comprender el período que nos ocupa, conviene distinguir entre los actores *sociales* y los actores *políticos*. Los primeros, identificables en la mayoría de los casos en términos institucionales relativamente precisos, se enfrentan a partir de proyectos socio-económicos divergentes (los industriales, la Confederación General Económica, la Sociedad Rural, la CGT, etc.). La identidad de los actores políticos cuya intervención fue determinante en el momento de la apertura electoral es, en cambio, esencialmente ideológica. Sería tan aventurado como inútil tratar de interpretar a los grupos armados o el comportamiento del "brujo" López Rega y sus aliados, en términos de clase o de conflictos sociales.

A. Touraine ha propuesto y desarrollado la hipótesis de que las sociedades dependientes se caracterizan por una gran autonomía del mundo político respecto del mundo social, y de la esfera ideológica respecto del campo político.[1] En las últimas páginas de la sección anterior hemos sugerido que esto es particularmente visible en la Argentina durante el período 1955-1966; agreguemos ahora que lo mismo puede afirmarse –y aun con más vigor dado que se trata de una coyuntura particular– de los meses que anteceden y suceden al triunfo electoral peronista en 1973. De este proceso se puede sin duda escribir una historia según la cual la Argentina es el escenario de los conflictos y de las alianzas entre industriales, terratenientes y obreros. Pero hay otra historia posible, no menos significativa, protagonizada por la 'derecha' y la 'izquierda', por los 'leales' y los 'traidores', por los 'infiltrados' y la 'burocracia sindical'. Lo que caracteriza el período que nos interesa ahora es que *esta segunda historia puede ser reconstruida independientemente de la primera.*

Inaugurada por la introducción de la muerte como instrumento político, con el asesinato de Vandor, y luego el de Aramburu en 1970, esta segunda historia deberá ocuparse de fenómenos como el 'isabelismo' y el lopezrreguismo y del combate sin cuartel entre clanes y 'familias'; es en esta segunda historia que, por obra de la violencia, la muerte se transforma en una banalidad cotidiana que reemplaza a la palabra; es esta segunda historia la que culmina en una represión sin precedentes en la Argentina.

Vamos a abordar aquí un capítulo de esta historia. Lo haremos tomando como eje principal la producción discursiva de la juventud peronista. Escrito más de diez años después, nuestro análisis tendrá inevitablemente los acentos de un drama, aparecerá como la progresión trágica hacia un fracaso

1. Touraine, A., *Les Sociétés dépendantes*, París-Gembloux, Duculot, 1976, p. 58 y ss.

inscripto en el propio triunfo peronista en 1973. Otro proceso, ¿hubiera sido posible? Resulta difícil creerlo.

## Vanguardia y base popular: la 'camiseta peronista'

Recordemos en primer lugar la manera en que muchos militantes de la juventud peronista –particularmente intelectuales de izquierda durante el período inicial– construían la relación con su propio discurso, es decir, la lógica estratégica que les permitía justificar su militancia peronista. Esta lógica describía la necesidad de adherir al peronismo como único acceso al universo de opciones políticas de la clase obrera. Desde la caída del gobierno peronista en 1955, el pueblo había permanecido fiel a Perón. El único modo de constituir un movimiento popular, de movilizar la base obrera a fin de reorientar, eventualmente, su identidad política, implicaba un precio: la adopción de la 'camiseta peronista'.

Este razonamiento –que estuvo inicialmente en la base del lema "luche y vuelve"– determinó un gran número de adhesiones al peronismo. No todas fueron 'verdaderas' adhesiones, ya que la movilización de la juventud en torno al peronismo fue desde el comienzo una mezcla particular de creencia y de 'mala fe' que, como veremos, dejó sus marcas en la economía discursiva de este grupo. Más que un razonamiento instrumental o táctico en el plano subjetivo –frecuente sin embargo– esta adhesión política constituyó en los hechos una respuesta al problema estructural que afrontaron numerosos movimientos políticos en América Latina durante los años sesenta y setenta: la distancia, difícil de anular, entre los grupos políticos de vanguardia y la base popular. Desde otro punto de vista, la juventud peronista forma parte de esos movimientos compuestos mayoritariamente por miembros de las clases medias, ligados a las instituciones de enseñanza (secundaria o universitaria) y surgidos de la conmoción que la revolución cubana había producido en toda América Latina. La juventud es un ejemplo, entre otros, de la movilización de jóvenes pertenecientes a los sectores 'intelectuales' de la burguesía, que desde siempre hablaron en nombre del 'pueblo' y que, en los años sesenta, iniciaron acciones revolucionarias guiados por un voluntarismo socialmente indeterminado.

La distancia entre los orígenes sociales de la vanguardia y las masas que aquélla pretende representar y en cuyo nombre toma la palabra es común a numerosos movimientos políticos del Tercer Mundo. Lo que caracteriza a la juventud peronista es la 'solución' que dio a este problema: la adhesión a un





movimiento político específico (el peronismo) como modo de identificación con el pueblo, en la medida en que dicho movimiento aparecía como el principio de unidad política de la clase obrera y de otras capas populares en la Argentina.[2]

Esta 'solución' implicaba una suerte de anulación simbólica de la distancia entre los militantes y la masa. Pero, una vez adoptada esta 'solución', la juventud peronista debió afrontar lo que no era ya un problema sino una contradicción insoluble: aquella entre la pretensión de hablar en nombre del pueblo, y la necesaria sumisión a otra palabra, la palabra de Perón, reconocida por definición como la expresión misma de la voluntad popular.

La tensión, permanente e inevitable, engendrada por esta contradicción, es esencial para comprender el discurso de la juventud peronista. Sus términos son constitutivos de la existencia misma de la juventud peronista como movimiento: ella no puede abandonar su pretensión de ser el portavoz del Pueblo, pero al mismo tiempo está obligada a aceptar el principio según el cual Perón expresa, *por definición*, los verdaderos intereses del Pueblo, dado que esta aceptación es el fundamento mismo de la identidad *política* de la juventud.

2. Esta situación no es tampoco el monopolio de movimientos latinoamericanos. En términos más generales, puede considerarse una variante del problema de aquellos intelectuales de izquierda para quienes el único actor revolucionario es la clase obrera, en países donde el Partido Comunista llegó a constituirse en una fuerza política importante de base obrera. La disyuntiva fue, para generaciones enteras, entre un aislamiento inútil –reflejo de una actitud pequeñoburguesa– o el ingreso al PC, "El Partido", como única vía de contacto con el pueblo y de inserción en una política revolucionaria. Puede establecerse sin duda el paralelo entre la sumisión a la palabra de Perón y la obediencia a las directivas del partido; no es difícil tampoco asimilar los desgarramientos de unos y otros frente a desacuerdos con decisiones del partido o de Perón. Hay algo, sin embargo, que establece una diferencia esencial. En el caso de los partidos comunistas se trata del ingreso a una organización que cuenta con la adhesión obrera; en el otro, el nuestro, esto es secundario respecto a la adhesión a un individuo, Perón, constituido como entidad análoga al Pueblo, como colectivo singular abstracto que *no representa* sino que *encarna*, que *es* la Voluntad Popular.
(El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sumió en una crisis a la vez personal y política a una masa considerable de comunistas, sobre todo intelectuales; si lo recordamos aquí es porque ese episodio no hubiera podido tener lugar en el caso del peronismo. La veneración por Stalin y por Perón se asemejaban, sin duda, en mucho. Pero es impensable que *otro* peronista, cualquier otro peronista, hubiese podido descalificar a Perón como Krushchev lo hizo con Stalin. Ni a Perón vivo ni a Perón muerto.)

Conviene insistir en el hecho de que el vínculo *real* de la Juventud Peronista con la base popular carece, en estas circunstancias, de toda importancia: poco importa la extensión de esta base, poco importa el grado de enraizamiento de la Juventud Trabajadora Peronista en los sectores obreros. La contradicción se establece en la medida en que la enunciación de la Juventud se encuentra insertada en el dispositivo discursivo del peronismo. El problema consiste en las relaciones entre la palabra de Perón y la palabra de la Juventud Peronista, y lo que está en juego es el vínculo de cada una con la entidad Pueblo. La lógica del discurso peronista exige que estas dos palabras coincidan, puesto que esta coincidencia es la definición misma del 'ser peronista'.

Esta coincidencia, ¿cómo debe entenderse y quién la evalúa? ¿Debe ser una coincidencia en la simultaneidad, vale decir, la palabra del enunciador segundo debe ser, en un momento dado, el reflejo fiel de lo que el enunciador Perón dice *en ese mismo momento*? Si el enunciador segundo refleja en su palabra lo que el enunciador Perón dijo *años atrás*, ¿puede esto ser considerado como una coincidencia suficiente?

Sea como fuere, el día en que esta coincidencia desaparece, el día en que se pone en evidencia un *desajuste* entre esas dos palabras, se abre necesariamente para el enunciador segundo una alternativa extrema: o bien la vanguardia renuncia a su rol privilegiado de portavoz del Pueblo (una especie de suicidio en tanto vanguardia) o bien ésta se decide a no reconocer más la palabra del líder como expresión del Pueblo, lo cual la lleva inexorablemente a colocarse fuera del mecanismo discursivo del peronismo, a negar el carácter intransferible de la enunciación de Perón y a definirse a sí misma como enunciador "primero".

Está claro que la razón misma que llevó a la juventud a adoptar la 'camiseta peronista' es la que le impide funcionar como vanguardia, la que produce la contradicción. Si estas generaciones de jóvenes radicalizados se declaran peronistas es porque el Pueblo es peronista. Pero si el Pueblo es peronista, si trabajadores, peronistas y argentinos tienden a coincidir, es sólo *en* y *por* la palabra del enunciador Perón: es éste el mediador que hace posible el funcionamiento del dispositivo. *Portavoz, ya lo dijimos, sólo se puede serlo de una entidad muda.*

La Juventud Peronista[3] no se resolvió en ningún momento al suicidio como vanguardia. Y después de haber recorrido caminos políticos y

3. Nos referimos a partir de aquí a la JP llamada 'movimientista'; aun antes de las escisiones de 1974, existían numerosas tendencias peronistas de izquierda entre los jóvenes, sea bajo la forma de organizaciones armadas o políticas. Cabe señalar por lo





discursivos bastante tortuosos, contempló en cambio, seriamente, la segunda posibilidad, esa posición insostenible ya intentada por Vandor: el peronismo sin Perón.

## El lugar de la contradicción

La apertura electoral anunciada por el general Lanusse en julio de 1972 comportaba una serie de restricciones, y en particular la de tornar virtualmente imposible la candidatura de Perón a la presidencia de la Nación. En 1972 el conflicto entre peronistas y militares cobra la forma de un enfrentamiento personal entre Lanusse y Perón, a propósito, entre otras cosas, del retorno del viejo líder al país.

Dicho retorno se produce el 17 de noviembre de 1972. Perón asume una actitud conciliadora. Tras una serie de conversaciones con los principales líderes políticos, Perón propone el nombre de su delegado personal, Héctor J. Cámpora, como candidato del Frente Cívico de Liberación Nacional a la presidencia, pese a la oposición de la mayoría de los jefes sindicales. Perón abandona nuevamente el país y retorna a Madrid. La candidatura de Cámpora es oficializada en enero de 1973, durante un acto en el cual la juventud peronista expresa su entusiasmo. Poco tiempo después, Perón designó como secretario del Movimiento Peronista a Juan Abal Medina, hermano de quien fuera, hasta su muerte, jefe de los Montoneros.

El 11 de marzo de 1973 los candidatos del Frente (Cámpora y el dirigente neo-conservador Vicente Solano Lima) son elegidos respectivamente presidente y vicepresidente de la República, con 49,5% de los votos. El 25 de mayo Cámpora asume la presidencia. Su elección, considerada como el triunfo de la Juventud y del sector radicalizado del peronismo, dio lugar a un estallido de movilizaciones en todo el país. Revueltas cotidianas de las bases obreras contra las direcciones sindicales burocratizadas, y ocupación de los más diversos órganos del aparato estatal por grupos de la Juventud Peronista, a fin de "eliminar el continuismo": universidades, hospitales,

menos la llamada "alternativista" cuyo objetivo no era la pugna política dentro del movimiento peronista sino el trabajo en las bases para originar un movimiento peronista contestatario; el PB (peronismo de base) estaba representado en gran medida por el semanario *Militancia*, dirigido por Ortega Peña y Duhalde, abogados, que fue clausurado en el mismo momento que *El Descamisado* y que *Ya*.

dependencias públicas, instituciones como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, etc.

La agitación generalizada y esta irrupción de la Juventud en todas las áreas de la vida nacional se desarrollan bajo la mirada complaciente del nuevo presidente. El acto en el que éste asume el mando, el 25 de mayo, es prácticamente controlado por la Juventud Peronista. En el nuevo gobierno, la Juventud cuenta con tres ministros que simpatizan con su línea, entre los cuales se cuenta el estratégico del Interior. El formidable avance de la Juventud, que se produce en pocas semanas, es marcado por un importante acto universitario realizado en Córdoba el 29 de mayo y al cual asiste el presidente de Cuba. La concurrencia corea entonces eslóganes como "Cuba y Perón, un solo corazón".

Y sin embargo, ya en el mes de abril, se había producido un primer signo de la voluntad de Perón de regularizar el funcionamiento del movimiento y de mostrar que el período de apoyo sin reservas a los grupos armados estaba terminado: el delegado de la Juventud al Consejo Superior del movimiento peronista es destituido con motivo de sus declaraciones, según las cuales había que constituir "milicias populares".

Apenas instalado Cámpora en el gobierno, diversos grupos comienzan a expresar, en forma pública o semipública, sus reticencias ante el creciente poder político de la Juventud. La derecha inicia una campaña explícitamente dirigida "contra el trotskismo".

Con la llegada del peronismo al gobierno, la lucha entre las diferentes fracciones dentro del movimiento estalla a la luz del día. El enfrentamiento entre la 'derecha' (la "burocracia sindical") y la 'izquierda' (en particular la Juventud) se vuelve inmediatamente una lucha por el control del movimiento y del gobierno. En este conflicto cada enunciador "segundo" de la palabra peronista pretende apropiarse de la totalidad del 'verdadero' peronismo, cada uno define su 'Nosotros' como el único colectivo posible, y califica al adversario de *traidor* o *infiltrado*.

Ganadas las elecciones, la juventud busca definir su posición de enunciación dentro del peronismo a través de las declaraciones de sus organizaciones armadas, por un lado, y a través de sus publicaciones, por el otro. La más importante de éstas es el semanario *El Descamisado*.[4]

En el segundo número de este semanario, fechado el 29 de mayo de 1973, se lee:

4. Podemos estimar su tiraje entre 40.000 y 60.000 ejemplares.





"*El Descamisado*, como abanderado de todos los descamisados, será uno de tantos instrumentos que el pueblo se irá dando para descubrir y denunciar al enemigo. Y para controlar y empujar el proceso, para dar, en todos los terrenos, todas las batallas que exija la liberación definitiva de la Patria y la eliminación definitiva de explotadores y explotados" (p. 9).

Si *El Descamisado* se presenta así como el abanderado del pueblo, afirma por otro lado la total identidad entre el ejercicio de dicho rol y la lealtad al líder:

"La lealtad con Perón es la lealtad con las banderas del pueblo; su conducción la que el conjunto sigue y su palabra es la voz doctrinaria del peronismo" (*idem*, p. xvi del suplemento).

Habría pues dos abanderados: *El Descamisado* y el propio Perón. Dicho de otra manera: *El Descamisado* busca situarse a la vez como enunciador *primero* respecto del Pueblo y como enunciador *segundo* respecto de Perón, teniendo en cuenta que la palabra de Perón es la expresión misma de la voluntad del Pueblo.

Difícil triángulo. ¿Cuál es el campo de aplicación de esta palabra que no es la del propio líder? ¿Cuál es la 'porción' de voluntad popular que puede asumir el discurso de la juventud peronista?

El texto que acabamos de citar parece contener al menos una parte de la respuesta: *El Descamisado*, abanderado del pueblo, se autodefine como un instrumento para *descubrir y denunciar al enemigo*. Ahora bien, ¿quién es el enemigo? ¿De dónde viene? ¿Cómo se lo caracteriza? El artículo que citamos lo señala:

"Nuestro enemigo sigue presente y poderoso, como lo demostró con sus asesinatos del mismo 25 de mayo y con sus esfuerzos para impedir que los combatientes salgan todos a la calle, juntos, para aportar sus brazos a la nueva etapa de la lucha. Los enemigos *pueden estar entre nosotros mismos* y será la misma lucha la que los ponga en evidencia."

La Juventud busca pues la legitimidad de su palabra en la denuncia del enemigo, siempre presente. Pero si el enemigo es interno, si "puede estar entre nosotros mismos", ¿esta búsqueda de legitimidad no está condenada al fracaso? Sólo la palabra del líder puede señalar al traidor y diferenciarlo del

auténtico peronista, *sólo Perón puede definir el nosotros de identificación*. Puesto que el único signo de la pertenencia al peronismo es la expresión de la lealtad a Perón, es evidente que esta lealtad puede ser proclamada por cualquiera. El principio inverso y complementario exige que sólo el líder pueda identificar aquellos casos donde esta expresión de lealtad es pura apariencia: en el caso del traidor y del infiltrado.

La operación que consiste en reconocer al enemigo del pueblo y, en consecuencia, denunciarlo, es una operación exclusivamente reservada a la palabra de Perón: la juventud no puede encontrar en ella la legitimidad que busca como enunciador de la verdad del pueblo, es decir, como vanguardia; fuera de la propia palabra de Perón, la denuncia del enemigo interno está siempre subordinada a la enunciación, intransferible, del líder: la designación del enemigo es por definición *una enunciación segunda*. Por lo tanto, mientras Perón no designe él mismo al enemigo, los enunciadores segundos están condenados a una lucha interna que es puramente *especular*: para los dirigentes sindicales, los infiltrados son los jóvenes; para éstos, los burócratas sindicales son traidores.

Entretanto, el conflicto sólo puede resolverse fuera *de la palabra*: en el silencio de la violencia, del asesinato. Poco después del triunfo electoral, la ejecución pura y simple de dirigentes de ambos lados, método aplicado antes del 25 de mayo de 1973, se vuelve una práctica corriente. Al atentado que cuesta la vida a un dirigente sindical responde el cadáver de un militante de la juventud, encontrado en alguna calle, al día siguiente. En el campo de los enunciadores segundos, la legitimidad de cuya palabra permanece suspendida a la palabra, originaria, del líder, las ejecuciones se convierten en verdaderos *actos de discurso*.

Que el enemigo es interno significa que se encuentra *dentro* del colectivo de identificación: el enemigo interno se dice, por supuesto, peronista; proclama, como todos los demás, su lealtad al líder. Por lo tanto, el enemigo interno sólo puede ser definido como una *forma vacía*: se trata de alguien que no es lo que dice ser, que no hace lo que dice hacer, en resumen: se trata de alguien que no hace lo que Perón dice que hay que hacer.

Así, en la primera conferencia de prensa organizada por los dirigentes de FAR-Montoneros después del 25 de mayo de 1973, los enemigos internos aparecen simplemente como aquellos que no aplican las instrucciones dadas por el general Perón, a saber, el "trasvasamiento generacional" y la "actualización doctrinaria".

> "La evolución del Movimiento (...) no es pareja en todos sus sectores pues hay algunos que no asumen este proceso porque no representan fielmente a la clase trabajadora.





> Todos estos sectores pertenecen al Movimiento Peronista pero la posibilidad de supervivencia histórica del mismo y el cumplimiento de sus objetivos revolucionarios reside en el trasvasamiento generacional del cual somos parte protagónica. Este trasvasamiento generacional, como nos ha enseñado el General Perón, no significa 'tirar un viejo por la ventana todos los días', sino que fundamentalmente debe consistir en dos cosas: la actualización doctrinaria y el abandono de los métodos burocráticos de conducción, organización y lucha, frecuentemente utilizados por las conducciones intermedias del Movimiento en sus distintas ramas."

Y a la pregunta de un periodista a propósito, precisamente, de los "enemigos internos", los dirigentes de FAR-Montoneros responden:

> "En el Movimiento Peronista hay contradicciones que adquieren carácter antagónico o no, según cómo los distintos sectores encaucen su accionar dentro de los lineamientos estratégicos dictados por el General Perón (...). Como ya dijimos, están los sectores macartistas, que se oponen al trasvasamiento generacional, a la actualización doctrinaria y que actúan en función de sus intereses sectoriales y no en función de los intereses del Movimiento. En definitiva, son todos aquellos que se oponen a los intereses de la clase trabajadora (...) pueden ser considerados como enemigos internos y actuaremos con ellos de la misma forma que lo haremos contra todos los enemigos del pueblo."

Este discurso (perfectamente tautológico, puesto que se reduce a afirmar que los enemigos del pueblo son los enemigos del pueblo) no puede fundar la legitimidad de su enunciación en la denuncia de los "enemigos internos". La verdadera razón de esta imposibilidad es que la noción misma de 'enemigo interno', *utilizada por un enunciador segundo*, reposa sobre una paradoja fundamental.

¿Cómo es posible, en efecto, que exista un 'enemigo interno'? Si se trata de un verdadero enemigo, ¿cómo es posible que Perón no lo haya, hasta hoy, denunciado? ¿Cómo es posible que el enemigo interno sea visible para ciertos peronistas y no lo sea para el propio Perón? A partir del momento en que Perón designa un enemigo, éste es automáticamente expulsado del colectivo de identificación. Un 'enemigo interno' es, por lo tanto, un enemigo que no ha sido *todavía* señalado como tal pero que, necesariamente, *deberá serlo*

*de un momento a otro*. El 'enemigo interno' no puede ser otra cosa que ese enemigo que, a *cada instante*, corre el riesgo de ser denunciado por Perón.

Ahora bien, es un hecho que Perón rara vez hizo uso de su prerrogativa de definir los límites del colectivo de identificación: ante los conflictos internos del movimiento, en particular durante el exilio, la estrategia de Perón consistió siempre en evitar el arbitraje, aprobando de manera más o menos explícita a todos y a cada uno (o no desaprobando a ninguno), insistiendo sobre el hecho de que en el peronismo caben todas las ideologías, de la extrema derecha a la extrema izquierda, confesando, como vimos, que para ser infalible como el Papa "mejor es no decir nada":

> "De la misma manera, cada uno dentro del Movimiento tiene una misión. La mía es la más ingrata de todas: me tengo que tragar el sapo todos los días. Otros se lo tragan de cuando en cuando. En política, todos tienen que tragar un poco el sapo.
> Pero yo hago aquí de padre eterno, bendigo 'orbi et urbi'. ¿Por qué? Porque mi misión es ésa. La misión mía es la de aglutinar al mayor número posible. Porque la política tiene esa técnica: acumular la mayor cantidad de gente proclive o pensante hacia los objetivos que se persiguen. Todo el que piense o sienta así debe estar. Ahora, dentro de eso hay distintas posiciones. A mí se me presentan todos los días y me dicen: 'Estos son traidores' y vienen otros y dicen 'Los traidores son los otros'. Y yo siempre les digo lo mismo, porque todos los que vienen me dicen: '¡Pero nosotros tenemos razón!' y yo les digo: 'Tal vez, pero yo no soy juez, no estoy para darles la razón. Yo estoy para llevarlos a todos, buenos y malos'. Porque si quiero llevar sólo los buenos me voy a quedar con muy poquitos" (Diálogo con las agrupaciones juveniles del Movimiento Nacional Justicialista, en la residencia de Gaspar Campos, 8.9.73).

Tenemos aquí un excelente ejemplo de la manera, compleja, en que se entretejen la producción y el reconocimiento en el seno de un proceso de producción discursiva. La intransferibilidad de la enunciación y el no arbitraje de los conflictos internos son propiedades del discurso mismo de Perón, que definen su estrategia desde el punto de vista de la producción discursiva. Estas propiedades dibujan un 'campo de efectos' que puede describirse como el *carácter precario de la legitimidad del discurso de todo enunciador segundo*. Pero esta descripción no basta para determinar la especificidad del *efecto*: todo depende de la posición que el enunciador segundo pretende ocupar. El carácter precario de la legitimidad será crucial en el caso de la juventud, puesto que ésta busca ocupar una posición de vanguardia. El peronismo sindical, en cambio, *acepta* la posición segunda definida por el discurso del líder.

Como el arbitraje, en todo caso, no se produce, cada sector del peronismo puede continuar acusando al otro de traidor e infiltrado, en una especie de mecanismo circular de repetición. Dentro de este dispositivo, la legitimidad propia de un enunciador segundo es simplemente inalcanzable: mientras Perón no hable, cada enunciador segundo conserva una legitimidad que es apenas *posible*, podríamos decir potencial. Es por esto que, a lo largo del período, la palabra política de la Juventud Peronista, que busca una legitimidad primera entendida como expresión de la voluntad del pueblo, es, en el sentido estricto del término, *una palabra en suspenso*.





## La palabra mostrada (I): la cuestión del destinatario

Al exponer hace más de veinte años su modelo, célebre luego, acerca de las funciones del lenguaje, Roman Jakobson definía la función *poética* como aquella donde "el acento está puesto sobre el mensaje en cuanto tal".[5] En la función poética hay una suerte de suspensión del circuito primario de la comunicación: el mensaje es, *antes que nada*, exhibido en cuanto posee tales o cuales características formales.

Siguiendo a Jakobson, para quien el concepto de función poética es pertinente "fuera de la poesía" (y que había tomado precisamente, como uno de sus ejemplos, el eslogan "I like Ike" de la campaña presidencial de Dwight Eisenhower), es fácil constatar que la producción discursiva de la Juventud Peronista durante el período que nos interesa está curiosamente dominada por la función poética.

Esta constatación nos lleva a un complejo problema, que no podemos desarrollar aquí: el de los *géneros* en el interior del universo discursivo de lo político. Limitémonos a evocar algunos de esos géneros. Aquellos que están dominados por la función poética son las *consignas* y los *eslóganes*: fórmulas incisivas y rimadas, se las escande durante los desfiles y manifestaciones. Mientras que los eslóganes marcan simplemente la presencia del colectivo y de su identidad o, dicho de otro modo, permanecen en el plano de la constatación:

5. Jakobson, Roman, "Linguistique et poétique", en *Essais de Linguistique générale*, París, Minuit, 1963, p. 218.

*Aquí están*
*éstos son*
*los fusiles de Perón.*

*Si éste no es el pueblo,*
*¿el pueblo dónde está?*

las consignas están asociadas a la *línea de conducción* del movimiento político, expresan una especie de mandamiento, subrayan la conducta a seguir o, si se prefiere, un *deber hacer*:

*Luche, luche, luche*
*no deje de luchar*
*que a todos los gorilas*
*los vamos a colgar.*

Tanto las consignas como los eslóganes connotan la cohesión y la presencia física del colectivo de identificación, en la situación misma de una reunión multitudinaria, donde se canta y donde se grita.[6]

A diferencia de las consignas y los eslóganes, asociados de manera exclusiva al plano de la actualización del 'Nosotros' en las manifestaciones callejeras, las *máximas* son fórmulas breves que aparecen articuladas a argumentos que desarrollan una doctrina, vale decir, son utilizadas en el contexto discursivo de una *exposición* de la posición política. Un buen ejemplo es la célebre máxima del peronismo: "la única verdad es la realidad".

Consignas y eslóganes por un lado, máximas por el otro, construyen dos tipos de destinatarios bien diferentes. Los primeros *se gritan;* implican, por decirlo así, un destinatario *sordo*. La dimensión polémica está ausente: no se trata de desarrollar argumentos, sino que se arroja al rostro del Otro las propias verdades. Las máximas, en cambio, entretejidas a un discurso argumentativo, suponen un destinatario susceptible, en última instancia, de ser persuadido.

Un análisis superficial de *El Descamisado* basta para hacer esta sorprendente constatación: su discurso está enteramente organizado, articulado y unificado por medio de aquellos géneros de lo político que remiten a la

6. Una antología de eslóganes y de consignas del movimiento peronista ha sido publicada por Jorge Pinedo: *Consignas y lucha popular en el proceso revolucionario argentino, 1955-1973*, Buenos Aires, Freeland, 1974.





función poética: el eslogan, la consigna e inclusive la canción. Dichos géneros sirven para construir portadas, para formular títulos de artículos, y aun para crear un 'ritmo' dentro de ciertos textos.

Tomemos el número 2 de *El Descamisado* (Fig. 1). Encontramos allí la descripción del día –capital– en el que Cámpora es consagrado Presidente de la República. Al comienzo de dicha descripción y acompañando las imágenes de la ceremonia, se reproducen las letras del *Himno de la victoria*. En las palabras de este himno se unen Perón, Eva Perón, los militantes y los muertos, y se borran las fronteras entre 'Patria peronista' y 'Patria socialista':

"...Perón al frente seguro nos conduce
Evita sustenta nuestras fuerzas
la sangre de los muertos nos lava los ojos.
Adelante, vamos todos compañeros
hasta el incendio final de la victoria.
Hasta que el sol partido en una hostia
se nos entre por la boca y proclamemos
a la tierra nuestra Patria Socialista
a la tierra nuestra Patria Peronista
a la tierra nuestra Patria Libre, Justa y Soberana."

Le sigue, inmediatamente, el "Chamamé de Cámpora", que relata la lucha política que precedió a su designación:

"...le presenté el Movimiento
en Ezeiza al general
unificado en un bloque
pa' esta batalla campal
No valieron las chicanas
de los de afuera y adentro
Cámpora los puso a todos
a servir al Movimiento..."

Finalmente se reproduce la canción "Evita está presente", donde la Juventud aparece como la heredera de Eva Perón:

"'no lo abandonen nunca'
al morir nos pediste
Ya ves, no lo olvidamos



HIMNO DE LA VICTORIA

El pueblo peronista tiene la carne
[dura
Dieciocho años de lucha templaron
[cuerpos y almas
Ya brilla compañeros el sol en
[nuestras manos
En un día de mayo revoleamos al
[mundo
el grito más profundo
de un canto más por la liberación.

Fue la primer revancha de nuestra
[historia herida
La conjunción sagrada: ceniza,
[carne y sangre
y fue un beso de Evita quemándonos
[la frente
El sol en nuestras manos ya brilla
[compañeros
Las ganas están llenas
de darle forma a nuestra Patria
[Grande.

Perón al frente seguro nos conduce
Evita sustenta nuestras fuerzas
La sangre de los muertos nos lava
[los ojos
Adelante, vamos todos compañeros
Hasta el incendio final de la victoria.

Hasta que el sol partido en una astilla
se nos entra por la boca y
[proclamamos
a la tierra nuestra Patria Socialista
a la tierra nuestra Patria Peronista
a la tierra nuestra Patria Libre,
[Justa y Soberana.

CHAMAME DE CAMPORA

Es hombre leal y sincero
siempre fiel al General
Cámpora es un peronista
como no se puede más.

El nunca hizo lo que quiso
sino lo que el General y el pueblo,
que son lo mismo,
precisaban pa' ganar.

Cámpora es el delegado
del gran plan del General,
el plan que es del pueblo entero
para victoria total.

Lo presentó el Movimiento
en Ezeiza al General
unificado en un bloque
pa' esta batalla campal.

No valieron las chicanas
de los de afuera y adentro
Cámpora los puso a todos
a servir al Movimiento.

Es hombre leal y sincero
siempre fiel al General
Cámpora es un peronista
como no se puede más.

EVITA ESTA PRESENTE

Evita, Evita, Evita está presente
Evita, Evita, Evita está presente

(estribillo)

En cada acción del pueblo
en cada voz que grita
en cada gesto nuestro
allí estás vos.

(estribillo)

Señalando el camino de nuestros
[combatientes
Estás en la esperanza y en el dolor.

(estribillo)

"No lo abandonen nunca"
al morir nos pediste
Ya ves, no lo olvidamos
Viva Perón, Viva Perón, Viva Perón,
[Viva Perón!!!"

*Figura 1*





Viva Perón, Viva Perón, Viva Perón,
Viva Perón!!!"

El título del artículo en cuestión es un verso del "Himno de la victoria" y, siempre en el mismo número, la nota consagrada a la derrota de los militares se titula "Se van..., se van, y nunca volverán", otro eslogan incesantemente cantado en las calles.

Otro ejemplo. Inmediatamente antes de las elecciones del 12 de octubre de 1973, en las que Perón será elegido, por tercera vez, presidente de la República, *El Descamisado* publica una historia del movimiento peronista desde la caída de Perón en 1955. El texto, que se extiende sobre dos páginas, está entrecortado por eslóganes escritos en caracteres manuscritos, que recuerdan los eslóganes reproducidos en los muros de la ciudad y que marcan, de esta manera, el desarrollo del relato. El texto mismo contiene, por su parte, constantes referencias a otras consignas, utilizadas a lo largo de la historia del peronismo.

¿Cómo explicar el hecho de que el discurso de la Juventud Peronista, tal como aparece en su órgano oficial *El Descamisado*, esté profundamente marcado por la función poética? ¿Se trata de un detalle insignificante que resulta de la inspiración, en última instancia arbitraria, de sus autores? Para dar cuenta de esta característica sistemática, ¿basta con aludir al capricho estilístico de uno o varios redactores?

Volvamos al modelo del mensaje centrado en la función poética, tal como ha sido descripto por Jakobson. Cuando predomina la función poética, el acento está puesto en el mensaje en cuanto tal: las propiedades rítmicas y métricas atraen la atención sobre las características del mensaje mismo. En consecuencia, como dijimos, se produce una suspensión del circuito de la comunicación. Y ya vimos que, en razón de la situación en que la juventud se encuentra respecto del universo discursivo del peronismo, su palabra es una palabra en suspenso. ¿Qué es, en la función poética, lo que queda en suspenso? El análisis de Jakobson nos da la respuesta: "La ambigüedad es una propiedad intrínseca, inalienable, de todo mensaje centrado en sí mismo (...). No sólo el mensaje mismo, *sino también la fuente y el destino se vuelven ambiguos*".[7] Esta ambigüedad, que, como lo subraya Jakobson, implica un desdoblamiento del enunciador y del destinatario, contiene la clave del predominio de la función poética en un discurso que, como el de *El Descamisado*, no podía sino ser atribuido a la Juventud Peronista.

7. Jakobson, Roman, "Linguistique et poétique", *op. cit.*, p. 238.

En la función poética, dijimos, la palabra es *mostrada, exhibida* en cuanto tal, más bien que *dicha*. *¿Quién es entonces el destinatario de esta palabra?* o, *mejor dicho: ¿a quién es mostrada esta palabra?*

Se podría contestar que el discurso de *El Descamisado* está dirigido a los militantes de la Juventud Peronista, lo cual es a la vez materialmente exacto y formalmente trivial: son esos militantes quienes, sobre todo, compraban y leían dicho periódico. Si nos limitáramos a esta respuesta, sería preciso reconocer que *El Descamisado* no hacía entonces otra cosa que reenviar a los lectores el propio discurso de estos últimos: las consignas que los militantes conocían de memoria, los eslóganes que gritaban, las canciones que cantaban. Pero, ¿eran estos militantes el único o el principal destinatario?

La respuesta a esta nueva pregunta nos es dada por otro síntoma discursivo, que concierne precisamente a la construcción del destinatario, y que aparece en los grandes editoriales de la revista. Dichos editoriales, que comienzan a ser publicados regularmente a partir del mes de julio de 1973, son el 'punto fuerte' de cada número. Ocupan la primera doble página, y su tema está, en la mayoría de los casos, anunciado en la portada. Estos editoriales no tienen título; sólo un operador de interpelación, en caracteres gruesos, en cabeza del texto:

"Compañeros": interpelación explícita, como se ve, que parece no dejar lugar a dudas en cuanto a la identidad del destinatario; el enunciador es el director de la publicación, dirigente de la Juventud Peronista, quien firma cada uno de los textos. El comienzo de cada editorial corresponde perfectamente a este encabezamiento: el enunciador se dirige a los militantes, englobándolos a menudo a través de 'Nosotros' inclusivos, y el general Perón es designado en tercera persona. Por ejemplo:

> "Era Perón conduciendo la Nación, borrando todo vestigio de oposición. Era Perón, nuestro General convocando a todos para la reconstrucción y la lucha contra los yanquis, que están enloquecidos desde el 11 de marzo cuando ganamos las elecciones" (*El Descamisado*, N° 13, 14.8.73).

O bien:

> "Compañeros:
> Podíamos hacernos los burros y, como nosotros no somos infiltrados, ni troskos decir que la bola va para otros, agacharnos y hablar de la guerra del Medio Oriente. Pero el General hablando desde la CGT, rodeado por los que quieren echar del movimiento a los leales como Cámpora orienta sus palabras hacia nosotros. El General nos ha dado una sacudida..." (*El Descamisado*, N° 26, 13.11.73).





Y entonces, de manera repentina y sorprendente, se opera un cambio de destinatario en el curso del texto: súbitamente es a Perón mismo a quien el enunciador se dirige:

> "Porque esos dirigentes de la cúpula sindical son traidores, totalmente traidores. Porque lo vendieron a Perón, negociaron con Lanusse, echaron de las fábricas a los obreros que se les oponían, matonean y asesinan. Son traidores, *general* (...) *Fíjese* que Otero para demostrar que es leal, se ríe a carcajadas de *sus* chistes (...). Ni *su* humor, general, ni la justeza de *sus* juicios necesitan de estos bufones" (*El Descamisado*, N° 26, 13.11.73) (*el destacado es nuestro*).

> "Porque tenemos confianza en Perón, porque él nunca nos falló, porque ya otras veces tampoco entendimos y después (...) él tenía razón. Pero, *permítanos, General*, luego de dieciocho años de soldados, expresar nuestra confusión ante esta orden (...) Nosotros no estamos de acuerdo, pero callamos disciplinados, y confiados, y vamos a cumplir. Pero estamos disconformes, más allá de la compañera Isabel, quien nos merece respeto y de quien sabemos que no pretende reemplazar a nadie, que ha manifestado su humildad y de quien sabemos es *su* soldado" (*El Descamisado*, N° 13, 14.8.73) (*el destacado es nuestro*).

Vemos entonces que el dispositivo de enunciación de *El Descamisado* funciona en dos niveles, lo cual nos permite comprender mejor el sentido de la función poética predominante en su discurso, función que supone estructuralmente un *desdoblamiento del destinatario*.

En un primer nivel, la palabra es mostrada al general Perón. ¿Con qué objeto? *Para ver qué es lo que Perón hace ante esta 'exhibición'*. Perón, como vimos, *no hace nada*. Esto quiere decir, en todo caso, que *Perón no condena la palabra así mostrada*. Así obtenida una precaria legitimidad, el discurso funciona entonces en un segundo nivel: se muestra *a los otros* (tanto a los compañeros militantes como a los enemigos 'internos') que esa palabra ha sido mostrada al general, y que el general no ha hecho nada para condenarla, que dicha palabra no ha sido descalificada por él. Lo que implica que, en el fondo, el líder la aprueba. *En silencio, por razones tácticas*.

# ESTE PERÓN NO ES EL VERDADERO

## Ezeiza: la irrupción del Otro

La organización del acto de recepción al general Perón el 20 de junio de 1973, día de su regreso definitivo al país, estuvo a cargo de una comisión presidida por el coronel Osinde e integrada por miembros de la derecha del movimiento peronista. Esta comisión gozaba de autonomía, de hecho, respecto del Ministerio del Interior, cuyo titular era uno de los principales simpatizantes de la JP en el gobierno.

Estaba previsto que Perón se dirigiera a la multitud desde un palco ubicado sobre un puente, en la autopista que une el Aeropuerto de Ezeiza con la Capital Federal.

Multitudinarias columnas habían comenzado a llegar desde la víspera, provenientes de todo el país. A los asistentes –centenares de miles– que respondían a la JP, Montoneros y otras organizaciones afines, componentes de la llamada Tendencia Revolucionaria del peronismo, se les negaba el acceso al sector que rodeaba al palco. El día 20, alrededor de dos millones de personas (probablemente la concentración más importante en la historia argentina) se preparaban a recibir al líder, cuya llegada estaba anunciada para mediados de la tarde.

Hacia las 14 horas comienzan los primeros disparos, cuyo origen no se conocerá nunca. Lo cierto es que desde el puente y desde vehículos estacionados, los grupos de derecha desatan un tiroteo utilizando rifles y ametralladoras contra las columnas juveniles. Por lo menos 25 personas fueron muertas y más de 400 heridas, muchas de ellas ajenas a las disputas internas del peronismo. Militantes de izquierda fueron encerrados en el Hotel del Aeropuerto y torturados, hasta que intervino, en forma confusa, un famoso artista que había estado en el palco.

El avión que conducía a Perón es desviado hacia el aeropuerto de Morón y, según versiones periodísticas, el comentario del general frente a la tragedia fue que "debía volverse a un orden legal y constitucional".

Inmediatamente después comenzaron las acusaciones mutuas, en las cuales se vio implicado el ministro del Interior, acusado de negligencia –preludio a su destitución.

Las publicaciones de izquierda denunciaron explícitamente a los miembros de la comisión, citándolos con nombre y apellido, y mostrando como prueba numerosas fotografías.

El 'enemigo interno' se hizo presente probablemente mucho antes y de manera mucho más violenta que lo que la Juventud esperaba. Las organizaciones de la JP se vieron enfrentadas por grupos de derecha –algunos de cuyos dirigentes fueron miembros de la Juventud tiempo atrás– que no necesitaban ser 'denunciados': a cara descubierta y armas en la mano atacaron la movilización popular.

Hasta entonces el enemigo interno de la Juventud había sido sobre todo la burocracia sindical, que podía ser acusada de traidora pero difícilmente de infiltrada. La expresión armada de la derecha peronista en Ezeiza, en cambio, le permite a la Juventud identificar a sus adversarios en los mismos términos con los que ella misma era denunciada hasta entonces: como elementos ajenos al movimiento e infiltrados en él. Así como la izquierda peronista era acusada de obedecer al trotskismo y a la sinarquía internacional, los infiltrados de la derecha representarán para la izquierda la estrategia de la CIA dentro del movimiento peronista.

Lo ocurrido en Ezeiza es visto por *El Descamisado* como el tercer esfuerzo exitoso de impedir a Perón "entrar en contacto con su pueblo"; ahora,

> "también intervino la CIA, con sus infiltrados que tiene dentro del Movimiento Peronista" (*El Descamisado*, N° 6).

> Y, como lo anuncia el titular del artículo,

> "Tenemos ahora a nuestros peores enemigos dentro del Movimiento" (*ibid.*).
> "Durante 18 años tuvimos un enemigo identificado en la camarilla militar. En estos momentos nuestros enemigos son también, y quizás con mayor peso, estos sectores contrarrevolucionarios aliados a la CIA, al sindicalismo traidor y que utilizan a otros sectores del movimiento como carne de cañón" (*ibid.*).





*El Descamisado* expresa lo que era seguramente la actitud de cada uno de los miembros de la Juventud:

> "El jueves pasado a la noche el general Perón dirigió un mensaje al país que era esperado con gran expectativa por toda la población. La masacre de compañeros y la ausencia del general Perón en el acto multitudinario del miércoles en Ezeiza reclamaban casi con angustia la palabra del Líder" (*ibid.*, p. 30).

Es que el discurso de Perón no podía ser emitido y recibido independientemente de la coyuntura histórica específica: como su primer discurso público en Argentina, tras su regreso definitivo, y pronunciado inmediatamente después de la "matanza de Ezeiza". Ese discurso no podía no ser una reacción a lo sucedido veinticuatro horas antes.

Ya vimos cómo los conflictos dentro del peronismo se expresaban, durante el exilio, bajo la forma de adhesiones a diferentes palabras de Perón. Pero ahora, de regreso al país, Perón sólo podía tener *una* palabra, su palabra pública, y ella debía designar ante la explosión de violencia dentro del movimiento, a los verdaderos peronistas. Esa "palabra del Líder" sólo podía ser esperada por la juventud como denuncia del enemigo interno que en Ezeiza había asesinado a cara descubierta.

## Lo que dijo Perón...

El jueves 21 de junio de 1973, la alocución del general Perón es difundida a todo el país por radio y televisión. Se trata del discurso que citamos al comenzar este libro:

> "Deseo comenzar estas palabras con un saludo muy afectuoso al pueblo argentino, que ayer desgraciadamente no pude hacerlo en forma personal por las circunstancias conocidas. Llego del otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más álgido."

"...que ayer (...) no pude hacerlo por las circunstancias conocidas"; ésta será la única referencia a lo sucedido la víspera.

Al llegar, Perón encuentra un país muy alejado de sus esperanzas de unión nacional. El "modelo de la llegada" funciona, como vimos, respecto

de una situación que puede ser considerada catastrófica. Es respecto de esta situación que Perón, en la primera parte de su discurso, esboza el proyecto político que se irá precisando en los meses subsiguientes. En lo inmediato, se trata de insistir en la necesidad de orden y desmovilización:

> "Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser una reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino. No estamos en condiciones de seguir destruyendo frente a un destino preñado de asechanzas y peligros. Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: de casa al trabajo y del trabajo a casa."

Preludio de su nueva concepción de la comunidad política, afirma luego:

> "El justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a todos los argentinos, sin distinción de banderías, para que todos, solidariamente, nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estamos todos perdidos."

Todo el discurso permanece en el mismo nivel de *generalidad*: son los receptores quienes deberán aplicarlo a lo que ha sucedido veinticuatro horas antes:

> "Hay que volver al orden legal y constitucional como única garantía de libertad y justicia (...). Cada argentino, piense como piense y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho de vivir en seguridad y pacíficamente. El Gobierno tiene la insoslayable obligación de asegurarlo. Quien altere este principio, sea de un lado o de otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua, porque no ha de poderse hacer ni en la anarquía que la debilidad provoca ni en la lucha que la intolerancia desata.
> Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos, que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales. Nadie puede pretender que todo cese de la noche a la mañana."





Una parte importante de la alocución está consagrada al movimiento peronista:

> "Los peronistas tenemos que retomar a la conducción de nuestro Movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba."

Perón no podría ser más claro: son falsos peronistas o no peronistas quienes conducen actualmente el Movimiento. Las frases siguientes contienen una advertencia inequívoca dirigida a la Juventud:

> "Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa.
> No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología.
> Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la Vida por Perón que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias."

Claro desmentido a dos de las banderas centrales de la Juventud: la actualización doctrinaria y la identidad entre patria peronista y patria socialista; legitimación, de hecho, del eslogan cantado por los grupos opuestos a la Juventud Peronista: "Ni yanquis ni marxistas: peronistas".

Asociada a esta advertencia, una doble operación de toma de distancia del enunciador respecto de la juventud. "Los viejos peronistas *lo sabemos*":

Perón se incluye así en el grupo de los 'viejos peronistas', y el adjetivo 'viejos' entra en oposición con la designación 'muchachos', aunque estos muchachos, como el credo o las veinte verdades, sean "nuestros". Y esta oposición entre 'viejos' y 'jóvenes' refuerza el contraste entre *saber* y *no ignorar*. Nótese que el saber en cuestión es atribuido a los 'viejos' (con los cuales el enunciador se identifica) en una frase de forma afirmativa. La no ignorancia, en cambio, aparece en una frase de forma negativa: "tampoco lo ignoran...". Y como toda forma negativa, ésta implica la afirmación correspondiente: si el enunciador insiste en que los muchachos "tampoco ignoran" es porque ellos, en algún momento y en algún lugar, han pretendido lo contrario.

Y las advertencias se suceden:

"Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado se equivocan (...). Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así, aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con nuestro deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables."

La alocución se cierra con una amenaza. Tras haberse dirigido a "mis compañeros peronistas", por un lado, y a "los que fueron nuestros adversarios" por el otro, Perón interpela a una tercera categoría:

"A los enemigos embozados, encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento."

A lo largo de afirmaciones, advertencias y amenazas, Perón por supuesto no ha designado explícitamente a nadie. Pero quienes lo escuchan pueden fácilmente recurrir al 'código' político existente y comprobar que el líder ha hablado de infiltrados y no de traidores, y que ha rechazado implícitamente la 'actualización doctrinaria', objetivo prioritario de los sectores juveniles.

Lo más grave es, sin lugar a dudas, *el silencio*: la Juventud Peronista se ve confrontada a un discurso del líder en el que no hay la más mínima alusión a la "matanza", ni identificación de quienes atacaron la movilización popular, ni denuncia de quienes impidieron que el líder "entrara en contacto con su pueblo".

¿Qué hacer ante esta situación, qué lectura efectuar de semejante discurso? Una primera 'solución' consiste en hacer como si Perón no hubiera hablado. El primer efecto, sorprendente, del discurso de Perón es una 'lectura' que consiste en producir otro discurso que ignora la existencia del primero: al silencio responde el silencio.

Así, bajo el título "Tenemos ahora a nuestros peores enemigos dentro del movimiento", la JP hace público un largo comunicado que comienza diciendo:

"El 20 de junio el pueblo argentino rinde el homenaje a su líder; fue el homenaje de un pueblo a un hombre, que no tiene parangón en la historia de la humanidad. Nunca tal cantidad de gente se unió en presencia y grito a saludar a un líder" (*El Descamisado*, N° 6, 26.6.73).





Y, más adelante, bajo el subtítulo "Temen a Perón junto a su pueblo" afirma:

"La fuerza de la relación líder-masa que impulsa el movimiento hacia la profundización del proceso revolucionario del peronismo es temida por los sectores antirrevolucionarios que ejercen una práctica de conducción no basada en la movilización sino en las ambiciones personales e intentan heredar el liderazgo del General Perón. Esta trenza ha quedado superada y destrozada cada vez que el pueblo se ha movilizado, y cuando se encuentra físicamente con Perón estos personajes quedan aplastados y desplazados (...). En el acto del día 20 la cosa estaba perfectamente preparada. A tal punto que se pareció mucho a una emboscada: el objetivo era que Perón no hablara con su pueblo" (*ibid.*).

El texto continúa con la descripción de lo acontecido sin la más mínima referencia a la alocución del Perón del día 21.

La misma táctica aparece en la declaración de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP):

"La presencia organizada del Pueblo imponiéndose en la concentración desencadena la brutal represión dirigida por los agentes de la CIA infiltrados en nuestro Movimiento (...) Este hecho presenta un contraste notable tanto con el acto del 25 de Mayo donde la Juventud Peronista impone el orden luego de la agresión policial, como con la desconcentración del mismo día 20 en que el Pueblo retorna a sus hogares en perfecto orden y acatando incondicionalmente las directivas de nuestro Líder" (*ibid.*).

Ninguna mención tampoco en el comunicado de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP):

"...esta acción criminal –cual es la de disparar con armas de todo calibre contra el Pueblo movilizado para dialogar con su Líder– se inscribe claramente dentro de la política de los enemigos encubiertos o disimulados, enquistados en el movimiento..." (*Ya*, N° 1, 29.6.73, p. 3).

La escotomización pura y simple es, como se ve, una de las respuestas a la primera contradicción explícita entre la palabra de Perón y la palabra de la Juventud Peronista.

Otras estrategias, menos extremas, de 'lectura', fueron aplicadas, en particular por *El Descamisado* y Montoneros. Ellas tienen en común la imposibilidad de emitir enunciados que elaboren, de una u otra manera, dicha contradicción. Se trata de efectos de la palabra de Perón que no son otra cosa que operaciones realizadas *sobre* el discurso de Perón.

En su primer número posterior a la "matanza de Ezeiza" (N° 6 del 26 de junio de 1973) *El Descamisado* reproduce integralmente el discurso de Perón. No podía, probablemente, hacer otra cosa, dada su autodefinición como "semanario de actualidad política". Pero el discurso aparece en la penúltima página, en pequeños caracteres y precedido del desnudo título: "Lo que dijo Perón". Es necesario subrayar hasta qué punto dicho título contrasta con los otros titulares del mismo número; el que cubre la portada: "Toda la verdad: la matanza de Ezeiza", y los otros: "Emboscada y matanza en Ezeiza", "Torturas en Ezeiza", "Unánime condena de los jóvenes peronistas ante la matanza de Ezeiza", "El pueblo sin su líder, el líder sin su pueblo", "La gente de Osinde mató peronistas", "Otra vez el pueblo asesinado", "Fusiles, pistolas y golpes", "Crueldad sin límites", "El pueblo con Perón". El número contiene un abundante material gráfico sobre los hechos del 20 de junio.

En la página 30, por fin, se descubre el texto de la alocución de Perón, acompañado, al pie de la misma página y en recuadro, de un comentario. He aquí el texto íntegro de dicho comentario:

> "El jueves pasado a la noche el general Perón dirigió un mensaje al país que era esperado con gran expectativa por toda la población.
>
> La masacre de compañeros y la ausencia del general Perón en el acto multitudinario del miércoles en Ezeiza reclamaban casi con angustia la palabra del Líder.
> Perón fue claro. Preciso. Y sereno.
> -En primer término reafirmó su papel de conductor. Y esto tiene su importancia ya que distintos sectores de dirigentes intermedios pretendieron siempre disputarle ese poder, aprovechándose de la imposibilidad del general para comunicarse directamente con la masa. Esa intermediación entre Perón y el pueblo era lo que le permitía aumentar su poder. Son estos sectores, precisamente, los que vuelven a impedir, el 20, el contacto líder-masa.
> -El general convocó, además, a todos los argentinos para la tarea de la reconstrucción nacional. Y esto tiene un significado muy preciso. La destrucción nacional fue realizada por el imperialismo con auxilio de todos los aliados vernáculos. La reconstrucción, entonces, pasa por afirmar la *Liberación* y romper la *Dependencia*. Cada argentino, cada peronista sabe perfectamente quiénes representan una cosa y quiénes representan la otra.
> -Perón recordó también que la doctrina justicialista estaba compuesta por las veinte verdades del Movimiento y que esto lo sabían bien los viejos peronistas y los muchachos que levantan banderas revolucionarias.
> Los que no lo saben, o que pretenden deformarlas, son los mismos que permanentemente han traicionado al Pueblo y a Perón. Aquellos que se negaron a apoyar la candidatura de Cámpora ordenada por el General. Aquellos que el miércoles 20 ocuparon el aeropuerto para que no pudiera aterrizar el avión del General y que balearon al Pueblo para que Perón no pudiera concurrir al acto."





Parece innegable, en primer lugar, que Perón, en su discurso, reafirmó su papel de conductor. La lectura de *El Descamisado* tiene la particularidad de presuponer que tal hecho debe llevar a la destrucción de los enemigos de la JP, los "dirigentes intermedios". Dicha presuposición puede ponerse en duda, ya que si la "imposibilidad del general para comunicarse directamente con la masa" es lo que aumenta el poder de los intermediarios, y si estos sectores son precisamente los que vuelven a impedir esa comunicación directa el día 20, cabe concluir que los intermediarios han conseguido dar una nueva prueba de su poder.

Cabe preguntarse: ¿es Perón realmente el conductor? Y, más en general, *¿qué es Perón cuando no puede "comunicarse directamente con la masa"?*

Pasemos al segundo párrafo de este comentario. Perón convocó, en efecto, a todos los argentinos para la reconstrucción nacional, pero en su discurso no se encuentra nada parecido al "significado muy preciso" que el comentario le atribuye. Perón no ha hablado de romper la Dependencia ni ha afirmado en ningún momento que la destrucción nacional fue realizada por el imperialismo. Se refirió a *los* imperialismos pero en un sentido que está en las antípodas de la versión de *El Descamisado*: "Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes", había dicho, reiterando la vieja fórmula de la tercera posición. Pero allí donde Perón había dicho "No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa", *El Descamisado* 'lee' refiriéndose a la "Liberación" y a la "Dependencia", "Cada argentino, cada peronista sabe perfectamente quiénes representan una cosa y quiénes representan la otra".

En el tercer y último párrafo del comentario, *El Descamisado* aborda el pasaje del mensaje de Perón donde las advertencias del líder a la juventud habían sido mucho más explícitas. Recordemos el texto del mensaje:

"No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la Vida por Perón que se hace Patria, si no mantenemos el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias."

Antes de reafirmar la vigencia de las veinte verdades, Perón había dicho que "No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología", afirmación que *El Descamisado* ignora, eliminando el mentís de Perón a una de las banderas de la Juventud. En efecto, ya hemos visto que en la declaración de Montoneros previa a la llegada de Perón éstos habían definido a un peronista como "todo aquel que lucha por la liberación y el Socialismo Nacional bajo la conducción del General Perón" y como traidores a aquellos "que se oponen a la actualización doctrinaria", diciendo para terminar que no había diferencia entre Patria Peronista y Patria Socialista.

En el discurso de Perón la afirmación de que "somos lo que las veinte verdades peronistas dicen" constituye un señalamiento de que los peronistas son eso y *nada más*, que no hay "nuevos rótulos". Que el justicialismo no es nada diferente de lo que siempre ha sido, que su "credo" no requiere modificaciones –ni, por tanto, "actualización doctrinaria"–. *El Descamisado* olvida esta frase y la inmediata subsiguiente "No es gritando la Vida por Perón que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos", frase importante en la boca de Perón sobre la cual volveremos más adelante.

Perón había dicho: "Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias". *El Descamisado* resume: "...y que esto lo sabían bien los muchachos que levantan banderas revolucionarias".

Doble alteración. En primer lugar, el semanario reemplaza el *sabemos* de Perón que constituye, como vimos, una inclusión del propio Perón dentro del conjunto "los viejos peronistas", por *lo sabían*, lo que permite presentar las palabras de Perón como designación de dos conjuntos separados, "los viejos peronistas" y "los muchachos que levantan banderas revolucionarias", dejando a Perón fuera de los dos, o sea eliminando la pertenencia de Perón al primero de ellos. En segundo lugar, la oposición entre la forma positiva *lo*





*sabemos* aplicada al conjunto de los "viejos peronistas" y la forma negativa *tampoco lo ignoran* asociada a "nuestros muchachos" ha desaparecido, reemplazada por la formulación uniforme *lo sabían bien*.

Deformar un texto, citar un fragmento olvidando una frase, modificar una referencia mediante un resumen en el que se vuelve imposible determinar lo que pertenece al texto del cual se habla y lo que es interpretación son, en definitiva, operaciones bien conocidas en los enfrentamientos interdiscursivos, y ello no solamente en el campo político. Se nos podría objetar, desde este punto de vista, que nuestro análisis no hace más que llamar la atención sobre 'maniobras' relativamente banales.

En la 'lectura' que estamos comentando hay, sin embargo, dos elementos que no nos parecen banales. El primero es que dichas operaciones son aplicadas, en regla general, *al discurso del adversario* y no al discurso que es presentado, por aquel que realiza las 'deformaciones', como la fuente de su propia legitimidad. El segundo elemento, inseparable del primero, es tal vez el más sorprendente: en el caso que discutimos dichas deformaciones, alteraciones, olvidos, son hechos por un enunciador que, *al mismo tiempo y en la misma página presenta, sin la más mínima alteración, el texto original en cuestión*. ¿Qué significa el acto de discurso consistente en presentar un texto acompañado de un comentario tal que la distancia entre el primero y el segundo aparece como una evidencia imposible de ignorar?

Es inevitable concluir que la distancia entre los textos no debe aparecer como una contradicción. Y para que esto sea así es necesario que los enunciados no pertenezcan a un mismo régimen de verdad. Como es difícil suponer que *El Descamisado* ofrezca a sus lectores otra cosa que afirmaciones consideradas verdaderas, es el status del discurso de Perón lo que debe ser reconsiderado.

Nuestro análisis del período del exilio nos ofrece una hipótesis que, como veremos enseguida, es confirmada por otras evidencias: no hay contradicción porque *los enunciados de Perón no son ni verdaderos ni falsos*, son solamente "Lo que dijo Perón", y pueden tener ese status porque constituyen, para *El Descamisado* y sus lectores, *un mensaje cifrado*; el semanario posee el código que le permite presentar lo que Perón piensa en realidad. La contradicción se esfuma ya que lo que la página ofrece es el discurso y su lectura decodificada, el 'verdadero' discurso.

## ...no es Perón quien lo dijo

Hemos visto que al silencio de Perón sobre la masacre responde el silencio de la Juventud Peronista sobre las palabras de Perón. Como si Perón no hubiera hablado, como si no estuviera en el país. Perón ha aterrizado, sin embargo, en la Argentina: no en Ezeiza sino en el aeropuerto de Morón. Pero para la Juventud Peronista no está *realmente* en el país y es preciso inferir sus sentimientos, como si se encontrara todavía en Madrid:

> "El saldo político para los peronistas es lamentable y sabemos que el general Perón debe sentir profundamente no encontrarse con nosotros. Los tres millones y medio de compañeros que llegamos desde todos los puntos del país sufrimos la misma tristeza" (*El Descamisado*, N° 6, 26.6.73).

Es que la ausencia del discurso de Perón en las declaraciones de la Juventud y de Montoneros es, aunque no exclusivamente, una operación que refleja la dificultad para hacer frente a la contradicción entre las dos palabras. Es también la marca inicial de una *reorganización de la estrategia discursiva de la Juventud Peronista*, cuya clave reside en considerar a Perón como alguien que está *de alguna manera ausente*.

Su forma más extrema, que proporcionará a miles de jóvenes una 'explicación' de los comportamientos de Perón durante meses es la llamada teoría del cerco, que Montoneros acuña de manera tajante en su declaración del 21 de junio:

> "Un hecho histórico se ha producido en nuestra Patria, el retorno definitivo del General Perón para reencontrarse con el pueblo argentino y continuar con la gran conducción del proceso de liberación (...) Sin embargo, la gran fiesta de la liberación se desvirtuó ante la insólita circunstancia que hemos vivido: un puñado de asesinos con brazaletes del Ministerio de Bienestar Social, Concentración Nacional Universitaria y Comando de Organización, desde el palco y desde los bosques, con armas largas, masacró al pueblo con el sucio objetivo de impedir el ferviente deseo del General Perón y de cuatro millones de compañeros de reencontrarse definitivamente. Quisieron evitar este reencuentro porque así *conservan el cerco que han tendido alrededor de nuestro Líder y pueden seguir siendo intermediarios, mintiéndole a Perón sobre lo que dice y piensa el pueblo y mintiéndole al pueblo sobre lo que dice y piensa Perón*" (*Ya, op. cit.*, pp. 2-3) (*el destacado es nuestro*).





El cerco con el que los intermediarios rodean a Perón no solamente altera lo que el pueblo "dice o piensa" sino que también altera lo que "piensa o dice" Perón. Por estas dos razones se infiere que la palabra de Perón –su palabra pública, ahora– no puede ser considerada su verdadera palabra. No lo es porque Perón está engañado, no sabe lo que pasa, y por lo tanto lo que dice no es lo que diría si conociera la realidad y los sentimientos del pueblo. Pero el cerco es más poderoso aún, ya que está en condiciones de mentir al pueblo sobre lo que "dice y piensa" Perón. A esa palabra de Perón adulterada por el engaño y la ignorancia a los que está sometido, se le suma entonces la capacidad de los intermediarios para decirle al pueblo una cosa diferente de lo que realmente dice Perón.

En este sentido, el discurso de Perón del 21 de junio no tiene relevancia para Montoneros. No puede ser sino un discurso *apócrifo. Y lo es por razones análogas a las que permitían considerar las cartas como apócrifas*.

Si lo que permitía la existencia de mensajes apócrifos era –durante el exilio– la invisibilidad del acto de enunciación, ahora, en situación pública, el acto de enunciación es negado a través de la operación de desdoblamiento de la persona de Perón enunciador. Hay un Perón verdadero (aquel que habló de socialismo nacional y de actualización doctrinaria) pero que está incapacitado para pensar o hablar debido al engaño, y que no podría tampoco hacer llegar su palabra verdadera –si la tuviera– porque los intermediarios adulteran sus mensajes.

El Perón cuyo acto de enunciación es visible, público, es un Perón falso, cuya palabra no tiene significación.

*Las propiedades de los mensajes de Perón –en el exilio– han sido transferidas ahora –en situación pública– a la persona de Perón*. Antes, cualquier mensaje podía virtualmente ser apócrifo; ahora, cualquier aparición de Perón enunciador puede ser considerada apócrifa.

Durante el exilio, dijimos, el sistema de multiplicidad de mensajes en condiciones de circulación restringida otorgaba una gran autonomía a los dirigentes, quienes podían negar un enunciado de Perón sin abandonar su lealtad hacia el líder, ya que bastaba con poner en duda la autenticidad del mensaje –y, necesariamente, del intermediario.

Frente al discurso del 21 de junio, la declaración de Montoneros lleva a cabo implícitamente una operación similar: niega la autenticidad del enunciado: *considera el discurso como si fuera una carta*. Para ello debe poner en

cuestión la autenticidad del enunciador ya que Perón en persona pronuncia un discurso político; la teoría del cerco le permite hacerlo. Pero al mismo tiempo debe poder mantener la lealtad hacia ese mismo enunciador, Perón. Así, la teoría del cerco permite negar la autenticidad del enunciado a condición de negar la autenticidad de *ese* Perón pero debe al mismo tiempo postular la existencia de *otro* Perón. El primero no es auténtico porque el cerco lo engaña y falsifica sus palabras; el segundo Perón sigue existiendo como enunciador virtual de otros enunciados, verdaderos y auténticos, y Montoneros puede seguir siendo leal a este segundo Perón.

¿Qué debe suceder para que el verdadero Perón salga a luz, para que esté realmente de regreso en Argentina o, en otros términos, para que lo que diga y haga Perón coincida con el pensamiento político de la JP? Hay una sola condición, que es el tema que invade el discurso de la juventud: *el encuentro de Perón con su pueblo*.

Impedir ese encuentro fue el objetivo de los traidores y los enemigos el día 20 de junio –y lo será en reiteradas oportunidades en los meses siguientes–. En el momento de ese encuentro se re-producirá lo que constituye para la juventud la esencia del peronismo; Perón y el pueblo entrarán en una relación tal que le devolverá al líder su verdadera naturaleza, restituirá al peronismo su condición de movimiento auténticamente popular y eliminará a los traidores. En las palabras de la JP que ya hemos citado:

> "La fuerza de la relación líder-masa que impulsa al movimiento hacia la profundización del proceso revolucionario del peronismo es temida por los sectores antirrevolucionarios (...) Esta trenza ha quedado superada y destrozada cada vez que el pueblo se ha movilizado, y cuando se encuentra *físicamente* con Perón..." (*el destacado es nuestro*).

Relación líder-masa, cara a cara, cuerpo a cuerpo, eco del 17 de octubre de 1945. Mientras este encuentro no tenga lugar, el verdadero Perón está ausente.

Ahora bien, ¿cuál es entonces el status del Perón que está en la Argentina? Ésta es la pregunta que la Juventud, dentro de su dispositivo ideológico, no podía contestar.





## El cerco y la prueba

La nominación de Cámpora como candidato a la presidencia había respondido –dada la proscripción oficial aplicada a la persona de Perón– a un intento del líder de reajustar cuentas con un sindicalismo que se había reforzado enormemente durante los años del exilio de Perón y que había demostrado reiteradamente sus veleidades de autonomía. Marginados del control del nuevo gobierno peronista, los dirigentes sindicales debían enfrentar asimismo la rebelión en sus bases, que atacaban el laborioso aparato vertical del sindicalismo argentino.

El retorno de Perón –y los acontecimientos de Ezeiza– marcan un viraje en la estrategia de Perón e inician el rápido cierre del acceso de la juventud al control de instituciones estatales y la recuperación progresiva del poder por parte de sindicalistas y peronistas ortodoxos.

Pocos días después del 20 de junio, el Ministerio del Interior da instrucciones tendientes a reprimir el uso de las armas y la posesión de explosivos, así como a frenar las ocupaciones de fábricas e instituciones. Como respuesta, el 27 de junio el jefe del grupo armado trotskista (ERP) aparece repentinamente en televisión y se libra a un ataque frontal contra el gobierno.

Desde su regreso, Perón explicita poco a poco su proyecto político que puede resumirse sucintamente en tres puntos: el refuerzo del Estado, la concertación entre las fuerzas sociales (cuyo paradigma fue el Pacto Social entre sindicatos y patrones) y la creación de un sistema político estable, de una 'cultura política' que superara las viejas antinomias. Pero si los partidos políticos responden positivamente a ese llamado, Perón encontrará en poco tiempo resistencias al Pacto Social tanto en los sindicatos como entre los empresarios.

El día 13 de julio Cámpora renuncia a su cargo (teóricamente en cumplimiento de compromisos asumidos anteriormente). Este verdadero golpe de Estado dentro del peronismo lleva a la primera magistratura del país, a título provisional, al Presidente de la Cámara de Diputados, ya que el sucesor legal había sido alejado –con un pretexto– del país. El nuevo presidente provisional es yerno de José López Rega, enemigo jurado de la Juventud. Son inmediatamente reemplazados los ministros del Interior y de Relaciones Exteriores, los más próximos a la izquierda del peronismo. La renuncia de Cámpora marca en realidad el fin del breve predominio de la izquierda peronista dentro del gobierno y del Movimiento.

El contacto físico con el líder la Juventud Peronista lo logra sólo un mes después del retorno de Perón a la Argentina, y bajo la forma no de un acto multitudinario que habría compensado el trágico desencuentro de Ezeiza,

sino de una entrevista en la Quinta Presidencial de Olivos, donde se encontraba Perón en esos momentos; el 21 de julio, tres días después de haber aceptado la candidatura a la Presidencia de la República, Perón recibe a cuatro dirigentes de la JP. En previsión de esta entrevista, la Juventud organiza una manifestación, evaluada en ochenta mil personas.

El modo en que *El Descamisado* trata el acontecimiento, al que por supuesto la Juventud atribuye una importancia extraordinaria, está dominado por la lógica, que ya hemos descripto, de la 'palabra mostrada': el hecho mismo del contacto, sin desaprobación por parte del líder, es la única prueba posible de legitimidad, tal vez el último recurso. Así, *El Descamisado* anuncia en su portada del 24 de julio (Fig. 2):

La juventud peronista llegó hasta Perón

SE ROMPIÓ EL CERCO DEL BRUJO LÓPEZ REGA

Y en la página dos:

La juventud peronista y Perón

CONTACTO PERMANENTE, SIN INTERMEDIARIOS

El cerco ha sido roto, los intermediarios derrotados: los delegados de la JP anuncian así a los militantes que el verdadero Perón existe, que goza de buena salud, que ellos lo han visto y han hablado con él. En el curso de la reunión, ¿ha formulado Perón declaraciones indicando que está de acuerdo con algunas de las posiciones de la Juventud Peronista? En modo alguno. Durante la reunión, ¿han sido abordados algunos de los problemas políticos que son determinantes desde el punto de vista de la juventud? Por supuesto que no. El único tema de este texto, capital, que relata las circunstancias del primer encuentro entre el líder y la juventud peronista después del retorno definitivo del primero al país, es el encuentro mismo, el hecho del encuentro. *Este Perón es el verdadero simplemente porque el contacto se ha producido, y la legitimidad proclamada por la juventud no tiene otro contenido que la exhibición del contacto.*

En el relato de *El Descamisado*, el diálogo con el líder no ha implicado la más mínima referencia doctrinaria, ninguna alusión a la situación del país, ninguna observación programática ni acuerdo sobre temas políticos: sólo importan los gestos del diálogo, sólo importa que determinadas frases hayan






EL DESCAMISADO

AÑO I - Nº 10 - 24 DE JULIO DE 1973 $ 2.-

La Juventud Peronista llegó hasta Perón

SE ROMPIO EL CERCO DEL BRUJO LOPEZ REGA

Suplemento especial sobre Evita

*Figura 2*

sido intercambiadas. Como en la época del exilio, sólo la enunciación cuenta. El contacto con el cuerpo de Perón es a la vez la única fuente y la única expresión de la legitimidad; ese contacto es el único elemento *significante*: haber sido recibidos, antes que otros, durante un tiempo determinado.

La narración no pone en escena otra cosa que la "ruptura del cerco": la juventud, el general, y entre los dos, los representantes del cerco, los "intermediarios".

Los cuatro primeros párrafos del texto describen la manifestación, hasta el momento en que se confirma la realización de la entrevista: "no hay palabras para describir la reacción de 80.000 almas al conocerse la noticia por boca de los compañeros responsables de la JP".

A partir de este punto, el relato construye el encuentro y, en primer lugar, el cerco que se trata de romper: al llegar a la quinta presidencial, los representantes de la JP se enfrentan con los "intermediarios":

> "El señor Lastiri y el señor López Rega fueron los primeros interlocutores con que se encontraron los cuatro dirigentes."

¿Cuál otro puede ser el nudo de la narración, sino la cuestión, ineludible, de la palabra y de su ejercicio? Al dominio de la palabra por parte de la JP corresponde la dificultad, la ausencia de palabra de los "intermediarios":

> "La tensión en el rostro del segundo (López Rega) frente a tan imprevistos invitados se reflejó posteriormente ante una inseguridad notoria para llevar la esgrima dialéctica a la cual fue expuesto, con tranquilidad, por los compañeros de la JP."

Esta oposición entre dos modos de relación a la palabra, el ejercicio sereno de la palabra por parte de la juventud ("esgrima dialéctica" ejercida "con tranquilidad") y la "inseguridad" de los personajes que encarnan el "cerco", se reproduce en la relación de unos y otros *al silencio*: en el caso de la juventud, el silencio es la expresión de la verdad; el silencio de los "intermediarios", en cambio, es la manifestación de su culpabilidad:

> "López Rega hablaba, mientras su yerno, el presidente provisional, guardaba silencio. 'Yo sé que debajo de los ponchos hay armas largas'. *El silencio fue la respuesta a tal falsedad*. Pero posteriormente y en presencia del General Perón, el ministro de Bienestar Social repitió tan grave acusación, por lo cual los dirigentes de la JP lo invitaron





> junto al jefe de la custodia... a comprobarlo personalmente en las columnas. *El silencio fue la respuesta culpable del señor López Rega...*"

Finalmente, el contacto se produce. ¿Y de qué otra cosa puede tratar el diálogo, sino del contacto?

> "La emoción que embargó a los juveniles dirigentes de la JP se trasladó al rostro del Líder, quien, luego de saludarlos efusivamente, dijo: 'ésta es la primera delegación que recibo'. Extrañados, le preguntaron: 'Osinde y Villalón han declarado a la prensa que habían estado con usted durante tres horas'.
> La respuesta inmediata del general Perón no se hizo esperar: 'les repito que es la primera vez que hablo con alguien. No he visto a Osinde, y con respecto al señor Villalón, que es un comerciante de la política, les digo que yo no hago trato con comerciantes'. Esta lapidaria definición y las varias salidas de la reunión de López Rega y Lastiri, multiplicó la identificación entre el Líder y los dirigentes de la JP.
> Agregó posteriormente el General Perón: 'no he podido recibir a nadie, antes de ustedes, por razones de salud'."

Lo que tal vez haya sido, por parte del general Perón, una presentación de los problemas políticos del momento, es evacuado por el texto de *El Descamisado* en una sola frase, que sirve sólo de transición para llegar al problema crucial, la legitimidad:

> "Luego de pasar por diferentes temas generales referidos al proceso de Reconstrucción Nacional y mientras esperaba ser atendida una delegación española, el general Perón se interesó por las formas organizativas de la JP."

Entonces, en presencia del general, el combate entre la juventud y el cerco se reanuda. La palabra de la JP triunfa, porque reduce al enemigo interno al silencio:

> "En ese mismo instante el señor López Rega dice: 'Las Juventudes Peronistas son muchas y están divididas'. Un latigazo fue la respuesta dada por los representantes presentes: 'JP hay una sola, lo que existen son sellos (...). Los 80.000 compañeros que esperan afuera nos dan autoridad representativa como a los únicos dirigentes de la JP (...).

Cuando Lastiri y su suegro van a tomar la palabra, otro de los componentes de la JP agrega: (...)
Sin pausa y para no dar lugar a que la pareja de parientes interviniera, otro de los componentes del grupo de 4 agregó: (...)."

Y la reunión llega a su fin:

"Terminada la hora y media de conversación con el Líder, los compañeros dirigentes de la JP solicitaron al general Perón 'un contacto permanente, sin intermediarios, para recibir las directivas y explicar la realidad política de los objetivos de la Reconstrucción Nacional'. Aceptando agradablemente la proposición, respondió: 'Me parece muy buena esta demanda de ustedes. De manera que usted, Squerr, será el encargado de cumplimentar el momento en que me quieran ver los compañeros. Es de suma importancia que yo tenga un contacto permanente con la JP cuando me quiera ver'."

El relato concluye con las alternativas de la negociación de las *pruebas* que son necesarias para que todos los militantes puedan disponer de la verificación material del contacto, y, por consiguiente, la certidumbre de la legitimidad recuperada: la imagen.

"Al terminar la entrevista el general Perón expresó su deseo de tomarse una fotografía con los compañeros presentes, a lo que el señor López Rega respondió que no había fotógrafos en la residencia. Esto fue desmentido inmediatamente por los compañeros de la JP por 'cuanto en la puerta se encuentran los reporteros gráficos'.
Cinco minutos después *El Descamisado* era introducido, junto a otros colegas, a la quinta presidencial, grabando la imagen de tan importante e histórica entrevista, constatando el excelente estado de salud del General Perón, y comprobando que sus últimas molestias fueron 'ocasionadas por el clima húmedo de Buenos Aires', como él mismo explicara."

Alrededor de esas pruebas, no encontramos otra cosa que las operaciones esenciales, que ya conocemos, del discurso de la Juventud Peronista. Una primera fotografía de Perón rodeado por los cuatro dirigentes, en página 2 (Fig. 3). Una segunda fotografía en página 4, junto a imágenes de la manifestación: la multitud y los sempiternos carteles desplegados con la inscripción 'Montoneros'. En página cinco, la función poética: el texto es una larga







Juntos, reiniciando el diálogo: M. Lizaso, J. C. Añón, R. Ahumada y J. C. Gullo con el Gral. Perón. Tras ellos, 80 mil peronistas esperaban el resultado.

**La juventud peronista y Perón**

**CONTACTO PERMANENTE, SIN INTERMEDIARIOS**

AL LLEGAR la columna a la intersección de las calles Haedo y Lisandro de la Torre, a 100 metros de la casa de Gaspar Campos, un oficial de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, invitó a los dirigentes de la JP, **Juan Carlos Gullo y Juan Carlos Añón**, ambos integrantes del Consejo Superior de la Juventud Peronista por la Regional Nº 1, y a Miguel Lizaso y Roberto Ahumada, responsables de Zona Norte y Capital Federal de la misma Regional.

Al frente de la columna y a cargo de su organización, se encontraban **Carlos Cafferata**, responsable de la provincia de Buenos Aires, **Enrique Maratea** por la Zona Oeste y Ricardo Morello por la Zona Sur de la Regional Nº 1

Desde Gaspar Campos los dirigentes juveniles se comunicaron telefónicamente con la quinta presidencial, donde se encontraba en esos momentos el General Perón.

No hay palabras para describir

**EN LA QUINTA PRESIDENCIAL: GULLO, AÑON, LIZASO Y AHUMADA**

***El señor Lastiri* y el señor López Rega** fueron los primeros interlocutores con que se encontraron los 4 dirigentes. La tensión en el rostro del segundo, frente a tan imprevistos invitados se reflejó posteriormente ante una inseguridad notoria para llevar la esgrima dialéctica a la cual fue expuesto, con tranquilidad, por los compañeros de la JP. López Rega hablaba, mientras su yerno, el presidente provisional, guardaba silencio.

**"Yo sé que debajo de los ponchos hay armas largas"**. El silencio fue la respuesta a tal falsedad. Pero posteriormente y en presencia del **General Perón**, el ministro de Bienestar Social repitió tan grave acusación, por lo cual los dirigentes de la JP lo invitaron junto al jefe de la custodia, **Juan Squerr**, a comprobarlo personalmente en

rón, las "viertas" se convierten en compañeros y los acusados en dirigentes responsables y representantes de la larga columna que estacionada en la avenida Maipú, seguía disciplinadamente la espera de los acontecimientos.

La emoción que embargó a los juveniles dirigentes de la JP, se trasladó al rostro del Líder, quien luego de saludarlos efusivamente, dijo: **"esta es la primera delegación que recibo"**. Extrañados, le preguntaron: **"Osinde y Villalón han declarado a la prensa que habían estado con usted durante tres horas"**.

La respuesta inmediata del **General Perón** no se hizo esperar: **"les repito que es la primera vez que hablo con alguien. No he visto a Osinde y con respecto al señor Villalón, que es un comerciante de la política, les digo que yo no hago tratos con comerciantes"**. Esta lapidaria definición y las varias sali-

**nadie, antes de ustedes, por razones de salud"**.

Explicando, más adelante, que su estado de convalescencia le **"impedía pronunciar discursos públicamente, por unos quince días"**, y comprometiéndose a que en cuanto pudiera iba a **"asistir a un acto de la JP para hablar directamente con los compañeros"**.

También dijo que esa misma mañana había estado con el doctor **Cossio** y no le había **"dado el alta hasta el día de mañana domingo"**.

Luego de pasar por diferentes temas generales referidos al proceso de Reconstrucción Nacional, y mientras esperaba ser atendida una delegación española, el General Perón se interesó por las formas organizativas de la JP. En ese mismo instante el **señor López Rega** dice: **"las Juventudes Peronistas son muchas y están divididas"**. Un latigazo fue la respuesta dada por los responsables presentes: **"JP hay una sola, lo que exis-**

*Figura 3*

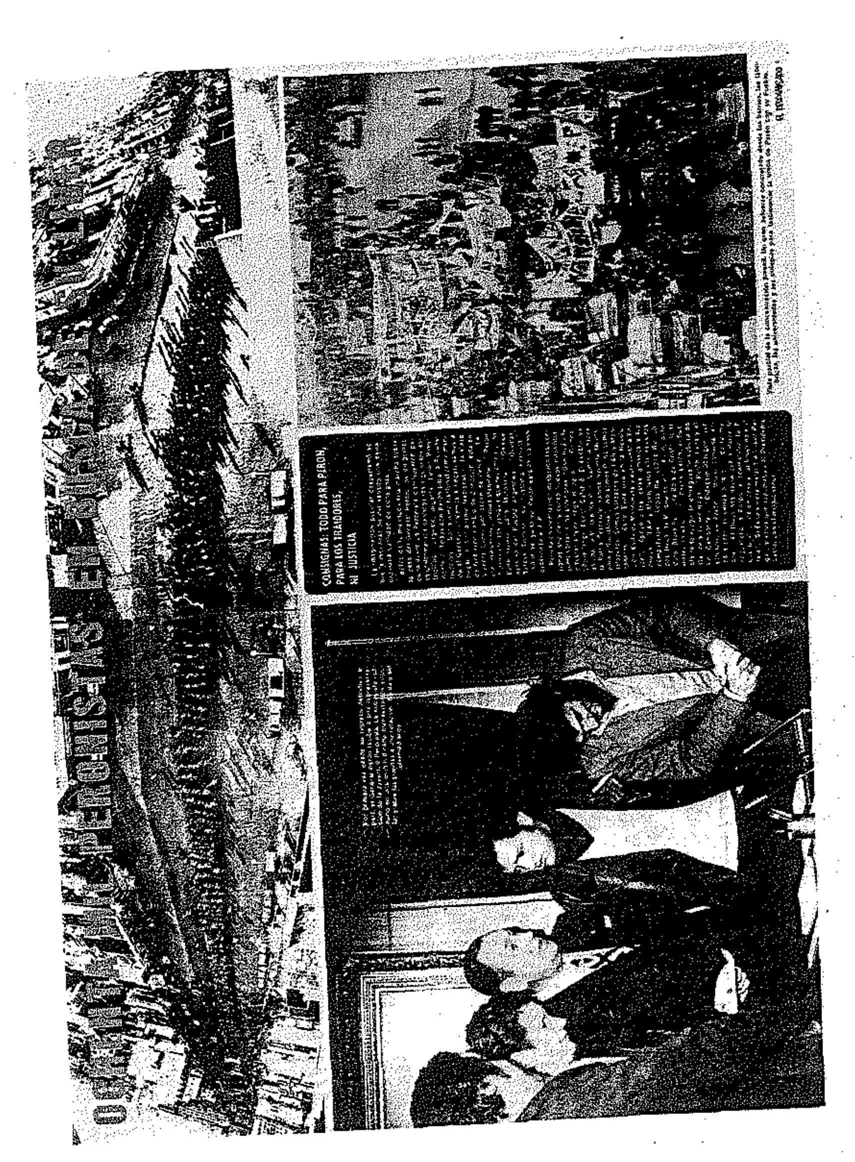


*Figura 4*



lista de los eslóganes proferidos durante el desfile. Un gran título presenta el conjunto 'Ochenta mil peronistas en busca de su líder' (Fig. 4). Otra doble página, con una tercera fotografía del encuentro, traza la 'Cronología de la movilización'. El texto, a la derecha, describe las maniobras del principal representante del "cerco", José López Rega.

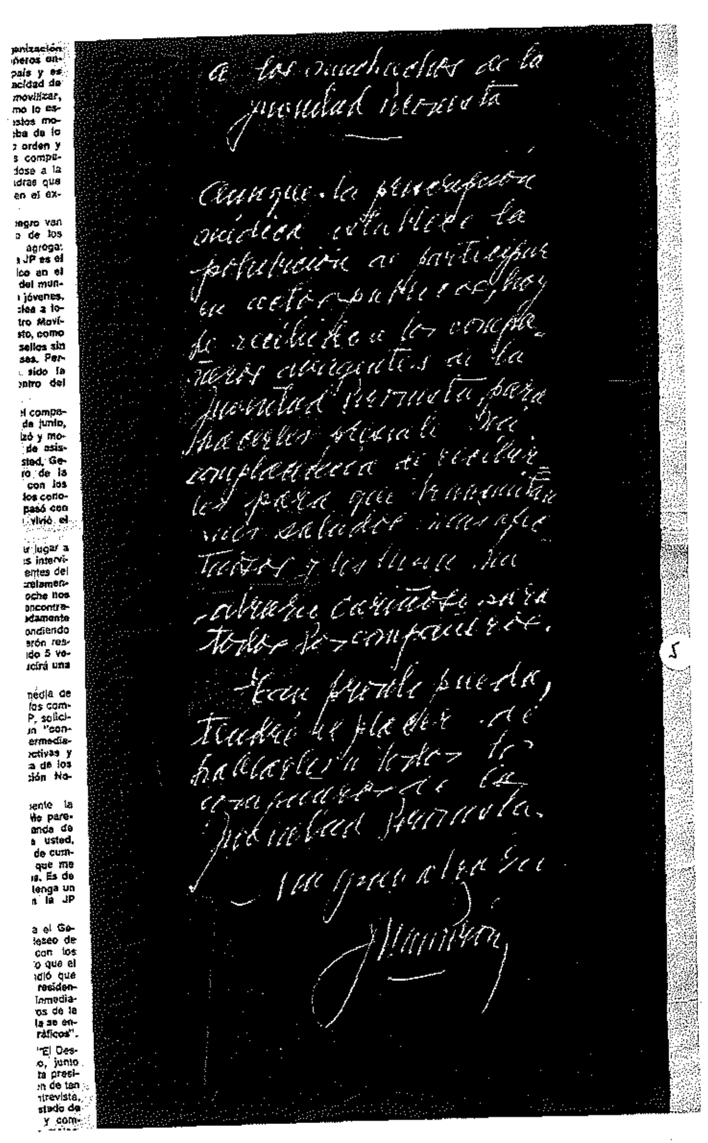
Pero hay un elemento adicional, sorprendente y difícil de interpretar: la reproducción fotográfica de un texto manuscrito y firmado por el general Perón (Fig. 5).

> A los muchachos de la Juventud Peronista:
> Aunque la prescripción médica establece la prohibición de participar en actos públicos, hoy he recibido a los compañeros dirigentes de la Juventud Peronista para hacerles presente mi complacencia de recibirles para que transmitan mis saludos más afectuosos y les lleven mi abrazo cariñoso para todos los compañeros.
> Tan pronto pueda, tendré el placer de hablarles a todos los compañeros de la Juventud Peronista.
> Un gran abrazo.
>
> Juan Perón

Ningún comentario acompaña la reproducción del manuscrito. La descripción de la reunión, que como vimos detalla las circunstancias que rodearon la obtención de las fotografías del líder acompañado por los representantes de la JP, no menciona en ningún momento ni el pedido ni la redacción de un texto escrito.

¿Cómo puede explicarse la presencia, muda, de este documento? ¿Qué función cumple su reproducción en la revista? ¿Se trata de una prueba adicional, como si las fotografías y el relato del encuentro no bastaran para asegurar la realidad de la ruptura del "cerco" y de la legitimidad recuperada?

Es evidente que un acto discursivo de este tipo por parte de *El Descamisado* evoca irresistiblemente ese gesto del que ya hemos hablado y que tuvo una importancia fundamental en la época del exilio: sacar del bolsillo una carta del general, exhibir la "bendición" recibida desde Madrid. Pero, como lo señalamos, ese gesto tenía, en aquel período, un significado preciso: funcionaba como *prueba* del contacto en ausencia del líder, era una suerte de evidencia material, sustituto del cuerpo ausente, destinada a mostrar que la



A los muchachos de la
Juventud Peronista

Aunque la preocupación
médica establece la
prohibición de participar
en actos públicos, hoy
he recibido a los compa-
ñeros dirigentes de la
Juventud Peronista, para
hacerles llegar mi [illegible]
complacencia de recibir-
les para que transmitan
mis saludos [illegible]
[illegible]
abrazo cariñoso para
todos los compañeros.

Tan pronto pueda,
tendré el placer de
hablarles a todos los
compañeros de la
Juventud Peronista.

Un gran abrazo

J. Perón

*Figura 5*





enunciación (invisible) había tenido lugar. ¿Por qué un gesto semejante sería necesario ahora, en 1973, dado que Perón se encuentra en la Argentina, y que nadie puede poner en duda que, efectivamente, recibió a los representantes de la Juventud?

Varias interpretaciones parecen igualmente plausibles, aunque resulte sumamente difícil determinar si una de ellas es más correcta que las otras. Tal vez, en definitiva, estas interpretaciones no se excluyen. Por un lado, la exhibición de la carta, que aparece aquí en un contexto aparentemente inapropiado, puede tomarse como la prueba del vaciamiento político de la relación entre la Juventud y el líder: sólo resta el contacto, y éste en definitiva no es otra cosa que la relación (privilegiada) con el cuerpo de Perón. Por un funcionamiento casi mágico, la carta manuscrita es una especie de prolongación de la persona, contiene las marcas de la identidad individual, *es un "fragmento" de la única legitimidad posible*.

Por otro lado, la reproducción del documento, sin otro comentario, puede ser considerada como un *síntoma* revelador del hecho de que, en verdad, el "cerco" no ha sido roto; que, terminada la entrevista, el "cerco" se ha cerrado nuevamente en torno de Perón y que, por lo tanto, reducida al contacto, la legitimidad es efímera: dura lo que ha durado la reunión. En otras palabras: antes y después del encuentro, Perón sigue ausente del país, está lejos de la realidad inmediata: el "cerco", como el exilio, lo mantiene alejado del verdadero país. Como puede verse, esta interpretación consiste en afirmar que la situación, en 1973, es, para la Juventud, homóloga de aquella que existía durante el exilio, y que por lo tanto el gesto de exhibición de la carta manuscrita conserva la misma función: dado que Perón está "ausente", la prueba del acto de enunciación sigue siendo necesaria.

Pero una tercera hipótesis puede ser imaginada; ella se plantea a partir de una pregunta que está lejos de ser trivial: ¿quién es el destinatario del gesto, a quién está dirigida la exhibición del documento? Según las dos primeras interpretaciones que acabamos de señalar, el destinatario puede ser tanto el colectivo de identificación (los militantes de la Juventud) como los enemigos: la legitimidad materializada en el documento se presenta a unos y a otros. Desde este punto de vista, el episodio del encuentro se sitúa en la "lógica", que ya hemos discutido, de la "palabra mostrada": frente al discurso de la juventud, Perón no sólo no condena, sino que recibe cordialmente a sus representantes; es más: en el documento manuscrito, expresa su deseo de hablar "a todos los compañeros de la Juventud Peronista", es decir, de mantener el diálogo.

¿Y si el destinatario del gesto fuera el propio general Perón? ¿Y si la juventud estuviera mostrando al general la legitimidad que éste acaba de otorgar a aquélla, y la promesa de diálogo que acaba de hacerle? Si éste fuera el caso, se trataría de una operación en cierto modo circular, por la cual el discurso de la juventud funcionaría como un espejo, que reenvía al enunciador Perón sus propias enunciaciones.

Esta hipótesis, como veremos en seguida, es menos absurda de lo que se podría suponer.

## La palabra mostrada (II): la cuestión del enunciador

El cerco, que se rompiera por espacio de una hora y media, se vuelve a cerrar inmediatamente en torno del general: pocas horas después de terminada la entrevista de Perón con los representantes de la JP, la agencia oficial Télam anuncia que el intermediario designado para mantener el contacto con los jóvenes es... el Ministro de Bienestar Social José López Rega. La semana anterior al encuentro había tenido lugar la renuncia del presidente Cámpora y su reemplazo por el diputado Raúl Lastiri, miembro del grupo de "parientes" que compone, precisamente, el cerco: a partir de ese momento la situación se degrada progresiva e inexorablemente para la juventud, y las interpretaciones que ésta propone se vuelven cada vez más difíciles. La razón es simple: si el silencio del general, el hecho de que no condena la "palabra mostrada" de la juventud, es el único modo posible de mantener una apariencia de legitimidad, este silencio vale igualmente para el enemigo interno: no solamente éste no es explícitamente denunciado por el general, sino que, además, es el enemigo interno quien gana cada vez más terreno en detrimento de la "izquierda", encarnada por la juventud peronista. El 4 de agosto, el Congreso Nacional del Partido Justicialista proclama la fórmula para las próximas elecciones presidenciales: Perón como candidato a presidente e Isabel Martínez como candidata a la vicepresidencia: otra derrota para la juventud. Al mismo tiempo, se inicia un período en el que el general Perón multiplica sus intervenciones públicas, en particular bajo la forma de largos discursos pronunciados en la CGT: esta modalidad se prolongará a lo largo de todo el año 1973. Si la ambigüedad subsiste en la medida en que el líder no manifiesta ninguna condenación *explícita* de la JP, su actitud no es interpretable de otro modo que como una aprobación implícita de la "derecha" del peronismo; en la medida en que el ámbito elegido por el General como contexto regular de sus intervenciones es aquel dominado por los que





la juventud denuncia constantemente como los burócratas que son, junto a los "parientes", los principales enemigos internos.

*El Descamisado* reproduce los discursos de Perón, a veces sin comentario, a veces ejercitando una 'lectura' que consiste en focalizar la atención en aquellos aspectos ajenos al enfrentamiento interno del peronismo. Sin embargo, desde el primer discurso pronunciado por Perón en la CGT, el 2 de julio de 1973, se multiplican alusiones que difícilmente pueden interpretarse como otra cosa que advertencias, más o menos veladas, a la JP, tal como lo vimos en la alocución del 21 de junio. Si la ambigüedad persiste, es porque Perón sigue utilizando las operaciones discursivas que ya conocemos. Como, por ejemplo, el vaciamiento político que describimos como uno de los invariantes fundamentales de la enunciación del líder:

> "Hoy yo quisiera tratar un tema que es especialmente importante por el momento que vivimos y es esa aparente controversia que parece haberse producido en algunos sectores del peronismo: la lucha aparentemente ha sido planteada como acusación a una burocracia sindical, por un lado, y los 'troskos', por el otro.
> Indudablemente que en movimientos como el peronista, de una amplitud tan grande y de un proceso cuantitativo tan numeroso, tiene que haber de todo en lo que a ideologías se refiere.
> Yo siempre he manejado el movimiento peronista con la más grande tolerancia en este sentido (...)"

La ambigüedad consiste, como puede verse, en mencionar *los dos rótulos* que definen, desde ambas partes, el enfrentamiento: los jóvenes acusan a los dirigentes de la CGT de "burócratas", y éstos acusan a la juventud de "troskos". El enunciador insiste sobre el carácter *aparente* de la controversia.

> "Es evidente que en todos los movimientos revolucionarios existen tres clases de enfoques: el de los *apresurados*, que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gentes. El otro sector está formado por los *retardatarios*, ésos que quieren que no se haga nada. Entre esos dos extremos perniciosos existe uno que es el equilibrio y que conforma la acción de una política, que es *el arte de hacer lo posible...* (...)"

Esta clasificación aparece al comienzo del discurso. El general vuelve a una de esas categorías en la última parte de su alocución:

"(...) Aquellos que se sienten revolucionarios y que quieren pelear sin necesidad es porque se sienten malos en vez de sentirse inteligentes (...) Nosotros, los justicialistas, ya hemos dado pruebas de que somos pacientes y prudentes, que sostenemos la razón y la verdad y que jamás hemos empleado la violencia para imponernos. (...) El que tiene la verdad no necesita de la violencia y el que quiere la violencia jamás conseguirá la verdad.
Por eso, a toda la muchachada apresurada –que yo no la critico porque está apresurada, porque Dios nos libre si los muchachos no estuvieran apresurados– hay que decirles, como decían los griegos creadores de la revolución: todo en su medida y armoniosamente. Así no llegaremos por la lucha violenta; llegaremos por la acción racional e inteligente, realizada en su medida y armoniosamente.
Esto es lo que el Movimiento Justicialista propugna y por lo cual venimos luchando desde hace treinta años."

Sería difícil negar que el "nosotros, los justicialistas" abarca al enunciador y a su auditorio, compuesto por los "burócratas". A buen entendedor pocas palabras: la juventud pertenece a la categoría de los *apresurados*; ser apresurado es propio de la juventud, pero es una actitud *perniciosa*; debemos explicar a los jóvenes que "matando gente" no se logran nuestros objetivos. Si los jóvenes son así inequívocamente asimilados a los apresurados, nadie podría decir que los dirigentes sindicales han sido identificados a los retardatarios. El mensaje es claro.

Tres días más tarde, el 2 de agosto, el líder vuelve a abordar la cuestión, en un discurso dirigido a los gobernadores:

"Tenemos que educar a un pueblo que está mal encaminado, y debemos encaminar una juventud que está, por lo menos, cuestionada en algunos graves sectores. Lo que ocurrió en Ezeiza es como para cuestionar ya a la juventud que actuó en ese momento. Esa juventud está cuestionada. Tenemos una juventud maravillosa, pero ¡cuidado con que pueda tomar un camino equivocado! Y ésa es la obligación nuestra, ésa es nuestra tarea."

Nuevamente, las frases diseminadas en diferentes momentos reenvían las unas a las otras, y el conjunto constituye un mensaje preciso:





"Nosotros somos un movimiento de izquierda. Pero la izquierda que propugnamos es una izquierda justicialista por sobre todas las cosas; no es una izquierda comunista ni anárquica. (...)
Seamos capaces de realizarlo todo 'en su medida y armoniosamente'. Tenemos un ejemplo en nuestro propio proceder. En los dos gobiernos justicialistas anteriores nos apresuramos un poco y creamos una oposición, justificada o no, pero oposición que al final dio en tierra con nosotros. No lo habíamos hecho todo 'en su medida y armoniosamente'.
(...) En el futuro, lo que tenemos que hacer es terminar en el país tanto con los apresurados como con los retardatarios, y hacerlo todo 'en su medida y armoniosamente'.
(...) Lo que quisiéramos hacer violenta, apresurada o retardatariamente, no es el camino que debemos seguir.
(...) Cuando hayamos alcanzado estos dos grandes objetivos quizás nos podamos dar el lujo de volver a politiquear. Hasta entonces, hay que trabajar, no hay que politiquear.
(...) Los adversarios, los enemigos, ya deben haber desaparecido de nuestro país. Nosotros hemos aprendido. Por eso nuestra acción es de persuasión y no de mando. Debemos renunciar a ese mando para empeñarnos en la persuasión (...)"

El general hace, en fin, referencia explícita a la matanza de Ezeiza: ¿Pero dónde están los "matones", los "asesinos" a sueldo de la burocracia sindical, protegidos por el Ministerio de Bienestar Social? Para el líder, si alguien debe ser "cuestionado" a propósito de Ezeiza, es la juventud. *Hay que terminar con los apresurados y con los retardatarios*. La legitimidad, buscada por la juventud en la denuncia del "enemigo interno", es totalmente descalificada: la operación clásica de negar al adversario es llevada aquí mucho más lejos: el viejo principio según el cual "no podemos darnos el lujo de hacer política" es aquí tanto más fuerte cuanto está asociado a una apreciación autocrítica: se crea una oposición, un adversario, cuando las cosas no se hacen "en su medida y armoniosamente". Ha llegado el tiempo de la persuasión, y no de la denuncia de los enemigos.

El tono es paternalista y bonachón, pero la conclusión inevitable: de este enunciador que se dirige, semana tras semana, a las instancias institucionales del gobierno y del Movimiento, ¿cabe esperar otra cosa que un mantenimiento de la ambigüedad, una descalificación, en el mejor de los casos implícita, y que no por ser implícita es menos clara?

Mostrar al líder un cierto discurso, para luego mostrar a los otros que ese discurso no ha sido condenado se vuelve, en estas condiciones, un procedimiento cada vez menos convincente. Es por ello que la juventud echa mano de una segunda operación, de naturaleza diferente, a medida que se suceden los discursos del general Perón.

*El Descamisado* comienza a publicar sistemáticamente fragmentos de lo que el propio Perón *ha dicho en el pasado*: una manera de confrontar al enunciador-líder con su propia palabra anterior. Así, en su número del 9 de octubre, *El Descamisado* comienza una serie de notas sobre las '20 verdades' del peronismo, suerte de antología de citas de la palabra del general, y una carta con fecha del 2 de agosto de 1968, en la cual Perón hace el elogio del Che Guevara; con el pretexto de festejar el primer aniversario del retorno del líder al país, *El Descamisado* del 20 de noviembre publica una larga entrevista realizada un año antes, y de la cual se ha extraído una cita que sirve de presentación: "En la acción sindical hay mucha burocracia. Nadie tiene una experiencia más dolorosa que yo sobre eso. Porque yo los he visto defeccionar a muchos en el momento más decisivo de toda nuestra historia política". De este modo, entre la publicación de los discursos del general en la CGT y la reproducción de textos anteriores, *El Descamisado* exhibe, en silencio, lo que aparece como un "doble lenguaje".

Sin plantear el interrogante fundamental: ¿cómo se concilian estas dos palabras? El número del 6 de noviembre reproduce, en páginas 6 y 7, el discurso pronunciado en la CGT la semana anterior, y en página 8 un comunicado de Montoneros que comienza con lo que es ya casi un desafío:

> "Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta él no esté en ninguno de los dos bandos, o esté en los dos" (dijo el General Perón citando a Licurgo).

El texto del comunicado contiene algo así como un último llamado, un reclamo final de legitimación:

> "Desde el 25 de mayo apoyamos al Gobierno Popular y lo defenderemos por todos los medios, manteniéndonos fieles a la doctrina peronista, a sus 20 verdades y a la 'Actualización doctrinaria', que señalan la necesidad del trasvasamiento generacional y del desarrollo de la lucha integral para obtener la Liberación y construir el Socialismo Nacional y la Patria Grande Latinoamericana.





> Si eso no es ser peronista, que alguien nos lo diga porque no nos damos cuenta."

¿Que alguien nos lo diga? *Que él* nos lo diga, porque todos los otros ya lo han hecho. El comunicado continúa denunciando al enemigo "imperialista y oligárquico que ha decidido luchar desde dentro mismo del Movimiento Peronista, a través de estos burócratas traidores y gorilas que están objetivamente a su servicio", y convoca "a todas las fuerzas leales del Movimiento Peronista a defender al General Perón y al Gobierno". ¿Pero cómo puede interpretarse este objetivo de defender al general Perón? Éste es ya presidente, el enemigo no sólo ocupa el gobierno junto al general Perón, sino que además, controlando las instancias directivas del Movimiento, bajo la forma del Consejo Superior Provisorio, ha intentado cerrar *El Descamisado* y expulsar del Movimiento, entre otros, al propio ex presidente Héctor Cámpora.

La misión que se ha asignado la "izquierda" es ya totalmente imposible: defender al Gobierno Popular contra sus propios componentes, o, tal vez, oponiendo lo que Perón *dijo* a lo que Perón *dice*, defender a Perón contra sí mismo.

A buen entendedor, pocas palabras, dijimos. Las críticas de Perón no son ignoradas por la juventud, y *El Descamisado* se refiere a ellas usando el mismo tono bonachón de Perón.

Pero, ¿puede hablarse en este caso de un 'buen entendedor'? Y, si pocas palabras pueden bastar, ¿las que Perón pronuncia son suficientes?

Hemos visto que la JP sólo puede expresar su disconformidad de dos maneras: manifestando sus objetivos y 'mostrando' su palabra a Perón, o bien 'mostrando' al líder otras frases anteriores, aquellas que coinciden con la orientación de la JP. Lo que no hacen *nunca* es dirigirse a Perón para criticarlo, jamás *le* dicen que el peronismo es otra cosa que lo que Perón está diciendo.

Reproches mudos, entonces, críticas indirectas. Pero, ¿es que Perón actúa de otro modo? Leyendo sus discursos resulta evidente que está atacando a la JP y a Montoneros, y leyendo los textos de *El Descamisado* se confirma que éstos así lo han comprendido. Extraño diálogo, en verdad, en el que jamás se identifica explícitamente al destinatario de las críticas. Porque si bien es cierto que la JP no critica jamás a Perón directamente, es cierto también que Perón no *nombra* nunca ni a la JP ni a Montoneros; habla, sí, de la juventud, y llegará a referirse a "Mongo Aurelio" cuando critica al ERP y otras fracciones armadas. Y la JP sabe que Mongo Aurelio es ella, y lo comenta casi risueñamente.

La palabra de la JP y la de Perón son así curiosamente simétricas: ambos dicen lo que piensan suponiendo que 'a buen entendedor pocas palabras',

que el destinatario sabrá reconocer que es a él a quien le están hablando. Ese espacio abierto a la voluntad del destinatario para darse por aludido, esa indefinición constante expresa la esperanza de que el destinatario cambie de actitud, pero permite al mismo tiempo que la palabra de la JP se encuentre entre dos paradojas: critica a Perón pero de manera tal que nadie pueda afirmar que lo está haciendo, y es criticada por Perón sin que nadie pueda afirmar que esas frases le son dirigidas. Queda abierta entonces la posibilidad de afirmar al mismo tiempo que "no es a Perón a quien le estamos hablando" y que "no es a nosotros a quienes Perón está hablando". Esta posibilidad, inexistente para cualquier lector ajeno a semejante alteración, es esencial para la JP. Sobre ella estará basada toda su estrategia discursiva, hasta el final.



# DEL AMOR ALUCINADO

## La recuperación imaginaria de la historia

Ya hemos analizado cómo, encerrada entre su rol proclamado de vanguardia y la intransferibilidad de la enunciación de Perón, cuya palabra representa automáticamente la voluntad del pueblo, la Juventud Peronista intenta encontrar en la denuncia del enemigo interno una manera de definir la legitimidad de su posición de enunciación y de escapar a la contradicción.

Ahora bien, desde sus primeros números, *El Descamisado* busca fundar su posición de enunciación en un segundo nivel, por medio de una operación que llamaremos la recuperación de la historia. Esta operación consiste en construir una continuidad absoluta y sin fisuras entre su 'Nosotros' y la historia del peronismo.

Ya en el segundo número, aparecido el 29 de mayo de 1973, podemos leer, en un suplemento intitulado "Historia de 18 años de lucha", lo siguiente:

> "Los bombardeos de junio de 1955 nos despertaron, aunque no lo suficiente para frenar a los gorilas, porque dos meses después nos echaban a tiros del gobierno. Lo increíble había ocurrido. El estupor nos envolvía. Durante 10 años ejercimos felices el gobierno y de pronto nos quedábamos en la calle. (...) Nos refugiamos entonces en otros ámbitos (...) fuimos creando nuestra resistencia con imaginación y lealtad a Perón. (...) El 9 de junio perdimos un montón de militantes (...) Frondizi quiso 'integrarnos'..." (p. X).

Esta recuperación de la historia no es otra cosa que la construcción de un actor social imaginario que atraviesa el tiempo y el espacio idéntico a sí mismo. En 1973 era claro para todo el mundo que los militantes de la juventud

que el destinatario sabrá reconocer que es a él a quien le están hablando. Ese espacio abierto a la voluntad del destinatario para darse por aludido, esa indefinición constante expresa la esperanza de que el destinatario cambie de actitud, pero permite al mismo tiempo que la palabra de la JP se encuentre entre dos paradojas: critica a Perón pero de manera tal que nadie pueda afirmar que lo está haciendo, y es criticada por Perón sin que nadie pueda afirmar que esas frases le son dirigidas. Queda abierta entonces la posibilidad de afirmar al mismo tiempo que "no es a Perón a quien le estamos hablando" y que "no es a nosotros a quienes Perón está hablando". Esta posibilidad, inexistente para cualquier lector ajeno a semejante alteración, es esencial para la JP. Sobre ella estará basada toda su estrategia discursiva, hasta el final.



# DEL AMOR ALUCINADO

## La recuperación imaginaria de la historia

Ya hemos analizado cómo, encerrada entre su rol proclamado de vanguardia y la intransferibilidad de la enunciación de Perón, cuya palabra representa automáticamente la voluntad del pueblo, la Juventud Peronista intenta encontrar en la denuncia del enemigo interno una manera de definir la legitimidad de su posición de enunciación y de escapar a la contradicción.

Ahora bien, desde sus primeros números, *El Descamisado* busca fundar su posición de enunciación en un segundo nivel, por medio de una operación que llamaremos la recuperación de la historia. Esta operación consiste en construir una continuidad absoluta y sin fisuras entre su 'Nosotros' y la historia del peronismo.

Ya en el segundo número, aparecido el 29 de mayo de 1973, podemos leer, en un suplemento intitulado "Historia de 18 años de lucha", lo siguiente:

> "Los bombardeos de junio de 1955 nos despertaron, aunque no lo suficiente para frenar a los gorilas, porque dos meses después nos echaban a tiros del gobierno. Lo increíble había ocurrido. El estupor nos envolvía. Durante 10 años ejercimos felices el gobierno y de pronto nos quedábamos en la calle. (...) Nos refugiamos entonces en otros ámbitos (...) fuimos creando nuestra resistencia con imaginación y lealtad a Perón. (...) El 9 de junio perdimos un montón de militantes (...) Frondizi quiso 'integrarnos'..." (p. X).

Esta recuperación de la historia no es otra cosa que la construcción de un actor social imaginario que atraviesa el tiempo y el espacio idéntico a sí mismo. En 1973 era claro para todo el mundo que los militantes de la juventud

representaban a las nuevas generaciones incorporadas al movimiento en los años sesenta (nuevas generaciones concernidas, precisamente, por el 'trasvasamiento generacional' que era uno de los objetivos reclamados por la juventud). A pesar de que los enunciadores del texto que acabamos de citar no podían estar, en la época en cuestión, en otro lado que en la escuela primaria, se presentan formando parte, en 1955, del gobierno peronista.

En las páginas de *El Descamisado* la recuperación de la historia irá mucho más lejos que los "18 años de lucha": se extiende más allá del siglo XX, más allá del siglo XIX, hasta articularse a la resistencia de los indios contra la conquista española. Una historia que cuenta con héroes, pero sobre todo con mártires, y que es contada, en cada número de *El Descamisado*, de modo que cada personaje sea un doble fantasmático de los actores que ocupan la escena política, tal como la describe la JP en 1973.

No cabe duda de que todo discurso político contiene, como una de sus dimensiones fundamentales, la recuperación de la historia, y que esta recuperación está siempre asociada, de una u otra manera, a la legitimación del enunciador. Cada posición política reconstruye la historia a su manera, con el fin de enraizar el movimiento social o partido en la lógica de un desarrollo y mostrar su 'necesidad'. No debe olvidarse, por otra parte, que la cultura argentina se caracterizó, desde los alrededores de 1930 hasta nuestros días, por la presencia de la historia como política y de la política como historia, gracias a la fuerza del 'revisionismo histórico'. Hacer política en Argentina está asociado fuertemente a la opción entre por lo menos dos lecturas: la del revisionismo nacionalista y la de la historiografía liberal.

La reconstrucción histórica que lleva a cabo el discurso político supone simultáneamente dos cosas: la inscripción del enunciador como heredero, mostrando líneas de continuidad en el interior de *una* lógica histórica, y al mismo tiempo una suerte de superación de esa lógica, la emergencia de una forma nueva, dada la evolución, el cambio en el proceso. La historia aparece, entonces, como *metáfora* del presente.

En la 'historieta' que *El Descamisado* comienza a publicar en su número 10, del 24 de julio de 1973, sin embargo, la historia es una historia *inmóvil*, cuyos episodios son meras repeticiones de un mismo acontecimiento: la lucha del bloque Pueblo-Patria contra el Imperialismo, una sucesión de diecisietes de octubre y de septiembres de 1955. Comienza con la llegada a América de los españoles y sólo podrá tener un final, la anulación de la historia en una sociedad sin conflictos, sin divisiones. Esta reconstrucción nos dice que siempre pasó lo mismo, que los actores fueron siempre los





mismos, que *hoy sigue sucediendo lo mismo*. Sólo varían las fechas, los nombres propios, los lugares.

¿Cuál es el objetivo de todo esto? *El Descamisado* nos dice: "Conocer bien al enemigo es empezar a vencerlo. En estas páginas y en las que vendrán veremos cómo ese gran ladrón internacional que es el IMPERIALISMO arruinó y sigue arruinando a los PAÍSES ROBADOS" (N° 10, 24.7.73, p. 25).

En verdad, en esta operación de lectura pedagógica de la historia se pueden encontrar por lo menos dos respuestas a los problemas que enfrenta la JP en 1973.

En primer lugar, es una manera de fundar la posición de verdad del enunciador: esta historia es la historia verdadera y aquel que puede *relatarla*, que puede encontrar detrás de tantas versiones engañosas y detrás de tantos acontecimientos diversos lo que *realmente* estaba sucediendo, constituye por lo mismo el lugar desde donde esto puede hacerse. El lugar de la verdad, el lugar que él ocupa.

Desde la llegada de los españoles, *El Descamisado* puede identificar al enemigo –el imperialismo (español, francés, inglés, norteamericano)–, a sus aliados internos –las clases dominantes, los 'vendidos', los 'traidores'–, a quienes, aun vacilantemente, enfrentaron al imperialismo pero, sobre todo, a los héroes de esta epopeya reiterada: Túpac Amaru, Campana, Artigas, Rosas, los caudillos montoneros, San Martín, Belgrano... Perón.

Y quien puede decir la verdad sobre 450 años de historia está diciendo, también, la verdad sobre los héroes y los enemigos en 1973.

En segundo lugar, es una manera de legitimar la presencia del enunciador, su posición de combatientes de y para el pueblo.

El relato nos va diciendo, década tras década, que la legitimidad de la relación entre la JP y el pueblo no puede ser discutida, que el problema no existe siquiera, y esto por una razón muy sencilla: porque la presencia de estos combatientes no tiene un comienzo: siempre han estado allí, contemporáneos del nacimiento de la Patria, dejándose matar, resistiendo, obteniendo pasajeras victorias. La JP es simplemente un nuevo avatar, la reencarnación de aquellos que desde siempre defendieron al Pueblo-Patria y que supieron reconocer a quienes sabían conducir la lucha.

Su existencia no requiere justificación porque no comenzó nunca.[8] No es preciso justificar su presencia en el peronismo ni su relación con el

8. En el ámbito de la izquierda que adhirió al peronismo el argumento central era el siguiente: una política izquierdista que buscaba encontrar una clase obrera con una

pueblo porque no hubo nunca otra cosa que peronismo y ellos estuvieron siempre allí. En el acto mismo de mostrar esa eternidad, están fundamentando su identidad con el pueblo, su lealtad a los héroes, su enfrentamiento con el enemigo.

---

conciencia acorde con los cánones del marxismo era una política abstracta e inútil; era necesario reconocer que toda lucha por y con la clase obrera argentina debía pasar por el reconocimiento de su forma específica de conciencia: el peronismo. De esta manera, el peronismo era una nueva forma de identidad popular en la extensa cadena de la historia de las luchas populares. El semanario *Militancia* representa con claridad esta posición, en la cual la actitud frente a la figura de Perón es muy ambigua: la lealtad al General no es, en todo caso, un lema central.

Es interesante notar cómo esta identificación del peronismo con todas las otras luchas populares permite evacuar la cuestión de la inserción en el peronismo de militantes de izquierda.

En el N° 10 de *Militancia*, del 16 de agosto de 1973, encontramos en la página 10 un artículo consagrado a la muerte del Tin Villagra.

"¿Para qué murió el Tin Villagra?

Peronista. Sí, peronista. Porque había salido de su silencio me contaste para hablar del Tin. Era una larga recorrida de la conciencia con la experiencia del pueblo. Ya no eran más 'una patrulla perdida en el espacio de la lucha de clases'. Ahora el loco se transformaba en pueblo mismo. TIN DESCUBRIRÁ, al principio con dificultad, que *siempre había sido peronista*. Que peronismo era el nombre de la clase obrera, su determinación concreta (...) Y que Perón y el peronismo eran una y la misma cosa, inseparables, porque inseparables eran en la conciencia del hachero, en el corazón del bracero y en el odio del dueño de fincas. *La prueba de fuego era sentir como canto propio la marcha de los descamisados*. (...) La izquierda quedaba atrás como una propuesta fácil" (*el destacado es nuestro*).

Exactamente como en la historieta de *El Descamisado* lo que se está diciendo es que nunca se produjo la inserción en el peronismo o, mejor dicho, que no hay razón para dudar del peronismo de los recién llegados desde la izquierda, porque en realidad siempre lo habían sido. La dificultad no residía en el reconocimiento de los otros sino únicamente en dificultades subjetivas individuales. A diferencia, sin embargo, de *El Descamisado*, donde la entrada al peronismo es simple y sencillamente negada, en *Militancia* se explicita el tránsito de la izquierda al peronismo como "prueba de fuego" y "difícil" pero consistente en última instancia en descubrir quién es uno realmente, qué significa *en realidad* ser de izquierda e identificarse con la lucha de la clase obrera. La adhesión al peronismo para un militante de izquierda *no era, entonces, un cambio de identidad sino el descubrimiento de la verdadera naturaleza de su identidad*.

Ya en 1971 esta interpretación está presente, en un reportaje a las FAR –agrupación que incluía numerosos militantes que venían de la izquierda:





Los sucesivos episodios de esta historia están puntuados por referencias indirectas pero también explícitas a esta historia inmóvil: hoy están aquí como antes estuvieron allí los mismos enemigos, el mismo pueblo, los mismos traidores, los mismos 'iluminados' puristas que terminan sirviendo al enemigo en nombre de ideales importados.

La primera nota comienza con dibujos referidos a Chile, a Brasil y al Uruguay actuales, y a Ezeiza, y termina con una foto –la única en una serie dibujada– de Perón denunciando al imperialismo. Entre ambos la conquista española, los indios, los esclavos.

La identidad repetitiva de la historia: al lado de Túpac Amaru se nos muestra a

> "Micaela, la esposa. Tan bella y tan joven. Y tan bravía. Tan bravía de cuerpo como para pelear lado a lado con Túpac. Y tan bravía de espíritu como para empujarlo a la lucha última. (...) Micaela es la raza misma gritando redención. La raza de cobre, la raza de los atormentados, de los *humillados*" (N° 11, 31.7.73, p. 23).

Neustadt aparece durante las segundas invasiones inglesas, Onganía y Lanusse en la época de Urquiza; los fusilados en 1811 son los hermanos de los fusilados en Trelew y en Ezeiza; de pronto, en el momento de las montoneras y después de titular "Los mismos sentimientos profundos de libertad, justicia y nación que arrebataron a esa otra gran montonera que hace 18 años, el 17 de octubre de 1945 (sic)" un recuadro muestra una multitud cantando la marcha peronista...

Pero es precisamente en el tercer capítulo, *Las Invasiones Inglesas*, el *primero* que tiene lugar en Buenos Aires, que aparece *Juan*. "Un JUAN CUALQUIERA en el Buenos Aires de hace 170 años". Es evidentemente un joven;

---

"*Nosotros no nos integramos al peronismo;* el peronismo no es un club o un partido político burgués al que uno puede afiliarse, el peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo *que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella* o, dicho de otro modo, es desandar el camino de equívocos y malos entendidos por los cuales *en alguna etapa de nuestra vida no supimos comprender que siempre habíamos estado integrados a ella* en el sentido que está integrado a la experiencia de su pueblo todo hombre que se identifica con los intereses de los más..." (Reportaje a las FAR, en *Cristianismo y Revolución*, año IV, N° 28, abril de 1971) (*el destacado es nuestro*).

le habla a su padre. Y "No tiene ni idea JUAN, JUAN CUALQUIERA. Ni idea de que un IMPERIALISMO, el español, robó a sus abuelos, a sus padres, a él mismo". Pero rápidamente comprende la lucha con los ingleses. En medio del fragor de la batalla lo vemos, tratando de apoderarse de un arma: "¡UN FUSIL! ¡El sueño de todo combatiente!... Pero...". Juan es herido en el recuadro siguiente, y *El Descamisado* nos explica:

> "Así muere JUAN, un JUAN CUALQUIERA de hace 170 años, regando con su sangre esta PLAZA DE MAYO nuestra de todos los días. ASÍ MUERE JUAN CUALQUIERA, por DEFENDER al país. Peleando contra el IMPERIALISMO, JUAN CUALQUIERA, como tantos otros JUANES que vendrán después. JUAN (GUERRILLERO) DE GÜEMES, JUAN MORENO DE SAN MARTÍN, JUAN MAZORQUERO, JUAN REVOLUCIONARIO DEL 90, JUAN DE LA RESISTENCIA. *JUAN MONTONERO*" (Nº 13, 14.8.73, Fig. 6).

*Parto simultáneo y originario* de la Patria en lucha contra el imperialismo y de Juan Montonero, combatiente surgido del seno del pueblo.

En esta construcción reconocemos la inversión exacta del modelo de la llegada, característico de la enunciación de Perón, y por el cual éste funda la legitimidad de su intervención desde un espacio, el del cuartel, exterior al pueblo, y desde un tiempo mítico, ajeno a la sociedad civil, el tiempo de los héroes de la Patria. La llegada del enunciador Perón coincide con su entrada en el tiempo histórico: ya vimos que la posición de enunciación de Perón se elabora progresivamente, y que su fusión con el pueblo es la culminación, y no el comienzo, del proceso: el tránsito del cuartel a la sociedad y del ejército al pueblo es, a su vez, temporalizado, es un hecho histórico, y la transformación de Perón en enunciador abstracto depositario de la palabra del Pueblo un *resultado*, que se reitera simbólicamente cada 17 de octubre. Es a partir de *un momento dado* que la palabra de Perón, expresión de la voluntad del Pueblo, se vuelve intransferible. Y este proceso histórico es, en consecuencia, como todo tiempo histórico, *irreversible*. ¿Qué oponer a la legitimidad así obtenida? A través de la recuperación imaginaria de la historia, la juventud peronista busca fundar su propia legitimidad en el hecho de que *no llegó nunca*, de que *estuvo siempre allí*: esfuerzo por anular el tiempo histórico, eludiendo así la pregunta por el origen de su legitimidad.

Al imaginario político del enunciador Perón, la juventud opone así un imaginario profundamente diferente. El modelo de la llegada implica, como








Figura 6

vimos, que el Pueblo es *pasivo*: sufre más o menos según la coyuntura histórica, pero no puede realmente defenderse. Es precisamente por esta razón que el enunciador Perón se ve obligado, en un momento dado, a intervenir. El líder se sitúa en el tiempo "fuerte" de la Patria; el pueblo está sumergido en el tiempo histórico de la sociedad civil y es víctima de la degradación del sistema político. El imaginario Montonero trata, por el contrario, de construir el colectivo Pueblo como una *entidad mítica*, situada ella también, como los héroes, en el tiempo "fuerte" de la Patria: este Pueblo es activo, resiste desde siempre y lucha desde siempre contra el imperialismo.

Lo cual era una manera de decirle a Perón: nosotros ya estábamos allí, en ese lugar al que usted llegó en un momento dado.

## Evita o la palabra amorosa

Uno de los aspectos fundamentales de la recuperación imaginaria de la historia, que constituye algo así como una última tentativa de la juventud por reencontrar la legitimidad de su posición de enunciación *junto a Perón*, pone en juego la figura de Evita: en torno a la imagen y a la palabra de Eva Perón se elabora, en *El Descamisado*, una de las maniobras claves para comprender este retorno exacerbado del pasado histórico en el presente de 1973.

El número de *El Descamisado* en el cual se anuncia, tras la entrevista con el general Perón, que el cerco del brujo López Rega se ha roto, incluye un "Suplemento especial sobre Evita": páginas enteras cubiertas de imágenes de Eva Perón junto al general, encuadradas por grandes titulares que proclaman, reproduciendo frases de la segunda esposa de Perón, la fidelidad y la lealtad:

> "Defender a Perón, luchar por él hasta la muerte."
> "Ser leal a Perón, que es ser leal al pueblo."

Y la última página del suplemento: en la parte superior, la imagen de Evita, los brazos abiertos, saludando al pueblo. Junto a esta imagen, una de sus frases célebres: 'Un día, volveré y seré millones'. En la parte inferior, la imagen símbolo de la juventud peronista: la multitud reunida, y el cartel desplegado: 'Montoneros'. La construcción es transparente: el colectivo Montoneros, la juventud peronista, no es otra cosa que la reencarnación de Eva Perón.





En las páginas de *El Descamisado*, en las consignas voceadas en las calles, en los discursos de los dirigentes de la Juventud Peronista, Eva Perón está obsesivamente presente. ¿Cuál es el sentido exacto de esta presencia?

La apropiación de la figura de Evita era sin duda 'rentable' para la izquierda peronista de 1973, dadas las connotaciones asociadas a la leyenda del personaje. "Abanderada de los Descamisados", trabajando sin descanso hasta altas horas de la noche en la Fundación que llevaba su nombre, simbolizaba el contacto inmediato y emocional con el pueblo. En sus discursos, típicamente más agresivos que los de Perón, arreciaban los ataques a la oligarquía; su presencia misma había encarnado, en los años cuarenta, una violación del orden social más irritante que la del propio Perón. La iconografía peronista la había consagrado líder de las masas el 17 de octubre de 1945. Cuando debió renunciar a la candidatura a la vicepresidencia (ante la presión del Ejército), su renunciamiento fue presentado como una decisión personal que le permitiría proseguir su lucha cotidiana al servicio del pueblo y fuera de todo protocolo. Su muerte, poco tiempo después, se transformó en un sacrificio final por Perón y por el Pueblo.

Desde este punto de vista, es evidente que esta recuperación permitía a la Juventud colocarse automáticamente en una oposición al 'orden establecido' dentro del peronismo y legitimar su reclamo de un peronismo revolucionario. Sin embargo, éstas y otras ventajas evidentes, que son, por así decirlo, del orden del 'contenido' del mito, no permiten a nuestro juicio comprender la significación profunda de la recuperación de la figura de Eva Perón por la juventud: esta recuperación se inscribe en las estrategias de enunciación, concierne la contradicción específica de la posición de enunciación de la juventud.

¿En qué consiste la posición de enunciación de Eva Perón? Puede afirmarse que su excepcionalidad descansó, paradójicamente, en el *núcleo mismo de la intransferibilidad de la enunciación del General Perón*.

Ya analizamos la naturaleza de esta intransferibilidad: en el interior del 'Nosotros' de identificación sólo son posibles las enunciaciones que están fundadas en la lealtad a la persona y a la palabra del líder; dicho de otro modo: los únicos actos de enunciación legítimos son aquellos que reproducen enunciados previos, o que explicitan enunciados virtuales del Líder.

En este sentido, la palabra de Evita es el discurso 'segundo' por excelencia; su excepcionalidad no radicó en la posibilidad de emitir enunciados diferentes de los de Perón sino, justamente, en el hecho de que los discursos de Evita no fueron jamás otra cosa que la explicitación

de la intransferibilidad. Evita no dijo jamás otra cosa: que la única palabra peronista es la del General Perón.[9]

Las citas destacadas que aparecen en el número de *El Descamisado*, al cual nos referimos, constituyen el paradigma mismo de esta posición de enunciación. En la página central se lee (Fig. 7):

9. Ardua tarea la de seleccionar fragmentos de la palabra de Eva Perón. Si tomamos la *Historia del Peronismo*, de donde la juventud extrajo la mayor parte de sus citas, podemos ilustrar parcialmente lo que estamos diciendo.
Dejando de lado las comparaciones históricas donde Perón aparece como un genio que no tuvo parangón en la historia, vemos algo sobre el papel del amor y la relación con la doctrina:
"En esta Escuela Superior Peronista habrá que enseñar el Justicialismo, pero eso no servirá de nada si aquí no aprenden los argentinos a querer a Perón, porque cuando llegue el día de las luchas y tal vez sea necesario morir, los mejores héroes no serán los que enfrenten a la muerte diciendo: 'La vida por el Justicialismo' sino los que griten: la vida por Perón" (p. 12).
Eva no se equivocaba.
"Yo sé que es necesario y urgente que el Justicialismo sea conocido, entendido y querido por todos, pero nadie se hará justicialista si primero no es peronista de corazón, y para ser peronista, lo primero es querer a Perón con toda el alma. (...) Aquí no necesitamos muchas inteligencias sino muchos corazones, porque el Justicialismo se aprende más con el corazón que con la inteligencia" (*ibid.*).
Completando una cita corriente en las publicaciones de la Juventud:
"Únicamente el general Perón puede decir, con la frente bien alta, que quiere que el pueblo, en cualquier momento y en todo instante, le señale el camino. El General sólo quiere –cosa rara en este siglo– auscultar los latidos del corazón popular" (*idem*, p. 31).
Afirmar, como lo hicimos, que Evita sólo dijo que la única palabra peronista posible es la del general Perón es, quizás, poco:
"Los fracasos son nuestros, desgraciadamente. Yo a veces pienso, cuando me equivoco –también yo cometo grandes errores, ya que nadie está exento de ellos, pues el que no se equivoca nunca es porque no hace nada– pienso cuánto mal le hago al General. *Únicamente los genios como Perón no se equivocan nunca.*
(...) Repito que los fracasos son nuestros. *El peronista se debe atribuir siempre los fracasos*, y al decir 'peronistas' lo decimos en toda la extensión de la palabra. Las victorias, en cambio, son *del movimiento, o sea de Perón.* (...) Por eso yo digo que *el peronismo empieza con Perón, sigue a Perón* y *termina en Perón* (*idem*, pp. 90-91, *destacado en el original*).
Terminemos esta serie de citas con una que dice exactamente lo que afirmamos:
"¡Desgraciados de aquellos peronistas que creen que pueden ser algo sin la luz del general Perón! *¡Ninguno de nosotros tiene luz propia!*" (*idem*, p. 150). Eva Perón, *Historia del Peronismo*, Freeland, Buenos Aires, 1973.





Los tres grandes amores de un peronista
son el Pueblo, Perón y la Patria.
Sin el Pueblo no tendríamos a Perón,
sin Perón no tendríamos Patria,
y sin Patria no valdría la pena vivir.

Pero lo cierto es que yo identifico en tal
forma a Perón con el Pueblo
que ya no sé si sirvo al Pueblo
por amor a Perón o si sirvo a Perón
por amor al Pueblo.

Reproducimos éstas y no otras, entre tantas tan extraordinarias (en el sentido estricto del término) frases de Evita, porque nuestro objeto no es el análisis del discurso de Eva Perón sino de aquellos fragmentos, precisamente, que son citados por *El Descamisado*. En la contratapa, se lee en gruesos caracteres: "Yo les pido hoy, compañeros, que juremos todos defender a Perón, luchar por él hasta la muerte" (Fig. 8). Que sean *éstas* y no otras las frases que *El Descamisado* destaca nos conduce a la cuestión fundamental acerca de

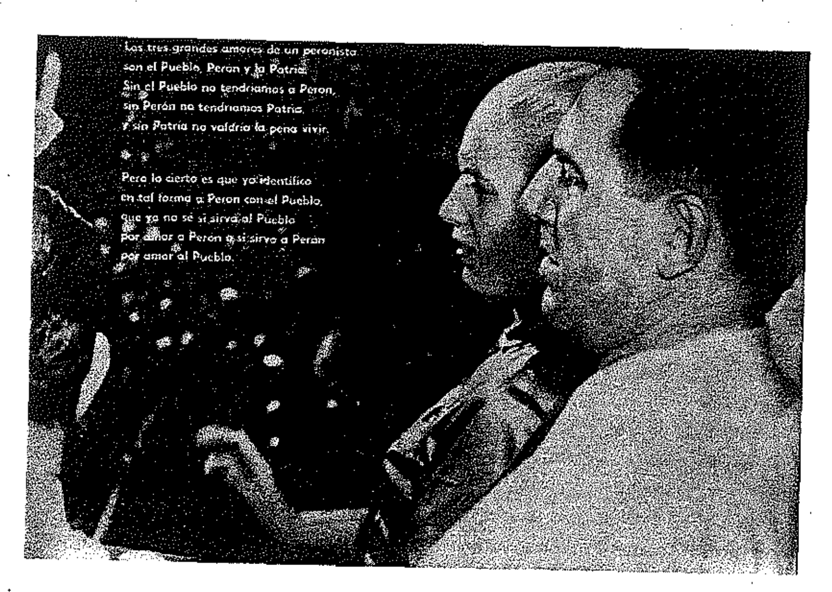



*Figura 7*

la naturaleza específica de la recuperación de Evita en el discurso de la Juventud Peronista.[10]

Cabe, en efecto, preguntarse, ¿a partir de qué posición de enunciación (aparte de la del Líder mismo) es posible *decir* que toda palabra que no sea la de Perón es imposible? Sólo desde una posición constituida *fuera de la palabra*. Si Eva puede simultáneamente ser portavoz del pueblo e incondicionalmente leal a la palabra de Perón es porque su relación con ambos está construida alrededor de lo único que permite anular toda contradicción posible: *el amor, la pasión*. La frase citada por *El Descamisado* lo evidencia límpidamente; sólo el amor permite afirmar, sin contradicción, que no se sabe si la lealtad está dirigida primordialmente a Perón o al Pueblo.

La excepcionalidad de Evita enunciadora consiste precisamente, entonces, en el hecho de que ella *materializa* la intransferibilidad; es en su cuerpo y en su corazón donde tiene lugar la identificación entre Perón y el Pueblo. Esta identidad es constitutiva, absoluta: Perón hace lo que el pueblo quiere y el Pueblo no quiere otra cosa que lo que Perón hace.[11] Es sólo en el interior

10. En efecto, es casi una constante encontrar en artículos o declaraciones de las diferentes fracciones de la 'Tendencia' de la juventud peronista la referencia a Eva Perón.
Algunas, como las críticas a los 'oligarcas' dentro del movimiento o la célebre frase 'El peronismo será revolucionario o no será nada' son comunes a todas. Pero es sólo en *El Descamisado* que se reproducen expresiones de Evita en las que aparece la *lealtad a Perón*, el pedido de que 'rodeen al General', la simbiosis entre el amor a Perón y el amor al Pueblo. No hemos encontrado, por ejemplo, ninguna referencia de este tipo en las declaraciones del peronismo de base (PB), la corriente alternativista que constituyó el sector más importante de la juventud después de la JP.
Eva Perón montonera y revolucionaria es, entonces, apropiada por toda la juventud radicalizada, pero *sólo* en *El Descamisado* se la recuerda como simultáneamente revolucionaria y leal a Perón.

11. Hubiera sido quizás inusitado que una publicación de la izquierda peronista afirmara, como podía hacerlo Evita, que Perón era un genio que no se equivocaba nunca. Pero es frecuente encontrarse con frases que no están diciendo, en el fondo, otra cosa. Así, por ejemplo, el semanario *Envido* (cercano a la JP y crítico del PB y del alternativismo) afirma en un artículo de polémica política que
"La política peronista consiste en hacer lo que el pueblo quiere y si se hace lo que Perón dice es porque se cree –con razón– que Perón es el más capacitado para hacer lo que el pueblo quiere. Está facultado, no a no equivocarse, sino a saber qué es lo que conviene hacer para que el pueblo realice sus aspiraciones. *Cuando se equivoca, nos equivocamos todos con Perón* y si es el conductor del Movimiento ello se debe a su





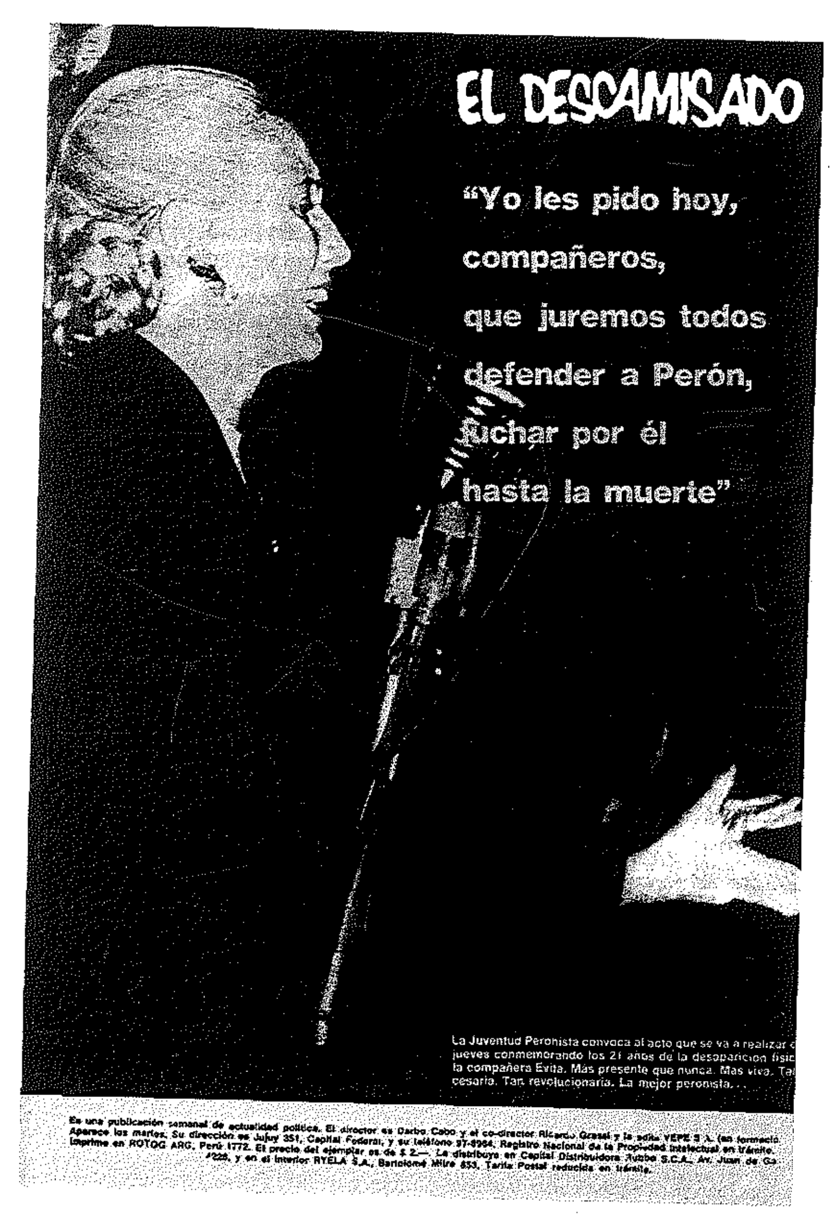



*Figura 8*

de esta mediación amorosa que una enunciación *autónoma* respecto de la palabra de Perón puede tener lugar, ya que esta enunciación no hace sino expresar, incansablemente, la relación de amor.

El amor de Evita por Perón es obviamente el de una esposa y, en consecuencia, *único* y *natural*. Al establecer la equivalencia entre su amor por Perón y su amor por el Pueblo, Evita produce el carácter único y natural del lazo entre Perón y el Pueblo. Su figura simboliza entonces, sobre todo después de la muerte, la posición única y natural donde el amor por Perón y el amor por el Pueblo son un mismo amor.

Convirtiendo a Evita en una "montonera", la JP trata de apoderarse del lugar en el cual el discurso de vanguardia y el discurso de la lealtad incondicional pueden fusionarse en el plano simbólico, y abre así un espacio que sólo existe en la medida en que puede ser nombrado a través de la evocación de un mito.

Las crónicas sobre las manifestaciones y las declaraciones, los proyectos de una patria socialista y la denuncia de los enemigos, los homenajes a los mártires y la recuperación de la historia, todo lo dicho por esas palabras que llenan las páginas de *El Descamisado* no constituían un discurso dirigido a Perón; lo dicho era dicho para que él sepa, y las palabras, para que él las vea. Palabras, sin embargo, que deben ser mostradas junto con la única frase que el enunciador puede asumir plenamente, la única frase cuya enunciación es autónoma, la única por la cual el enunciador es un enunciador primero: "Nosotros lo amamos, General".

Este esfuerzo por apropiarse de la posición de enunciación de Evita fue una operación grave, ya que la prueba final del amor (la única prueba, podría decirse) es *el sacrificio*. Evita dio su vida por el Pueblo y por Perón: así la construyó la memoria del peronismo. Si la única palabra que puede ser dicha frente a la del Líder debe ser pronunciada fuera de la palabra, es porque la intransferibilidad sólo puede ser anulada fuera de la palabra: en la muerte.

capacidad para equivocarse lo menos posible, para interpretar las prioridades de la realidad" (*Envido*, N° 10, noviembre de 1973, p. 49) (*el destacado es nuestro*).
Si todos nos equivocamos con Perón, ¿quien está en condición de decir que se trata de un error?





## Entonces, ¿por qué Isabel?

El 18 de julio, Perón había aceptado ser candidato a la presidencia de la República. El 29, Perón decide la reorganización del Consejo Superior del Justicialismo, integrándolo con miembros de la derecha y adversarios declarados de la Juventud Peronista.

El proceso culmina en el congreso extraordinario del Partido Justicialista, durante el cual es proclamada la fórmula Juan Perón-Isabel Perón para las próximas elecciones del mes de septiembre. La movilización de la Juventud en favor, primero, de Héctor Cámpora, y después en favor del jefe del radicalismo Ricardo Balbín, había resultado vana.

La fórmula Juan Perón-Isabel Perón es proclamada el 4 de agosto de 1973. A Eva Perón reencarnada, el general ha preferido su actual esposa. La reacción de la Juventud Peronista ante este nuevo fracaso es lenta. En *El Descamisado*, la resonancia del hecho dura tres semanas. Considerada en su conjunto, esta reacción contiene, como una suerte de síntoma perfecto, todos los elementos de la situación de la juventud, situación que se ha vuelto insostenible.

La reacción tiene, pues, tres momentos. En el número inmediatamente posterior al Congreso, una sola página anuncia la proclamación de la fórmula. El texto contiene numerosas alusiones irónicas a la "grandiosidad" de los oradores y a la no representatividad de los participantes, pero no se condena explícitamente la candidatura de Isabel, ni se ataca a la "señora de Perón".

Segundo momento. En el número siguiente, del 14 de agosto, un enorme titular en la portada:

¿POR QUÉ ISABEL?

El editorial es un ejemplo extremo de la confusión creciente de la juventud en lo que respecta a su posición de enunciación y, en consecuencia, en cuanto a quién es el destinatario de su palabra.

Por primera y única vez, el editorial es presentado como una 'Carta del director'; el texto está encabezado por el invariable 'Compañeros', y comienza así:

> "La semana pasada nos quedamos mudos. Esta revista que ha ganado a los peronistas porque no se calló la boca desde que estuvo en la calle perdió muchos puntos frente a sus compañeros (...) Aún no sabemos si hicimos bien o mal en callarnos. Pero la sorpresa nos enmudeció. Preferimos pensar, reflexionar junto al movimiento,

participar también de su estupor. Y hoy íbamos a preguntar, a fijar nuestra posición frente a una candidatura que no entendimos ni entendemos. La tapa iba a ir como está. Esta carta tendría una serie de reflexiones que fijarían nuestro desacuerdo, pero también la confianza en el jefe y el acatamiento a cualquier resolución suya."

Conviene subrayar el extraordinario flotamiento de la enunciación. El 'Compañeros' inicial parece formular un destinatario claramente interpelado: los militantes, lectores de la revista, que ésta identifica simplemente con los peronistas. Sin embargo, la segunda frase los objetiva en tercera persona: "esta revista que ha ganado a los peronistas... perdió puntos frente a sus compañeros". El jefe es también objetivado en tercera persona. En este contexto de enunciación en el que el destinatario permanece totalmente indeterminado, el enunciador se permite hablar de *desacuerdo*, pero en términos condicionales, bajo la forma de una carta no escrita, que *habría* contenido tales o cuales reflexiones. Esa carta que *fijaría* el desacuerdo, ¿es o no es la que el lector está leyendo?

El segundo párrafo acentúa a la vez el "tono personal" (como si se tratara, efectivamente, de una carta enviada a un amigo a propósito de la situación) y el carácter irreal del texto en tanto editorial de un semanario:

"La noticia de la confirmación de la fórmula Perón-Isabel nos agarró cuando nos sentamos a escribir. Estuvimos callados, fumando sin movernos mirando la pared un largo rato. Recorriendo todo este proceso, tomando etapa por etapa, tratando de entender a nuestro conductor en esta decisión de hoy. Como venía la cosa, desde que los milicos apretados por Perón debieron dar elecciones, el camino señalaba la unidad nacional junto al eje del movimiento peronista para la etapa de la recuperación del gobierno. Por eso La Hora del Pueblo, el Frente Justicialista, por eso comprendimos cuando dijo 'con Balbín voy a cualquier lado'. Era Perón conduciendo la Nación, borrando todo vestigio de oposición (...) Allí estaba Balbín peleando con los 'apresurados' de ellos y esperando que Perón lo llamara; también lo entendimos a él, tenía ganas 'el Chino' de participar con nosotros en la cosa grande. Quedó esperando."

El desacuerdo concierne aquí directamente a la elección de Isabel como candidata a la vicepresidencia en lugar del jefe de los radicales, Ricardo Balbín; pero este desacuerdo es parte de los pensamientos en que se sumió el enunciador mientras fumaba mirando la pared.





El tercer párrafo repite el mismo procedimiento: acumula las críticas al congreso del partido, a los trámites burocráticos, a los que propusieron la candidatura de Isabel. Pero todas estas observaciones son introducidas, una vez más, por una fórmula que sitúa el conjunto en un nivel de ficción literaria, como los dos párrafos precedentes: "Nos sonreímos cuando vimos el congreso que eligió la fórmula...".

Sólo en el quinto párrafo, y por primera vez, se confirma la interpelación a los compañeros:

"Por eso, compañeros, nos quedamos mudos la semana pasada. Porque pensamos que la cosa iba a regresar a su cauce natural. Pero ahora, ahora ya no entendemos. Perón va a ganar nuevamente las elecciones si las hay, de esto no hay duda. Porque nosotros vamos a obedecer aunque no estemos persuadidos de que esto sea lo mejor. Porque tenemos confianza en Perón, porque él nunca nos falló, porque ya otras veces tampoco entendimos y después –como cuando ordenó votar por Frondizi– él tenía razón."

Hasta el comienzo de este quinto párrafo, el texto, por medio del recurso literario llamado 'discurso indirecto libre', pareciera recapitular los procesos mentales, internos, de la conciencia del enunciador, que corresponden precisamente al momento en que *no dijo nada* ("Por eso la semana pasada nos quedamos mudos"). El uso del condicional, la recapitulación narrativa, los elementos subjetivos están allí para indicar *que lo que el enunciador está diciendo sobre la situación es precisamente lo que no dijo*. La ruptura respecto de la continuación del texto está dada por la brusca interpelación, que retoma la interpelación del comienzo, por primera vez confirmada: 'Por eso; *compañeros*...'. Pasamos entonces a algo que, por fin, el enunciador está diciéndonos en este momento. ¿Cuál es el contenido de lo que nos está diciendo? *No entendemos, pero vamos a obedecer, porque tenemos confianza en Perón*. Esto es todo lo que el enunciador, por el momento, ha dicho efectivamente a su destinatario.

Inmediatamente después, el destinatario ya no son más los compañeros, sino el general:

"Pero permítanos, General, luego de dieciocho años de soldados, expresar nuestra confusión ante esta orden (...)
Nosotros no estamos de acuerdo, pero *callamos disciplinados*, y confiados, y vamos a cumplir. Pero estamos disconformes..."

El texto está pues enteramente construido sobre la paradoja pragmática 'Yo no estoy diciendo lo que estoy diciendo', repetida dos veces: una, dirigida a los militantes, la otra, dirigida al líder. Ante los compañeros, el texto pone en escena una palabra que es presentada como lo que el enunciador pensó y no dijo la semana pasada. Ante el líder, el enunciador, "callando disciplinadamente", expresa su disconformidad.

Los dos únicos elementos explícitos formulados en el aquí y ahora de la enunciación son, por un lado, la incomprensión: "Porque ahora, ahora ya no entendemos", y por otro lado, la exhortación a la obediencia pese a todo. Al mismo tiempo, el enunciador muestra a sus destinatarios-militantes el hecho de que se dirige al líder expresándole a la vez su disconformidad y su lealtad, y muestra al líder que se ha dirigido a sus militantes expresándoles desacuerdo y reclamándoles obediencia. Tanto frente a un destinatario como al otro, la disconformidad sólo puede ser expresada a condición de permanecer indisociable de la consigna de la obediencia. Porque el que no obedece es un traidor:

> "General, de todos modos es la queja pequeña de nosotros pequeños ante usted. No son los gritos de los provocadores que vienen a romper jugando a beneficio del enemigo. Para nosotros, hoy más que nunca cumpliremos la premisa que nos fijó Evita, vamos a estar como nunca junto a nuestro general, no lo vamos a abandonar ni aunque vengan degollando y vamos a hacer lo que él mande. Tenga usted plena seguridad."

"...vamos a hacer lo que él mande. Tenga usted plena seguridad": mediante este pasaje de la tercera a la segunda persona, el texto concluye con un último deslizamiento, instantáneo, entre un destinatario y otro. Especie de fórmula mágica que intenta desesperadamente mantener juntos los pedazos de un dispositivo de enunciación que está a puntó de disgregarse en mil fragmentos.

Porque es evidente que, en este esfuerzo final, la enunciación de la Juventud Peronista hace estallar los límites del género, y difícilmente puede seguir siendo considerada como palabra política, en la medida en que contiene, como único elemento directamente asumido, un acto de discurso que está en contradicción flagrante con la posición de enunciación de una vanguardia política: "no entendemos nada, pero vamos a obedecer".

Tercer y último momento de la reacción de la Juventud Peronista a la candidatura de Isabel: número de *El Descamisado* del 21 de agosto de 1973. En la portada, un enorme titular:





RENUNCIÓ EVITA

y en pequeños caracteres: "...a los honores, no a la lucha" y "22 de agosto de 1951". Puesto que el 22 de agosto de 1973 Isabel Perón no ha renunciado a su candidatura a la vicepresidencia, anunciemos que, el 22 de agosto de 1951, Eva Perón había renunciado a la suya. Puesto que el 22 de agosto de 1973 nuestra palabra es imposible, anunciemos lo que ocurría el 22 de agosto de 1951 (Fig. 9).




*Figura 9*

Como vemos, la recuperación de la historia culmina en una operación discursiva sorprendente: un semanario de actualidad política anuncia en su portada y con grandes titulares, un acontecimiento ocurrido veintidós años atrás. Más allá de la enunciación política, el discurso de *El Descamisado* se aproxima aquí al discurso psicótico: en el lugar de la realidad, aparece el objeto alucinado del deseo.

# SÓLO LA MUERTE CABE

## Por qué somos peronistas

En octubre de 1973 se presentan dos proyectos de ley, uno sobre la reforma a la ley sindical, el otro con modificaciones al Código Penal. El primero refuerza el control de la cúspide sindical sobre las bases, el segundo –provocado fundamentalmente por las acciones terroristas del ERP– permite la represión de todo movimiento considerado subversivo, así como de huelgas calificadas como ilegales.

Ambas medidas constituyen evidencias para la JP de la influencia de sus enemigos y de una orientación gubernamental contraria a sus posiciones.

Las reformas al Código Penal colocaron a los diputados de la JP entre la espada y la pared; ante el fracaso de una reunión con Perón durante la cual trataron de convencerlo de lo inadecuado de las reformas represivas, varios de ellos renunciaron a sus bancas.

En enero de 1974 Perón se lanza abiertamente contra los centros de poder 'camporistas', particularmente sólidos en la provincia de Buenos Aires. Aprovechando el efecto causado por el ataque a una guarnición militar de la provincia perpetrado por el ERP, Perón obliga al Gobernador a presentar su renuncia.

En febrero, después de semanas de conflicto, es reemplazado el otro gobernador solidario de la JP, el de la provincia de Córdoba.

En el mismo mes, el Presidente decide no constituir una rama juvenil en el movimiento (que se agregaría a las tradicionales: obrera, femenina, política), y en marzo se nombra a un miembro de la JPRA –sector minoritario de extrema derecha de la juventud– como miembro del Consejo Superior del Partido Justicialista.

Montoneros y JP continúan realizando masivas movilizaciones públicas durante las cuales se insta al gobierno a cumplir las 'pautas programáticas' y se subraya la necesidad de actuar en el seno del movimiento obrero y popular.

A mediados de abril envían al secretario de la Presidencia un extenso documento titulado "Reencauzar al movimiento peronista como eje de liberación"; se trata de un violento ataque a la burocracia sindical 'vandorista' en el cual se reclama la modificación de la política social y económica y la renuncia del ministro López Rega. El documento fue publicado por el semanario *El Peronista* que reemplaza a *El Descamisado*, que fuera clausurado junto con *Militancia* –órgano del Peronismo de Base.

Mientras tanto se suceden sistemáticamente los asesinatos de activistas y, en menor escala, los 'ajusticiamientos' por parte de Montoneros y los ataques del ERP. Ya en febrero *El Caudillo*, publicación fascista y órgano de la JPRA, había declarado: "A España le costó un millón de muertos la reconstrucción y en la Argentina sobran un millón de vivos. No tenemos dudas. O los vivos se van al mazo o la cosa termina de la peor manera".

Las crisis en el seno de la JP se amplifican y un sector importante se desgaja y forma la JP Lealtad.

A principios de 1974, *El Descamisado* había modificado sustancialmente la naturaleza de su discurso.

Ya vimos que en 1973 su posición contenía una contradicción insuperable; aquélla entre la pretensión a una palabra propia como abanderados de pueblo y el reconocimiento de Perón como encarnación de la voluntad popular. Así, decían, "La lealtad hacia Perón es la lealtad hacia las banderas del pueblo" y el enemigo –interno– era aquel que no obedecía a las directivas de Perón y traicionaba automáticamente al Pueblo y a la Patria.

Después de meses de retroceso político y de repetidas críticas, apenas veladas, de parte de Perón, *El Descamisado* decide redefinir los términos de su posición en la lucha entre "traidores" y "leales". En efecto, esta dicotomía no hacía sino poner en evidencia la situación insostenible de la JP a medida que ésta multiplicaba sus críticas a la conducción estatal. Frente a quienes, coherentemente, identificaban lealtad con verticalismo, lealtad con asentimiento frente a las decisiones gubernamentales, la JP se ve obligada a justificar sus desacuerdos, busca compatibilizar sus críticas a decisiones avaladas por Perón con el postulado básico de la relación privilegiada entre Perón y la voluntad popular y con su propia pertenencia al movimiento justicialista.

Inmediatamente después de que la Juventud ha rechazado una reunión con Perón y otros sectores juveniles –varios de extrema derecha–, el editorial de *El Descamisado* del 5 de febrero de 1974 tiene como título: *Los leales*





*pueden disentir, los obsecuentes siempre traicionan*. Se trata, en realidad, de fundamentar la primera afirmación del titular, esto es, que se puede estar en desacuerdo con Perón sin ser automáticamente traidores, que es posible criticar al líder sin dejar de ser peronistas. ¿Por qué, entonces, agregar lapidariamente, que "los obsecuentes siempre traicionan"? Es que lo que está en juego es la definición de lealtad y de traición en un movimiento donde el único destinatario de tales posiciones fue siempre la persona de Perón, sus actos y su palabra.

El editorial anuncia con claridad la cuestión:

> "El problema está en establecer bien la diferencia que hay entre disentir y traicionar; o la obsecuencia y la lealtad" (*El Descamisado*, 5.2.74, p. 3).

Y, para hacerlo, comienzan con afirmaciones que están todas en el interior de la distinción 'clásica' entre leales y traidores. Primero recuerdan oportunidades en las que Perón permitió disidencias; luego atacan a sus adversarios, hoy "obsecuentes", de haber traicionado a Perón:

> "Ahora resulta que un señor como Martiarena, que no sólo disintió con Perón días después de que cayó en 1955 sino que traicionó diciendo que él nada tenía que ver con el General caído, se muestra como el más verticalista de todos" (*ibid.*).

Hasta aquí, entonces, *El Descamisado* se mueve en el terreno tradicional donde el objeto de la lealtad o de la traición es el mismo: Perón. A continuación, en cambio, se produce una redefinición de los términos:

> "Quienes desde la lealtad se atreven a pensar y disentir se diferencian en mucho de aquellos que ocultan con la obsecuencia la traición (...) Es que estos señores que ahora se llenan la boca de verticalismo y lealtad no son sólo oportunistas que corren detrás de los beneficios de una sucesión. Son también portavoces de todo aquello que se opone a nuestra liberación. Ya sabemos que muchos de ellos están ligados directamente al imperialismo" (*ibid.*).

No se trata solamente de una obsecuencia que significa una lealtad mentirosa, una falsa lealtad a Perón. *El Descamisado* ha procedido a cambiar el destinatario de la traición y de la lealtad: ya no es el mismo. "Estos señores"

son simultáneamente 'leales' –obsecuentes– a Perón y traidores a la Patria y el pueblo.

> "Digamos que entre un montonero o un muchacho de la JP que ha peleado con su vida, su libertad expuesta para mantener obstinadamente la bandera del Perón Vuelve, hay una gran diferencia con un traidor. Uno quiere hacer las cosas mejor que Perón y el Movimiento y el otro traiciona miserablemente. Uno lo hace desde toda una lucha limpia y sin intereses personales, el otro es 'leal' desde su alianza con el enemigo. Prefiero la disidencia de un luchador a la obsecuente 'lealtad' de un verticalista que pone cara de bueno y nos está entregando al enemigo. Esas lealtades terminan matando" (*ibid.*).

Es preciso afirmar que los obsecuentes "siempre traicionan", con el objeto de apropiarse de la 'lealtad', palabra clave del imaginario peronista.

Ahora bien, ser obsecuente –aun mentirosamente– es apoyar incondicional y acríticamente las decisiones de Perón. Si, como afirman, "los obsecuentes siempre traicionan", lo que está puesto en cuestión es la coincidencia entre las decisiones de Perón y los intereses populares. *La identidad originaria entre la lealtad a Perón y a las banderas del pueblo se ha roto*. Es así que la JP puede ser leal –al pueblo– disintiendo con la conducción del líder y que sus enemigos pueden ser a la vez obsecuentes –respecto de Perón– y traidores –respecto del pueblo y de la Patria.

El texto busca reivindicar así el papel de vanguardia para la juventud, sin romper con el mecanismo básico del dispositivo peronista. Portavoces del pueblo, allí están –como estuvo Evita– para que Perón sepa lo que el pueblo quiere y para mantener las condiciones que permitieron que Perón sea líder, las condiciones de la "esencia del peronismo".

> "Quieren convertir a los peronistas en una masa mogólica, a la que no le estaría permitido ni siquiera pensar. El líder se alimenta de su pueblo. Perón siempre ha dicho que él hace lo que el pueblo quiere, pero si desorganizados, desmovilizados, reprimidos, bombardeados y asesinados dejamos de decirle al General lo que queremos, lo privamos del elemento más rico de su condición: que es la voluntad del *pueblo*" (*ibid.*).

En esta pugna Perón es el gran ausente: sólo una forma vacía que contiene cualquier virtualidad. La contradicción implícita en ésta aparece sintomáticamente pocas líneas después, cuando se preguntan:





> "¿Por qué Perón es líder y conductor? ¿Por qué genera lealtad? Porque a su vez fue consecuente con un principio que todos mamamos: en la lucha por la cual estamos empeñados la lealtad fundamental es la lealtad a la clase trabajadora."

Lo que fuera la posición privilegiada de Perón no aparece ya como una propiedad natural e inalienable del líder sino que es remitida a otro principio, que la condiciona: la lealtad a Perón es reemplazada por la lealtad "fundamental" a la clase trabajadora.

El cambio es radical: *El Descamisado* legitima ahora su palabra en la lealtad al pueblo y a la historia del movimiento peronista, antes que en la lealtad a Perón. El editorial puede entonces terminar afirmando:

> "Pero este Movimiento es nuestro y en él nos vamos a quedar. Nos empujan de adentro y nos llaman desde afuera pero, *¡minga!*, la vamos a pelear desde adentro. Ésa es nuestra mejor muestra de lealtad a la clase trabajadora, al pueblo, al Movimiento Peronista y a la Patria."

Si casi un año antes los traidores eran los traidores a Perón, a principios de 1974 el discurso de la Juventud establece dos planos diferenciados: el de la lealtad/obsecuencia a Perón y el de la lealtad a la clase trabajadora y a la Patria. Lo cual les permite fundar la legitimidad de su palabra: pueden disentir con Perón porque son leales al pueblo. La fuente de legitimidad de su palabra es exactamente la misma que permitió que Perón sea un líder: ser portavoces de la voluntad popular.

Ahora bien, ¿puede afirmarse que este movimiento de péndulo hacia el componente *vanguardia* de la JP implica negar la lealtad hacia Perón? Es claro ahora que la condición de peronistas ya no reside en la lealtad a Perón. ¿Es que Perón ya no representa los intereses del pueblo y de la Patria? El texto que estamos analizando obliga al enunciador a hacerse cargo de las preguntas que su posición de enunciación le impide formular explícitamente: ¿cuál es la relación, en 1974, entre Perón y el pueblo? ¿Cuál es la relación, en 1974, entre Perón y la Juventud?

La respuesta aparece, pero a través de un desplazamiento. Ya vimos que el texto se pregunta: "¿Por qué Perón *es* líder y conductor?" y, enseguida: "¿por qué *generó* lealtad?", pasaje del presente al pasado que reaparece en la respuesta "porque a su vez *fue* consecuente...".

El carácter de líder y conductor de Perón continúa siendo afirmado, se reitera la relación privilegiada entre Perón y el pueblo, pero bajo la forma de

un desplazamiento temporal, como hechos del pasado: *Perón, en tiempo presente, está ausente del texto*.

De manera sorprendente, la 'respuesta' de Perón consiste en efectuar exactamente el mismo desplazamiento. Apenas dos días más tarde, el 7 de febrero, el general habla a dirigentes de la JP durante una reunión en la residencia de Olivos; sus palabras son perfectamente claras y excepcionalmente duras:

> "El problema que nosotros estamos interesados en plantear, en primer término, es político-ideológico. En la juventud peronista, en estos últimos tiempos, especialmente, se han perfilado algunos deslizamientos cuyo origen conocemos, que permiten apreciar que se está produciendo en el Movimiento una infiltración, que no es precisamente justicialista (...). La juventud, como todos los demás argentinos, tiene derecho a pensar y a sentir como le parezca. Éste es un derecho inalienable del hombre dentro de la democracia, que es lo que defendemos. Lo que no puede ser es que nos estemos tirando la suerte entre gitanos, decimos que somos una cosa y a lo mejor somos otra. Esto hay que plantearlo descarnadamente. Si no lo planteamos de esa manera, y seguimos así, en tropel y entreverados, las cosas no podrán ser buenas ni ahora ni más adelante. Aquí hay que trabajar hasta alcanzar una unidad de criterio, descartando todo aquello que no convenga a esa finalidad. No se obliga a nadie a estar en el movimiento peronista. A la juventud, en fin, la queremos toda y a todos. Sabemos el mérito que tienen en el trabajo y en la lucha que han realizado. No, eso no lo niega nadie ni lo puede negar. Eso ya está en la historia. Hay héroes y hay mártires, que es lo que se suele necesitar en esta clase de lucha. Pero eso ha sido en la lucha cruenta, que ya ha pasado (...) Los que quieren seguir peleando, bueno, van a estar un poco fuera de la ley porque ya no hay pelea en este país (...). No los vamos a juntar a todos mediante artificios que no van a ser reales porque va a haber muchos que se metan diciendo viva Perón y están pensando que se muera Perón."

Y, volviendo sobre el tema de la infiltración y de los 'idiotas útiles',

> "Lo venimos viendo. Tengo todos los documentos y, además, los he estudiado. Bueno, ésos son cualquier cosa menos justicialistas. Entonces, ¿qué hacen en el Justicialismo? Porque si yo fuera comunista,





> me voy al Partido Comunista y no me quedo ni en el Partido ni en el Movimiento Justicialista."

En este extraño diálogo, Perón pone al descubierto la significación de la estrategia de la juventud. Si para ésta la relación privilegiada de Perón con el pueblo es cosa del pasado, para Perón son los mártires de la resistencia reivindicados por la juventud los que pertenecen al pasado. Esta maniobra de la juventud no significa otra cosa que *considerar que Perón ya está muerto*.

*El Descamisado* insiste en su estrategia, pero no ignora la respuesta del general. En el editorial del 12 de febrero de 1974, titulado "Por qué somos peronistas", se lee:

> "Fue él quien marcó el camino del socialismo nacional. Allí están los libros, las cartas, la película donde él lanza la propuesta. (...) Nosotros vamos a seguir siendo leales a esas banderas, que por otra parte son las que nos mostró Perón para que lo siguiéramos."

La ruptura respecto de la situación presente es total: el texto se refiere a Perón como quien habla de un héroe de la historia.

Pero el editorial se refiere, sin confusión posible, a frases de Perón:

> "Ayer éramos 'los muchachos' y éramos saludados por el Jefe del Movimiento con emoción por nuestra lucha, se honraban nuestros muertos y ahora, por ser como Perón dijo que tenían que ser los peronistas, por advertir que la lucha aún no ha terminado, que no tenemos todo el poder, que hay que trabajar para conseguirlo, que hay que organizarse y no ceder, por eso ahora nos señalan que hay otros partidos 'socialistas' donde podemos ir si queremos. ¿Por qué no nos dijeron antes, cuando peleábamos, que nos pasáramos a otros partidos? ¿Dónde estaban éstos que nos tirotean y que preparan los atentados para eliminarnos cuando había que pelear contra Lanusse?" (*El Descamisado*, 12.2.74, pp. 2-3).

Como se ve, *El Descamisado* reacciona frente a lo dicho por Perón, pero éste permanece sin embargo ausente del texto, ahora a través de una segunda operación, que exaspera la contradicción entre la palabra de la JP y la palabra de Perón: reemplazan el "Perón dijo" por "ahora nos señalan" o "¿por qué no nos dijeron antes...?".

Una vez más, no es Perón quien ha hablado, no es el líder quien señala o advierte sino un sujeto indeterminado que marca por lo mismo el lugar de

un enunciado imposible: *Perón nos está diciendo que no somos verdaderos peronistas*. Y es a este enunciado al que *El Descamisado* implícitamente responde, dando un paso que los coloca en la frontera del dispositivo básico del Movimiento:

"De aquí nadie tiene derecho a echarnos, ya ahora no nos despide nadie."

Nadie: ni el propio Perón. Lo cual requiere otra definición de la pertenencia al colectivo peronista que la lealtad al líder, o que la palabra de Perón designando leales y traidores.

Esta otra definición, la respuesta al interrogante del editorial: "Por qué somos peronistas" consiste en el repliegue sobre el componente vanguardia, esto es, la reivindicación de la condición de verdaderos portavoces de la voluntad popular.

"Por esto peleamos. Y por pelear por esto somos peronistas."

La historia de los últimos años estuvo marcada por la pugna entre hombres o fracciones del peronismo por ser reconocidos por Perón como los verdaderos peronistas, los verdaderos enunciadores segundos. En febrero de 1974 *El Descamisado* nos está diciendo que la Juventud ha disociado estas dos posiciones, lo que le permite abandonar la condición de verdadero enunciador segundo, que se convierte en "obsecuencia". No interesa entonces que sus enemigos dentro del Movimiento sean reconocidos como verdaderos enunciadores segundos. Pero este abandono no es en realidad tal, sino una operación infinitamente más ambiciosa: establecer las bases para pretender la posición de enunciadores primeros, para proclamar que su palabra y no la de Perón es la que verdaderamente expresa la voluntad del pueblo. Pero, para que esta operación aparezca en los textos, debemos esperar hasta el 1º de mayo de 1974.

## Esperando a Perón

La ausencia del verdadero Perón, consecuencia directa de la teoría del cerco, va a llegar a su fin: el Perón verdadero estará finalmente de regreso en el país: el 1° de mayo de 1974.





"Hay una relación que hace a la esencia misma del peronismo, que está interrumpida. Es el vínculo directo, frente a frente, entre el pueblo y Perón" (*El Peronista*, año 1, N° 1, 19.4.74).[12]

¿Qué es lo que diferencia al 1° de mayo de otros encuentros entre el pueblo y Perón, como el 31 de agosto o el 12 de octubre de 1973? El titular de la publicación lo enuncia: "Que el pueblo pueda expresar lo que piensa".

En efecto, en su discurso del 12 de octubre de 1973, en ocasión del acto público de asunción del mando Perón había anunciado:

"Finalmente, quiero decirles que durante este gobierno que hoy se inaugura, y siguiendo la vieja costumbre peronista, los días primero de mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos."

La frase fue acogida con vítores y aplausos por los sectores juveniles. *El Peronista* retoma esa promesa y agrega:

"Necesitamos ese encuentro, la marcha hacia la liberación nacional necesita imperiosamente de ese encuentro. Y necesita también que sea auténtico, que no haya interferencias, que nada lo empañe, que nada impida la relación directa con Perón, que nadie ponga obstáculos. De ningún tipo" (*ibid.*).

No es quizás inútil recordar que jamás un 1º de mayo fue escenario de expresiones de disconformidad de las muchedumbres allí reunidas.[13] Fueron, sin duda, momentos de comunión entre líder y masa, de renovación implícita del apoyo a la conducción gubernamental. La mitología peronista

12. Se trata del semanario que reemplaza a *El Descamisado*, clausurado en marzo de 1974.
13. Es indudable, sin embargo, que las grandes concentraciones populares fueron a veces marcadas por la alternancia entre preguntas de Perón y respuestas 'sí' o 'no', retóricas; también fue repudiado, un 17 de octubre, el secretario general de la CGT. Probablemente el caso más impresionante tuvo como motivo la declaración de Eva Perón por la cual renunciaba a la candidatura a la vicepresidencia de la Nación; fueron horas durante las cuales las masas coreaban su deseo de que no renunciara, mientras Eva reiteraba su decisión con voz quebrada.

los había convertido, sin embargo, en formidables asambleas multitudinarias en las que el diálogo entre Perón y el pueblo en la Plaza renovaba el vínculo de representatividad del líder y permitía el funcionamiento de una relación particular entre éste y las masas, la "esencia del peronismo". Como lo recordaba *El Descamisado* del 12.2.74: "Entre Perón y su pueblo, siempre se da este fenómeno de realimentación: la masa crea, Perón encuadra, Perón crea, la masa recrea y así avanza el Movimiento. (...) Lo mismo ocurrió con la doctrina peronista, Perón propone y el pueblo recoge y recrea esa propuesta. Y Perón finalmente la sintetiza y además la pone en práctica. Recordemos esos diálogos fenomenales entre Perón y el Pueblo reunido; allí el Presidente escuchaba lo que el pueblo quería".

Ciertamente, Perón había renovado el mito el 12 de octubre, pero –y lo veremos más adelante– había insistido en que la conmemoración del Día del Trabajo debía tener esencialmente el carácter de una fiesta, con las correspondientes ceremonias de coronación de una reina, números artísticos, etc.

*El Peronista*, en contraste, subraya que:

"Históricamente, el vínculo entre los trabajadores y su líder fue la única herramienta capaz de enfrentar a un enemigo acechante: el imperialismo y la oligarquía. Ése fue siempre el sentido del 1º de Mayo durante los 10 años de gobierno peronista: una multitudinaria asamblea, un plebiscito popular."

y toma como testigo un fragmento de un antiguo discurso de Perón:

"...en este 1° de Mayo, quiero que lleven como último recuerdo de esta *maravillosa asamblea* de honrados trabajadores la seguridad de que vamos a seguir trabajando incansablemente, noche y día, para que la masa de trabajadores argentinos sea cada vez más libre y más feliz" (Discurso del General Perón, 1947, *El Peronista*, N° 2, 26.4.74) (*destacado en el original*).

La referencia a la 'maravillosa asamblea' o a los 'honrados trabajadores' no era quizás una confirmación suficiente del carácter plebiscitario que *El Peronista* otorga al acontecimiento; así, la cita es acompañada por un texto de Eva Perón:

"Ustedes (los trabajadores) pueden hablar de frente, con la frente bien amplia, a la Patria y a Perón, porque ustedes vieron en Perón la





última esperanza de la Patria y lo siguieron, como se sigue solamente a una bandera: dispuestos a morir por ella o a triunfar con su victoria" (Discurso de Evita, 1.5.51) (*ibid.*).

Lo que puede leerse en este texto como un diálogo sin trabas entre los trabajadores y su líder es, sin embargo, anulado por el texto mismo. En efecto, Evita reivindica el derecho de los trabajadores a hablar de frente "a la Patria y a Perón", identidad que otorga al diálogo con Perón las características de un diálogo con la Patria, cuya imposibilidad resulta inútil subrayar. Por si fuera poco, la relación con Perón-bandera excluye todo debate: se muere por él o se triunfa cuando él ha triunfado.

Ahora bien, ¿qué significa, en 1974 que "el pueblo pueda expresar lo que piensa"? En su número del 26 de abril, *El Peronista* nos dice:

"Como todos los primeros de mayo en la historia del movimiento peronista, los trabajadores irán a la plaza a HABLAR, CUESTIONAR, RECUPERAR, DEFENDER" (*en mayúsculas en el original*).

Obviamente, significa que el pueblo mostrará su disconformidad con numerosos aspectos de la trayectoria del gobierno y que Perón la modificará de acuerdo a ello. Si el 12 de octubre constituyó un desencuentro más entre líder y pueblo fue porque

"...aunque Perón estaba detrás de un vidrio blindado y oscuro, a pesar de que la matanza del 20 de junio seguía fresca –y por eso hubo mucho menos gente– a pesar de que los enemigos del pueblo amenazaban, estuvimos con Perón convencidos de que por fin las cosas retomarían el cauce por el cual habíamos luchado 18 años. Todos sabemos bien que no fue así" (*ibid.*).

Este párrafo muestra la equivalencia política que establece la JP entre el verdadero encuentro de Perón y el pueblo, por una parte, y, por la otra, el 'resultado' de ese encuentro. Invirtiendo la afirmación paradigmática sobre el contacto líder/masa, *El Peronista* afirma (tanto para el 12 de octubre como para otras oportunidades en los meses que preceden al 1º de mayo) que de la ausencia de cambios de "cauce" en la conducción política *se infiere* que el verdadero encuentro no ha tenido lugar.

Más allá de este significado primero, afirmar que "el pueblo pueda expresar lo que piensa" manifiesta la re-constitución del triángulo inicial que

definía la pertenencia de la JP al movimiento peronista: Perón, la Juventud, el pueblo. Es que el 10 de mayo la voluntad popular, hasta aquí entidad imaginaria que era *objeto* de la lealtad de Perón o de la JP, aparece por primera vez como actor capaz de enunciar, por sí y no a través de sus abanderados, lo que piensa, es presentada como capaz de hablar para cuestionar, recuperar, defender.

Recordemos que esto se da en el marco de la 'esencia misma del peronismo'; la voluntad popular puede adquirir este carácter de realidad específica *sólo* una vez por año y *sólo* cuando el destinatario de su palabra es el líder. Ha podido, sin duda, expresarse en las urnas, a través de opciones, pero su capacidad de palabra aparece sólo cuando le habla a Perón. *De manera especular, entonces, la verdadera palabra de Perón sólo se materializa frente al pueblo en ese mismo momento en que el pueblo puede hablarle directamente a Perón, y sólo a él.*

El 1º de mayo constituye el momento privilegiado en el que puede verificarse la lealtad de las masas a su líder y del líder a las masas; pero para que ello suceda *debe suspenderse la identidad entre la JP y el pueblo.*

Así lo muestra un párrafo sintomático:

"Sabemos bien que existen proyectos contrapuestos entre nosotros y la burocracia. Pero mucho más que eso nos interesa que el pueblo demuestre lo que piensa de todo este proceso y que allí, en la plaza, frente a Perón y Perón frente al pueblo, se pongan las cosas en claro" (*El Peronista*, 19.4.74).

El 'Nosotros' de *El Peronista* está presentado excepcionalmente como una fracción del movimiento peronista, enfrentada a otra, la burocracia y no ya como abanderados del pueblo.

Dijimos que el diálogo entre Perón y el pueblo, en el que éste expresa su opinión sobre la gestión gubernamental, es un mito que se fue constituyendo a lo largo de los años y que tanto Perón como la JP realimentan en este 1º de mayo. Uno de los elementos claves de este mito es que el pueblo habla y discute con Perón sin ningún tipo de portavoces o intermediarios: la voluntad popular en estado puro.

En las vísperas del 1° de mayo de 1974, es evidente que ni Perón ni la Juventud se plantean la posibilidad de que las masas coreen unánimemente "Conformes, Mi General", consigna con la cual los dirigentes sindicales han empapelado la ciudad. Perón no puede esperarlo porque ha recibido suficientes advertencias –directas o indirectas– acerca de la disposición crítica





de la Juventud; ésta no abriga ninguna duda acerca de la manera como se expresará el pueblo: "Hablar, cuestionar, recuperar, defender".

Es que en el momento mismo en que renueva y subraya el mito del 1º de mayo, la JP está dispuesta a que *por primera vez se convierta en realidad*. A que por primera vez se alcen en la Plaza de Mayo voces masivas de crítica a la gestión de Perón. Y no tiene ninguna duda *porque esas voces serán las suyas*.

Se comprende entonces por qué han separado su 'Nosotros' –recortándolo como proyecto dentro del Movimiento– de la expresión de la voluntad del pueblo.

Si la JP debe constantemente identificarse con el pueblo para legitimar su posición de enunciación dentro del peronismo, en la víspera del 1° de mayo debe operar, en cambio, la separación entre su 'Nosotros' y el pueblo de manera que *la voz que se oiga en la Plaza sea la voz del pueblo*.

## La Plaza

El clima previo al acto del 1° de mayo no podía ser más tenso: el ministro de Bienestar Social, J. López Rega, había multiplicado las bandas armadas civiles de extrema derecha; cuando se hace nombrar Comisario General y llama a colaborar a los comisarios Villar y Margaride (quienes se habían desempeñado durante los gobiernos militares como prominentes agentes de la represión), el General Iñíguez, jefe de la Policía Federal y viejo peronista, presenta su renuncia.

Todo esto es calibrado por la JP, que efectúa diversas entrevistas con dirigentes gubernamentales para asegurar la no repetición de la masacre de Ezeiza.

Es posible que haya habido vacilaciones en cuanto a la conveniencia de realizar o no el acto. La CGT publica una solicitada en la cual subraya que se trata de la Fiesta del Trabajo y donde considera al acto como 'símbolo de la unidad nacional', realizada 'a través de la gestión del Gobierno del Pueblo' por oposición al 'trillado eslogan de la lucha de clases'.

No cabe duda de que Montoneros y JP desplegaron al máximo su capacidad de movilización callejera; la CGT, en cambio, frenó la afluencia de trabajadores del interior y no se ocupó de proporcionar las facilidades y los medios de transporte tradicionalmente utilizados por el sindicalismo peronista en tales fechas.

Si la Juventud no quería enfrentamientos sanguinarios, tampoco los quería el gobierno; nada que empañara una jornada inaugurada por el extenso

discurso de Perón al Parlamento en el cual resumía las bases de su proyecto nacional destinado a crear una Comunidad Organizada.

Minuciosamente se establecieron las reglas de funcionamiento del acto, las vías de acceso, los lugares de la plaza que cada sector debía ocupar; se controlaba la identidad de los manifestantes y se prohibieron todos los carteles que permitieran reconocer tendencias; sólo eran permitidas las banderas argentinas y las de los sindicatos.

Los objetivos de los organizadores eran claros: una fiesta popular y, luego, el discurso del líder y sólo de él. Su llegada estaba anunciada para las cuatro de la tarde.

A las 15:00 comenzó el espectáculo previsto: un conocido locutor presentaba cantantes y anunciaba famosos actores que debían recitar poemas argentinos clásicos. Pero sus esfuerzos se demostraron vanos; con la llegada de las primeras columnas montoneras el recitado fue interrumpido por un bombo que ritmaba la palabra Montoneros mientras se cantaba "¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?".

Cuando a las 16:20 se oye "Éstos son los Montoneros que mataron a Aramburu" otras voces responden "asesinos, asesinos". La multitud sigue afluyendo y los eslóganes montoneros superan en volumen auditivo a los de sus adversarios: "No queremos carnaval... asamblea popular" y la respuesta "Argentina peronista... la vida por Perón". Según el relato del cronista de *La Opinión*, unas 20.000 personas organizadas por la CGT rodean el palco y unas 50.000 movilizadas por la JP y otras organizaciones solidarias se ubican detrás. De pronto comienzan a aparecer improvisados carteles con las siglas de Montoneros, JP, JTP, JUP, etc. Mientras tanto, en el palco, se decidía cuál de las muchachas allí reunidas sería coronada por Isabel como Reina del Trabajo.

A las 16:40 llega Perón en helicóptero. Durante casi diez minutos el grito de "El pueblo te lo pide, queremos la cabeza de Villar y Margaride" impidió el comienzo del acto. Cuando finalmente Isabel Perón corona a la reina en la plaza se escucha "Evita hay una sola...".

El himno nacional unificó momentáneamente a la multitud. Después, Perón comenzó su discurso.

Fue probablemente el discurso más breve de Perón en un 1º de mayo. Junto con el del 17 de octubre de 1945 –que fuera improvisado– no puede ser leído sin agregar las consignas coreadas por los presentes. Lo reproducimos, entonces, tal como apareció en *El Peronista* del 4 de mayo (año 1, N° 3) bajo el título "Conformes los gorilas...":





"–Compañeros: hace hoy veinte años que en este mismo balcón y con un día luminoso como éste, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque venían tiempos difíciles. No me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, pese a estos estúpidos que gritan.

*–¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el Gobierno Popular?*
*Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical.*

–Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años.

*–¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el Gobierno Popular?*

–Por eso, compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento.

*–Rucci traidor, saludos a Vandor.*
*¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el Gobierno Popular?*
*Montoneros, Montoneros, Montoneros.*

–Compañeros, nos hemos reunido nueve años en esta misma plaza, y en esta misma plaza hemos estado todos de acuerdo en la lucha que hemos realizado por las reivindicaciones del pueblo argentino. Ahora resulta que, después de veinte años, hay algunos que todavía no están conformes de todo lo que hemos hecho.

*–Si éste no es el pueblo, el pueblo dónde está.*
*Conformes, conformes, conformes, General; conformes los gorilas, el pueblo va a luchar.*
(En este momento comienzan a retirarse las columnas.)

–Compañeros, anhelamos que nuestro movimiento sepa ponerse a tono con el momento que vivimos. La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de nuestro movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha. Por eso, compañeros, esta reunión, en esta plaza, como en los buenos tiempos, debe afirmar decisión absoluta para que en el futuro cada uno ocupe el lugar que corresponde en la lucha que, si los malvados no cejan, hemos de hacer.

–*Conformes, conformes, conformes, General; conformes los gorilas, el pueblo va a luchar.*
(Se sigue retirando la gente.)
*Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va.*

–Compañeros, deseo que antes de terminar estas palabras lleven a toda la clase trabajadora argentina el agradecimiento del gobierno por haber sostenido un pacto social que será salvador para toda la República.

–*Conformes, conformes, conformes, General; conformes los gorilas, el pueblo va a luchar.*
(Se siguen retirando.)
*Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va.*

–Compañeros, tras ese agradecimiento y esa gratitud puedo asegurarles que los días venideros serán para la reconstrucción nacional y la liberación de la nación y del pueblo argentino. Repito, compañeros, que será para la reconstrucción del país y en esa tarea está empeñado el gobierno a fondo. Será también para la liberación, no solamente del colonialismo que viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan de adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero.
Finalmente compañeros, deseo que continúen con nuestros artistas que también son hombres de trabajo; que los escuchen y los sigan con alegría, con esa alegría de que nos hablaba Eva Perón, a través del apotegma de que en este país los niños han de aprender a reír desde su infancia.





Queremos un pueblo sano, satisfecho, alegre, sin odios, sin divisiones inútiles, inoperantes e intrascendentes. Queremos partidos políticos que discutan entre sí las grandes decisiones.
No quiero terminar sin antes agradecer la cooperación que le llega al gobierno de parte de todos los partidos políticos argentinos.
Para finalizar, compañeros, les deseo la mayor fortuna, y espero poder verlos de nuevo en esta plaza el 17 de Octubre."

(La Plaza quedó semivacía.)

## De la vanguardia: "Si éste no es el pueblo, el pueblo dónde está"

*El Peronista* narra lo sucedido en la plaza de Mayo alrededor de la respuesta a la pregunta clave: a quién le habló Perón y quién le habló a Perón.

Una primera articulación parte de una respuesta sin ambages: fue el pueblo quien coreó las consignas que interrumpían la alocución del presidente, fue el pueblo el que abandonó masivamente la plaza de Mayo; fue al pueblo a quien Perón dirigió sus insultos, fue al pueblo a quien no quiso escuchar. A partir de esta afirmación inicial, el periódico enhebra coherentemente sus conclusiones. Su editorial del 4 de mayo comienza, así, afirmando que:

"Y pese a todo esto fue una asamblea popular. Histórica luego de 18 años de proscripción, pero también la más dolorosa. Algo que daba continuidad al Movimiento desde el gobierno y en la lucha desde el llano se ha roto este 1º de mayo en la Plaza: el pueblo no fue consultado por Perón; no nos preguntó qué opinábamos de 11 meses de gobierno. En escasos 15 minutos –con prolongadas interrupciones– expuso lo que piensa de los trabajadores, de sus luchas, de sus organizaciones. Y el pueblo no estuvo de acuerdo, lo expresó con sus consignas y cantos, pero sobre todo fue vaciando la Plaza a medida que el General hablaba (...) Esto fue una asamblea popular, aunque el General no se puso de acuerdo con su pueblo. Y, lo que es peor, no quiso escucharlo, dialogar con él."

Y, más adelante:

"A cada párrafo la fractura se agudizó, algo que nunca conoció el peronismo en 30 años de historia. Increíble desencuentro entre el

pueblo y su líder, esta vez cara a cara, sin chivos emisarios de por medio, sin cercos ni brujerías. Y tampoco fue la automarginación de grupos esclarecidos; más del 60% de los concurrentes le dio la espalda al General."

No sorprende, entonces, que en el editorial de la semana siguiente, del 14 de mayo, se afirme:

"Y lo que pasó en la Plaza fue la ruptura de la verticalidad de Perón. Y esto no ocurrió porque se retirara la mayor parte de los asistentes sino precisamente por lo que motivó esta retirada; la ruptura, por primera vez en casi 30 años, del diálogo con las masas, que al expresar allí sus intereses y encontrar también allí una respuesta positiva a su planteo, asumen la verticalidad ante quien las representa..."

Si se recuerda que la verticalidad era el término utilizado en el peronismo para designar la lealtad incondicional a la conducción de Perón podría concluirse que *El Peronista* está dando por clausurado el eje básico que estuvo en el origen de la adhesión de la Juventud al peronismo: la adhesión inconmovible de las masas a Perón. El razonamiento es aparentemente impecable: el pueblo era fiel a Perón mientras éste lo escuchaba y se conformaba a sus exigencias; la ruptura de esta relación arrastra consigo la de la fidelidad de las masas a su líder. Como veremos enseguida, el texto utiliza el término "verticalidad" y no el de "lealtad", que en el imaginario peronista ha calificado siempre el vínculo recíproco entre Perón y el pueblo. Pero concluyamos con el razonamiento:

"Lo que se plantea ahora, entonces, es qué pasa a partir de la fractura; fractura que beneficia al imperialismo. Porque acá, de todos modos hay cosas que rescatar porque significan avances en el campo del pueblo.
La organización de las columnas, muchas de ellas venidas de las provincias más distantes; la retirada espontánea y masiva de esas mismas columnas, asumida inmediatamente por la conducción de todas ellas, habla de un nivel de conciencia y organización que hasta ahora no se había alcanzado. Habla de una conducción centralizada que representa los intereses de ese conjunto de columnas y agrupaciones que se hicieron presentes en la Plaza para lograr que se retomara el rumbo de este gobierno popular. Y esa conducción fue ejercida por la organización Montoneros. Es a partir de allí, de esa lealtad a los intereses de los trabajadores y el pueblo peronista que debe comenzarse la recomposición del Movimiento Peronista. Y aquí aprendimos dos cosas. Dos cosas que significaron una derrota del pueblo y un avance del imperialismo. Pero allí mismo, íntimamente ligado, hubo un triunfo. La Lealtad expresada por el conjunto mayoritario de los asistentes venidos de todas partes del país significó la posibilidad concreta de recomponer el Movimiento Peronista sobre la base de esa misma lealtad.
Esto es un triunfo sobre el imperialismo."





Hemos visto ya que se ha roto el vínculo que hace a la "esencia del peronismo"; que Perón no sólo no escuchó sino que no quiso escuchar al pueblo; que se ha roto la verticalidad, que se ha deteriorado la relación de Perón con las masas. Queda en pie una pregunta insoslayable: ¿sigue siendo Perón el líder de las masas y de la clase trabajadora? ¿Sigue siendo el Gran Conductor?

Es vano buscar una respuesta a estas preguntas en los textos de *El Peronista*. En el último párrafo citado la hay, sin embargo, elíptica. En efecto, el abandono de la Plaza "espontáneo y masivo" fue asumido por una conducción centralizada: Montoneros. Y es aquí que aparece el término "lealtad", "la lealtad expresada por el conjunto mayoritario de los asistentes" que en el contexto del párrafo no puede ser otra cosa que la lealtad a Montoneros. Y es a partir de esta lealtad que podrá recomponerse el Movimiento Peronista.

Es éste el "triunfo sobre el imperialismo". Pero es mucho más. Es el intento de reemplazar la conducción 'vertical' de Perón por la conducción "centralizada" de Montoneros; es la aparición de la primera prueba de que el pueblo es leal a Montoneros, ya que los asistentes han sido declarados "pueblo" desde el comienzo del texto.

En los dos editoriales se encuentra la misma alusión a una nueva conducción. Lo que la Juventud está diciendo, sin poder explicitarlo, es que ya está en condiciones de reemplazar a Perón frente a las masas; la contradicción constitutiva de la JP parecería haberse resuelto con la asunción de su papel de vanguardia, en primera persona.

## "Nosotros" y "Pueblo"

Dos enunciados, por lo menos, están presupuestos en un discurso como el que acabamos de describir: primero, que la esencia del peronismo reside en el diálogo y acuerdo entre Perón y pueblo, diálogo que se produce esencialmente los días 1º de mayo de cada año. El segundo, que quienes corearon las consignas y quienes se retiraron de la plaza eran el Pueblo y que fue a ese mismo Pueblo que Perón insultó y se negó a escuchar.

En su editorial del 14 de mayo, *El Peronista* explica:

"Pero si la cantidad no fue la esperada, fue más llamativo aún que los asistentes en su gran mayoría concurrieran encolumnados. El mayor número correspondiente a las diversas agrupaciones conducidas por los Montoneros y un número mucho menor en las columnas de las organizaciones sindicales y de las distintas agrupaciones adheridas a la política de la JPRA. Y esto habla de que los asistentes fueran, en su gran mayoría, activistas. Es que en etapas de avance de las masas éstas se expresan por sí mismas, como ocurrió el 25 de mayo y el 20 de junio. En épocas de retroceso, como la que se inicia con la masacre de Ezeiza, las masas son expresadas por los activistas."

Le sigue la respuesta a versiones contemporáneas de lo sucedido:

"Por eso es falso afirmar que en la Plaza de Mayo no estuvo el Pueblo, y no estuvo la clase trabajadora. Porque entonces habría que creer que los activistas son una rara especie humana que se cría y se desarrolla en invernaderos. Los activistas son parte de ese Pueblo, son parte de esa clase trabajadora, son quienes los expresan en su nivel más alto de conciencia y es imposible separarlos."

Este pasaje del término "pueblo" al de "activistas" (Montoneros) abre, en el texto mismo, una alternativa a la afirmación liminar: "El General no se puso de acuerdo con su pueblo" y que consiste en "El General no se puso de acuerdo con los activistas Montoneros". La distancia entre ambos enunciados es cubierta por un tercero, que afirma que los activistas expresan al pueblo "en su nivel más alto de conciencia". Afirmación perfectamente clásica de toda vanguardia política.

Pero este tercer enunciado implica inevitablemente un cuarto, que es su contrapartida y que contradice los dos primeros: "El pueblo no estuvo en la





Plaza" sino quienes lo expresan. Y quienes lo *reemplazan* como se afirma límpidamente en el párrafo siguiente:

"Y esto lo saben muy bien los trabajadores, por eso, pese a todos los obstáculos y provocaciones, fuimos a llenar la plaza para dialogar, para que el pueblo dijese lo que pensaba, para que decidiese."

Es el nosotros de *El Peronista* quien fue a llenar la plaza para decir *en lugar del pueblo*, lo que el pueblo *pensaba*, y lo que *saben* los trabajadores y para que el pueblo *decidiese*.

Ahora bien, ¿qué hay de particular en este texto? Porque nada más corriente en un mitin político que la presencia de organizaciones que dicen representar al pueblo y que hablan en su nombre. El problema nace del hecho de que estos textos afirman *simultáneamente*:

(a) la ruptura del diálogo entre Perón y las masas y

(b) la lealtad del pueblo respecto a Montoneros *en el interior* de la mitología acerca de la "esencia del peronismo". O sea la relación directa entre Perón y el pueblo, esa relación que, como hemos visto, los obligaba a suspender la identidad entre su 'Nosotros' y el 'pueblo' en el editorial del 19 de abril. Estas dos afirmaciones suponen que Perón hubiera debido o podido dialogar con las masas a través de sus *representantes*, los Montoneros. Si esto es así, no hubo error alguno por parte de Perón, quien no habría hecho otra cosa que persistir en el modelo de la "esencia del peronismo" cuya ruptura lamenta *El Peronista*.

Demos un paso más en esta maraña. Vimos en una primera lectura que el editorial del 14 de mayo anunciaba que el pueblo había transferido su lealtad a Montoneros. Pero si retomamos la segunda lectura, donde el pueblo es reemplazado por "agrupaciones conducidas por Montoneros" y donde el pueblo se expresa a través de sus activistas, el texto nos dice algo muy diferente. Las columnas que se retiran de la plaza "cuya retirada fue asumida inmediatamente por la conducción de todas ellas" significa simplemente que quienes llegaron a la plaza bajo la dirección de Montoneros la abandonaron bajo la dirección de los mismos Montoneros. Y que la lealtad "expresada por el conjunto mayoritario de los asistentes" hacia Montoneros no es otra cosa que la lealtad de los activistas encolumnados detrás de las consignas montoneras, hacia sus propios dirigentes.

Habíamos partido de la constatación de una contradicción entre la palabra de Perón y la de la JP, debido a que la JP afirmaba que tanto Perón como ellos mismos eran los portavoces del pueblo. Esta contradicción fue

resuelta inicialmente a través de la lealtad a Perón, de la afirmación de la identidad entre la palabra de Perón y la de la Juventud. El 1° de mayo la contradicción estalla a una escala gigantesca: Perón insulta a los "imberbes" y "estúpidos" que gritan las consignas montoneras. Frente a esto, *El Peronista* debe jerarquizar los elementos en contradicción: asumiéndose como vanguardia del pueblo, reclama de Perón que dialogue en forma directa con su pueblo. Contrasentido que está allí para no enfrentar dos problemas, insolubles en planos diferentes.

En primer lugar, la imposibilidad de definir ese Perón que debe dialogar con quienes representan al pueblo, un Perón que no encarnaría ya, por lo tanto, la voluntad del pueblo pero cuya palabra de apoyo es esencial. En segundo lugar –y esto es casi trivial– porque no pueden afirmar que Perón, encarnación de la voluntad popular, no se ha inclinado a favor de las posiciones de la Juventud. Ésta era, sin embargo, la interpretación unánime de los observadores de la época. ¿Por qué no decirlo? Por qué no decir, como lo hace la carta a Perón de la Agrupación del Peronismo Auténtico, liderada por Framini:

> "Son los que se retiraron de la Plaza llorando su amargura y su frustración. Los que nos preguntaban con lágrimas en los ojos por qué el Líder los había abandonado y prefería a los burócratas, a los traidores, a los agentes del antipueblo."

Una primera respuesta, simple, es que hacerlo suponía abandonar su identidad como pueblo o como vanguardia del pueblo; una segunda, más simple aún, es que era insoportable reconocer que Perón no los amaba, que los "había abandonado".

La ruptura entre Perón y la Juventud le planteaba a ésta dos problemas, simétricos y complementarios; o la imposibilidad de decir *qué era Perón* o la imposibilidad de decir *qué eran ellos*. Ante sus lectores, *El Peronista* (y, enseguida, Montoneros) se encontraban acorralados: o bien afirmaban que ellos eran los verdaderos representantes del pueblo, lo cual suponía negar el carácter de líder a Perón ante los jóvenes peronistas, o bien responder que Perón era quien encarnaba la voluntad popular, lo cual llevaba al vaciamiento de la identidad de la JP.

La solución no pudo ser otra que mantener su palabra en suspenso y afirmar: "Esto ha sido un grave error suyo, General".





## Discurso y conductas

Afirmamos ya que este período se caracterizó por la extraordinaria autonomía del plano político-ideológico y por la creación de un campo cuya lógica no remitía a la que guiaba a los protagonistas sociales. Esto no significa negar la pertinencia de la búsqueda de las causas de la constitución de la Juventud Peronista como actor, en particular de las razones económicas y sociales que llevaron a una intensa movilización y radicalización de sectores juveniles de las clases medias.

Pero el debate sobre las *causas* de la aparición de la JP no coincide con el análisis de su *trayectoria*. Lo que caracteriza a la JP como fenómeno es una dinámica que puede llamarse ideológica o cultural para decir que desarrolla por sí misma sus consecuencias.

En este sentido, el análisis de *El Descamisado* permite aportar elementos para un análisis sociológico de la JP. Y decimos aportar y no agotar una explicación de sus conductas objetivas. Cabe señalar, entonces, que con el análisis de su discurso y de su relación con el de Perón no hemos pretendido solamente reconstituir una economía ideológica; nos parece que esta economía ideológica está en el centro de la explicación de sus conductas. Dicho de otro modo, que *las hipótesis sobre la estructura discursiva de la JP son al mismo tiempo descriptores de sus comportamientos*.

Detengámonos en un caso particularmente significativo: el 1° de mayo de 1974.

Cabe recordar antes que nada la particular relación entre la palabra de la JP, la palabra de Perón y la 'voluntad popular'. Porque ni Perón ni la "derecha" peronista necesitaban legitimar su condición de expresión del pueblo. Ésta, porque no hacía sino afirmar su lealtad; aquél, porque gozando de la legitimidad que le otorgaban más del 60% de los votos, estaba empeñado en operar políticamente negociando con las fuerzas sociales y políticas. Si existe lucha por la expresión de la voluntad del pueblo, debe buscársela entre las diferentes opciones políticas de la oposición juvenil: trotskismo, peronismo de base, JP... Allí sí, en una polémica ideológica que sólo excepcionalmente deja su marca en *El Descamisado*, se debaten estrategias que remiten a diferentes maneras de confiscar la voluntad popular.

La lucha de la JP se da, en cambio, en un terreno donde la presencia de Perón funciona como pantalla que refracta toda rivalidad en torno a la palabra del pueblo.

Frente a quienes lo *representan* –electoralmente elegidos– la JP puede substituir al pueblo, erigiéndose en guardián encargado de denunciar toda

distancia entre acción y valores y de reinstituir imaginariamente el cuerpo político. Frente a quien *encarna* la voluntad popular esta pretensión es imposible.

Las críticas de la JP son siempre formuladas en nombre del programa votado el 11 de marzo; lo que nunca es dicho es que Perón –Presidente de la Nación– es el responsable de la violación de las "pautas programáticas".

La contradicción en la cual está la JP, y *sólo ella*, da lugar a un complejo trabajo discursivo cuyo objetivo es crear una escena en la cual su contradicción está siempre presente sin poder jamás ser enunciada.

Su palabra, más que otras, es estructuralmente ambigua: está allí para decir algo tanto como para ocultar lo que no puede ser dicho. Su comportamiento, más que otros, es indisociable de sus construcciones ideológico-discursivas. ¿De qué otro modo explicar por qué fueron, JP y Montoneros, a la Plaza, así como fueron, el 1º de mayo de 1974? Está claro que fueron a decirle a Perón que no estaban de acuerdo y a mostrarle quiénes eran sus enemigos. Pero, desde una lógica política, ¿para qué? ¿Qué esperaban encontrar? ¿Que Perón les diera la razón? ¿Que Perón, impresionado por la multitudinaria presencia de la juventud, se volcara en su favor? ¿Que mantuviera el equívoco con un discurso neutro?

Pareciera que estas preguntas encuentran difícilmente una respuesta en términos de estrategia política. Ya vimos, y los periodistas así como los historiadores del período lo señalan unánimemente, el avance irresistible de los grupos de extrema derecha dirigidos por López Rega y el retroceso igualmente irresistible de la JP dentro del movimiento peronista. Semana tras semana se confirma que la difícil apuesta de la JP está perdida. No porque no consigan renovar las direcciones sindicales ni porque sus dirigentes sean asesinados, sino porque no logran que Perón se incline por ellos, por el "socialismo nacional".

Su terco proyecto de cambiar al peronismo desde adentro, que no es otra cosa que cambiar a Perón de manera que concuerde con el Perón de la reactualización doctrinaria, de la lucha por la liberación, etc., hace agua por todos los costados. Las crisis internas de la JP lo confirman. Solamente les queda una carta: Perón no los ha expulsado explícitamente del Movimiento. Esto no debe sorprender ya que sólo en contadas ocasiones había procedido así con respecto a individuos en particular; menos lo haría ahora respecto de una masa considerable, cuando intenta llevar adelante un plan de alianzas extrapartidarias y de reequilibramiento del movimiento sobre la base del acuerdo entre trabajadores y empresarios, hostigado por el terrorismo del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La apuesta estaba perdida y esto era claro para los observadores de la época. ¿Por qué ir a escuchar el "no" de Perón después de haber transitado el





difícil camino entre quienes –desde la juventud radicalizada– ya habían decretado que el gobierno peronista era burgués y contrarrevolucionario y aquellos que, manteniendo su identidad como peronistas y como izquierda, habían optado por el verticalismo? ¿Por qué esperar que Perón eligiera, cuando la elección –aunque seguramente no el tono y la vehemencia– era obvia?

Si en lugar de ver en la evolución de la posición de la JP, tal como la hemos seguido a partir de *El Descamisado*, sólo una serie de argumentaciones puramente tácticas en las que nadie creía realmente, tomamos lo dicho como expresión de una realidad ideológica basada en una creencia, entonces es posible encontrar una explicación a lo ocurrido el 1º de mayo, y *después*.

Sólo que el núcleo de esta explicación no reside en una lógica política basada en opciones que, aunque no sean más que posibilidades, remiten a un cálculo a partir de una lectura plausible de lo real. Nos obliga a colocar la pregunta en el plano de una reconstrucción imaginaria de la situación y de los actores sociales. Supone aceptar la *realidad imaginaria* de la construcción de la figura de Perón, de la mitificación del 1º de mayo, de la relación vanguardia/voluntad popular de la JP. Si nos colocamos en el plano de los fantasmas heredados y recreados por la juventud, entonces *sí* la asistencia a la Plaza puede ser entendida como un acto político en el sentido común del término. Entonces *sí* había una posibilidad de volcar a Perón a su favor, a un Perón libre del cerco; entonces *sí* iban finalmente a hablarle a Perón, a encontrar directamente al verdadero destinatario de la "palabra mostrada" durante tantos meses. Se trataba de un acto mágico cuya lógica reposaba enteramente sobre la construcción del extraordinario teatro de sombras que hemos analizado hasta aquí. Era la proyección sin trabas del deseo de quienes –no sin razón– se consideraban los forjadores de la vuelta de Perón y derivaban de ello el derecho a ser elegidos por aquel en nombre de quien habían matado y se habían dejado matar.

Exigencia de reconocimiento de tantas pruebas de amor pero también pulsión suicida en la que se jugaban no sólo las muertes pasadas (su sentido) sino también las actuales y las futuras. Muertes políticas y muertes *tout court*.

Ahora bien, cuando afirmamos esto, ¿estamos diciendo que las conductas deben ser interpretadas en el mismo sentido y con las mismas categorías con las que las explican los actores? ¿Decir que el mejor modo de explicar la concurrencia a la Plaza del modo en que fue efectuada es otorgando a los protagonistas exactamente la intención que proclaman, significa permanecer en un plano ingenuo donde todo análisis es superfluo y donde basta escuchar lo que se dice para comprender lo que se hará?

Esto sería cierto si afirmáramos, con la JP, que el pueblo (o sus auténticos representantes) estaban presentes en la Plaza. Si corroboráramos que efectivamente se rompió algo que había caracterizado desde siempre a la "esencia del peronismo". Pero no se trata de eso, sino de postular que la conducta de la JP –real– no era sino una pieza más de una estructuración imaginaria.

Que actuaron como si fueran el pueblo, que esperaron un diálogo como si ese diálogo fuera constitutivo de los 1° de Mayo, que expresaron su descontento como si eso fuera un comportamiento inscripto en la "esencia del peronismo".

Sólo en este sentido afirmamos la perfecta coherencia entre el discurso y las conductas. Pero como ese discurso no era sino imaginario, lo que sucedió en la Plaza fue el encuentro brutal con una realidad que nunca fue otra: un Líder que jamás buscó ni encontró en la Plaza de Mayo otra cosa que vítores, aplausos y bombos.

Perón, entonces, no sólo no se inclinó por la JP sino que escuchó en los eslóganes un molesto ruido y no un cuestionamiento. No rechazó críticas emitidas por actores políticos sino que se enfureció contra los 'estúpidos' e 'imberbes'.

Diálogo de sordos, declaró luego *El Peronista*. Efectivamente. Pero *El Peronista* no vio allí la distancia constitutiva del mito; por el contrario, leyó lo ocurrido en el interior de la misma *mise en scène* imaginaria, lo cual los llevó a afirmar que "sucedió lo inimaginable" y que todo fue un error de Perón.

Poco interesa aquí que la dirección de Montoneros o los cuadros de la JP creyeran o no en lo que decían; su palabra podía ser estratégica y mentirosa. Probablemente lo fuera. Pero lo que nos interesa aquí no es la subjetividad del enunciador sino la materialidad discursiva que produce y que está dirigida a decenas de miles de adherentes que difícilmente leerían si pensaran, ellos también, que todo era mentira. Como todo discurso político, el de la JP estaba enunciado desde una posición de verdad, independientemente de las intenciones de quienes lo emitían. Podemos afirmar, entonces, que la construcción ideológica de la JP era una narración imaginaria acerca del poder, y que su comportamiento obedeció a reglas análogas a las que regían la construcción de su discurso.

Y así como su palabra era estructuralmente ambigua, ambiguo fue también lo que hicieron en la Plaza. Los eslóganes eran al mismo tiempo el intento de decirle a Perón la palabra que tantas veces le mostraran y el esfuerzo para impedir que Perón hablara. Los eslóganes –y no podía ser de otro modo– eran al mismo tiempo palabra y grito, mensaje y ruido.

La JP sólo articuló la palabra, Perón no escuchó sino gritos.





Ya hemos visto que la JP intenta escapar a la intransferibilidad de la enunciación cuando afirma que ser peronista es ser leal al pueblo, lo cual implica que la pertenencia al peronismo no depende de un enunciado previo de Perón. Tal operación parecería indicar que se ha podido salir del dispositivo de enunciación específico del peronismo y que nos encontramos en una situación similar a la de cualquier partido político. Los editoriales de *El Peronista* muestran que el discurso de la JP llega, aunque ambigua y contradictoriamente, al borde de una posición de vanguardia. (La declaración de Montoneros que reafirma la lealtad a Perón evidencia la fragilidad de tal iniciativa.)

Y, sin embargo, la JP no transgrede los límites de la enunciación peronista: los editoriales posteriores al 1° de Mayo, las declaraciones de Montoneros, los hechos, en fin, así lo evidencian.

Desde un punto de vista socio-político esto es coherente con nuestra hipótesis inicial. La juventud se hizo leal a Perón porque el pueblo lo era. Afirmar en 1974 que Perón ya no representaba a las masas significaría volver al ostracismo, restablecer la distancia insalvable entre elite y base, una base que distaba mucho de ser montonera y que mantenía sus esperanzas en el Líder.

Esta imposibilidad encuentra su manifestación en el plano ideológico-discursivo.

En efecto, la JP se había arrogado el derecho de enunciar quiénes eran peronistas y quiénes no lo eran; defendiéndose de los ataques de Perón y, frente a la inquietud de sus propios seguidores, terminaron por pretender ocupar el lugar de enunciación de Perón. Pero para poder afirmarse como enunciador primero, arrebatándole ese monopolio a Perón, era necesario definir la posición de Perón en el dispositivo de enunciación de la JP. Ya hemos visto que no era posible: *Perón sigue ausente*, hasta el final.

Y es por ello que nos encontramos, en los textos de la JP, con el silencio, un silencio que no es otra cosa que tratar a Perón como si hubiera muerto y reemplazar al Perón actual por el emblemático Perón del pasado. La contradicción entre la palabra de la JP y la palabra de Perón sólo es soluble en el interior del discurso peronista anulándolo como persona y escotomizando su palabra. La JP no reemplaza, entonces, a Perón, no puede hacerlo; pero sí puede declararlo implícitamente difunto y anunciarse como sus únicos *herederos*. La ejecución simbólica de Perón es la condición indispensable para escapar a la intransferibilidad de la enunciación. Pero que así sea, *que la JP no haya podido decir quién era Perón* no hace sino mostrar que estuvo presa, hasta el fin, de la trampa del dispositivo discursivo del peronismo.

La muerte real de Perón, dos meses más tarde, sólo traerá como consecuencia una vuelta de tuerca más en la mitología peronista y hará posible explicitar lo que ya estaba implícito en la palabra de la JP: que Perón está ausente.

En mayo está *vivo pero ausente*, después de julio estará –como Evita– *muerto pero presente*.

Perón mismo expresará en uno de sus últimos discursos el núcleo del funcionamiento discursivo del peronismo que hemos analizado a lo largo de este libro: "El único sucesor de Perón será el Pueblo Argentino".

Dicho de otro modo: *Nadie puede ocupar mi lugar*.



# CONCLUSIÓN

Hemos tratado, en este libro, del peronismo como *discurso político*; llegados al término de nuestro análisis, querríamos plantear, a modo de conclusión, tres interrogantes.

El primero concierne al problema de la *singularidad* del fenómeno histórico que hemos analizado: ¿cuál es la especificidad del peronismo como fenómeno político? ¿Dónde reside su unidad –si tal unidad existe?

Inseparable de esta primera pregunta, la segunda es, sin embargo, de alguna manera, su opuesto: suponiendo que el peronismo sea un miembro particular de la clase 'discurso político', ¿cómo podemos caracterizar a esta clase en general? El problema no es aquí el de la especificidad del peronismo sino, por el contrario, el de saber qué es lo que este último tiene *en común* con todos los otros discursos susceptibles de ser calificados de 'políticos'.

El tercer interrogante, por último, nos obliga a subir un peldaño más en los niveles de generalidad. Desde el momento en que se habla de discurso político, se presupone que hay otros discursos que no son políticos, que existe un universo de discursos compuesto por diferentes especies. ¿Cuál es el alcance de esta noción de 'discurso', qué se pone en juego en un análisis del discurso y, sobre todo, cuál es su interés?, ¿qué aporta el análisis de los funcionamientos discursivos a la comprensión de los fenómenos sociales y, en particular, de los procesos políticos?

Este libro se ocupa de 30 años de peronismo (1944-1974); el problema de su especificidad es también el de su unidad en el tiempo. Pero, precisamente, ¿con qué derecho hablamos del 'peronismo' a lo largo de un lapso tan prolongado? ¿No se trata quizás de una designación que recubre realidades muy diferentes? ¿El peronismo de 1973 responde a la misma 'ideología' que el de los años cuarenta? ¿Existe en él un 'núcleo'; un invariante que autorice el uso de la misma denominación?

La muerte real de Perón, dos meses más tarde, sólo traerá como consecuencia una vuelta de tuerca más en la mitología peronista y hará posible explicitar lo que ya estaba implícito en la palabra de la JP: que Perón está ausente.

En mayo está *vivo pero ausente*, después de julio estará –como Evita– *muerto pero presente*.

Perón mismo expresará en uno de sus últimos discursos el núcleo del funcionamiento discursivo del peronismo que hemos analizado a lo largo de este libro: "El único sucesor de Perón será el Pueblo Argentino".

Dicho de otro modo: *Nadie puede ocupar mi lugar*.



# CONCLUSIÓN

Hemos tratado, en este libro, del peronismo como *discurso político*; llegados al término de nuestro análisis, querríamos plantear, a modo de conclusión, tres interrogantes.

El primero concierne al problema de la *singularidad* del fenómeno histórico que hemos analizado: ¿cuál es la especificidad del peronismo como fenómeno político? ¿Dónde reside su unidad –si tal unidad existe?

Inseparable de esta primera pregunta, la segunda es, sin embargo, de alguna manera, su opuesto: suponiendo que el peronismo sea un miembro particular de la clase 'discurso político', ¿cómo podemos caracterizar a esta clase en general? El problema no es aquí el de la especificidad del peronismo sino, por el contrario, el de saber qué es lo que este último tiene *en común* con todos los otros discursos susceptibles de ser calificados de 'políticos'.

El tercer interrogante, por último, nos obliga a subir un peldaño más en los niveles de generalidad. Desde el momento en que se habla de discurso político, se presupone que hay otros discursos que no son políticos, que existe un universo de discursos compuesto por diferentes especies. ¿Cuál es el alcance de esta noción de 'discurso', qué se pone en juego en un análisis del discurso y, sobre todo, cuál es su interés?, ¿qué aporta el análisis de los funcionamientos discursivos a la comprensión de los fenómenos sociales y, en particular, de los procesos políticos?

Este libro se ocupa de 30 años de peronismo (1944-1974); el problema de su especificidad es también el de su unidad en el tiempo. Pero, precisamente, ¿con qué derecho hablamos del 'peronismo' a lo largo de un lapso tan prolongado? ¿No se trata quizás de una designación que recubre realidades muy diferentes? ¿El peronismo de 1973 responde a la misma 'ideología' que el de los años cuarenta? ¿Existe en él un 'núcleo'; un invariante que autorice el uso de la misma denominación?

Creemos haber mostrado que si esta unidad existe, ella no es del orden de los contenidos manifiestos, de los temas ideológicos explícitos: ciertos 'temas' peronistas se modificaron considerablemente mientras que otros permanecieron casi intactos. Pocos ejemplos bastarán. La asociación entre la entidad "pueblo" y el colectivo "los trabajadores", típica del discurso peronista hasta 1955, desaparece prácticamente en el último período (1973-74). El campo semántico de colectivos como "el ejército" y "los militares" cambió radicalmente, si comparamos el primero y el último período: nociones tales como "ejército de ocupación" y "clique militar", características de los años sesenta, eran totalmente extrañas al discurso peronista anterior al exilio. Ya hemos descripto, además, la transformación experimentada por el colectivo "los políticos".

Otros contenidos atraviesan sin alteraciones la historia toda del peronismo, como por ejemplo el tema de la "tercera posición". Lo mismo puede afirmarse respecto a una serie de 'máximas' que expresaban la sabiduría contenida en la Doctrina ("El peronismo es lo que dicen las veinte verdades peronistas").

Responder a la cuestión sobre la continuidad (o la falta de continuidad) del fenómeno peronista en el plano de los contenidos nos lleva, en consecuencia, a un resultado decepcionante: algunos temas cambiaron profundamente, otros menos, otros nada; algunos 'motivos' que caracterizan determinados períodos desaparecen completamente en otros.

El resultado es muy diferente cuando se analiza el funcionamiento discursivo. En este plano el discurso de Perón muestra, a lo largo de su historia, una continuidad sistemática, una unidad profunda. Desde este punto de vista, *los textos del líder revelan una verdadera lógica discursiva, cuyos componentes dibujan una estructura enunciativa invariante, capaz de 'absorber' los contenidos más diversos*.

Esta estructura enunciativa se organiza muy temprano (la transmutación del "humilde soldado" en el "primer trabajador" se había ya operado, como vimos, en 1945) y los elementos fundamentales que la constituyen se solidifican definitivamente durante los primeros años de la primera presidencia: posición del enunciador fuera del campo de lo político y a distancia del pueblo (a quien el enunciador sólo pide que mire las obras cumplidas); vaciamiento del campo político, cuya consecuencia es el descentramiento del adversario, reducido a una suerte de 'residuo'; homología entre la posición del líder y la de los colectivos más amplios (la Nación, la Patria), que convierte al líder en un enunciador abstracto, único depositario de la verdad del colectivo "peronista" y de una palabra que sólo él posee; doble





identificación tendencial entre "Perón" y "Patria", por una parte, y entre "peronistas" y "argentinos", por la otra, operación que expulsa al adversario hacia las zonas de sombra de la "anti-Patria".

Sin duda esta configuración no es ajena a la eficacia del discurso peronista. Hemos señalado cómo la oposición Nosotros/Ellos funcionó como una suerte *de forma*, que tanto Perón como sus partidarios podían llenar con contenidos diversos según las coyunturas. Si "peronistas" y "argentinos" tendían a coincidir gracias a ese movimiento de apropiación del colectivo más amplio, la potencia de ese Nosotros de identificación fue directamente proporcional al vacío que permitió definirlo: el país permaneció así polarizado durante largos años entre "nosotros" y "los otros", entre "peronistas" y "antiperonistas".

El período del exilio constituye sin duda un proceso excepcional, tal vez único en la historia de los grandes movimientos políticos de nuestro siglo: no es frecuente observar el funcionamiento del discurso político durante tantos años, en condiciones de 'circulación restringida'. En todo caso es un hecho que Perón consiguió controlar, *in absentia*, su movimiento (y, en consecuencia, influir decisivamente en la política argentina) durante diecisiete años. Hemos intentado mostrar que esta sorprendente eficacia no es reductible a la 'astucia' o al 'maquiavelismo' de un individuo. Por el hecho mismo de su excepcionalidad el período del exilio nos ha servido de revelador, por así decirlo, de las propiedades de la estructura enunciativa del discurso de Perón: era la Patria misma la que estaba ausente y nadie podía, en la Argentina, reconstruirla. El contacto con el enunciador abstracto se convertía entonces en el elemento estratégico fundamental: la ausencia física del líder puso de relieve que su cuerpo era el fundamento último de toda legitimidad. Su cuerpo y las prolongaciones de su cuerpo a través de múltiples "mensajes". Y la invisibilidad del acto de enunciación, al plantear la cuestión de la autenticidad, convertía en precaria toda legitimidad 'segunda'.

Si la situación del exilio, con sus particularidades, ha servido para que nosotros, analistas del discurso político de Perón, comprendamos mejor ciertos mecanismos fundamentales de ese discurso, es quizá porque esa situación excepcional reforzó, exacerbó *de hecho*, los mecanismos propios de la palabra de Perón. En efecto, el 'vaciamiento' del campo de lo político, el descentramiento del adversario y la 'no pertinencia' de las ideologías eran ya propiedades cruciales de la enunciación peronista durante el período institucional; la imagen permanecía, por así decirlo, desdibujada, debido a que el dispositivo de enunciación de Perón funcionaba en un contexto institucional democrático: *de hecho* Perón tenía como adversarios a ciertos

partidos políticos, *de hecho* se presentaba a elecciones y era elegido. El contexto inédito del exilio, con su complicada red de comunicaciones a distancia, completó el 'vaciamiento' y redujo la pertinencia de la palabra de Perón *exclusivamente al nivel de la enunciación*. El predominio del decir sobre lo dicho cobró entonces todo su sentido. El hecho-de-haber-dicho se convirtió, en cada coyuntura particular, en el único acontecimiento estratégico, y Perón adquirió, así, su "infalibilidad" papal.

Acabamos de hablar de las instituciones democráticas y de recordar que Perón fue tres veces elegido presidente de la República. Se plantea así, inevitable, nuestra segunda pregunta: ¿cuál es el lugar del discurso de Perón, tal como lo hemos descripto, en el universo del discurso político? ¿Se trata de una 'especie' democrática o bien está emparentado, como se ha dicho frecuentemente, a un discurso totalitario? No debe olvidarse que, en aquellos años, la denuncia de la "anti-Patria" recibía como respuesta la acusación de "tirano".

Recordemos, a la manera del "tipo ideal" weberiano, algunos rasgos del funcionamiento del sistema político de democracia parlamentaria y pluralismo de partidos. En esta situación nos encontramos ante una multiplicidad de palabras políticas. Cada una de ellas, asociada a un movimiento o partido, construye un 'Nosotros' de identificación enfrentado a los 'Otros', los adversarios. Cada una de esas palabras, al mismo tiempo, se caracteriza por una 'temática ideológica', por ciertos 'contenidos' y por un 'programa' que le son propios. El campo político en su conjunto está constituido, entonces, por una pluralidad de discursos y de posiciones de enunciación, a los que las instituciones definen como equivalentes, desde un punto de vista formal (esto implica, por supuesto, que *los ciudadanos* son definidos como equivalentes frente a esos discursos, como lo son en el momento del sufragio). Ahora bien, cada una de esas palabras se presenta como *enunciada sinceramente y como expresión de la verdad*, es decir, como descripción de 'lo real' tal como es. Estas condiciones son comunes al peronismo y a cualquier otro discurso político. Para cada enunciador-portavoz de su colectivo de identificación, el problema consiste en descalificar la palabra de los otros, intentando mostrar que la posición de enunciación de éstos no es la que proclaman: mienten o se equivocan; se engañan y/o nos engañan. Cada palabra política debe entonces "trabajar" la pretensión de verdad de los discursos adversarios para mostrar, precisamente, que sólo se trata de una pretensión. Este "trabajo" de descalificación no implica necesariamente la construcción del adversario como excluido de la racionalidad social, ni como intrínsecamente inmoral o perverso.





Al mismo tiempo, todas esas palabras hablan de las mismas entidades, las que componen el imaginario de lo político: "el país", "la Patria", "la Nación", etc. Y aunque todo el mundo se pretenda representante de esas entidades, las reglas del juego democrático las hacen inalienables: *ningún enunciador puede apropiarse de ellas*; esa representación está, precisamente, ligada al debate político. Allí donde es posible afirmar que tales entidades no se presentan como realidades sustanciales nos encontramos ante lo que Claude Lefort llama la "invención democrática": el "rasgo revolucionario y sin precedentes de la democracia (es que) el lugar del poder se convierte en un *lugar vacío*. Inútil insistir sobre los detalles del dispositivo institucional. Lo esencial es que éste veda a los gobernantes la apropiación, la incorporación del poder. Su ejercicio está sometido a una puesta en juego periódica, a través de una competencia que obedece a reglas cuyas condiciones están preservadas de manera permanente. Este fenómeno implica una institucionalización del conflicto. Vacío, inocupable –tal que ningún individuo y ningún grupo puede serle consubstancial–, el lugar del poder se muestra sin imagen. Sólo son visibles los mecanismos de su ejercicio y los hombres, simples mortales, que ejercen la autoridad política (...) La democracia se revela así como la sociedad histórica por excelencia, la sociedad que, en su forma, recibe y preserva la indeterminación. Lo esencial, a mi juicio, es que la democracia se instituye y se mantiene en la *disolución de las referencias de la certidumbre*".[1]

A la luz de esta descripción, es claro que toda empresa totalitaria es un esfuerzo por llenar ese vacío, por transformar ese hueco en algo pleno: el totalitarismo está dinamizado por la utopía de una reunificación de lo social, instaura un lazo social sin fisuras del cual el Otro está definitivamente excluido. La utopía totalitaria es el reino del Uno. Si el totalitarismo contiene un movimiento de 'vaciamiento', no se trata sino de un momento: el vacío será colmado por una sustancia positiva: un tipo de sociedad, una religión, una raza. Y el enunciador totalitario dirá la Ley de esta positividad. Para un régimen totalitario las divisiones no son constitutivas de la sociedad sino que remiten a algo exterior: representantes de regímenes anteriores, del extranjero, o de una pura negatividad innata que exige la destrucción física.

Es aquí que se encuentra, quizá, la especificidad del discurso peronista y su diferencia respecto del discurso totalitario. La economía discursiva del peronismo contenía un elemento de ruptura de las reglas de la democracia,

1. Lefort, Claude, "La question de la démocratie", en *Le retrait du politique*, Vol. Col., Galilée, 1983, pp. 82 y 84. *Cf.* también *L'invention démocratique*, París, Fayard, 1981.

elemento que lo asemejaba al dispositivo totalitario: la identificación del Nosotros peronista con la Nación y la expulsión del Otro como representante de la anti-Patria. Ahora bien, el 'vaciamiento' del campo político que hemos identificado tiene consecuencias paradójicas en tanto afirma, de hecho, que lo político no tiene verdaderamente importancia alguna, que no es el lugar donde se expresa la división de lo social. El peronismo instaura así una duplicidad en la sociedad entre un campo 'no pertinente' y un campo 'pertinente'; Perón –equivalente de la Patria– se encuentra en este último, y es allí donde el Otro se disuelve en la exterioridad de la anti-Patria. En el plano del tiempo patriótico como presente, el discurso peronista es difícilmente diferenciable de un dispositivo totalitario. Pero allí donde el totalitarismo afirma la unidad de lo social y lo político como el reino del Uno, el peronismo *separa* lo político, vaciándolo; el antiperonismo no se confunde entonces con los partidos políticos de la oposición. Perón mantiene así el poder como un lugar simbólicamente vacío y no pondrá jamás en cuestión el sistema democrático del sufragio. No es casual que Perón afirmara siempre que el peronismo era un movimiento y no un partido y, por lo tanto, capaz de representar las diferencias de lo social, sin negarlas, dando un lugar a todas las ideologías. Es la homología entre Perón y los colectivos más amplios, como la Patria, lo que hace obstáculo a un discurso totalitario. No habrá Partido alguno capaz de jugar el papel de mediador entre el Líder, la Sociedad y el Estado; el Movimiento peronista es el conjunto de los individuos leales a Perón, mientras que un régimen totalitario afirma ante todo la dominación del Partido, que luego se encarna o es representado por el Líder. En la Argentina peronista, el Pueblo o la Nación no estuvieron representados por El Partido o por una ideología sino por un hombre, el enunciador abstracto, y este hombre se colocó en un nivel 'otro' respecto de lo político. El 'vaciamiento' del campo político permitió así, curiosamente, que no se eliminara jamás a los partidos de oposición, ya que no eran realmente el Otro de Perón, la anti-Patria; ocupaban un lugar secundario respecto del lugar patriótico donde Perón se enfrentaba con fuerzas oscuras.

Independientemente del rol de las circunstancias, puede afirmarse que la identificación –tendencial– entre "peronistas" y "argentinos" no se operó en el sentido de colmar la categoría formal "argentinos" con una sustancia positiva, "los peronistas", sino más bien en el sentido opuesto: haciendo de "los peronistas" una categoría formal como la de "los argentinos", es decir, definiendo el ser del "peronista" sólo como una *lealtad que determina automáticamente una pertenencia, más allá (o más acá) de todo contenido ideológico.*





De allí que el colectivo de identificación del peronismo haya funcionado, para quienes se sentían pertenecer a él, como una suerte de doble fantasmático de la Nación, con el General, enunciador abstracto, como garante. Ciertamente, no todo el mundo se reconocía en esta homología; esta Patria, por supuesto, fue una patria de trabajadores antes que de burgueses. Pero ya vimos que esta restricción no era esencial a la dinámica profunda del discurso peronista.

En verdad, el peronismo pareció estar más cerca de esta universalidad potencial durante el proceso electoral que comenzó en 1972 y que culminó con el retorno de Perón al país y de los peronistas al gobierno. Al volver, Perón encontró un Movimiento que correspondía perfectamente a los deseos que siempre había formulado: todas las ideologías, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, estaban allí representadas, unidas por un único criterio decisivo, el de la Lealtad. La consecuencia fue que el colectivo "peronistas" –ese doble de la Patria– se encontró en las mismas condiciones que su original: se había convertido él mismo en la escena de los enfrentamientos políticos más violentos.

Ahora bien, si en una sociedad donde el lugar del poder permanece simbólicamente vacío, los enfrentamientos políticos *pueden* ser institucionalizados, dichos enfrentamientos son difícilmente controlables cuando el colectivo que los abarca no tiene otra unidad que la lealtad al enunciador. Se comprende entonces que el 'vaciamiento' del campo de lo político y el funcionamiento enunciativo que consistía en querer hacer coincidir, en última instancia, al Movimiento político con la Nación, son operaciones perfectamente viables, *siempre que esta 'universalidad' no corresponda a la composición real del movimiento*.

En 1973 algo parecido a esta universalidad se había producido: el obrero y el burgués, el intelectual y el sindicalista, la izquierda y la derecha se encontraron unidos en un mismo grito: "¡Viva el general Perón!".

¿Esta situación podía durar? Perón, como vimos, hizo todo lo posible para no decidir, para aplicar la misma antigua lógica que tan provechosa le había sido siempre; hizo más aún: dio un último paso fuera del sistema político, proclamándose una suerte de meta-presidente, declarando que los otros políticos, sus adversarios, eran en realidad sus amigos. Pero un elemento decisivo iba a desestabilizar definitivamente el dispositivo: otro enunciador del colectivo "peronistas" (por definición 'segundo') intentó hablar en nombre del colectivo entero. Peor aún: intentó dar un *contenido positivo* al peronismo, llenar ese vacío que había durado treinta años con una 'ideología': es fácil comprender hasta qué punto la "patria socialista" era incompatible con

la "patria peronista". Esta incompatibilidad, dicho sea de paso, honra de algún modo al peronismo ya que traduce aquella propiedad del discurso de Perón que acaso fue la que le impidió convertirse en un líder totalitario.

De retorno al país después de 17 años de ausencia, Perón se encuentra ante una nueva situación, y la novedad es de talla: la 'izquierda' que movilizó al peronismo hasta la elección de Héctor Cámpora ha adquirido un real poder, alimenta un proyecto de vanguardia política y lo enuncia en nombre del Pueblo. Habiendo decidido ya que la posición de portavoz del pueblo pasaba necesariamente por el peronismo, el proyecto de estas nuevas generaciones es una vía muerta: en el peronismo no había lugar para dos enunciadores que expresaran la voluntad popular. Que ese enunciador 'segundo' pretenda convertirse en 'primero' cuando no tenía otra identidad política que la lealtad al General evidencia la imposibilidad de sus objetivos.

Situándonos en reconocimiento respecto de la palabra de Perón, hemos descripto el discurso de la Juventud Peronista tal como se expresara en las páginas de *El Descamisado*: allí encontramos ciertos "efectos" de la estructura enunciativa de Perón. Sin embargo, como lo hemos subrayado, la producción y el reconocimiento de los discursos están siempre desfasados, y a partir de las reglas que describen las condiciones de génesis de un discurso no puede deducirse un efecto y sólo uno. La trampa donde se encontró la Juventud no era, pues, *inevitable*: la derecha peronista, por ejemplo, no tuvo que enfrentar en ningún momento ninguna contradicción. En el caso de la Juventud la contradicción fue el resultado del *encuentro* del dispositivo de enunciación del líder con la decisión de la Juventud Peronista de convertirse en portavoz de la voluntad popular.

Hemos seguido el proceso político de 1973 y 1974. Desde el punto de vista de la Juventud Peronista este proceso se muestra como la sucesión de fases de una trampa. La trampa podía haber sido anulada de tres maneras: si Perón hubiera optado en favor de la 'izquierda'; si hubiera excluido explícitamente a la Juventud del Movimiento Peronista; si la 'izquierda' hubiera decidido producir la ruptura, excluyéndose del Movimiento. Ninguno de estos tres acontecimientos tuvo lugar. Aunque no pueda afirmarse que eran imposibles, es importante constatar que estaban todos en contradicción con la lógica política de los actores en presencia. Perón no había excluido jamás una fracción de su Movimiento; había, sí, decidido en algunas oportunidades declarar fuera del Movimiento a *individuos* (reintegrándolos, casi siempre, más tarde); tampoco había adoptado nunca una 'ideología' determinada como 'ideología' del peronismo.





La Juventud, lo hemos dicho y repetido, ponía en juego su identidad misma como movimiento político. Para ella, proclamarse peronista era mucho más que la simple adhesión a un líder: esa proclama la obligó a entrar en un dispositivo significante caracterizado por modalidades precisas de funcionamiento; además, y sobre todo, la lealtad al General como punto de partida indiscutible la ubicó automáticamente en una estructura de posiciones donde sólo ciertos modos de palabra eran posibles.

Nos parece difícil dar cuenta de los *comportamientos* de la Juventud Peronista fuera de la descripción que hemos elaborado: las propiedades de la enunciación de Perón; la homología entre su posición y la de las entidades más amplias; la pertinencia decisiva del contacto; el lazo que la Juventud intentaba anudar con el Pueblo y su elección positiva de una ideología; el desdoblamiento de los destinatarios de la palabra de la Juventud, siempre y simultáneamente los militantes y el General; el rol de la figura de Eva Perón como soporte de un lazo de amor; la proyección, en 1973-74, del 'modelo del exilio' sobre la palabra de Perón. Todos esos elementos y aun otros que hemos recorrido a lo largo de nuestro trabajo nos parecen indispensables: *son ellos los que definen la configuración imaginaria que permite aprehender el sentido de los comportamientos políticos*.

Cabe preguntarse entonces sobre el status de esa descripción. Es esencial tener en cuenta, ante todo, que no hablamos de "representaciones". No se trata de "ideas" que suponemos han existido "en la cabeza" de los actores considerados: lo que unos y otros tenían "en la cabeza" no lo sabremos jamás y, probablemente, esto no tenga demasiada importancia. La configuración de la que hablamos es *material*, consiste en *una red de relaciones enunciativas que puede ser descripta y analizada a partir de los discursos*. Es esta dinámica de relaciones la que nos ha interesado, ya que ella es la materia de los intercambios entre actores sociales en el seno de los procesos políticos. Sería entonces ingenuo y absurdo afirmar que, para estudiar estos últimos, vale más interesarse en las conductas que en las palabras, en lo que los actores hacen y no en lo que dicen hacer. Repitámoslo: no se trata de elegir el hacer como opuesto al decir, ya que plantear tal opción supone una concepción simplista tanto del hacer como del decir, según la cual el hacer es un "dato objetivo" y el decir expresa la "subjetividad" de un actor social. Las conductas no son un 'dato' puramente objetivo puesto que no podemos saber siquiera en qué consisten esos comportamientos que queremos explicar, si no los identificamos dentro del marco de relaciones significantes que les otorga existencia. Y las palabras, tal como el análisis del discurso las aborda, poco tienen que ver con las "representaciones subjetivas" de los emisores y los receptores. Es precisamente en este punto que

la distinción entre enunciación y enunciado adquiere toda su significación ya que transforma radicalmente la noción misma de 'contenido' tal como es utilizada cuando se habla de "representaciones". Es por eso que, hablando estrictamente, es falso afirmar que el enunciado corresponde al contenido: considerado en el marco de un análisis de la enunciación, el enunciado no es ya un contenido aislado (una opinión o una idea expresadas por un individuo) sino algo dicho por un enunciador determinado cuya posición se define en el interior de un proceso determinado de intercambio. Toda palabra *enuncia un contenido* y, al mismo tiempo, *se muestra* (podemos decir *fatalmente*) *inscripta en un dispositivo enunciativo que sobredetermina lo que es dicho*.

Es por esta razón que el análisis del discurso nos parece esencial para el estudio de los fenómenos sociales en general y de los procesos políticos en particular. En efecto, ¿de qué modo se puede hablar de actores sociales? Los etnometodólogos, por ejemplo, no lo hacen sino en relación con *individuos*, en la medida en que éstos existen en operaciones de categorización social que los convierten en miembros de la sociedad.[2] ¿Qué significa hablar de *actores sociales* para designar procesos colectivos, movimientos, organizaciones o partidos, a partir del momento en que se rechaza tanto la reducción de esta expresión a una metáfora que sólo designa recortes 'objetivos' (en términos de clase, posición social, etc.) cuanto la referencia a alguna especie de 'conciencia colectiva'? El análisis de los funcionamientos enunciativos nos parece aportar una respuesta a esta pregunta. Un actor social *se construye* –se dibuja, podría decirse– en el interior de un imaginario que estructura los *lugares* de los productores/receptores de discursos. Esos lugares no son puntos aislados: las posiciones enunciativas de los actores políticos son inseparables de una lógica que define estrategias, determina restricciones, *produce*, en suma, el sentido de los comportamientos sociales.

El actor no es una entidad fantasmática: *no es sino la red de relaciones enunciativas materializada en el inter-discurso*. De este modo, puede ser identificado y analizado tanto en su funcionamiento como en sus transformaciones.

En este marco debe situarse, a nuestro juicio, la cuestión de la *creencia*, pieza clave de todo análisis político, que ha sido objeto de diversas reflexiones en los últimos años.[3] Ya hemos evocado el problema: en el momento

2. *Cf.* por ejemplo Garfinkel, H., *Studies in Ethnomethodology*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1967.

3. Veyne, P., *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?* París, Seuil, 1983; Débray, R., *Critique de la raison politique*, París, Gallimard, 1981, espec. pp. 171-249; Damish, H. "La croyance", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, París, otoño de 1978.





en que la Juventud Peronista y Montoneros fueron a la Plaza el 1º de mayo de 1974, ¿creían posible una solución favorable para ellos? Cuando publicaban el texto de un discurso de Perón acompañado de una interpretación en contradicción flagrante con el discurso en cuestión, ¿actuaban de buena o de mala fe? ¿Creían o no en lo que decían cuando proclamaban una lealtad incondicional al General?

Evidentemente, estas preguntas están mal planteadas, ya que presuponen que la creencia es un *estado de una conciencia individual*, cuando de lo que aquí se trata es de actores sociales (la Juventud Peronista, los Montoneros). Si, a propósito de la creencia, tratáramos a esos actores como agregados de individuos, llegaríamos probablemente a resultados decepcionantes. En una situación dada, y en el plano de los individuos, constataríamos seguramente todas las combinaciones posibles: entre quienes fueron a la Plaza el 1º de mayo de 1974 había quienes aún creían, quienes creían a medias, quienes quizás ya no sabían si creían o no. ¿Qué importancia tiene?

Para escapar a los límites de una concepción puramente psicológica de la creencia conviene recordar, como lo ha hecho tan acertadamente Michel de Certeau, que la creencia –desde los orígenes de la noción– plantea *la relación a lo otro, al otro*: "La creencia se presenta como una trama de operaciones, una combinatoria de dones y de deudas, una red de 'reconocimientos'. Es ante todo una 'tela de araña' que organiza un tejido social. Lo que la distingue del *ver* o del *saber* no reside ante todo en el valor de verdad que posea una proposición (...) sino en esta inscripción del *tiempo* en una relación de sujeto a sujeto (...) En las relaciones sociales, la cuestión del creer es la cuestión del tiempo".[4]

La cuestión del creer se plantea entonces en el plano mismo donde se constituyen los actores sociales, en el interior de esa red donde se construyen sus identidades, en el sistema de funcionamiento de las interrelaciones enunciativas. En este marco, la creencia no es sino el nombre de esa duración en la que el don espera el contra-don, el reconocimiento entraña la confianza, la deuda reenvía al crédito. La creencia es el nombre de ese *contrato* que funda el lazo social. Se comprende mejor entonces la naturaleza del proceso político de 1973-74: lo que estaba en juego no era otra cosa que un contrato de creencia, que se deshacía y se rehacía sin cesar.

4. De Certeau, Michel, "Croire: une pratique de la différence", *Documents de Travail*, Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica, Università di Urbino, Italia, N° 106, Sep. 1981, serie A, p. 2.

Para comprender la naturaleza de este proceso es necesario volver a la cuestión de las reglas de juego de lo político en un sistema democrático: éste establece un marco (paradójico, quizás) en cuyo interior se instituyen las relaciones de creencia. Que el lugar del poder permanezca vacío quiere decir que no debe jamás ser ocupado por la creencia; cuando ello ocurre estamos en presencia de un régimen totalitario. Las relaciones de creencia se instauran, en un régimen democrático, en el seno de los enfrentamientos políticos y *por el hecho mismo* de que el conflicto es reconocido como legítimo. En el corazón de estos enfrentamientos la confianza y la desconfianza son perfectamente complementarias: una no existe sin la otra. La Ley que mantiene el lugar vacío es al mismo tiempo el fundamento del despliegue de las creencias como igualmente legítimas, es decir, como equivalentes. De allí la importancia de la regla electoral y, sobre todo, de la *indeterminación radical* en cuanto al poder que ella establece: ella es un mecanismo *exterior*, ajeno a la constitución de las relaciones de creencias que se enfrentan. Un día dado, ese mecanismo determina que uno de los contratos de creencias predominará, durante un período también determinado, sobre los restantes. Una vez más debemos destacar la importancia de esta exterioridad de la regla electoral respecto del universo de las creencias en conflicto: *si el Estado puede ser ocupado por un contrato de creencia, lo es por razones ajenas a la creencia*; estamos hablando, bajo otra forma, del mismo principio del "lugar vacío" analizado por C. Lefort.

Hemos tratado de mostrarlo en este libro: el peronismo se constituyó como discurso político a través de la instauración de una gigantesca metáfora entre el movimiento peronista y la Nación democrática, es decir, entre los peronistas y los argentinos, entre Perón y la Patria. Esta homología, cuyo pivote fue el enunciador abstracto era, si puede decirse así, el "potencial" totalitario del peronismo. Si Perón no se convirtió en un líder totalitario fue, paradójicamente, gracias a la diferencia entre su propio dispositivo y el de la democracia: *ésta posee un mecanismo para 'decidir' entre los contratos de creencia, mientras que, lo hemos dicho y repetido, Perón nunca quiso 'decidir' entre las posiciones que desgarraban a su movimiento*. Ese rechazo lo salvó, de alguna manera, del totalitarismo: porque, en las condiciones descriptas, decidir en favor de una posición dada no habría sido jamás un acto *indeterminado*. A diferencia del dispositivo de la democracia, el del peronismo no tuvo nunca un mecanismo de decisión que permitiera desbloquear las creencias. Fue por ello que (en reconocimiento), a partir del momento en que una de esas posiciones –la de la Juventud– comenzó a exigir un contrato positivo de creencia, se generó una situación insostenible. Existía sin duda una solución simple para completar lógicamente la metáfora entre la Nación y el Movimiento Peronista: instituir el mismo mecanismo que rige el juego democrático, es decir, organizar elecciones internas, satisfaciendo de ese modo la exigencia constante de la 'izquierda' peronista.





El hecho es que Perón no se decidió jamás a tomar tal decisión. ¿Tuvo miedo de institucionalizar definitivamente el clivaje entre la rama sindical y la Juventud o, aun, la rama política? ¿Comprendió quizás que su posición de líder se apoyaba enteramente sobre ese poder de arbitraje, aun cuando no lo ejerciera? Sea como fuere, el dispositivo peronista permaneció sin mecanismo de arbitraje entre las creencias.

No debe sorprender entonces que las posiciones en conflicto hayan buscado 'decidir' por sí mismas: *el factor que impidió que el movimiento peronista se convirtiera en un movimiento totalitario fue, precisamente, el que lo precipitó en la violencia*. Fue precisamente porque Perón se negó a ocupar el lugar vacío de la Ley que en su Movimiento se dibujó un *vacío sin ley*. En la lucha por la 'apropiación' del líder, que se negaba a decidir, quedó abierta una sola alternativa, la que firmaba todos los comunicados de Montoneros: "Perón o Muerte".

Al negarse a *pertenecer* a unos antes que a otros, Perón de hecho eligió, *en nombre de todos*, el segundo término de esa alternativa.